LOS FRANCISCANOS EN AMÉRICA

Antolín Abad Pérez

COLECCIONES MAPFRE 1492

En la segunda mitad del siglo XV la orden franciscana en España sufrió una gran transformación. Los movimientos de reforma surgen en varias regiones y buscan el retorno a las fuentes de la Orden: fervor en la acción, vida evangélica, oración y ascesis. Al mismo tiempo se produce una expansión creándose nuevas provincias y los estudios conocen un período de revitalización. Los franciscanos reciben formación universitaria en Sevilla, Alcalá y Salamanca. En una palabra, están preparados para la evangelización que comenzaría con el descubrimiento del Nuevo Mundo. Cuando Colón llega a la Rábida, los frailes no sólo le acogen y alientan a seguir con su proyecto, sino que le facilitan el acceso a la Corte y la exposición de su teoría. En el segundo viaje de Colón, en 1493, los reyes dispusieron que le acompañaran varios religiosos; entre ellos había franciscanos. El autor nos presenta en esta obra la labor realizada por esta Orden en América a lo largo de tres siglos y las gestas de algunos de sus miembros.

Rvdo. P. Antolín Abad Pérez. Licenciado en Teología, sección de Historia. Director de la revista *Archivo Ibero-Americano*. Obras: *Necrologio de la Provincia de San Gregorio (1900-1973)*, *Cuatro siglos de historia (1578-1970)*, *La Provincia Castellana de San Gregorio Magno* (1970), *«Soledad Sonora»*, *Monasterio de San Antonio* (1980).

Colección Iglesia Católica en el Nuevo Mundo

LOS FRANCISCANOS EN AMÉRICA

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Director de Colección: Alberto de la Hera
Diseño de cubierta: José Crespo

Paseo de Recoletos, 25 – 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-480-1 (rústica)
Depósito legal: M. 27010-1992
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n, km 20,800 (Madrid)
Impreso en España – Printed in Spain

ANTOLÍN ABAD PÉREZ

LOS FRANCISCANOS EN AMÉRICA



ÍNDICE

APÉNDICES

SALUDO Y PRESENTACIÓN

Amigo lector: estamos ya celebrando el *V Centenario del descubrimiento de América*, la más grande aventura que vieron los siglos, y queremos acercarnos con la mirada limpia, los ojos sanos y la mente dispuesta a saber y verificar cómo se produjo ese extraordinario evento de nuestra historia. Cómo unos hombres de nuestras tierras, que se criaron bajo los soles y la luz de esta piel de toro, que es España, llevaron allá su lengua, su religión, sus modos de vida, sus formas de civilización y su pasado cultural greco-romano. Cómo estos hombres, quizá porque conocían el sudor, la fatiga y el cansancio de su ajetreada existencia, lucharon con otros climas, otros soles y fríos, pero también con otros paisajes, donde otros hombres, enamorados de su selva, de sus pampas, de su montaña, siempre cubierta de nieves, pero amantes de su libertad no coartada, prefirieron esa libertad y esos espacios abiertos a toda imposición y leyes, a todo lo que supusiera freno a esa libertad e independencia, que para ellos era vida, y vida muy querida y sentida. Y sin embargo estos hombres de nuestra tierra ibérica establecieron contactos y relaciones con ellos, lucharon con ellos, sufrieron con ellos y vencidos muchas veces, perseveraron constantemente y, al fin, lograron someterlos a esta verdad que ellos simbolizaban y expresaban: la verdad de una Europa, de sus conocimientos geográficos y, sobre todo, de su religión, que unía a los pueblos, y de su lengua, que los hermanaba en su modo de expresarse. Y de entre esos hombres, que buscaron aventuras, que soñaron con riquezas y hasta con el elixir de la eterna primavera, sólo algunos buscaron allí dilatar la verdad del Evangelio, decir a todas aquellas gentes la gran verdad: que todos somos hijos del mismo Padre, solidarios en los destinos del tiempo y también de la eternidad. De entre

esos hombres destaca una minoría, los hijos de Francisco de Asís, que allí llevaron su espíritu y talante, supieron hermanarse con las criaturas y con la naturaleza, repitieron la constante de su fundador hablando al emperador de sus deberes, al señor de sus obligaciones, al sultán de lo único importante —el reino de Dios y su justicia—, y a todos, sin diferencia de sexo, edad o condición, que este mundo es la antesala del cielo para los hijos de Dios, el lugar donde nos ganamos una corona eterna y jugamos con el tiempo como moneda para merecer la eternidad.

Sí, unos hombres que entraron pobres, que vivieron pobremente, como los que se escondían o vivían en la selva, que allá sudaron y se fatigaron, que nada pidieron a cambio de su consagración a esa vida apostólica y sacrificada y que, cuando sonó la hora de dejarlo todo, salieron como habían entrado, pobres, humildes y desinteresados, sin nada.

Son los franciscanos que, formados en España, soñaron con un mundo todo para Dios y con un mundo donde todos se supieran hermanos.

En tres siglos largos de apostolado franciscano miles de hijos del *mínimo Francisco*, del Heraldo del Gran Rey, Cristo, eso hicieron desde la California a la Patagonia, del Atlántico al Pacífico, en la selva tropical o en las pampas de la Cuenca del Plata. Su mensaje está cifrado en el saludo de Francisco: Paz y Bien, paz y bien que ellos quisieron llevar a todos y hacer a todos. Si lo han logrado, obra fue del Altísimo; si en algo fallaron, y no debemos olvidar que eran hombres, bien se lo podemos disculpar. Desde Martín de Valencia, jefe y capitán de los doce apóstoles de Méjico; desde Marcos de Niza y su afán andariego, que intenta y casi lo logra recorrer todo el sur de los Estados Unidos actuales de Norteamérica y luego, incansable, penetrar en el imperio de los incas, hasta Martín Ignacio de Loyola, el hombre que dio las dos vueltas al mundo y que terminó sus días en la ciudad del Plata, Santa María del Buen Aire, pasando por Francisco Solano, el ángel de paz en la ciudad de los Reyes y el apóstol de las pampas, o fray Luis Bolaños, el fundador de las reducciones del Paraguay, todos son nombres de esa corona que orla la frente de la orden franciscana, que en este simple ensayo fotográfico os queremos presentar.

¿Antología lírica? No, sencillo retrato de lo que hicieron estos hombres de Cristo por América y por España. Así lo pretende este pobre fraile, que os lo ofrece como un recuerdo y como alegre evocación.

Fray Antolín Abad Pérez, ofm.

Capítulo I

INTRODUCCIÓN

La orden franciscana en el último tercio del siglo xv

En la segunda mitad del siglo xv la orden franciscana en España sufrió una gran transformación; se hallaba dividida en dos familias —conventualidad y observancia— aunque no reconociera más que a un superior mayor, el ministro general.

Los movimientos de reforma, que surgen en las varias regiones —Galicia, Levante y Castilla—, van configurando el mapa de una orden religiosa que busca la unidad, pero en el retorno a las fuentes primarias: fervor en la acción, vida evangélica, oración y ascesis, que fueron sus goznes. Desde el beato Juan de la Puebla, que alzó su eremitorio en Sierra Morena y da lugar a la erección de la Custodia de los Ángeles, en la que nacerá a la vida franciscana el padre Francisco de los Ángeles Quiñones, subiendo por Extremadura, donde aparece la descalcez y enlaza con los eremitorios castellanos de Toledo, Guadalajara, Valladolid y Burgos, la observancia ha invadido las tierras hispanas cual marea incontenible y ha absorbido totalmente a la antigua y, hasta entonces, fuerte y bien asentada conventualidad. De esta manera la orden va estableciendo los cimientos firmes para la gran obra que le espera. Pero es que, además, desde el primer tercio del siglo xv ha sabido volver esta familia por los fueros del primitivo empuje misional y, al tiempo que avanzaba la reconquista del territorio español, ha mandado a sus hijos a las Canarias, y a algunos hasta el Lejano Oriente, como al padre Juan de Vitoria quien rubricó la predicación del Evangelio con su sangre generosa.

Asimismo, va cuajando una nueva organización regular, y de su fuerza expansiva van brotando nuevas provincias, que por su ubicación geográfica serán conocidas con los nombres de los nuevos reinos. De las tres provincias clásicas —Santiago de Galicia, Castilla y Aragón— pasaremos muy pronto a numerar las de la Bética o Andalucía en el Sur; la Concepción en Castilla la Vieja y Cartagena en el sureste; apenas entrado el siglo XVI, toda una pléyade de nuevas instituciones surgirán por el territorio nacional y éstas serán las nodrizas que alimentarán la gesta de España en Indias: la Custodia de Extremadura se llamará muy pronto provincia de San Gabriel y será la madre de las descalzo-alcantarinas, tendrá un peso específico en la empresa misionera de Tierra Firme y, en general, en todos los países de Ultramar.

Realizada esta nueva organización y con su llamada a nueva vida y talante evangélico en el seguimiento de Cristo, la orden franciscana está preparada ya, como la nación española, para la empresa de más alto vuelo.

Los estudios, que habían decaído con el declinar de la escolástica, tendrán pronto sus centros formadores; Sevilla contará con su casa grande y colegio universitario; Alcalá con sus cátedras de Santa María de Jesús y el Colegio Mayor de San Pedro y San Pablo; y Santiago, siempre apoyada en la Universidad de Salamanca, serán los focos que darán a los franciscanos la formación universitaria que les capacitará para llevar al Nuevo Mundo la cultura cristiana y el mensaje salvador.

En esa eclosión del renovado fervor religioso y de la búsqueda de la ciencia, cuando el mundo europeo camina hacia los estados absolutos y el renacimiento cultural español cuaja en la corte y entre las élites insignes de la aristocracia española, los reyes Isabel y Fernando dan cima a la empresa siete veces secular de la reconquista, la orden está preparada y pronta para secundar esos anhelos y sueños hispánicos.

Colón y la Rábida

Fue entonces cuando llegó por tierras del sur andaluz un soñador, que hablaba de otros mundos y de otra ruta para alcanzar el Oriente de las especias. Un día, desfallecido y roto, se dejó caer por el monasterio recoleto de la Rábida y en sus viejos muros fue desgranando el rosario de sus desventuras, pero también el de sus grandes sueños. Allí

encontró acogida para su proyecto y serán aquellos frailes quienes alentarán sus propósitos y le facilitarán el acceso a la corte y la exposición de su teoría: Antonio Marchena, astrólogo y custodio de la custodia sevillana, y fray Juan Pérez, confesor de Isabel, más un tercero desconocido, quien bien pudiera ser el guardián del convento. El padre Antonio de Marchena recogió esas conversaciones entre los frailes y el navegante, y fray Juan Pérez, en su calidad de confesor real, pudieron lograr que se le escuchara en el campamento castellano. Solidario con sus hermanos de hábito, comprendió las razones de Colón y se convirtió en su portavoz.

Sin que nos ocupemos de los trámites y lentas negociaciones, que no son del caso para nuestro fin, cuando éstas se formalizaron y se hicieron las capitulaciones, el padre Juan Pérez puso al servicio de la causa su influjo y autoridad y por ellos, no nos cabe duda, pudieron el Almirante y sus capitanes hacer la recluta de los expedicionarios.

No descartamos ni queremos negar el ascendiente y peso de los hermanos Pinzón para esa convocatoria, pero desde luego la aventura era para desanimar a los más arrojados y sólo la autoridad moral de los frailes pudo ganar la partida contra el miedo a lo desconocido...

Hasta muy recientemente se ha discutido sobre los componentes de la expedición descubridora y se llegó a afirmar que algunos franciscanos de la Rábida acompañaron a los descubridores; hoy ya no lo podemos decir, pues sabemos con precisión quiénes formaron parte en la nómina de los embarcados, que fueron éstos: la carabela *La Niña* iba mandada por Vicente Yáñez; *La Pinta*, comandada por su hermano Martín Alonso Pinzón, y la capitana, *La Santa María*, en la que enarbolaba su estandarte Cristóbal Colón, y en las tres sumaba la tripulación un total aproximado de 130 hombres.

Era viernes, 3 de agosto del año de gracia de 1492, según narra el *Diario* del Almirante. El 11 de octubre avistaban la nueva tierra y al día siguiente tomaban posesión de la misma en nombre de Castilla.

En algunos de sus viajes exploratorios, buscando nuevas tierras, se perdió *La Santa María* y Colón propuso el viaje de retorno a España, a donde, con las tremendas incidencias de todos conocidas llegaron, aunque separadas, *La Niña* y *La Pinta*, ésta capitaneada por Martín Alonso Pinzón, que volvía enfermo. Era el 15 de marzo de 1493. Según todos los datos, pues, ningún religioso figuró en la expedición, que había abierto un camino en el mar proceloso y rompió el misterio del *Non Plus Ultra*.

Capítulo II

HACIA LAS ANTILLAS. SEGUNDO VIAJE DE COLÓN Y PRIMERA EXPEDICIÓN MISIONERA

Cuando disponía Colón su segundo viaje a las recientemente descubiertas tierras, el 29 de mayo de 1493, los Reyes Católicos daban al Almirante una serie de disposiciones e instrucciones y en ellas se le decía que iría acompañado de fray Bernardo Boil y de otros religiosos, los cuales debían ir con él para ayudar a la tarea de evangelización y conversión de aquellos naturales. Asimismo ordenaban al arzobispo de Sevilla y al arcediano, Juan Rodríguez, proveyesen a los dichos religiosos de los mantenimientos necesarios mientras se detenían en Sevilla y para el viaje a Ultramar.

Sea lo que fuere y del valor que se les conceda a las bulas alejandrinas de 1493, por la *Piis Fidelium*, de 25 de julio del mismo año y del mismo papa, se concedía a los miembros de cualquier Instituto licencia para pasar a América con los compañeros que, ya el benedictino Bernardo de Boil o ya los reyes, quisieran escoger; por lo tanto, no necesitarían de la licencia de sus respectivos superiores. Si no podemos fijar taxativamente el número y nombres de los componentes de la expedición, salvados todos los reparos, he aquí la lista más real: Bernardo Boil, jefe de la expedición; Juan Pérez, fraile de la Rábida; Rodrigo Pérez, de la misma comunidad; Juan de la Deule, franciscano borgoñón; Juan Tisin, franciscano francés; Juan Solórzano, mercedario; Juan de Sevilla, mercedario; Juan Infante, mercedario; y Ramón Pané, ermitaño de San Jerónimo, de los que eran sacerdotes todos, con la excepción de Juan de la Deule, Juan Cosín y Ramón Pané. De los dos hermanos flamencos se nos dirá que son «frailes legos, pero personas notables, muy bien sabidos y letrados», según Las Casas. Ellos fueron en realidad quienes llevaron a cabo la obra misional.

Todos ellos se hicieron a la mar el 25 de septiembre de 1493 y arribaron a La Española el 22 de noviembre del mismo año.

Las instrucciones que, a su vez, habían recibido éstos de los reyes eran que «los tales, por mano e industria de los indios que acá vinieron, procuren que sean bien informados de las cosas de nuestra santa fe, pues sabrán y entenderán ya mucho de nuestra lengua».

Sus trabajos apostólicos son muy poco conocidos y las referencias que sobre el particular tenemos nos llegan por la pluma de Hernando Colón, hijo del Almirante, en la vida de su padre el Descubridor. Éste nos dice de fray Juan de la Deule que parece ser el primero que instruyó y bautizó a un indio, a quien impuso el nombre de Juan Mateo, y que después fue el gran catequista de su maestro y de fray Ramón Pané. También parece cierto que ambos misionaron en la región de Macorín, de donde pasaron al norte, permaneciendo dos años escasos en las tierras del cacique Guarionéx. Del otro franciscano, fray Juan Tesin, sólo podemos conjeturar, añade el padre Lino Gómez Canedo, que le ayudó en sus trabajos.

Ante el hecho aquí aludido de la asistencia a las misiones de Ultramar de religiosos franciscanos del país vecino —Francia— podemos aclarar la interrogante, que es de fácil respuesta. En los últimos días de mayo de 1493 se celebró el Capítulo General de la Observancia en Florensac —sur de Francia— y hasta el capítulo llegaron las nuevas del descubrimiento de otras tierras; tal fue el entusiasmo de nuestros religiosos ante el gran acontecimiento, que muchos de ellos solicitaron licencia al vicario general, padre Oliverio de Maillard, para ir a las tierras de Ultramar. Si luego no se concedieron más licencias, fue tal vez por razones de prudencia y de esperar información más precisa y concreta y con ella proceder en consecuencia.

Pero las cosas en La Española no marchaban a gusto de los misioneros; la actitud y conducta del Almirante no eran en verdad dignas de elogio, sino de crítica acre, pero justificada; y la información llegó a la corte castellana, donde se nombró juez pesquisidor a Francisco de Bobadilla el 21 de marzo de 1499: la estrella del Almirante de la mar océana empezó a declinar. Bobadilla, con plenos poderes, pasó allá al año siguiente y con él viajó otra expedición franciscana, en la que, junto al capellán de la flota Alonso del Viso, benedictino, podemos enumerar a los siguientes franciscanos: Francisco Ruiz, secretario de Cisneros; Juan de Robles, Juan de Trasierra, Rodrigo Pé-

rez y Juan de la Deule, más Juan Cosín, que volvían al campo de sus afanes.

La reseña de la misión nos pone sobre ascuas, pues figura en ella nada menos que el secretario de Cisneros, padre Francisco Ruiz, ese frailecico que acompañó al padre Francisco de Cisneros desde sus días de vicario provincial de Castilla, elegido en el convento de San Esteban de los Olmos (Burgos) en 1494.

¿Por qué iban estos frailes y, sobre todo, el padre Ruiz?

Con palabras del biógrafo de Cisneros, padre Quintanilla, podemos responder:

> Aunque había ya ocho años que se habían descubierto las Indias y que se habían hecho diez viajes desde España, los Reyes no tenían más jurisdicción que en la Isla referida de la Española, con una sola fundación, que era una ciudad que se intitulaba la Segunda Isabela o de Santo Domingo, con cuatro o cinco fortines divididos en poco distrito del País; y que en esta ciudad había más de una limitada parroquia, en que sólo los españoles oían misa y se les administraba los Sacramentos, y una sola Casa de la Aduana, porque éramos ya dueños de la isla de Cibao donde se empezaba a labrar alguna plata. Y la razón de tener tan poco era que los viajes que se habían hecho, sólo se ordenaron a descubrir todas las Indias y a andar como mercaderes los mares, de puerto en puerto, vendiendo a los indios los bienes de España, que por exquisitos en aquellas partes y por la poca estimación que hacían de su oro, plata y perlas, un cascabel valía cien escudos. En materia de haber plantado la fe en los corazones de los indios, era muy poco el fruto, pues no sabemos que se hubiesen bautizado más de siete indios (veremos que esto no fue así) que el siervo de Dios catequizó en Barcelona, estando allí la Corte y siendo confesor de la Reina el año de 1493, a 15 de abril, que son los que trujo Colón en el primer viaje, y a la Cacica Doña Catalina, con algunos de su casa, porque Miguel Díaz, español, se casó con ella en el año de 1496. Y aun sabemos que a los indios, ya vasallos nuestros, los tenían como esclavos. Y andaban montaraces huyendo de las extorsiones que les hacían, sin haberles enseñado un Ave María. Y asimismo se sabe que en la Isla Española para correr lo demás de las Indias, eran grandes las contiendas y pleitos que causaba la discordia, y que se había amotinado contra los colonos, donde para averiguar la verdad despacharon los Reyes a 30 de junio de 1499 por pesquisidor Francisco de Bobadilla, que lo hizo tan al revés de lo que entendían

> los Reyes, enviando a Colón preso injustamente, y otros intereses e injusticias, que tenían a los Reyes en gran cuidado y presumían que no llegase a colmo aquel descubrimiento.

Ante estas circunstancias los reyes consultaron el caso con Cisneros y éste ofreció la solución, aconsejando el envío de personas de buena conducta y santas costumbres, para que lo primero que ejecutaran fuera el predicar la doctrina cristiana a los nativos y les hicieran cristianos...

Y es que naturalmente éste era el único justificante de la empresa de ocupación, pues no había otro título que pudiera legitimarla.

El texto aducido es ciertamente largo, pero explica perfectamente lo que ocurría en las tierras descubiertas y las medidas que se tomaron por los reyes y luego por el cardenal Cisneros, ya regente del reino.

Sabemos muy bien que las bulas alejandrinas obligaban a los reyes a proveer de misioneros las nuevas tierras descubiertas y los términos claros de tales concesiones eran los siguientes:

> Os mandamos, dice Alejandro VI, en virtud de santa obediencia, que así como lo prometísteis y no dudamos lo cumpliréis, destinéis a las tierras e islas susodichas varones probos y temerosos de Dios, doctos, instruidos y experimentados, para doctrinar a los dichos indígenas y moradores en la fe católica e imponerles en las buenas costumbres, poniendo toda la diligencia debida en los que hayáis de enviar.

Los reyes, pues, habían de actuar al dictado de tales compromisos adquiridos con el papa; pero además Cisneros había recibido cartas de los que allá pasaron, como los franciscanos Juan de Robles, Juan de Trasierra y Juan de la Deule, quienes habían hecho llegar sus cartas al padre vicario general Maillard, cartas que llevaban la fecha de 12 de octubre de 1500. Y es por esto que volvían a aquellas partes los ya citados padres Robles, Trasierra y Juan de la Deule, más Rodrigo Pérez y nuestro Francisco Ruiz.

Para el viaje de esta expedición se proveyó de todo lo necesario en víveres, así como a sus criados que los acompañaban, con la dieta de 12 maravedís a cada uno por día, e incluso les reservaron seis toneladas de peso para llevar sus útiles.

Su cometido oficial y misionero consistía en informarse de lo que allá estaba ocurriendo y dar la libertad a los indios cautivos esclavizados por los colonizadores. Esta flota, que salió de Sevilla a fines de junio

de 1500, arribó sin novedad a Santo Domingo el 23 de agosto del mismo año.

Si los frutos conseguidos por los tres primeros franciscanos fueron escasos, con la llegada de esta expedición comenzaron a multiplicarse y de esto hallamos información en las cartas de Juan de la Deule, Juan de Robles y Trasierra, dirigidas al cardenal Cisneros, con fecha 12 de octubre del mismo año; enviaron también otra carta al padre Maillard, en la que decían haber recibido el bautismo para entonces más de 1.000 indios. Y es que esa mies se ofrecía prometedora, pero urgía el envío de nuevos operarios.

De esas cartas se hizo portador el padre Ruiz que, como ya dijimos, había sido enviado como informador, pero que ahora volvía enfermo. Con su presencia era el mejor testigo e informador de la situación en las nuevas tierras.

Las cartas a Cisneros lograron que muy pronto se dispusiera nueva barcada y en 1501 ya se hallaba dispuesta la flota: en ella debían embarcar 17 religiosos, 13 sacerdotes y cuatro hermanos legos, bajo la presidencia del padre Alonso de Espinar. He aquí la nómina: Alonso de Espiner, comisario; Bartolomé Turégano, Antonio Carrión, Francisco de Portugal, Antonio de los Mártires, Mateo de Zafra, Pedro de Hornachuelos, Bartolomé de Sevilla, Juan de Hinojosa, Juan de Escalante, Juan Francés y Pedro Francés, sacerdotes; Juan Martín, Lucas Sánchez, Juan Baudín, de Bretaña, y Jerónimo Bernal, hermanos legos.

La flota, compuesta por 32 navíos, zarpó de Sanlúcar el 13 de febrero de 1502; pero una tempestad, que sobrevino a los ocho días de partida, hizo naufragar a la carabela *La Rábida*, en la que viajaban 120 pasajeros, además de los tripulantes. Las 31 naves restantes fueron a atracar a diversos puertos de África occidental y de Canarias, donde se les unió otra en substitución de la perdida y la flota continuó su travesía hacia La Española, adonde llegaban el 15 de abril. Como un pasajero más figuraba entre los expedicionarios el que más tarde sería célebre: Bartolomé de las Casas.

Actuación pastoral y asentamiento de la orden franciscana

No es mucho lo que sabemos, pero de las notas del matalotaje y de la carga embarcada sí podemos deducir que esta misión llevaba el

propósito de asentarse y permanecer. Entre los objetos embarcados figuraban «siete retablos de madera de ciprés»; para la barbería se llevaban seis navajas y para la carpintería «dos sierras grandes con sus armas de madera». Y de esta misión escribirá más tarde Bartolomé de las Casas «fue cuando vino acá la Orden de San Francisco para poblar de propósito».

Su actividad primera debió ser la lucha contra el desorden de los colonizadores y ver el modo de arreglar «los desordenados modos con que vivían algunos, pues fray Antonio de los Mártires hubo de luchar contra los concubinatos». Del conjunto de la acción apostólica se deduce que no fueron baldíos sus trabajos, pues hacia 1503 se fundaba ya la ciudad de Santo Domingo, que después Ovando trasladó a las márgenes del río Ozama, y su principal fundador fue el padre Espinar, quien además colaboró en la fundación del Hospital de la Concepción y de San Nicolás, primer establecimiento de su clase en Indias.

Contando con que irían surgiendo nuevas residencias franciscanas, el vicario general padre Marcial Boulier ordenó se erigiese allí una provincia regular —1502—; esta disposición del vicario general fue reafirmada por el cardenal Cisneros más tarde, por disposición de 29 de marzo de 1504. Ostentaba entonces el cargo de comisario general de los observantes y, en calidad de tal, mandaba se nombrase un vicario provincial en el término de dos meses. Pero un año después (2 de enero de 1505) el propio ministro general, de visita en España, nombraba comisario «*cum plenitudine potestatis in Insulis ab Hispanis noviter repertis*» al padre Juan de Trasierra, medida que puede interpretarse como un intento de afirmar su autoridad en todo el territorio observante, nos explicará el padre Lino Gómez Canedo. Tal vez ninguna de estas disposiciones llegaron a cumplimentarse, pero sí la determinación del capítulo general, celebrado en Laval (Francia) en la fiesta de Pentecostés de 1505, por la que erigió la provincia de Santa Cruz de las Indias, con sede central en la ciudad de Santo Domingo y jurisdicción sobre las islas indianas.

Por esta disposición capitular se autorizaba a los frailes de las Indias a erigir nuevas casas con la sola licencia del obispo de Santo Domingo, facultad que se apoyaba en los privilegios de las órdenes mendicantes, pero que sólo tenía validez en tanto que les llegaba la autorización pontificia.

La nueva provincia así fundada lo era con todos los derechos de las restantes provincias del mundo franciscano y su «Vicario Provincial

tendría voto y voz en los Capítulos generales de la Orden». Otra nota a destacar es que por ella los franciscanos eran los primeros en establecer una organización permanente en el Nuevo Mundo.

El primer vicario provincial de Santa Cruz de La Española parece debió ser el padre Espinar y entre sus inmediatos sucesores contamos a fray Alonso de Mexía, formado en Alcalá a la sombra y bajo la dirección de Cisneros.

Casas y fundaciones

Con tales facultades la nueva provincia adquiere desarrollo apreciable y rápido; de ahí que en 1510 se numeren ya las residencias de la Concepción de la Vega, Santa María de la Vera Paz de Xaraguá, luego trasladada a la Yaguana, ciudad de Santo Domingo, y en las poblaciones mineras de Mejorada de Cartuy y Villa de Buenaventura. Este número parece que se conservó hasta el año de 1532, según las listas oficiales que han sido dadas a conocer.

Expansión en las Antillas y Tierra Firme

Esta expansión, aclarémoslo, no podía realizarse sino con la llegada de nuevos refuerzos misioneros que dieran consistencia a las fundaciones establecidas y les permitiera lanzarse a crear nuevas residencias.

El capítulo de 1508 había de sancionar este despliegue por las Antillas y Tierra Firme al solicitar del rey nuevos operarios para esta novísima viña de Ultramar y fue el padre Antonio de Jaén, quien volvía a su provincia, tras del capítulo, en 1509, con ocho religiosos. Pero hizo más el capítulo de Barcelona por esta provincia antillana al solicitar y establecer que cada provincia observante contribuyera con dos religiosos a la leva misionera; de éstos indudablemente conocemos a los padres Bernardino de Hoces y Juan Alemán, que llegaron en 1509. Y, además, el provincial padre Antonio de Jaén informó al rey sobre las necesidades existentes allá, y el rey ordenó al superior general enviar «religiosos desde las Antillas a otras Islas y comarcas que se han descubierto e hallado». De hecho en 1511, por diciembre, se despachaba nueva misión de 25 religiosos bajo la dirección de fray Diego de Torres, y

en junio del mismo año marchan hacia esas tierras tres franciscanos franceses: fray Remigio de ¿Faulx?, fray Pedro de Arcabandi y fray Guillermo de Podio, que fueron provistos por la Casa de Contratación el 24 de junio.

Cuando llegan estos refuerzos ya se habían creado nuevas residencias en otras partes, como en Jamaica. De los que allá misionaron nos son conocidos fray Juan de la Deule, que murió allí entre 1508-1511; también debió misionar en Nueva Sevilla, en la costa norte de la isla.

En Jamaica los franciscanos permanecieron, según se cree, hasta 1529, año en que los dos últimos pobladores abandonaron la población. Y desde esta fecha no aparecerá un franciscano hasta un siglo después.

Desde las expediciones de 1509 algunos pasaron muy pronto, sin duda, a la costa de Darién, pues allí hubo residencia franciscana, llamada Santa María de Darién, en 1510. Los datos precisos de su permanencia allí son éstos: tres o cuatro frailes en 1513 y seis en 1515. En 1514 se unieron al obispo fray Juan de Quevedo, también franciscano y el primer obispo del Nuevo Mundo, los religiosos fray Pablo de Avilés y fray Pablo de Sepúlveda. El obispo Quevedo solicitó del papa las mismas e iguales facultades que tenían los vicarios generales de la orden para su *Castilla de Oro*, como así era designada la nueva diócesis. Aún en 1524 moraban allí fray Alonso de Escobar, superior de la residencia, y fray Andrés de Valdés.

Por este tiempo se habían establecido ya en la isla de Puerto Rico, al menos desde 1511; el gobernador, atendiendo a las disposiciones reales «con la más diligencia que se pueda se haga en la dicha Isla un monasterio de frailes de San Francisco, porque es Religión y persona de quien se recibe muy buena doctrina e mucha consolación», facilitó su cumplimiento y para ello los religiosos llevaron ornamentos, cálices y campanas para la dicha fundación. Este convento se hallaba en Caparra, primitiva capital de la isla, aunque también es probable que se hubieran ya establecido en la región de Aguada y en San Germán. Tal vez estas residencias fueran abandonadas al trasladar la capital de Puerto y establecerla en el viejo San Juan de hoy. En 1534 existía asimismo un convento en Bayamo y el de Santiago contaba al año siguiente con seis o siete frailes.

Esta es, sintéticamente dicha, la historia de las fundaciones; pero el provincial, fray Pedro Mexía, ya antes de 1526 hubo de llevar a ejecución «el experimento de poner en libertad a los indios de Cuba».

Se produce un vacío en la información y noticias de estas misiones en los años subsiguientes, y sólo en el último tercio del siglo XVI sabemos que «Fr. Alonso Pérez estuvo cuatro años en la Habana y en la Trinidad y en Puerto Príncipe y ha sido Cura y Vicario de la villa de Baracoa»; en Guanabaco habían administrado durante ese tiempo, al menos hasta 1575, y dos años después solicitaban nuestros frailes que se les devolviera esa doctrina. Y valga como aclaración el siguiente comentario: los conventos de Santiago de Cuba y Bayamo formaban parte de la provincia de Santa Cruz de La Española, aunque el de la Habana parece que estuvo bajo la jurisdicción de la provincia de Yucatán y finalmente pasó a la del Santo Evangelio de Méjico; los tres citados conventos fueron agregados en 1603 a la nueva Custodia de Santa Elena de la Florida.

Experimento de Cumaná

Cree el padre Lino Gómez Canedo que ya en 1514 los franciscanos habían podido establecerse en Cumaná, región escogida para el «experimento de conquista pacífica». Los franciscanos veían que su número se iba reforzando de día en día y el cardenal Cisneros, tan interesado en las cosas de América, que en esos años estudiaba el plan de *Misión jeronimita*, consiguió del capítulo general, celebrado en Ruán, que 14 misioneros selectos fueran enviados allende los mares. Era un grupo misionero que debía establecerse en la costa de las Perlas o Tierra Firme; de hecho hacia allá fue dirigida esta misión, que fijó su residencia en Cumaná y Cariaco, donde alcanzaron resultados tangibles.

Otro de los proyectos era la fundación de dos colegios para niños indígenas, de todo lo cual pudo informar a su llegada a España en 1519 el padre Juan Vicent y añadir que contaban ya con dos residencias y sus respectivas iglesias y que en ellas moraban hasta siete religiosos, cuyo superior era el padre Juan Garceto. Alentaban el propósito de levantar cinco residencias más y las correspondientes iglesias, en cada una de las cuales debían morar cuatro religiosos. Ante estos resultados y las excelentes perspectivas que se les ofrecían, el ya citado padre Juan Vicent solicitaba nueva misión de 20 religiosos, los que salieron muy pronto para su destino, pero que no alcanzaron hasta fines de 1519 o principios de 1520.

Desgraciadamente, cuando éstos se hallaban próximos a engrosar el número de los que realizaban la experiencia de «la conquista pacífica», todo había de derrumbarse con la sublevación de los indios, que destruyeron el convento dominico de Chiribiri, y los franciscanos se vieron forzados a abandonar su casa-convento y buscar refugio en la vecina isla de Cubagua. Algunos tornaron a su misión en 1521 y son los que allí encontró ese mismo año Bartolomé de las Casas.

Fue en verdad lamentable esta rebelión de los nativos, porque los franciscanos habían dado rápidos pasos en su proyecto evangelizador, pues contaban con dos residencias y «hasta 40 niños muchachos», que ya sabían la doctrina y servían a la misa con devoción; los religiosos, por su parte, habían estudiado y aprendido el idioma de los nativos, logrando la implantación de árboles frutales y nuevos cultivos, como «naranjos de maravillosas naranjas, viña, hortalizas y melones», de todo lo cual pudo certificar Bartolomé de las Casas. Pero además vio también libros, obras de arte y artesanía, ropas y calzado, utensilios de cocina, herramientas y otras manifestaciones de la cultura europea, «tal vez las primeras que pudieron conocer los nativos de aquellas costas».

Contra viento y marea, bien podemos decirlo, los franciscanos no se desentendieron de esta costa de las Perlas y la prueba concluyente es que en 1531-1532 ya se interesaba por la empresa el padre provincial, fray Antonio de Bilbao, y los oficiales reales de Santo Domingo recibían de la Corona la orden de facilitarle y pagarle un intérprete y de ayudarle para fundar un convento junto a la fortaleza de Cumaná. Parecido interés manifestó en los años 1533-34 el sucesor inmediato de aquél en el gobierno de la provincia, padre Jerónimo de Vergara, quien ya podía servirse de los religiosos llegados de España bajo la dirección del padre Juan de Granada; y a su vez el padre Francisco de Barcience, acabado su provincialato, manifestó deseos de consagrarse a dicha misión. Aún más, el padre Antonio de Cortegana insistía en su gobierno —1541— en la necesidad y urgencia de establecer un convento en Tierra Firme, aunque sólo dos años más tarde lo vemos relacionado con el envío de frailes a dicho paraje.

Balance y resultados

Ahora nos podemos preguntar ¿qué habían aportado a esas nuevas tierras los franciscanos? Por supuesto, respondemos, su espíritu reno-

vado y observante, su sentido fraterno y un ideal: ganarlos para Cristo. Para ello se llevaron consigo en 1516 «diez imágenes de lienzo para seis altares y media docena de gramáticas de Nebrija», es decir, la lengua y la fe. En 1519, con fray Juan Vicente, llevaban cinco cruces de plata, diez cálices de plata, cinco sobredorados, cinco cruces de las de Flandes y 25 de vidrio, cinco aras con sus herraduras, cinco campanas grandes y diez pequeñas, cinco chincharros para pescar y una modesta biblioteca de 77 volúmenes. A fray Alonso de Espinar se le dieron y llevó consigo «2.000 cartillas de leer y escribir»; es decir, que todo nos prueba la voluntad sostenida de establecer misión permanente y una decisión firme de extender la religión y la lengua.

Y ¿qué era para los franciscanos esa tierra lejana? Podemos verificar que los franciscanos se hallaban establecidos, al finalizar el siglo XVI, en las islas principales: Santo Domingo, Cuba, Puerto Rico y Jamaica, pero también en Panamá, en la base de Cubagua, pegada a la costa oriental de Venezuela. Y es por esta razón que Venezuela se convertirá en la base segura y firme de la provincia de Santa Cruz de la Española. También y felizmente estas fundaciones de Cuba e islas adyacentes serán el trampolín de donde saltarán a tierra firme sus continuadores en la empresa misional; allí descansarán los religiosos que crucen el Atlántico, y allí renovarán sus fuerzas para lanzarse a la gran epopeya de la evangelización del continente americano.

Y todo esto hasta el momento en que surja a la vida eclesial y franciscana la provincia del Santo Evangelio de Méjico en 1524.

Han sido unos años de tanteo, de experiencias, de luchas y también de fracasos, a pesar de los frutos recogidos; desde ahora ya saben dónde pueden hallar colaboradores en la evangelización, pero también dónde se encuentran las grandes rémoras.

Bibliografía

Este capítulo se ha elaborado sobre los siguientes estudios:

Aranda y Quintanilla, P. de, ofm., *Archetypo de virtudes, espejo de Prelados, el venerable Padre y siervo de Dios Fr. Francisco Ximénez de Cisneros*, Palermo, 1643. Palabras citadas en las pp. 132-133.

Borges Morán, P., «Primeras expediciones misioneras a América», *Archivo Ibero Americano, AIA*, 27, 1967, pp. 121-123.

Gómez Canedo, L., ofm., *Evangelización y conquista. Experiencia franciscana en Hispanoamérica*, 2.ª ed., México, Editorial Porrúa, 1988.

Ortega, Á., ofm., *La Rábida. Historia documental crítica*, vols. II-III, Sevilla, 1925-1926 (principalmente el vol. II).

Romeu de Armas, A., *La Rábida y el descubrimiento de América*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1968.

Para algunos detalles he consultado el estudio del padre Omaechevarría, I., ofm., «Un plantel de seráfica santidad en las afueras de Burgos. San Esteban de los Olmos (1458-1836)», *AIA*, 10, 1950, pp. 151-393.

Capítulo III

SIGUIENDO A CORTÉS A LA CONQUISTA DEL IMPERIO AZTECA (1519-1523)

En los años 1517-1519 el gran caudillo Hernán Cortés planeó y llevó a cabo su irrupción en el imperio de los aztecas y la consiguiente conquista; pero hombre de armas y del derecho, lo era también de fe. Llevó consigo algunos capellanes, como el presbítero don Juan Díaz, que murió en Tlaxcala, y los franciscanos Diego Altamirano, primo del conquistador, y Pedro Melgarejo. Tanto el uno como el otro permanecieron poco tiempo en Méjico y al lado de Cortés; tal vez sus relaciones no fueron muy cordiales. El padre Melgarejo, a su retorno a España, fue nombrado obispo de Dulcino; no debemos olvidar en modo alguno al ilustre mercedario padre Bartolomé de Olmedo.

Estos primeros capellanes no se distinguieron mucho por su actuación misionera y es que no eran misioneros en el sentido estricto, ya que su cometido era la asistencia a los soldados conquistadores. No obstante alguno se había de unir, aunque por breve tiempo, a la Misión de los Doce Apóstoles, que llevará el padre Martín de Valencia, y hasta tomó parte en la primera junta eclesiástica que se celebró en Méjico.

El problema, pues, de misionar aquel imperio seguía pendiente de respuesta y los primeros que darán el paso con ese fin específico van a ser tres franciscanos flamencos, como les ha conocido la historia.

Resonancia de la conquista en España

La noticia de este acontecimiento, llegada a la corte española, debió alcanzar cotas muy altas de admiración y entusiasmo, pero sobre todo hizo soñar al emperador Carlos I, a quien Hernán Cortés pedía

con todas las fuerzas ayuda espiritual y el envío de misioneros para la nueva viña del Señor. No simplemente debían existir los capellanes que acompañaran a los expedicionarios en sus locas aventuras, que estaban ofreciendo a España nuevos imperios y la extensión de sus dominios, sino que todos ellos debían reconocer a un mismo jefe en lo político y al mismo pontífice en lo espiritual. Por ello, el emperador trazó sus planes inmediatos, ya que su sentido espiritual de la conquista había sido sublimado por dos eminentes franciscanos, el padre Juan Glapión, confesor del César, y Francisco de los Ángeles Quiñones, hijo del conde de Luna, pues ambos gozaban de su amistad y ambos se habían ofrecido ya para la gran empresa. El celo de ambos y su fervor apostólico habían preparado el ambiente para sentar las bases espirituales de la nueva conquista y de la implantación de la iglesia nueva de las Indias. Fueron también ellos los que prepararon la gran expedición, que todos conocemos como la *Misión de los Doce Apóstoles de Méjico*. Pero un suceso, que aparentemente sólo afectaba a la gran familia franciscana española, vino a truncar sus planes: el Capítulo General de Carpi (Italia) eligió como comisario general de la familia ultramontana al padre Quiñones. Abarcaba esta familia a Francia, España y países del lado de acá de los Alpes. Por este nuevo destino el padre Quiñones quedaba apartado totalmente de su proyecto de pasar a Indias, presidiendo una gran misión. A este nombramiento le siguió otro más luctuoso y fue la imprevista muerte del padre Glampión en Valladolid, el 4 de septiembre del mismo año 1522; todo se venía abajo, aunque no las perspectivas de un futuro esperanzador. Carlos I, aconsejado por Quiñones, había obtenido de Adriano VI una bula, en la que se fijaban las normas que debían regular la actividad pontificia y la del emperador español —Zaragoza, 8 de mayo de 1522—. Era la *Omnímoda*. En ella quedaba a salvo la libertad de los misioneros en su actuación frente a los superiores religiosos: éstos no podrían oponerse a la marcha de los voluntarios a aquellas partes. Y los misioneros habían de proceder «en nombre del Rey y de su Consejo».

Pero lo importante de tal bula y de su contenido misional era que todo religioso enviado con autoridad regia tenía, por ella, la misión apostólica en sentido pleno. Debían, pues, los llamados a misión, emprender el camino y la obra evangelizadora a ejemplo de los discípulos de Nuestro Señor Jesucristo.

En estas palabras parece insinuarse el propósito del padre Quiñones de encontrar una salida a sus ansias misioneras y así, algún día, poder él, también, pasar a realizarlas. Sin embargo, éstas se habían de truncar definitivamente cuando el Capítulo General de Burgos —29 de mayo de 1523— elegía ministro general de la orden al padre Francisco de los Ángeles; debió, pues, someterse al yugo de la obediencia y a la voluntad de sus hermanos y súbditos.

Los misioneros flamencos

Ya dijimos algo sobre el ambiente creado entre los observantes ante el anuncio de las nuevas tierras descubiertas por Colón y la respuesta que éstos dieron al ansia de misionar y de convertir a aquellas gentes al cristianismo; serán ahora los flamencos quienes den otro paso adelante.

El día 13 de agosto de 1523 arribaban al imperio azteca tres fervorosos franciscanos, procedentes de dicha región, y que habían ya figurado en los planes de la leva que había estado preparando el padre Quiñones: se trata de los padres Juan Tecto y Juan de Aora y del hermano fray Pedro de Gante, pariente muy próximo del emperador.

Ellos dedicaron sus primeros servicios a la atención de los españoles; pero sus raíces germánicas les dieron muy pronto la línea y tónica de su apostolado y modo de actuar. Tomándolo con calma empezaron por el estudio sostenido y documentado de la lengua de los naturales y, para su mejor logro, montaron seguidamente una escuelita privada en casa de uno de los principales, al tiempo que dispusieron una capillita, privada o semipública. Fue en la ciudad de Texcoco. Los dos sacerdotes se vieron enseguida rebasados por la atención a los soldados de Cortés y rindieron en breve sus vidas al apostolado; tan sólo sobrevivió fray Pedro de Gante, que se unirá a la gran misión de fray Martín de Valencia.

La Misión de los Doce Apóstoles

Era junio de 1524 cuando pisaban tierra azteca estos doce apóstoles, llamados las columnas de la iglesia mejicana; venían presididos por el padre Martín de Valencia y se apoyaban en las facultades de la

Omnímoda de Adriano VI, que les convertía en genuinos misioneros. He aquí sus nombres: fray Martín de Valencia, custodio; fray Francisco de Soto, fray Martín de La Coruña, fray Juan Juárez, fray Antonio de Ciudad Rodrigo, fray Toribio de Benavente, fray García de Cisneros, fray Luis de Fuensalida, fray Juan de Rivas, fray Francisco Jiménez, sacerdotes; fray Juan de Palos y fray Andrés de Córdoba, hermanos legos.

Todos tienen especial renombre, pero apuntamos aquí algunos detalles. Fray Martín de Valencia será el padre, a cuyo espíritu y norma se esforzarán por acomodarse los hijos de la provincia del Santo Evangelio; fray Martín de la Coruña, apóstol particular de Michoacán y Jalisco; fray Juan Juárez, primer apóstol y custodio de los que acompañaron a la expedición de Cabeza de Vaca en 1527. A este misionero lo llaman otros Suárez. Fray Antonio de Ciudad Rodrigo, benemérito de las misiones del sudoeste mejicano; fray Toribio de Benavente, apóstol de la pobreza y de la pluma, que nos regaló con su *Historia de los Indios de la Nueva España* y que sólo a principios de este siglo hemos podido saborear. Finalmente fray García de Cisneros, a cuyos desvelos se debió la fundación de la ciudad de La Puebla.

Recibidos con todo respeto y admiración, pronto pudieron ser abrazados fraternalmente por sus hermanos los misioneros flamencos. Y seguidamente oyeron éstos la pregunta que les hacía el padre Custodio, Martín de Valencia: «¿Qué habéis hecho, hermanos, en estos nueve meses?». El padre Tecto dio la medida de su tacto y sentido misionero al contestar: «Estudiar la Teología que desconoció San Agustín?», y «¿qué Teología es ésta?», volvió a preguntar el padre Martín: «La de la lengua y con la lengua, la vida y costumbres de los indios». Este coloquio bastó para unir a los pioneros de Flandes y a los misioneros de la Misión de los Doce.

Poco tiempo, no obstante, había de durar tan grata compañía, pues de los dos sacerdotes, padres Tecto y Aora, requeridos por Cortés para acompañar a sus tropas a la conquista de las Hibueras, el primero falleció durante la campaña en 1525 y el segundo le siguió poco después en su paso al cielo.

Sólo fray Pedro de Gante había de convivir y participar en la obra misionera de los doce apóstoles, y su labor será la de gran educador y primer activísimo arquitecto, que nos dejó hondas huellas en el primer siglo franciscano y es, sin lugar a dudas, uno de los misioneros más insignes de Méjico.

Capítulo IV

LLEGADA DE FRAY MARTÍN DE VALENCIA Y DE SUS COMPAÑEROS

La llegada de nuestros misioneros a la capital azteca, tras su largo recorrido desde el puerto de amarre y luego el camino hasta la ciudad, debió ir creando en los expedicionarios un mundo de imágenes, un torbellino de ideas, pero también de interrogantes. Se hallaban ya en la tierra de su destino, debían iniciar su ministerio, empezar el desarrollo de su actividad, empezar a sufrir y luchar, pero ¿cómo?

Primeros pasos

Empezaron dando cumplimiento a la norma más sencilla y eficaz: reunir el capítulo, nombrar los cargos de la familia que eran ellos, trazarse un programa de actuación y apostolado y distribuirse las tierras para su evangelización. Y así lo hicieron. Constituyeron cuatro cabeceras para su mejor desenvolvimiento pastoral: Méjico capital; Tlaxcala, Texcoco y Huejotzinco; posteriormente se extenderían hasta Cuernavaca por el sur, y hacia Michoacán por el norponiente.

La discusión sobre métodos entre ellos fue muy variada; el padre Martín, sin embargo, supo situarse en un medio recomendable. Ni mucha exigencia en un principio y menos el rigor, pero tampoco debilidad y paciencia, que demostrara incertidumbre y miedo. Habíase de actuar con firmeza, pero, sobre todo, con amor extremado, con suavidad.

Habían iniciado el contacto con los naturales en los diálogos, mantenidos entre los ancianos del pueblo azteca y nuestros misioneros; les dejaron hablar a aquéllos, escucharon sus dificultades para aceptar nuestra fe cristiana y pudieron verificar que eran montañas de tradición, his-

toria y apego a sus dioses y ritos las que debían salvar. Pudieron utilizar a intérpretes para esos coloquios y podían servirse de los buenos oficios de fray Pedro de Gante, pero no les bastaba: era urgente para él y para ellos el aprendizaje del idioma —la teología de los tres hermanos flamencos— y en ese aprendizaje gastaron los primeros días y meses de su estancia en la capital. También dedicaron las pruebas de su caridad en la asistencia a los españoles y a formar bien su espíritu y fe de cristianos: sin embargo, tan sólo la experiencia podía ser su maestra. Así nos lo explica el padre Jiménez al escribir:

> Luego que al principio de su llegada comenzaron a dar ejemplo, doctrinar, enseñar y predicar y reprender de palabra, por espacio de uno o dos años, no se aprovechaba nada en la fe, fuimos tomando experiencia en la masa de la gente, la cuál, como ajena a todo principio de virtud, que es la fe, no hacía nada por amor, conocimos que por temor venían a hacer virtud.

Para obviar la necesidad de servirse de intérpretes, fueron de mucha ayuda los conocimientos del idioma del pequeño Alonsito, hijo de los españoles, pero a quien el contacto con los nativos y su carácter despierto le abrieron las puertas de muchas familias; además con ese contacto llegó a dominar la lengua mejicana. Por su medio y la atención a las conversaciones de los pequeños, el mezclarse entre ellos y jugar con ellos, fueron familiarizándose con la pronunciación y el acento propios. Así, cuando se intentaron escribir los primeros borradores y elaborar las primeras doctrinas, ya tenían mucho andado y la familiaridad del niño Alonsito fue el último eslabón de esa cadena de esfuerzos y voluntades, que hicieron posibles que el padre Francisco Jiménez escribiera el primer *Vocabulario* y la primera *Gramática* o *Arte*.

Dispersión de los religiosos y su norma apostólica

Acordaba la distribución del territorio entre los doce apóstoles, éstos emprendieron el camino hacia sus destinos. El padre Valencia los despidió con estas palabras: «Id con la bendición de Dios a ganar almas para la Iglesia y el Señor será con vosotros».

Esa distribución fue en verdad muy acertada y se demostró muy eficaz para ellos y para los que habían de llegar tras sus huellas, porque

encontrarían fácilmente un lugar y campo de apostolado dentro de un orden establecido con un claro y sencillo sistema de evangelización.

De Méjico capital salieron en tres grupos: uno que se fue a instalar en Tlaxcala, el otro en Texcoco y el tercero en Juejotzingo; el padre Valencia se quedó en la capital con tres compañeros. Sabemos que el primer superior de Huejotzinco fue el padre Juan Juárez; que para la guardinia de Tlaxcala fue asignado el padre Fuensalida y para la de Texcoco el padre Toribio de Benavente.

Su forma de andar, vivir y proceder fue ésta:

> Andaban descalzos y con pobres hábitos remendados; dormían en el suelo, con un palo o piedra por cabecera. Ellos mismos portaban su zurroncillo en que llevaban el Breviario y algún libro con que predicar, no consintiendo que lo llevaran los indios. Su comida era tortilla, que es el pan de los nativos, hecho de maíz y ají, que llaman allá chile, y capulíes, que son cerezas de tierra, y tunas. Su bebida fue siempre agua pura, porque vino no lo bebían, ni lo que ofrecían querían recibir.

Ésta fue su norma de conducta y ésta pudo ganarles los corazones de los mejicanos. En Tlaxcala es donde primero se anunció el Evangelio pero donde asimismo se sembró con dolor y con lágrimas la sangre —los niños Antonio y Diego, que fueron entregados a los padres dominicos para ayuda como catequistas, y también el pequeño Cristóbal, fueron muertos los tres a palos por los nativos.

Predicar el Evangelio era tratar de eliminar la idolatría, mas el problema estaba en la poligamia y tantas veces también en los europeos, afanosos del oro. Su mal ejemplo anulaba la enseñanza de los misioneros.

Para facilitar el aprendizaje del catecismo, el padre Soto, excelente músico, puso en notas bien rimadas los textos de mejicano y castellano y de este modo los niños lo aprendían musicalmente.

Michoacán se abrió a la verdad del Evangelio por el esplendor de la liturgia, a la que acudían invitados caciques y esclavos, ricos y pobres; la gravedad del rito, la armonía de la liturgia y la belleza de la música impresionaron a los nativos y, sobre todo, el verificar que, frente a los ritos sangrientos de sus mayores, los misioneros presentaban los frutos naturales de la tierra, pan y vino, y eso era lo que ofrecían y lo que predispuso en su favor a todos.

Se hallaba entre esa masa de invitados el rey de Michoacán, Cazonci: con su autoridad y prestigio pudo el padre Martín de La Coruña dirigirse a los oyentes y exponerles el Evangelio; se bautizó el rey y su ejemplo fue el factor determinante del buen éxito de la empresa evangélica.

En Cutliacán el esforzado misionero, sobre las riberas de la laguna Chapala, se encontró con el espectáculo de ser recibido por miles y miles de nativos, cubiertos con el simple *pañete*; allí se daba inhumano culto al dios desconocido, en el que se inmolaban, en sus fiestas, multitud de niños de ambos sexos y de prisioneros. Con toda valentía arremetió contra esa barbarie y supo ganarse la simpatía del príncipe, quien reunió a todos sus ídolos y los arrojó al fondo de la laguna. Su conversión y bautismo fue el enorme detonante; recibió en las aguas regeneradoras el nombre de Andrés Carlos como recuerdo del emperador.

En su apostolado tuvo el padre Francisco de La Coruña por compañeros de fatigas y actividad al primer mártir de Méjico, padre Juan de Padilla, y al santo misionero padre Antonio de Segovia.

Y mientras esto ocurría, el padre Antonio de Ciudad Rodrigo se convirtió en el gran ampliador del campo misional, poniendo a contribución sus dotes de organizador de la cultura para la elevación del indio. Tan efectiva resultó su actuación que el padre Mendieta pudo escribir de él lo siguiente: «Entre los Prelados de esta Provincia el que más cuidado tuvo de enviar ministros a predicar el santo Evangelio por este nuevo mundo fue fray Antonio de Ciudad Rodrigo».

Fray Andrés de Córdoba, a su vez, misionó infatigable por los territorios de Culiacán, Jalisco, Ávalos y Tonatlán o Guadalajara.

El padre Motolinía, asignado a Texcoco, combatió sin tregua la idolatría y sepultó ídolos, soportó toda clase de fatigas en la asistencia a enfermos y necesitados; su labor es múltiple como escritor y predicador. De él se ha dicho, mejor aún, lo dijo él mismo, que bautizó a más de 400.000 nativos. Y como es un preciso cronista y narrador de los hechos por todos ellos protagonizados, podemos seguirle en sus andanzas y trabajos por Cristo. Así podemos leer:

> Ahora es muy de ver a los niños que cada día se bautizan, en especial aquí en Tlaxcala, que cada día hay que bautizar cuatro y cinco veces; y con los que vienen el domingo, hay semanas que se bautizan niños de pila 300, y semanas de 400, otras de 500 con los de una legua a la redonda.

Por su puntualidad en consignar los datos de bautismo, sabemos que:

> En esta Cuaresma pasada de 1536, en la sola provincia de Tepeyacac, dice el Autor se han bautizado por cuenta más de 60.000 (sesenta mil) ánimas, por manera que a mi juicio y verdaderamente serán bautizados en este tiempo que digo, que será quince años, nueve millones (9.000.000) de ánimas de indios.

¿Cómo pudieron lograrse estos frutos, si ya vimos antes la dificultad en aceptar la predicación por el apego a sus tradiciones? Digamos que fueron el método empleado, las circunstancias ambientales, la caridad de fuego de los misioneros y, por supuesto, la acción del espíritu para los que creemos. Veamos la aplicación de esos métodos.

En todos los centros misionales se establecieron escuelas para la instrucción de los niños, con especial atención a los hijos de los caciques; sobre todo fue de particular interés y ejemplo el colegio dirigido por fray Pedro de Gante en la capital con más de 1.000 alumnos nativos. Para la educación de las niñas se trajeron de España algunas religiosas terciarias. El trabajo era agotador, porque los primeros decenios fueron en verdad de conversiones masivas. Con toda razón escribió fray Pedro de Gante, en 1529, que se llevaban ya bautizados más de 200.000 indígenas: hubo día en que bautizaron hasta 14.000. Y fray Martín de Valencia podía afirmar sereno: «Sin exageración hemos bautizado ya más de un millón de indios».

Para la extirpación de la idolatría se sirvieron nuestros misioneros de los niños de los colegios y de los chicos mejor adoctrinados, que recorrían en los días de fiestas los lugares de la región, que estaban bajo la dirección de cada misionero; enseñaban, adoctrinaban, buscaban los ídolos y los destruían. Fue así como, sin pausa, incansables, lograron ese rápido progreso en la evangelización.

Para el año de 1536 el número de bautizados, matizando los datos del padre Motolinía, se elevó a cinco millones y en 1540 sumaban ya los nueve millones, antes apuntados. Cierto que no toda esta obra era exclusiva de los franciscanos, ya que los dominicos habían llegado en 1526, los agustinos en 1533 y alguna modesta aportación debamos conceder a los capellanes militares. Todo ese despliegue había de desembocar en la reorganización de la custodia, que tuvo muy en cuenta el Capítulo General de Niza de 1535, en que ésta era elevada a provincia.

RESUMEN Y BALANCE DE LA MISIÓN-CUSTODIA

Digamos primeramente que todo este despliegue fue posible por la oleada de nuevos operarios, que llegaron a Méjico para ayudar en la obra de evangelización, captados unos en España y muchos en la propia Nueva España, como fueron los escritores Alonso de Molina y Diego Valadés.

La apertura y fundación de las misiones de Yucatán, que se iniciaron en 1534 por fray Jacobo de Testera, quien hizo también la primera incursión por esa zona alejada, fueron asentadas y afirmadas por el padre Villalpando en 1536.

La fundación de las misiones de Guatemala, iniciadas por el padre Motolinía en 1530 al internarse por tierras de Nicaragua, fueron reforzadas por los doce misioneros enviados por el padre Testera en 1541, ampliando de este modo la acción y apostolado del padre Ordóñez, que está considerado como el verdadero fundador de la custodia y luego provincia de Guatemala. Zacatecas, Durango y lugares circunvecinos fueron evangelizados por fray Jerónimo de Mendoza y sus compañeros, de los que cabe destacar a fray Jacinto de San Francisco, conocido cariñosamente por el pueblo como fray Cintos; también a fray Diego de Espinareda. Esta misión alcanzó muy pronto su autonomía al ser declarada custodia, dependiente de la provincia del Santo Evangelio.

En esta etapa dieron asimismo principio las misiones de Tampico, aunque sus orígenes quedan en la penumbra. Fray Andrés de Olmos, el misionero más destacado, hizo allí su primera entrada entre los años 1549 y 1551.

Finalmente se consolidaron las custodias de Yucatán y Guatemala, así como las de Michoacán y Jalisco, que muy en breve serán elevadas a provincias.

Y terminemos este balance de la actuación franciscana y de sus logros en la etapa que se desarrolla entre los años 1524 y 1551, con el informe enviado a Felipe II por los ministros provinciales agustino, dominico y franciscano. En este año, dice el informe, la orden franciscana tiene el doble número de monasterios y de miembros que los otros institutos: 80 conventos frente a los 40 de agustinos y dominicos, y 380 frailes frente a los 210 dominicos y 212 agustinos.

No es extraño que el virrey don Luis de Velasco —1550-1564— elogiara su acción apostólica; pero también serios problemas se ofrecían

para el inmediato futuro y será el propio virrey quien solicitará más misioneros para Nueva España. Las notas que al respecto podemos ofrecer, como garantes de lo que afirmamos, son éstas:

En 1526 eran 12 sacerdotes, un corista y cuatro hermanos.

En 1536 sumaban ya 60 sacerdotes, de los que habían muerto 20 y otros tantos retornaron a España.

En 1542, antes incluso de la gran barcada del padre Jacobo de Testera, formada por 150 frailes, habían llegado a Méjico 171 franciscanos.

Nota final de este ritmo vertiginoso que han alcanzado las misiones en Nueva España la aporta el dato de que también se envió a Lima la primera misión, obra asimismo del padre Testera, y misión que será la base de la implantación de la orden franciscana en Perú y muy pronto obtendrá su reconocimiento oficial al ser elevada a provincia con el título de los Doce Apóstoles de Lima y luego será la madre de todas las que surjan en América del Sur.

Termina así el primer tiempo y etapa de la evangelización en el Nuevo Mundo, sobre todo en Tierra Firme del continente: ha sido la etapa de asentamiento y despliegue, a la que sigue el tiempo de las nuevas provincias en toda América.

Capítulo V

PROVINCIA DEL SANTO EVANGELIO (1535)

PRIMERAS MISIONES

El primer religioso nombrado ministro provincial lo fue el padre Antonio de Ciudad Rodrigo, que se desvivió por elevar el nivel intelectual del pueblo indio y se había constituido en defensor abierto de los desvalidos y maltratados. Este misionero salmantino, como lo expresa su sobrenombre, había sido enviado a España con misión oficial y sus gestiones dieron fruto. Tales prendas descubrió en él Carlos I, que le propuso para obispo de Guadalajara, mas el padre Antonio desestimó el honor que se le hacía, pero en cambio logró llevarse a Méjico, a su regreso, una barcada de 21 religiosos. Electo ministro provincial, favoreció por todos los medios la misión mejicana y supo impulsarla con maestría, consolidando las ya existentes y promoviendo la fundación de la de Yucatán.

Las primeras misiones habían sido, según vimos, las del Anáhuac; por esta razón fueron elevadas a custodias y será entonces cuando cobrarán notable impulso las de Yucatán y Guatemala, al tiempo que se inician las exploraciones por el norte de Nueva España, alargándolas hasta los límites de la Baja California por la audacia y heroísmo de ese mítico caminante, que fue el padre Marcos de Niza.

Para conocimiento de los primeros ensayos y signo de las esperanzas que todos cifraron en ellas, tenemos la hermosa relación del padre Francisco de Bolonia, que nos conservó el padre Civezza, y que al tiempo es una bella descripción de la metodología por todos empleada y que resume así:

> He aquí como procedemos para instruir a los paganos en la fe cristiana. Tenemos Escuelas de niños, en su mayor parte hijos de grandes

señores, quienes nos los entregan para su instrucción; los pequeños enseñan a los mayores y a los restantes indios. En algunos de estos Colegios tenemos mil niños y en otros hasta dos mil, y nosotros les enseñamos a leer, escribir, cantar y tocar instrumentos músicos; les hacemos estudiar, pues tienen mucha facilidad y buena memoria. Todas las noches los religiosos se levantan para cantar Maitines y por el día juntos celebramos la misa y rezo de las Horas Canónicas. Al presente somos muy pocos, ya que apenas llegamos a doscientos y apenas podemos reunirnos tres o cuatro en cada Residencia.

En todo lugar celebramos cantada la Misa, que se hace de esta manera: el sacerdote entona las partes introductorias y los niños la cantan y la acompañan con órganos, arpas, flautas y otros instrumentos con tal belleza y piedad que no creo cristiano alguno lo haya gozado con tal suave armonía y nos parece a todos hallarnos en el cielo...

Segunda etapa de la provincia (1551-1603)

El padre Fidel de Chauvet nos dirá que comprende esta etapa desde la fundación de las cinco provincias, como veremos seguidamente, hasta la erección formal de la de San Francisco de Zacatecas. Debemos, pues, hacer observar que si hasta el presente la misión-provincia de Nueva España ocupaba todo el territorio, a partir de este año de la fundación de las provincias de Guatemala, Michoacán y Yucatán tendrá que desprenderse de inmensos territorios para dar vida a las custodias que esperan su declaración de mayoría de edad. Los territorios que pasan a las nuevas instituciones son Guatemala, Yucatán y Nicaragua y también el que ocupa la Custodia de Jalisco. Pero estas cesiones, si le afectan en lo territorial, en modo alguno se apreciará en lo personal. La provincia ha sabido crear las bases de su abastecimiento buscando vocaciones misioneras en el propio territorio y además no cesan de llegar al campo, de su misión, nuevas barcadas de la metrópoli, España. Por este origen de las vocaciones se van a crear y manifestar con cierto énfasis los puntos de mira de cada uno de ellos: los hispano-mejicanos y los españoles. Son dos grupos, no cabe duda, bien diferenciados y cada uno de ellos puja por el aumento de su peso e importancia. Tanto unos como otros luchan por conservar el dominio y control de cargos y autoridad: los españoles, porque no quieren renunciar a lo que consideran obra de sus esfuerzos; y los criollos, porque ya en este tiempo

se saben mayoría y se creen los llamados a dirigir los destinos de la provincia. Este enfrentamiento se tradujo, como consecuencia lógica, en detrimento y baja de la disciplina, pero no, ciertamente, en la reducción del personal, porque cada grupo buscaba aumentar sus efectivos en ambas orillas del Atlántico. Fue así también como la provincia no perdió su capacidad apostólica al incrementarse las vocaciones.

La misión sobre la que puso el acento la provincia del Santo Evangelio fue la de Zacatecas; al distribuirse el territorio en razón de las nuevas custodias, la última había perdido el convento de Querétaro, que era básico para su desarrollo misional. Comprendiéndolo así, la provincia madre hizo las gestiones oportunas con la Custodia de Jalisco y logró el cambio. Por él la Custodia de Zacatecas pudo contar con ese trampolín para las nuevas empresas y para que volviera a ser el centro de su despliegue misional hacia Nuevo Méjico y su cuartel avanzado para todo el norte mejicano.

Tomando los ministros provinciales del Santo Evangelio a la Custodia de Zacatecas como puente para su propósito de avanzadilla, supo proveerla de excelentes religiosos, a lo que envió a las nuevas exploraciones, que si eran ya en parte conocidas, habían sufrido algún eclipse en los últimos años. Y así en 1581 envió en viaje exploratorio al padre Agustín Rodríguez con dos compañeros, pero su internada en tierra peligrosa se pagó con sus vidas al año siguiente en circunstancias desconocidas. En 1598, para ayuda y servicio espiritual en la entrada a Nuevo Méjico de Juan de Oñate, le asignaron diez franciscanos bajo la dirección del padre Guardián, Alfonso Martínez, a los que se unieron un año más tarde ocho frailes más, y todos ellos iniciaron con eficacia la misión de tan apartadas tierras.

Ya en estos últimos años del siglo XVI los superiores de Méjico dirigirán sus miradas y atención a la región del Tampico, donde pudo organizarse una nueva custodia, que en 1585 contaba con siete conventos o casas-misión.

Otro de los campos, que no sólo no descuidó la provincia mejicana, sino que mereció cuidado especial, fue la misión de la entonces famosa custodia que trataba de crear una misión-modelo y que era la de Cuba y, mejor, La Florida, que seguía bajo su control.

Estos puntos focales de actuación misionera nos prueban su capacidad de atención y servicio y que con el término de la centuria había

planteado bien el estudio y realización de sus proyectos. Había dado vida a nuevas instituciones, sostenía y ayudaba a las ya creadas y, sabedora de su pasado misional, continuaba con su programa de adelantar la evangelización en nuevas tierras. Y es que nobleza obliga.

Aunque no pretendamos adelantar sucesos, vayan aquí las notas de su desarrollo posterior, que siempre es útil conocer.

Año de 1680, la provincia tiene 38 casas y 150 frailes.

Año de 1786, la provincia tiene 25, de las que 12 son conventos, 11 vicarías y 3 misiones...

Bibliografía

Hemos podido elaborar el capítulo con la ayuda de los autores siguientes:

Civezza, M. da, ofm., *Saggio di bibliografia sanfrancescana*, Prato, 1879, pp. 46-49. Es la relación de Francisco de Bolonia, ofm.

Chauvet, F. de J., ofm., *Breve noticia histórica de la seráfica Provincia del Santo Evangelio y estado actual de sus religiosos*, México, D.E., 1966, pp. 12-19.

Gómez Canedo, L., ofm., *Evangelización y conquista...*, ya citada.

López, A., ofm., «Primeros franciscanos de Méjico (Diego Altamirano y Pedro Melgarejo de Urrea)», *AIA*, 13, 1920, pp. 21-28.

——«Los primeros franciscanos en Méjico. Fr. Martín de La Coruña», *AIA*, 14, 1920, pp. 105-111.

——«Vida de Fr. Martín de Valencia, escrita por su compañero Fr. Francisco Jiménez», *AIA*, 26, 1926, pp. 48-83.

Marcos de Niza, ofm., «Relación del Descubrimiento de las siete ciudades», en *Documentos Inéditos de Indias*, III, pp. 325-351.

Capítulo VI

LOS FRANCISCANOS EN GUATEMALA. EN POS DE ALVARADO

Pedro de Alvarado, que salió de Méjico para estas tierras con una tropa hispano-indígena en 1523, logró fundar la ciudad de Santiago de Guatemala tras derrotar a los indios y acometer seguidamente la organización del país. Motolinía nos ha dejado una magnífica descripción de aquella tierra, de su fertilidad y constitución accidentada y volcánica. Sus límites los fijaba Juan López con las palabras siguientes:

> La Provincia, que comúnmente es dicha Guatemala, que es la más principal de las que entran el Distrito de la Audiencia que en ella reside, por la parte del Oriente parte términos con la provincia de Nicaragua por un río, que entra en la bahía de Fonseca, a la ribera del cual está Jerez de la Frontera, que por otro nombre se llama «Chuluteca» y va corriendo al noroeste derecho hacia Tegucigalpa, cerca de donde nace el río della; y desde allí vuelven los confines de la provincia de Guatemala, partiendo términos con la provincia de Honduras, casi noroeste, que se junta con los términos de la Verapaz y Chiapa, volviendo leste oeste al poniente hasta dar con río Jutla, que entra en la Mar del Sur, por donde se divide la provincia de Soconusco; por manera que de largo tendrá, por la costa que va corriendo desde la dicha bahía derecho casi al noroeste, sesenta y cinco o setenta leguas, y menos en algunas partes.

Primeros intentos de asentamiento

Los franciscanos llegaron a Guatemala en 1540, pues a instancias y expensas del obispo don Francisco Marroquín, salieron de la provincia de Santiago de España en 1539 seis religiosos cuyos nombres eran

éstos: fray Alonso de Casaseca o Eras, que hacía de comisario, pero que murió antes de llegar a su destino; fray Diego Ordóñez, fray Gonzalo Méndez, fray Francisco de Bustillo y fray Diego de Alva, sacerdotes; y fray Francisco de Valderas, hermano lego.

El último fue enviado poco después a España y regresó con una misión de 12 frailes «muy religiosos y doctos», como apostilla el padre Mendieta. No fue muy feliz esta barcada, porque muchos murieron en el camino desde Méjico a Guatemala.

Poco después arribó a Méjico el padre Jacobo de Testera con numerosa expedición; había ido a votar en el Capítulo de Mantua (1551) en calidad de custodio del Santo Evangelio y regresaba con el nombramiento de comisario. No están de acuerdo los autores en el número de los misioneros reclutados, pues alguno habla de 150 y otros lo hacen llegar hasta 200.

Dejando a un lado este particular, lo que sí podemos decir de esta misión es que estuvo cuajado de grandes figuras, como el padre Francisco de Toral, que habría de ser el primer obispo efectivo de Yucatán; padre Juan de Béjar, notable por su ardoroso espíritu; padre Andrés de Castro, apóstol de los matlazincas; Lorenzo de Bienvenida y Pedro de Betanzos, esforzados organizadores definitivos de las misiones franciscanas de Yucatán, Nicaragua y Guatemala; pero además el discutido padre Francisco de Bustamante, dos veces provincial y, finalmente, comisario general de Nueva España. Citamos al último, padre Antonio de Huete, religioso verdaderamente virtuoso. Podemos concretar sobre dicha misión que a ésta, de Guatemala, le asignó el padre comisario 24 religiosos. Como primera medida, conocedor de la situación real de esta zona, envió allá al padre Toribio de Benavente con 12 compañeros, entre los que figuraban los ya citados Villalpando, Betanzos y el hermano fray Juan de Herrera.

Muy corta fue la estancia en la misión del padre Motolinía, ya que se dejó caer por la tierra el padre Bartolomé de las Casas con algunos hermanos de hábito y pronto surgieron las dificultades, por lo que nuestro misionero se volvió a Méjico capital, hacia 1552. Como continuaron las dificultades y roces y éstos adquirieron virulencia, el padre Bustamante dio a todos sus súbditos la orden de abandonar la misión y, sino se llevó a efecto, se debió a la intervención del señor obispo.

En 1551 el padre Bustamante se acercó a esta región y reuniendo a los frailes constituyó la custodia, regida hasta el momento por un co-

misario. El Capítulo General de Aquila (1559), a instancias de fray Luis de Fuensalida, formó, con esta custodia y la de Yucatán, una provincia bajo la advocación de San José, régimen que duró hasta el Capítulo General de Valladolid, en que se determinó que la Custodia de Yucatán conservara el título de San José, y la de Guatemala escogiera el del Dulcísimo Nombre de Jesús.

Venciendo contrariedades

Conocieron ambas provincias una etapa de fuego y contradicción en 1569-70 por parte del obispo don Bernardino de Villalpando cuando su número era muy reducido: 20 frailes en ocho conventos. Superada esa mala racha, en 1586 contaba la provincia con 15 conventos que al finalizar el siglo XVI llegaba a 22, si bien eran muy pobres y la gente, encomendada a su cuidado pastoral, poca.

A pesar de todas las contradicciones, la provincia pudo seguir una línea de constante desarrollo, ya que en 1577 les llegó una misión de 21 religiosos, venidos de España, y en 1580 ya esperaban otra de igual número, encabezada por el comisario padre Pedro de Arboleda. Tenemos un preciso informe del estado de la misión en carta al rey del padre Bernardino Pérez, provincial, donde asimismo le presenta la panorámica civil y religiosa de la tierra, que dice así:

> Esta Provincia ha cerca de cuarenta años que se fundó y los religiosos de nuestro P. S. Francisco trabajaron mucho, como a V. M. constará, en doctrinar a los naturales y reducirlos a pueblos y al conocimiento de nuestra santa fe católica y al servicio de V. M. Hubo y ha habido desde el principio y al presente hay religiosos de buena vida y ejemplo y muchos doctos, por ser el trabajo mucho y las necesidades grandes y aun muchas veces, después de grandes trabajos y enfermedades y no tener refrigerio ni con qué curarse, ha padecido esta Provincia mucho trabajo, porque muchos de los dichos religiosos procuraron irse a otras partes para ser socorridos en este menester y necesidad... Tiene esta Provincia muchos años ha una Casa en la ciudad de Guatemala...; comenzó a edificar ahora pocos meses ha una casa y monasterio de nuestra Orden en la villa de la Concepción, pueblo de españoles; en los pueblos que son Atitlán, Tecpanatitlán, Totonicapa y Alonolonge y Quecaltenango, que son pueblos grandes, están comenza-

> dos a edificar los conventos e iglesias, en que los indios naturales oyen misa y ellos han gastado la miseria que han tenido en hacer lo que hasta ahora han hecho...
> Esta Provincia es pequeña en el número de los frailes; en ellos van tomando y toman cada día el hábito algunas personas...

El relato no es más que la expresión del estado de la misión, de los problemas que tenía planteada y de la forma en que los frailes supieron hacer frente a esos problemas y darles solución. Es también la constancia y el talento de los misioneros, que saben meterse en el alma del indio para desde dentro transformarlo. Por otras cartas anteriores, también al rey, del año 1552, le decían que sin participar de la opinión de Su Majestad en cuanto a la enseñanza del castellano a los nativos, sin embargo habían creado tres escuelas en otros tantos conventos; mejor será leer sus palabras:

> ...nos parecía cosa dificultosa enseñar a los indios la lengua de Castilla, por ser ellos tantos y aplicarse mal a ella, por ser nosotros tan pocos...; mandé y señalé tres Casas donde se junten los hijos de los principales y los demás que hubieran de aprender; y señalé preceptores frailes que saben la lengua de los indios, para que les enseñen la lengua de España y a leer y los pongan en buenas costumbres.

Y las noticias aportadas sobre el desarrollo de esos proyectos alegran el alma, ya que los frutos compensan los trabajos y fatigas de los misioneros; dicen así: «Los indios que se juntaron en la Escuela, van ya muy adelante en lo eclesiástico y en escribir y tañer. En la lengua de Castilla más entienden que hablan; poco a poco irán adelante».

Y así fue, porque estos inicios tan duros y difíciles serán los cimientos de la acción franciscana en toda la península del Yucatán con su irradiación por América Central. Han sido los primeros capítulos de una historia que hoy sigue viva...

Bibliografía

Chauvet, F. de J., ofm., «Fray Jacobo de Tastera, misionero y civilización del siglo XVI», *Estudios de Historia Novohispana*, III, 1970, pp. 7-33.

López, A., ofm., «Colecciones Americanas», reseña *AIA*, 21, 1924, pp. 232-249; inserta numerosos documentos relativos a la misión.

Gómez Canedo, L., ofm., «Nuevos documentos para la historia de las Misiones franciscanas en Guatemala durante el siglo XVI», *AIA*, 35, 1932, pp. 554-577.

Pérez, L., ofm., «Franciscanos que fueron a América en 1577», *AIA*, 3, 1915, pp. 120-122; *item, AIA*, 4, 1916, pp. 130-134.

Sánchez, D., ofm., «Carta de Fray Pedro de Betanzos al Rey Don Felipe II», *AIA*, 5, 1916, pp. 365-386.

Capítulo VII

SEGUNDA ETAPA MISIONAL: FUNDACIÓN DE LAS PROVINCIAS EN MÉJICO (1559-1603)

¿Cuál ha sido la norma para la creación de las provincias y cómo se llegó al plan propuesto? Sencillamente todas ellas empezaron como misiones, enviadas desde la provincia madre del Sango Evangelio y que salían en grupos bajo la autoridad de un comisario, que llevaba consigo las facultades apostólicas concedidas a tales conversiones; logradas algunas, inmediatamente se hacían las iglesias para el culto y cuando se juzgaba que eran suficientes para sus necesidades y posterior desarrollo, se las constituía en custodias, sujetas siempre a la provincia madre de Méjico, la que a su vez les concedía mayor autonomía de día en día hasta hacerlas capaces de ser elevadas a provincias. Esta norma sencilla y esta práctica daba lugar a un mayor crecimiento y desarrollo de la misión y de la orden en todo el territorio.

Seguiremos en esta exposición la cronología de tales fundaciones.

Provincia de San José de Yucatán (1559)

En la península de su nombre es donde surgió esta primera provincia, desmembrada de la de los Doce Apóstoles o del Santo Evangelio de Méjico. Había sido evangelizada, según ya dijimos, por el padre Toribio de Benavente, enviado por el padre Testera en 1533; al año siguiente el propio custodio pasó allá llevando consigo varios religiosos, sin lograr fruto alguno, pues la actuación de los soldados españoles fue nefasta, ya que con sus abusos y extorsiones alejaron a los indios y nuestros religiosos se volvieron a Méjico.

Tornan al año siguiente —1536— consiguiendo establecerse; el padre Lorenzo de Bienvenida se internó por los bosques y llegó a descubrir las ruinas del antiguo imperio maya. A su vez el padre Luis de Villalpando estudia el idioma y logra escribir la *Gramática* y *Diccionario* de aquel idioma. Casi solos en la península, los franciscanos escribieron preciosas páginas de heroísmo a lo largo del territorio y su desarrollo fue tal que en 1559 la custodia era elevada a provincia con el nombre de San José de Yucatán, como ya apuntamos anteriormente.

Cuando este acontecimiento se produce, abarca su territorio, además de la península yucatana, Campeche y Quintana Roo, los estados de Chiapas, Guatemala y Honduras, los que seis años más tarde constituirán nueva provincia, que agrupará las provincias civiles de América Central.

Pero dicho tan escuetamente, no precisamos el caminar de la provincia de San José hacia su mayoría de edad; éstos son los hitos.

En 1544 fundan en Valladolid un convento, del que nos dicen que está «honradamente edificado, en el que todas sus piezas son de bóveda, todo de piedra y cal, y una iglesia muy autorizada... A diez leguas de ésta se halla el de Sucupe donde siempre ha habido religiosos; los seglares acuden a él, donde oyen misa y son doctrinados y enseñados». Escuchemos cómo nos los refieren las relaciones de Yucatán:

> En Mérida los vecinos acuden a la doctrina y misa y oficios divinos al monasterio de San Antonio de Ucumal; hay de ordinario tres o cuatro frailes, los cuáles tienen a su cargo la doctrina de dichos pueblos, que todos tienen su iglesia y campanas y ornamentos. Allí misiona el P. Gaspar de Náxera, que es hombre que sabe la lengua de los naturales y sabe muchas antiguallas y cosas curiosas de ella.

Lo mismo nos dirá Juan de Urrutia en 1579 del convento de Valladolid, donde existe convento, iglesia y el culto funciona: «Cada monasterio, amplía Juan Rodríguez, tiene cierta cantidad de pueblos que doctrina y no hay otros partidos; los indios ayudan a oficiar la misa y servir a las iglesias».

El problema que dio lugar a roces por esos años fue el propósito de los franciscanos de eliminar tanto pueblito y juntarlos en poblaciones mayores y más fáciles de asistencia religiosa, pero a los encomenderos no les hizo gracia el proyecto. Sin embargo, en torno a 1585 va-

rios de esos pueblos fueron convertidos en parroquias seculares, quedando tan sólo bajo dirección franciscana 37 de estas reducciones. Esta parcela misional fue, pues, franciscana por sus orígenes, por sus misioneros y también por los primeros obispos, el primero de los cuales es el padre Francisco Toral, quien en carta a Felipe II desde Yucatán, 20-III-1574, manifestaba al rey la tristísima situación de su diócesis por la escasez de ministros y la actuación de la justicia que, en vez de proteger e instruir a los indios, les atormentaban con grandes vejaciones, aunque no dejaba de reconocer que existían ministros probos y personas dignas. Le siguió en el obispado el padre Diego de Landa —1572-79—, quien como misionero desde 1549 se había destacado como ágil y práctico. Siendo guardián de Izabal, en 1553 la región fue castigada por terrible hambre y escasez, y nuestro misionero se mostró modelo de caridad y de previsora prudencia. Construyó el santuario mariano de esta ciudad —Izabal— aprovechando las ruinas de uno de los templos mayas, colocó sobre él la preciosa imagen de Nuestra Señora, que hizo llevar de Guatemala, y la convirtió así en patrona de la península de Yucatán. De sus conocimientos lingüísticos todos nos hablan encarecidamente y alguno dice que «era extrema lengua» y otros «hablaba muy bien la lengua de los naturales». Como protector de los indios, a los que consideró, en todo, iguales a los españoles, en derechos y obligaciones, nos baste saber que tenía en su casa un indígena que sabía gramática y música y era quien defendía a los nativos en sus pleitos. Su cultura maya se tradujo en saber descifrar el alfabeto en jeroglíficos.

El padre Toral escribió con autoridad sobre la misión y decía así:

> Hace diez años que vine a las Indias y estuve diez años en la provincia de Yucatán, donde un Hermano mío fue Obispo. Anduve con él ayudándole en su oficio..., andando a pie, sacando los indios de los montes, que se habían ido a ellos por miedo de los tormentos que les daban sobre los ídolos y halagándoles, los tornamos a traer. Y regalándolos los asentamos y consolamos, que andaban muy inquietos. Los indios son nuevos en la fe y es necesario llevarlos con gran tiento. Yucatán no es tierra donde se pueda sembrar ni en donde hacer estancias ni otras ningunas granjerías para se poder sustentar. (Carta de 22 de noviembre de 1574).

Los religiosos de la provincia continuaron su actividad a lo largo del siglo XVII fundando tres misiones más en el territorio yucateco; en

1624 los indios hizas dieron muerte al padre Diego Delgado y al hermano Juan Enríquez; otro misionero, el padre Juan Orbita, sucumbiría a las fatigas del apostolado en 5 de agosto de 1629.

Bibliografía sobre la provincia de San José de Yucatán

Habig, M., ofm., *Provincia de San José de Yucatán*, 1559.
Landa, D. de, ofm., *Relación de las cosas de Yucatán*, México, Editorial Porrúa, 1959.
Lizana, B. de, ofm., *Historia de Yucatán*, 2.ª ed., México, 1893.
López Cogolludo, D., ofm., *Historia de Yucatán*, 3 vol., México-Campeche, 1955.
También son muy útiles los artículos del capítulo IV.

Provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán (1565)

La evangelización de las tribus independientes situadas al norte y este de los aztecas comenzó cuando la conversión de éstos marchaba viento en popa. Primero se constituyó una custodia, antes de ser elevada a provincia, según la norma general, aunque toda la zona norte de Nueva España pertenecía a la provincia del Santo Evangelio.

Comenzó a misionar por esas partes el padre Martín de La Coruña ya en 1525 y por eso ha pasado a la historia como el apóstol de Michoacán. Sin que esté muy delimitado todo el territorio, sabemos que estaba formado por los estados de Jalisco, Colima, Guanajuato, Querétaro y alrededores. Los doce apóstoles trabajaron de alguna manera en Michoacán y Jalisco durante los años 1523-1531 y podemos citar entre otros al antes nombrado padre Martín de La Coruña, Antonio de Segovia, Jacobo Daciano, Miguel de Bolonia, Juan Badiano, Pedro de las Garrovillas, Antonio de Lisboa y Juan de San Miguel.

Estos últimos fundaron numerosos hospitales para los indios, uno de ellos en Uruapan, y eso, en modo tal, que era difícil encontrar una aldea de 20 ó 30 casas sin alguna de estas instituciones. En destacable el caso del dinamarqués padre Daciano, príncipe en su tierra, pero que al ser invadida por el protestantismo, se hizo franciscano y se vino a Méjico como misionero. Fue el primero en impartir la Comunión a los

nativos tarascos y asimismo luchó denodadamente por la admisión de éstos a las órdenes sagradas. Otro ilustre misionero de esta región lo fue el padre Maturino Gilberti, italiano de Bolonia, aunque perteneciente a la provincia de Aquitania; este ítalo-francés escribió la *Gramática*, *Diccionario*, *Catecismo* y otros trabajos más en la lengua tarasca.

Cuando se eleva a provincia esta custodia —1565— su territorio queda limitado a Jalisco y Michoacán; dos años después los padres Francisco Doncel y Pedro de Burgos fueron bárbaramente asaltados y muertos por los indios en el camino de Méjico a su provincia misionera. Y es que estos nativos, según nos refiere el padre Ocaña en su relación de 1635,

> eran gente muy belicosa y feroz, y la humildad de los hijos de San Francisco los domesticó, de suerte que todos viven con grande perfección y cristiandad y les administran los Sacramentos en su propia lengua con gran caridad en más de treinta conventos e iglesias, maravillosamente fabricadas y adornadas, porque detrás de los misterios de nuestra santa fe católica, les han enseñado también las artes y son también pintores, que tienen sus iglesias maravillosamente pintadas y son preciosísimas y curiosísimas las imágenes, que hacen de pluma muy sutil de unos pajaritos muy chiquitos de varios colores, y los indios disponen tan artificiosamente estas plumas, que forman la imagen que quieren con notable perfección. Asimismo, hacen de escultura maravillosas imágenes y retablos con otras muchas curiosidades; y en lo que más lucen es en la música con que celebran el culto divino tan bien, como se puede desear en toda cristiandad. Pues reducir a esta perfección y notable amor y obediencia a unos indios tan bárbaros y feroces, bien se puede inferir los trabajos que primero pasarían los apostólicos hijos de San Francisco.

Según el informe del padre Diego Muñoz, en 1585, tenía la provincia de Michoacán 21 conventos, 6 en las ciudades de españoles y 15 en las de indios, y esto sin incluir a la Custodia de Jalisco, que el mismo año contaba con 26 casas.

Para adelantar la conversión y disponer siempre de un equipo de misioneros, prestos a las internadas y exploraciones, la provincia de San Pedro y San Pablo creó nueva custodia en la frontera, entre la zona ya cristianizada y la gentilidad, que fue la *Custodia de Santa Catalina de Río Verde*.

No es extraño que el padre Ocaña cante en tonos encendidos y elevados la actuación de los miembros de esta custodia. Se le asignó el territorio difícil de Río Verde

> adonde se han dedicado siempre varones apostólicos y padecidos increibles trabajos y peligros por ser sus habitadores ferocísima y belicosísima gente y tan bárbara que comen carne humana; no tienen asistencia permanente, vagueando por serranías inaccesibles sin dejarse comunicar, pero la perseverancia de los hijos de San Francisco y su paciencia y sufrimientos en tantos trabajos, hambres y cansancios, con la virtud de la divina palabra han hecho tanto fruto, que por estos desiertos han convertido y cada día convierten innumerables almas... Por ser de tanta importancia esta Custodia se gobierna por sí sola, subordinada al Comisario general.

Desde sus inicios sabemos ya bien de los trabajos de sus misioneros; la primera *relación de casas y religiosos* que nos ofrece el padre Muñoz dice así:

Convento de Guadalajara, con cinco religiosos tributarios ..	700 indios
Zacatecas, con tres religiosos	500 indios
Nombre de Dios, con uno sólo, un intérprete	300 indios
Xuchipilán, un uno sólo	1.000 indios
Etzalán, con dos	1.000 indios
Avactlán, con dos religiosos	1.200 indios
Xalisco, con tres religiosos, y	
Autlán, con un religioso, un intérprete	1.500 indios
Izaulán, con un religioso, y un intérprete	1.500 indios
Atoyac, con un religioso	1.600 indios
Izaculco, con un religioso	1.000 indios
Coculán, con dos religiosos	700 indios
Tlaxumulco, con dos religiosos	1.300 indios
Axixic, con un religioso	1.000 indios

El método apostólico seguido era el siguiente:

> En los domingos y fiestas de guardar se hacen juntar los indios en el patio del convento por la mañana y se les enseña la Doctrina en latín y lengua mexicana... Tienen los religiosos un indio maestro en cada convento que enseña a leer, escribir y contar y tañer a todos los mu-

> chachos que se quieren enseñar, y así son ya muy diestros en el canto y música. Tienen gran cuidado los religiosos que en sus conventos e iglesias se cante cada día de fiesta con gran solemnidad de canto de órgano y música de chirimías y flautas, y esto atrae mucho a los indios.

Es la provincia de Michoacán de las mejor documentadas y así se nos escapa muy poco de su origen, progreso y misiones.

Bibliografía sobre la provincia de Michoacán

Habig, M., ofm., «Provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán, 1565», *The Américas*, I, 1944, pp. 227-230. El padre Habig aporta amplia bibliografía sobre el tema.

López, A., ofm., «Misiones o Doctrinas de Jalisco (Méjico) en el siglo XVII», *AIA*, 34, 1931, pp. 481-507.

López, A., ofm., «Misiones o Doctrinas de Michoacán y Jalisco (Méjico) en el siglo XVI (1525-1585)», *AIA*, 18, 1922, pp. 235-279.

Pou y Martí, J. M.ª, ofm., «Estado de la Orden y sus Misiones en el año de 1635», *AIA*, 27, 1928, pp. 341-345.

Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala (1565)

Al tiempo que las provincias del norte mejicano se separaban para formar la anterior de San Pedro y San Pablo, en el sur o América Central tenía principio la de Guatemala, desmembrada de la de Yucatán. Fueron sus primeros apóstoles el padre Motolinía, que ya había hecho un viaje en 1530, recorriendo todo el sur de Méjico —Guatemala, Honduras y Nicaragua— de donde volvió a la capital por las diferencias surgidas con los dominicos y los encomenderos, obligado a dar marcha atrás.

Por segunda vez volvió a recorrer estas tierras el padre Benavente en 1533, pero entonces llevaba la encomienda de crear una custodia, que llevó a cabo. Hay que decir, no obstante, que los auténticos impulsores de la misión por esta tierra fueron el padre Diego Ordóñez y sus compañeros los padres Francisco de Bustillo, Diego Albaque y Gonzalo Méndez, con el hermano Francisco Valderas, los que estuvieron allí de permanente presencia y actividad misioneras. El padre comisario

gastó en esta misión nada menos que 67 años de duro bregar de su larga vida, pues alcanzó a vivir 117. Anotemos también que su labor apostólica debió ser realmente dura, porque el territorio abarcaba «la longitud de más de 250 leguas, sus religiosos estaban sujetos a innumerables calamidades, repentinos y grandes temblores de tierra y a la fiereza de sus habitantes».

Misiones

Desde un principio pertenecieron a esta provincia las misiones de Yucatán —años 1555-65— y en ellas trabajaron sin descanso:

> nada estorba la caridad de Dios y del prójimo en estos apostólicos varones que desde sus principios ha habido y hay en esta santa Provincia, doctrinando innumerables indios que han convertido y traído al gremio de nuestra santa Madre Iglesia, y así son de los que con más respeto veneran las cosas de la Iglesia los más aventajados.

Esto podía escribir el padre Ocaña en 1635, pero es que hallamos su confirmación en testimonios anteriores. Ya en 1575 nos ofrecen una relación de lo más sabrosa e interesante, porque saltan a la luz los nombres de los conventos y frailes moradores, los indios administrados en los diferentes pueblos y lenguas en que los predican —guatemalteca, mexicana, achi, utlalleca, etc.—. Cuidan de los indios milpas y xicaques y para ellos compusieron gramáticas, diccionarios y catecismos; su extensión me impide trasladarla aquí, pero no su resumen final. Éstas son sus palabras:

> Esta es la suma de los conventos —24— de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala, que tiene 162 religiosos, los que administran a 120 pueblos, y el total de indios tributarios suman 17.980; a estos hay que añadir los reservados por edad o por oficios y asistencia a iglesia y coro; y muchachos y muchachas pertenecientes a la Doctrina, con los que el número de almas de dichos pueblos y Doctrinas será de cincuenta mil. Firmado el Obispo Fr. Payo, a 18 de septiembre de 1661 años.

Si el progreso misional fue constante se debe a la perseverancia y tesón de sus miembros, como el padre Pedro de Betanzos, uno de los

primeros consagrados a formar reducciones y levantar iglesias, componer catecismos, gramática y diccionario; el padre Martín Lobo, que fue cosmógrafo, matemático y hasta estudió y predijo muy pronto la obra del canal de Panamá. Asimismo el padre Francisco de Parra, autor de tres diccionarios, que completó la obra del padre Betanzos añadiendo caracteres complementarios para expresar algunos sonidos.

Y para el cultivo de esta viña difícil tampoco faltó el riego de sangre generosa, porque en 1612 los indios xicaques dieron muerte a dos religiosos y en 1623 fueron también sacrificados dos sacerdotes y un hermano. No es, pues, de extrañar que tanto sudor y sangre fertilizaran aquella misión y que luego el éxito pudiera sonreír a misioneros, como los padres Espino, Pedro de Ovalla y Antonio Bercián.

Se nos había dicho insistentemente que las misiones habían sufrido un declive notable y muy acentuado en su marcha evangelizadora a lo largo del siglo XVII y nosotros casi lo habíamos tomado por verdad axiomática y nadie se atrevía a ponerla en discusión. Los estudios modernos van arrumbando esa teoría, ya que los datos que aportan la van dejando sin contenido. Si el siglo XVI supuso la conversión masiva de la zona del Anáhuac, el siglo XVII se caracteriza por la atención a los pueblitos y a la formación de cristiandades ejemplares; además toda esta centuria es una progresión constante en las zonas del norte de Méjico y, sobre todo, ésta de Guatemala.

Nos encontramos, pues, ante un despliegue en zonas difíciles y una atención preferente a estas misiones que están bajo la dirección espiritual de las provincias respectivas. Tanto es así que los estadillos que van llegando a la Comisaría General de Indias, primero en Méjico y luego en Madrid, nos descubren esta panorámica alentadora y estimulante. En 1691 nos dirán que

> en distancia de 150 leguas norte que hay de longitud desde el último pueblo que administra la Religión seráfica en la sierra del Norte, hasta el último de la costa del Sur, que está a su cargo, son 53.766 almas de confesión, de indios naturales, y 680 personas ladinas —españoles, mestizos y mulatos— sin los muchísimos niños y niñas de ocho años abajo, que serán tantas almas en 125 pueblos, entre grandes y pequeños, y en ellos treinta Guardianías, treinta Doctrinas con doctrineros propietarios y colación canónica, y sesenta coadjutores examinados y aprobados en suficiencia de curta y lenguas, y veintitrés sacerdotes simples, que sirven en lo que es de su facultad, en predicar y confesar

> la gente ladina y aprender la lengua de los naturales, con que todos sumados son ciento tres...

Esta provincia de Guatemala ha sido, sin duda, una de las que mejor han informado sus provinciales y de la que felizmente nosotros hemos recibido documentación a lo largo de su historia del siglo XVII y del XVIII. Y nos entusiasma su evangelización en tierras tan dispares en clima, producción, gentes y sus hábitos, modos de vivir y posibilidades de comercio; su aportación cultural también ha sido grande y el legado que nos ha transmitido enorme. Hoy que tan lejos vemos en el tiempo y el espacio, cuando sobre sus tierras se lucha por un mañana mejor, nos obliga a confesar que en sus viejos archivos deben amontonarse los legajos en espera de que algún curioso pueda desvelar mejor su pasado. No queremos dejar el hilo de su historia sin presentar el rosario de fundaciones de sus hijos, que perpetúa su memoria.

Pueblos administrados

Por ello ofreceré aquí unos datos sobre pueblos, situaciones, clima y condiciones naturales de sus habitantes, ya que en verdad es un canto a la región y al carácter de los nativos. Y para ello nada mejor que resumir un capítulo, el XXX del *Tratado* II, pp. 346-352:

> Tengo por sin duda, nos dice el Cronista P. Francisco Vázquez, que con dificultad se hallará en Indios otra Provincia de la Religión, que con tanta amplitud goce de todos temperamentos; y muchos menos en España, donde no sucede haber, en cortas distancias, variedad, y tanta, de temples, caliente, más caliente, templado, frío, más frío y sólo fresco; pasando lo mismo en la humedad y sequedad, combinándose estas cuatro calidades, con tan maravillosa compaginación, que sólo quien lo experimenta, lo puede ponderar...
> 1. *Almolonga* es el primer pueblo —significa Ciudad Vieja— fundado en las vertientes del Volcán del Agua, que mira al norte; es el principal convento con 2 religiosos; tiene de administración seis «pueblecitos» y un barrio de indios, todos de la nación kakchiquel, aunque éstos son mejicanos, originarios de Tlascala y México. Es toda tierra muy fértil y de muchas siembras de maíz, legumbres y frutales, así connaturales como de Castilla.

2. *San Juan de Guatemala* (llamado San Juan del Obispo), también en las vertientes del Volcán, es lugar de tránsito de maderas para edificios; tiene otros siete pueblecitos, uno grande y los otros pequeños. «Toda es tierra de siembra, flores y frutas y los indios, aplicados al trabajo de sus granjerías; de nación kakchiquel, aunque los más entienden el castellano; residen aquí seis franciscanos».
3. *Itzapa*, que dista tres leguas de Guatemala, hacia el nordeste; clima frío, su terruño seco, su situación áspera y barrancosa; el convento, en cambio, es el mejor dispuesto de la Provincia. Atiende a un pueblo numeroso como Visita; todos son kakchiqueles, «grandes trabajadores en labranzas y siembras de maíz, trigo, garbanzos y otras legumbres, y cría de cerdones para tocinos y manteca, que trajinan a la ciudad...».
4. *Patzicía*, a tres leguas del anterior, en la vertiente de los Volcanes de fuego frío y húmedo, «sus tierras son fértiles para trigo y maíz y sus indios dados a la labranza», de raza kakchiquel...
5. *Patzún*, a tres leguas del anterior, de temperamento «excelente, porque es frío sin molestia, muy igual, buenos aires, cielo claro y escombrados horizontes; terruño fertilísimo para trigos y maíces; tiene también trato de tablazones y maderambre y otras granjerías. Es pueblo numeroso y así éste como los dos anteriores están en camino real; el convento es alegre...».
6. *Comolapan*, a cuatro leguas al oriente del anterior; convento grande y de muy buena planta, en tierra llana y muy buenas calles; lengua materna kakchiquel. Sus naturales son muy trabajadores en siembras y otras granjerías...
7. *Tecpán Guatemala*, en su nombre propio *Patinamit*, que significa la Ciudad o Corte, por haberlo sido de los señores caciques, de ahí que sus gentes respiren esa nobleza heredada y su buen juicio; son muy trabajadores en siembras de maíz y trigo, como en tablazones y maderas que llevan a vender a Guatemala; «pero se dan en él muchos duraznos, manzanas, peras, membrillos, damascos y demás frutas de Castilla y algunos nogales de fruto». Tienen un pueblo de Visita...
8. *Santiago Atitlán*, de los más antiguos de la Provincia; de clima templado y saludable, «aunque nocivo a las cabezas». Tiene dos pueblos anejos, de lengua kakchiquel, aunque la principal es la *zutugil* y la alcuña...
9. *San Pedro de la Laguna*, pueblo de indios zutugiles, distante del anterior por agua tres horas, pero, en tiempo de los vientos norte, muy peligrosa la navegación. Tierra muy fértil, como la de toda la circunvalación, con cuatro pueblos anejos, todos de buen temple; sus salidas deben hacerse por agua o por las montañas.

10. *San Francisco Panahachel*, en la parte oriental de la laguna, dista del anterior ocho leguas por agua y más de catorce por tierra; son sus habitantes indios kakchiqueles, y tiene cuatro pueblos adyacentes. Su tierra es fertilísima para todo género de frutas, legumbres, maíz y trigo. Hay un convento, aunque de bajos, muy aseado y bien dispuesto...

11. *Tzololá*, por otro nombre Tecpán Atitlán, es muy antiguo y numerosísimo y el convento muy antiguo y grande, como dispuesto para Casa capitular; fue en su antigüedad señoría, dividido del kakchiquel y alcuña, y hubo en él «indios muy favorecidos de los Reyes de España y muy buenos escritores, así de sus anales y noticias, como libros de canto y de sermones en lengua. Y no ha mucho que murió un indio, que con la pluma copiaba perfectísimamente las estampas más primorosas del Breviario y cualesquiera, por mucha obra que tuviese. Son muy trabajadores en siembras de trigo, maíz y legumbres; muchos de ellos son escultores, loceros, tejedores de colchas y otras granjerías. Su clima es frío, pero no malsano. Tiene cinco pueblos adyacentes...».

12. *San Miguel Totonicapán*, a dos leguas del anterior, situado en tierra fría «y tanto que muchas veces se cuaja el agua en las vasijas»; son indios de raza *keché*, «preciados de su nobleza y muy hombres en lo que emprenden». Su convento es de los más antiguos, pero necesitado ya de reparación, «mas son los indios en general tan pagados de sus antiguallas, que les causa mucha pena deshacer lo que sus mayores hicieron». Son «muy trabajadores en siembras de trigo, maíz, loza, lanas, instrumentos músicos y todo género de curtidos de cuero, muy devotos y aplicados a la iglesia».

13. *San Cristóbal Pahulá*, antiguamente anejo de Totonicapán, a tres leguas de éste, de raza *keché* y tan trabajadores como los anteriores en siembras, lanas, y cría de ganado ovejuno. Tiene cuatro pueblecitos que dependen del convento en su administración y el más distante cuatro leguas...

14. *Quezaltenango*, «el más lúcido y bien plantado de los pueblos, que son a cuidado de la Religión Seráfica; es antiquísimo y la primera iglesia que hubo en este reino el año de 1524, donde batalló el poder del keché, y se cantó la primera victoria por la Iglesia». Se halla al nordeste de Totonicapán. Es frío, pero suave; sus hombres son «grandemente políticos, leídos y trabajadores todos», en siembras, crías de ganado ovejuno y lanas, téjense sayales, estameñas, jerguetas, paños, bayetas y todo lanificio, que mantiene mucho todo el reino. «Tiene cinco pueblos adyacentes y muy lindo temple; convento muy bien dispuesto y alegre...».

15. *Tzamayac*, a doce leguas del anterior hacia el poniente, «de muy agrio camino y cuestas molestísimas, pueblo antiguo de la nación keché y de indios muy aseados y preciados de nobleza». Clima templado, con agua fría que puede beberse todo el año; sus gentes se dedican al cultivo de cacaotales, porque «con el cacao beben, tratan, pagan, compran y trajinan». La Guardianía de este convento tiene dos pueblos de Visita, que «por estar más situados a la marina, son calientes».

16. *San Bartolomé Xuxhitepéquec*, en la antigüedad muy numeroso y cabecera de otros dos, pero al crecer éstos «dejaron a la Madre exhausta» y sólo le quedan vestigios y ruinas; son de nación zutugil. Tiene tres pueblos adyacentes «todos deteriorados en el número de indios para el trabajo, aunque bien poblados de indios e indias ciegos, plaga que ha cundido como contagio en algunos pueblos de la costa, o, por torpeza incorregible de ellos, en sus impías curaciones, o por crueldad holgazana y astucia bestial para no pagar tributo, ni trabajar, viviendo de limosnas que piden en sartas de diez, doce o más...».

17. *San Pablo Xocopilas*, que estuvo antes sometido a la Doctrina de Tzamayac pero que al crecer mucho, se convirtió en Doctrina independiente; clima algún tanto fresco; su trato y negocio es el cultivo de cacaotales...

18. *San Francisco de la Costilla*, cabecera de Doctrina y Guardería, de indios zutugiles, dedicados al cultivo y trato del cacao; no es numeroso, ni tampoco los otros dos pueblitos, que le están anexionados. Clima caliente, aunque no excesivo, pero montuoso el terreno, es abundante en alimañas nocivas, como culebras de varias especies, ponzoñosas, alacranes, arañas y otras sabandijas.

19. *Patulul*, situado en la costa, a cinco leguas del anterior, de temperamento caliente y seco, «donde se padecen más bochornos que en las otras partes de esta costa, aunque no es malsano, porque se suda mucho». Los naturales son de raza kakchiquel, «todos empleados en cacaotales y para lo demás de trabajos muy poco aptos, ni menos aplicados». Tierra fértil para frutas, «pero tampoco faltan alimañas, mosquitos, que hay muchos», tempestades algunas, «pavas y otras aves que llaman *chachas* y algunos tigres, plaga general de toda la costa, que de noche osan llegar hasta el convento, en busca de perrillos, marranos y gallinas». Tiene tres pueblecitos adyacentes. Y en dos de ellos «bastante número de ciegos e hidrópicos, debilitados y macilentos por causa del bestial vicio de comer tierra a que se han avezado, sin que basten sermones, amonestaciones y otros medios que se han aplicado».

20. *Santiago Cotzumaluapan*, de clima caliente y húmedo, a ocho leguas del anterior; era convento de altos y se quemó con toda la iglesia en 1715 y se pasó a la cabecera, Santa Lucía, su Visita, y se está haciendo la iglesia, pero el convento es de paja...
21. *Santa Catalina de Ziquinalá*, que antes fue muy numeroso y hoy está muy deteriorado, porque los indios son dados a la holgazanería, «aunque ni aun para comer trabajan, por la facilidad con que, sin más que cortarlas, tienen las frutas». Tiene adyacentes dos pueblecitos de ciegos, que viven de limosnas, que van a pedir hasta Guatemala, en sartas numerosas.
22. *San Antonio de Acatenangos*, a seis leguas de Guatemala, en las vertientes del Volcán de fuego, hacia el poniente; existe convento, extraviado del Camino Real; temple fresco, pero no así los dos pueblitos anejos o Visitas, que sufren del calor de la costa. Toda es tierra fértil y montuosa, que da buenas cosechas de maíz, fríjoles, legumbres; «es trato usual entre ellos el hacer esteras (acá se llaman *petates*) muy curiosas y de una materia muy a propósito, y criar la enea para ellos. Tienen palos de miel o colmenas, de que se coge muy buena y medicinal; todos son de raza kakchiquel...».
23. *San Juan Alotenango*, como a ocho leguas de Zinquinalá, en el camino real de Guatemala y poco más de dos leguas de la ciudad, está situado «en una cañada que hacen los dos volcanes de Guatemala; por manera que estando en lo interior de la falda del Volcán, llamado del Agua, la iglesia y la plaza, se continúa la población hasta encimarse en la falda del Volcán de Fuego».
«Es el paso y garganta de todos los pueblos de la costa y de mucho comercio en los géneros y *raterías* de la tierra». Temperamento frío y, según el aire que corre, es seco o húmedo, porque es calle real del Sur y desembocadero del Norte. Tierra muy fértil, lo son en especial para el maíz las faldas de los dos volcanes. Venden maderas en Guatemala y hacen con ellas varias labores, como cajas de guerra, tambores, cedazos, harineros; existe otra más ligera, que utilizan para fabricar cajetas para conservas, de que hacen mucho consumo en la Ciudad...»
Todos estos pueblos y guardianías están situados en modo tal, que saliendo de Guatemala por Itzapa, se va dando vuelta por la costa hasta volver al punto de partida, encadenándose unos con otros, sin que haya despoblado entre ellos, ni distancia considerable, pues el pueblo más alejado no se halla a más de cuarenta leguas; pero el terreno es bastante accidentado.
La laguna se salva en una embarcación llamada *Hukú*, madero grueso cavado como una artesa, pero no tan ancho, que la que más tiene,

tiene de ancho una vara y de largo doce o catorce, sin vela ni timón, sólo gobernada por indios remeros con sus palas, a quienes el ejercicio hace experimentados, mas no sabios para prevenir contingencias...

Bibliografía sobre la provincia de Guatemala

Civezza, Marcelino da, ofm., *Saggio di bibliografia*, pp. 391-395; es la Estadística del Obispo Payo...

Gómez Canedo, L., ofm., «Nuevos documentos para la historia de las Misiones de Guatemala durante el siglo xvi», *AIA*, 35, 1932, pp. 554-377.

Habig, M., ofm., «Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala - 1565», *The Americas*, I, 1944, pp. 330-332.

López, A., ofm., «Los Primeros franciscanos en Guatemala», *AIA*, 33, 1930, pp. 422-430.

——«Cédula Real sobre las Misiones de Talamanca (Guatemala)», *AIA*, 6, 1916, pp. 317-321, año 1732.

——«Relación del P. Fr. Nicolás de Lorenzana sobre las Misiones del Colegio de Cristo Crucificado de Guatemala», *AIA*, 7, 1917, pp. 133-143, año 1748.

Pou y Martí, J. M.ª, ofm., «Estado de la Orden, etc.», *AIA*, 27, 1927, pp. 22-23 y 248-249.

Sánchez, D., ofm., *Catálogo de escritores de la Provincia seráfica del Smo. Nombre de Jesús de Guatemala*, Guatemala, 1913.

Vázquez, F., ofm., *Crónica de la Provincia de Guatemala,* 2.ª ed. por Fr. Lázaro Lamadrid, ofm., Guatemala, 1937, a vv.

Provincia de San Jorge de Nicaragua (1965)

Más al sur y desmembrada de la anterior surge ésta en 1575 y ocupará toda la América Central —Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, incluso Panamá, que se ha considerado de la región central hasta 1909.

En 1587 se organizaron las Misiones de Honduras como custodia independiente, llamada de Santa Catalina, que es también conocida por Custodia de Comayagua, adonde

> los religiosos nuestros muestran bien su apostólico celo, así en el colmado fruto que allí cogen de innumerables indios que han convertido ya a nuestra santa fe católica, y cada día más con nuevas conversiones, como también en la grande caridad y paciencia con que sufren infinitos trabajos, así por la aspereza de aquella tierra, como por la ferocidad de sus habitadores. El sitio de estas naciones se llama con su lengua Cumayagua.

Se hallaba esta misión al norte de Guatemala por unas serranías de unas naciones de indios.

Que era en verdad dura la estancia y apostolado entre todas ellas lo declaran la incomodidad, hambre y fatigas que habían de soportar los religiosos, pues la provincia contaba con 17 conventos en 1630, pero distribuidos en una extensión de 150 leguas.

> Tenían por vecinos a los indios necas, donde el P. Alonso de la Calle se internó y los misionó personalmente por espacio de 33 años, arrancando del convento de Quepo, y por su paciencia y caridad les quitó los ídolos y carnicería pública de carne humana que tenían.

Esta presencia fue continuada después por hijos de la misma provincia con gran aceptación y aprovechamiento de estas almas, aunque no sin grandes trabajos y peligros de los religiosos en reducirlos a la fe y a la vida pública, siendo, como eran, tan crueles e indómitos.

No podemos pensar sinceramente que estos resultados fueran fáciles, pues siempre tropezaban con el mismo problema: falta de personal, de personal especializado, la dureza de las condiciones físicas y el peligro constante de los indios. Cuando apenas se había creado la misión, el padre Bienvenida podía informar al rey en los siguientes términos en 1566: «Yo voy con dos compañeros a Costa Rica...; es necesario que V. M. nos provea de una docena de frailes. Ya tenemos lengua, que es lo principal, con que nos entendamos».

En 1571 pueden acusar felizmente que han llegado refuerzos, lo que hace el padre Diego Guillén; es un ritmo consolador verificar esa afluencia de personal a estas misiones y al tiempo que van dando los primeros pasos en firme, pues 20 años después cuentan con intérprete, un indio de la lengua guetar. Pero todo avanza sobre ríos de sangre y dolor. El padre Juan Pizarro, capellán de la expedición de Gaspar de Chinchilla en 1602, la describe gráficamente al decir que «estaba hecha

para pacificar a los indios del Guaymi y que lo hicieron» atravesando la tierra y la serranía de la cordillera, que queda entre la mar del norte y la del sur, «donde padecieron muchos y grandes trabajos, fríos, padeciendo mucha hambre, rompiendo caminos y montañas muy agrias y temerosas».

Simultáneamente a la labor del padre Alonso de la Calle, entre los caníbales borucas, se inició otra entre los fieros talamancas, los que dieron muerte en 1610 a fray Juan de Ortega y en 1627 martirizaron al padre Rodrigo Pérez. Los franciscanos no se amilanaron ni cejaron en sus propósitos y con su acción lenta, pero constante, consiguieron fundar algunas reducciones, que lograrán estabilidad más tarde y así en 1675 labora con fruto destacable entre todos ellos el padre Juan de Matamoros. Y hagamos constar que estos indios talamancas se han manifestado de los más peligrosos y refractarios al trato y vida humana de forma civilizada.

El trabajo misionero de predicación exigía la respuesta en facilitar y disponer libros y doctrinas para su enseñanza y en este campo tampoco se dieron fallos, pues el padre Agustín de Ceballos les escribió un *Arte* y *Doctrina* para confesar indios.

La dispersión de los grupos indios fue, sin duda, una de las mayores dificultades para su captación; sin embargo tenemos noticias que acusan el progreso constante. Un informe de 1648 nos dice que los indios de Moyagua, en el valle del Duy, recibieron el santo Evangelio, que les predicaron durante cinco años los hijos de San Francisco y que allí se fundó después la ciudad de Santiago de Talamanca. El mismo padre Juan de Matamoros nos dirá que ha bautizado a ciento doce indios de las naciones Cavécares, Nucuevas, Cirurus, Chicaguas, Tarique, Tarici, Urinamas y Uraburus, pero aún seguían paganos más de quinientas familias de tales indios. En 1662 el padre Nicolás de Ledesma puede informar que había bautizado muchos indios Urinamas, Sirurus y Moyaguas. A partir de estos años se funda allí el Colegio de Guatemala por los padres Llínaz y compañeros y serán ellos quienes lleven el pesado trabajo de la captación y conversión de todas esas tribus.

Breve nota estadística de conventos y frailes es ésta.

Año de 1680, cuenta la provincia con 12 residencias y 140 frailes.

Año de 1700, acusa ligero ascenso: 148 frailes en 12 residencias.

Año de 1786, se halla en baja: 72 frailes y 11 residencias, pero con 7 vicarías.

BIBLIOGRAFÍA SOBRE LA PROVINCIA DE SAN JORGE

Habig, M., ofm., «Provincia de San Jorge de Nicaragua —1575-1811—», *The Américas*, I, 1944, pp. 332-333.

López, A., ofm., «Colecciones Americanas, reseña con aportación de documentos inéditos», *AIA*, 21, 1924, pp. 236-257.

Pou y Martín, J. M.ª, ofm., «Estado de la Orden franciscana, etc. en 1635, Provincia de San Jorge», *AIA*, 27, 1927, p. 249.

PROVINCIA DE SAN DIEGO DE MÉJICO (1599)

Es la única provincia descalzo-alcantarina fundada en Méjico y fue creada inicialmente como custodia dependiente por los componentes de la famosa Misión del Perdón enviada para Filipinas. Su objetivo era servir de base de subsistencia para la Custodia de San Gregorio con el fin inmediato de descanso durante los viajes de los que iban para Extremo Oriente y volvían de allá con dirección a España. Su territorio, por lo tanto, no estaba delimitado y se instaló en medio de las observantes.

Pero esta custodia, con fines específicos de acogida a los misioneros de Extremo Oriente, pronto dio señales de madurez y desarrollo, por lo que mereció ser elevada a provincia en 1599. Las casas iniciales de San Cosme, San Diego de Méjico, Puebla de los Ángeles, Churubusco y Oaxaca se ampliaron hasta contar con 15 en 1627.

Dedicaron su primera actividad a la predicación y asistencia de los pueblos cristianos. Pero también se emplearon en zonas de frontera y así San Pedro Bautita, entre 1580-83 trabajó entre los pueblos chichimecas durante los años de su estancia en Méjico; pronto asimismo aportó su ayuda a la Misión de Filipinas y a lo largo de su historia envió hasta 44 misioneros a aquellas partes. Apenas declarada provincia, amplió su actividad hasta las minas de Taxco y Pachuca y en 1628 algunos de sus religiosos misioneros por la zona de Nuevo Méjico. Por entonces sus casas se hallan repartidas por Córdoba, Guanajuato, Morelia, Querétaro, Santa Bárbara, Sulteppec, Tacuyaba y Texmelucan. Cuando a fines del siglo XVII y primeros años del XVIII se crean los colegios misioneros, la provincia de San Diego también quiso tener el propio y creó el del mismo nombre en Pachuca que tuvo magnífica intervención misional. Lo notable de esta provincia es que, cuando las otras decaen en

número y actuación, la de San Diego siguió una línea ascendente en su desarrollo y actividad. No es extraño que en 1785 cuente con 14 conventos y 250 frailes y que en torno a los años de la independencia sea la segunda en número y territorio ocupado por sus hijos.

Bibliografía sobre la provincia de San Diego de Méjico

Aunque se cuenta con crónica propia, para los orígenes y primeros años debemos acudir a los trabajos del padre Lorenzo Pérez, ofm., «Orígenes de la Provincia de San Gregorio en Extremo Oriente», publicados en *AIA*, año 1916, tomos 1-6.

Asimismo, Habig, M., ofm., «Provincia de San Diego de Méjico, 1599-1908», *The Américas*, I, 1944, pp. 333-335.

Medina, B. de, ofm., *Crónica de la Prov. de S. Diego*, Méjico, 1682.

Provincia de San Francisco de Zacatecas (1603)

Esta provincia fue creada por religiosos llegados de Jalisco hacia 1548, cuando este territorio pertenecía aún al Santo Evangelio. Se citan como primeros misioneros al padre Jacinto de San Francisco y al padre Jerónimo de Mendoza.

Se extendía por un amplio territorio, que abarcaba la mayor parte de los estados actuales de Méjico, Zacatecas, San Luis de Potosí, Durango, Sinaloa, Chihuagua y Coahuila. Las residencias franciscanas se establecen y fundan en torno a 1562, que son Nombre de Dios y Durango, y la de Topía en 1563; al año siguiente se abrieron las Minas de Saltillo en Coahuila, aunque aquí se fundó más tarde (1582); la última de éstas es algo posterior (1603) en Nuevo León. Hoy es por todos admitido que la ciudad de Nuevo León recibió su nombre del padre Diego o Andrés de la Puebla en 1586.

Como los franciscanos jugaron un cometido tan importante en la fundación de Nueva Vizcaya, esa comarca que forma parte del norte de Nueva Galicia, fue aquí donde la provincia de Zacatecas tuvo uno de sus más heroicos comportamientos; pero su contribución a la obra evangelizadora se fue jalonando con los hitos de sus cruces que recuer-

dan su contribución en sangre. Sabemos que en 1564 cayeron víctimas de su apostolado: los padres Bernardino Cousin, junto a Durango; dos religiosos más el mismo año en Tapia y fray Andrés de la Puebla en 1586. Pero en 1567 habían sufrido martirio cuatro religiosos en Sinaloa, y según se cree, otro más en Saltillo de Cohauila; dos encontraron la muerte, años 1580 y 1582, en Zacatecas y un tercero en Charcas de Potosí en 1586.

El padre Alonso de Oliva, que misionó durante 40 años entre los Conchos y cuya conversión y reducción había logrado, murió en 1612. De su actuación y éxito nos dirá el padre Torquemada que en una de esta misiones tenía bajo su dirección hasta 4.000 catequistas en 1609. Si su ruta había sido un largo vía crucis, lograba finalmente ser elevada a provincia en 1603, pero esta alegría la pagó con creces en vidas humanas, pues el padre Francisco Montero derramaba su sangre generosa en Tamitas (1604); el padre Martín Altamirano, junto a Monterrey, en 1606 y cuatro más ofrendaron su vida, que son: fray Pedro Gutiérrez en 1606, muerto por tepehuanes en Atotonilce; otro más en 1686 y dos en 1704.

Quizás resuma mejor la acción franciscana en estas regiones Luis Navarro García, que los hace en estos términos:

> Los primeros en penetrar en el territorio de las provincias internas fueron los franciscanos, quienes desde Zacatecas pasaban a establecerse en 1555 en Nombre de Dios, y aquí se formó la Custodia, que agrupaba los conventos de Durango (1563), Topía, El Valle de San Bartolomé (1564) y San Juan del Río (1568); en los años 1584 y 1588 se fundaban las Misiones de San Juan y San Francisco en Mezquital. Desde Nombre de Dios pasaron a Saltillo (1599), y por el río Aguanaval, a Cuencamer (1593). Y en todas esas poblaciones precedió la acción franciscana a la de los colonizadores o mineros. Pronto aparecen nuevas fundaciones, como la de San Francisco de Conchos en 1604, y más al Norte, en la región de Nayarit, San Bartolomé y Guazanota.
>
> Y la acción franciscana no decae, sino que toma nuevo vigor por la región de Zacatecas y San Luis de Potosí y de modo especial en Nueva Vizcaya, en las proximidades de Durango, Cuenca alta del Conchos, donde tuvo lugar la erección del Parral, en 1612.
>
> Simultáneamente se forma otro núcleo misional más al norte, Nuevo México, que nos recuerda la gran aventura de fray Marcos de Niza.

Cuando en 1606 Nuevo México se convierte en provincia de Misión, los franciscanos aumentan de número y fervor misionero; así en 1622 cuentan ya con 18 sacerdotes y seis Hermanos y los indios bautizados suman casi 20.000.
Toda esa acción conjunta se extiende hacia el Río Grande, hacia el Oeste, en la región del Moqui; más adelante cristalizará en la fundación de la misión de Nuestra Señora de Guadalupe del Paso, a orillas del Río Grande, el 8 de diciembre de 1669. Esta fundación será el embrión del segundo núcleo colonizador de Nuevo México, termina Navarro García. Fray Juan de Tapia nos legó hermosa relación de sus andanzas a través de Sinaloa y, según Mendieta, bautizó 10.000 indios, coronando su vida heroica con el martirio en 1564; poco después moría del mismo modo el hermano fray Lucas, primer compañero de Padilla, el protomártir.

El siglo XVIII aporta nuevos datos a esta evangelización y es el cronista padre Arlegui quien afirma que los frailes de Zacatecas bautizaron a más de 10.000 indios en el Norte de Méjico por los años de 1737.

Después de estos episodios misioneros, que compartieron con los padres jesuitas, juntando fatigas y sudores, conocieron días tristes, ya que los jesuitas fueron extrañados del territorio mejicano y de sus misiones, levantadas con tanta contribución de sangre; las misiones de la Laguna de Parras fueron entregadas al clero secular, que estaban formadas por 11 pueblos de indios y 4 de cristianos, que se hallaban en la frontera de Coahuila y Durango, y a los seis años nada quedaba de todo ese conjunto cristianizado, pues los indios escaparon a las montañas. Entonces se hicieron cargo de ese trabajo los franciscanos y se dedicaron a recoger a los indios dispersos y juntarlos nuevamente en poblados o reducciones.

Como índice de su desarrollo y número aquí van estos datos:

En 1680 sumaban los religiosos 180 y 31 las casas.

En 1687 tenían a su cargo 34 pueblos indios.

En 1700 los religiosos eran 184 y 42 los conventos.

En 1786 sumaban los religiosos 137 y 46 las casas, que se descomponían en 12 conventos, 7 vicarías y 11 residencias.

En 1825, año en que se fusionaron ésta y la de Jalisco, sumaban entre las dos 157 religiosos distribuidos en 11 residencias.

Bibliografía sobre la provincia de San Francisco de Zacatecas

Arlegui, J., ofm., *Crónica de la Provincia de N.P.S. Francisco de Zacatecas*, Méjico, 1737; es la que he manejado yo..., aunque hay ediciones modernas.

Habig, M., ofm., «La Provincia de San Francisco de Zacatecas, 1603-1908», *The Américas*, I, 1944, pp. 335-337.

Navarro García, L., «José García de Gálvez y la Comandancia general de las provincias internas del Norte de Nueva España», Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1964, pp. 12-14.

Pou y Martí, J. M.ª, ofm., «La Provincia de San Francisco de Zacatecas en Estado de la Orden Franciscana en 1635», *AIA*, 27, 1927, pp. 246-248, para el siglo XVIII.

Provincia de Santiago de Jalisco (1606)

Aunque la actuación franciscana empezó muy pronto por esta región, sin embargo la misión no se organizó como provincia independiente hasta 1606. Ya sabemos que en sus orígenes la provincia de Jalisco formaba parte de la de Michoacán y que los religiosos del Santo Evangelio misionaron ambas regiones como única parcela. Fray Martín de La Coruña, no sólo actuó en Michoacán, sino también en Jalisco; fray Antonio de Segovia, que dedicó 40 años de su vida a esta región, fue muy amado de los nativos y merecidamente se granjeó el título de apóstol de Jalisco. Y fray Juan de Padilla, el protomártir de Estados Unidos, fue asimismo uno de los pioneros en esta evangelización.

Primeros mártires

En 1541 se produjo la rebelión de los indios de Jalisco, provocada por las tropelías de Guzmán, y durante ella fue muerto el hermano Juan Calero, de la residencia de Etzalán, en las montañas de Tequila —10 de julio del mismo año—; el 10 de agosto moría otro religioso en las cercanías de la misma residencia y dos más fueron martirizados en Guainamotas de Jalisco en 1585. Por esos años nuestros religiosos se lanzaron a la conversión de los indios Coras, Tepehuanes, Cheles y Guai-

namotas, tribus salvajes, entre las que se fatigaron mucho, siendo los primeros que intentaron la penetración en su territorio, donde habitaban estos indígenas; supieron reunirlos en pueblos, enseñarles las verdades cristianas y librándolos de los vicios que los tenían en abyecta degradación. El padre Francisco del Barrio, bien solo o bien acompañado, hizo varias entradas a los Guainamotas y logró agrupar a varios de ellos en pueblos, fundando el de Navita.

Allí gastó cuatro años de apostolado duro. Después se pasó a los indios guisares y con su palabra persuasiva logró sacarlos de allí y llevárselos al valle de Huaximic, donde los instruyó y levantó para ellos su iglesia; le acompañó en esta tarea el padre Miguel de Uranzu. Estos trabajos se desarrollaron en los últimos años del siglo XVI y primeros del XVII. Posteriormente, años 1605-1606, acompañado del padre Pedro Gutiérrez, pretendió sacar a los Guainamotas de las serranías y llevarlos a tierra de paz, pero estuvieron en peligro de ser asesinados. En 1607 el padre Gutiérrez se fue al pueblo de Ayotuxpan, vecino al valle de los Coras, recorrió sus serranías y pudo congregar en un pueblo a 60 familias. Electo ministro provincial el padre Barrio, no se dejó su apostolado entre esas tribus, sino que atendió de modo especial a la Chele, muchas de cuyas familias habían sido evangelizadas por el padre Miguel de Uranzu. Tuvieron como socios y compañeros en estos trabajos a los padres Alonso Sánchez Prieto y Pedro Gutiérrez, quienes se las ingeniaron para fundar algunos pueblos entre los cheles, que vivían en las serranías. Debemos aclarar que los indios guainamotas, que fueron los que dieron muerte al padre Andrés de Ayala, se vieron tras de este martirio muy acosados por los indios comarcanos, coras, cayahuecos, tecuares y visuritas y entonces solicitaron con empeño la presencia de los misioneros; en un principio se pensó en que se hicieran cargo de su evangelización los jesuitas, pero al no llegar a un acuerdo con la Audiencia, fueron los franciscanos quienes recibieron la encomienda.

Antes de la erección de la Custodia de Michoacán en provincia, año de 1565, se elevó a custodia la misión y fue electo primer custodio el padre Antonio de Segovia y por esta reorganización ambos territorios, Jalisco y Michoacán, quedaron bajo la dependencia de la misma provincia hasta 1606. Por la relación de Muñoz sabemos que en 1685 contaba con 26 residencias, 6 de ellas en ciudades de españoles y las otras 20 en pueblos de indios solamente.

El padre Ocaña en su relación de 1635 destaca los nombres de fray Diego Luciano, que alcanzó la respetable edad de 80 años; fray Diego Serrano, muerto en 1629, y fray Francisco de la Fuente, que convirtió a numerosos salvajes y que rendía su alma al Señor en 1630.

Campos misionales posteriores de la provincia

Misiones en Coahuila

El apostolado entre los indios del norte de Méjico, Cohauila, en la frontera de Texas, no se inició antes de 1670, pero sólo en el siglo XVIII es cuando en verdad se produjo el avance firme, que llevó al notable desarrollo de estas misiones y que obligó a entregarlas al clero secular, quedando bajo la dirección franciscana tan sólo siete pueblos, como lo veremos más adelante.

El misionero que se ocupó en esta tarea es el padre Juan de Larios en los años primeros del esfuerzo por llevar los indios a vida civilizada.

Misiones de Nayarit

Al ser expulsados los jesuitas en 1767 dos de sus distritos misioneros fueron confiados a los franciscanos de Jalisco; la primera fue ésta de Nayarit al nordeste, que incluía, no sólo a Nayarit, sino también cinco pueblos junto a la provincia de Tepic. Los franciscanos habían luchado por la conversión de estos indios en los años 1635, 1709 y 1711, pero nada consiguieron. Sometidos finalmente por los militares, pudieron establecerse allí los jesuitas, creando algunos puestos misioneros, que son los que recibieron después los franciscanos.

Misiones de Sonora

El segundo distrito jesuita, entregado a los franciscanos, fue el que estaba enclavado en el sureste de Sonora, que comprendía la Pimería Alta y la Pimería Baja, así como la zona norte de Sonora, que incluía al sur de Arizona, como entonces era conocido, y que se convirtió más tarde en Misión del Colegio de Querétaro. Sin embargo, este colegio cedió las ocho misiones de la Pimería Alta a los frailes de Jalisco, en

tanto que los del Colegio se fueron a ocupar las misiones del sureste de Sonora.

Custodia de San Carlos

En 1783 las misiones de Sonora, incluyendo las del Colegio de Querétaro en la Pimería Alta, se agruparon para formar la Custodia de San Carlos de Sonora, pero fue una solución que no aportó fruto alguno y a la muerte del obispo, Monseñor Antonio de los Reyes, que la había patrocinado, fue disuelta, volviendo al orden preexistente, como veremos luego al hablar de California.

La estadística aporta datos concretos del desarrollo de la provincia, que se reducen a los siguientes:

En 1680 cuenta con 179 frailes en 36 conventos.

En 1700 suma 187 frailes y 40 conventos.

En 1786 son 157 frailes y 50 casas, que se desglosan de esta forma: 12 conventos, 10 vicarías y 28 misiones.

En 1825 ha descendido a 133 religiosos y 7 conventos.

Bibliografía sobre la provincia de Santiago de Jalisco

Habig, M., ofm., «Provincia de Santiago de Jalisco, 1606», *The Américas*, I, 1944, pp. 337-341.

López, A., ofm., «Los indios coras, tepehuanes, cheles y guainamotas (Méjico)», *AIA*, 34, 1931, pp. 341-370.

Pou y Martí, J. M.ª, ofm., «Estado de la Orden franciscana en 1635», *AIA*, 27, 1927, pp. 244-248.

Tello, A., ofm., *Crónica Miscelánea de la Santa Provincia de Xalisco*, Guadalajara, Méjico, 1891.

Provincia de Santa Elena de la Florida (1611)

Los franciscanos acompañaron ya a Narváez en 1528, y a Soto en 1539, en sus expediciones a la Florida; mas los primeros en iniciar seriamente el apostolado en aquella tierra, que comprendía toda la parte sudeste de la Florida española, fueron los padres Alonso de Reinoso y

Francisco Marrón, que llegaron allá en 1573 y se asentaron en Santa Elena, sobre la costa de lo que ahora es Carolina del Sur.

Otros franciscanos llegaron en 1584, en 1588 y en 1595. Esta última tiene particular relevancia y se la conoce como la Misión de 12 apóstoles floridanos, que a las órdenes de fray Juan de Silva hacían su entrada el 23 de septiembre de ese año. Sus nombres han sido cantados en el poema del padre Escobedo y son éstos: fray Miguel Arias de Añón, fray Pedro Fernández de Chozas, fray Pedro de Auñón, fray Blas de Montes, fray Pedro de Villegas o Viniegra, fray Francisco Bermejo, fray Francisco Pareja, fray Pedro de Ávila, fray Francisco de Veráscula, fray Pedro de San Gregorio, fray Pedro Ruiz y fray Francisco de Bonilla. La llegada de estos 12 religiosos significaba un refuerzo notable para las difíciles y jóvenes cristiandades de la Florida. El recibimiento, que se les tributó, recordaba al que dio Hernán Cortés a los 12 de Méjico, pues el gobernador les hizo particular reverencia «besándoles las manos e hincándose de rodillas a los pies de los religiosos delante de los naturales, el cual buen ejemplo fue causa de que los naturales los tuviesen más veneración de que hasta aquí los habían tenido, pareciéndoles a los dichos naturales que eran dioses en la tierra». Y fue entonces, más bien un poco antes, cuando esta misión comenzó a formar la custodia dependiente del Santo Evangelio de Méjico, que en el capítulo general de 1606 fue agregada a la de Santa Cruz de La Española en Cuba, la cual perteneció primeramente a la Custodia de Caracas en 1565 y a la provincia de Venezuela en 1585, con la Custodia de la Florida, pero que no tuvo efecto canónico-regular hasta el capítulo de Roma de 1611, en que la Custodia de la Florida-Cuba adquirió el título de provincia, siendo por esta razón la primera que se fundó en los Estados Unidos de América.

Grupos de indígenas evangelizados

Aquellas tierras eran completamente nuevas para los predicadores del Evangelio. Tenían que empezar por aprender idiomas extraños o valerse en un principio de intérpretes o *atequis* que les sirvieran de intermediarios. Pronto uno de ellos, padre Francisco de Pareja, había de distinguirse por sus estudios en lengua timucuana, la más extendida entre los indios floridanos. La población indígena estaba integrada por diver-

sas tribus, entre otras, las de timucuas, potanos, yamasis, salchiches, satuhibas, seminolas, creeks, yuchis y apalaches; cada una de ellas tenía al frente a un cacique, un *atimocua*. Iban completamente desnudos con el cabello echado sobre las espaldas. Con esta panorámica comenzaron su apostolado y las primeras impresiones parecían esperanzadoras; los misioneros habían sido repartidos por los pueblos de las provincias de Timucua, Gaulé y Aguadulce; otros fueron destinados a pueblos que ya habían tenido misioneros, a petición de los propios indígenas.

En 1597 tres exploradores españoles iniciaron un viaje de descubierta, invirtieron ocho días de camino y al fin pudieron llegar a Tama, donde hallaron algunos indios, a los que ganaron con dádivas..., pero si habían alimentado esperanzas nuestros religiosos en conseguir frutos, pronto se desvanecerían, pues en el mismo año, en la revuelta de Guales, un jefe indio apóstata, que se hizo seguir por una turba de furiosos indios, dio muerte a cuatro de los misioneros con fray Pedro de Corpa, destruyendo la misión de lo que hoy es Georgia. Son los mártires cantados en el poema de la Florida. Los religiosos no se amilanaron ante la desgracia y con nuevos bríos, en poco tiempo lograron reconstruir las misiones y hacer nuevas fundaciones en Timucua y Potano.

En 1633 se extendieron a la región apalache, oeste de la Florida. El testimonio de ese desarrollo nos lo ofrece la estadística, ya que la relación de 1637 nos ofrecía el siguiente resultado: 44 misiones-doctrinas y más de 30.000 indios cristianos, atendidos por 35 religiosos.

En las misiones de los apalaches en los años sucesivos hubieron de dar su tributo de sangre, pues tres franciscanos fueron muertos en 1647 y, lo que es peor, una revuelta en 1657 arruinó las misiones y los religiosos se vieron obligados a abandonar la Florida y salir para Cuba. Nuevamente debían empezar, que es el destino y la norma para toda evangelización, y ahora sí el futuro se ofreció más esperanzador. Se fundó en Apalachinola y en 1680 sumaban 14 las doctrinas. Pero siempre se avanza con sangre y sudor y en 1697 el padre Luis Sánchez era martirizado por los indios de la misión, abierta en el sur de San Agustín.

La invasión inglesa de 1704 fue la ruina definitiva de estas misiones, pues cinco franciscanos perdieron la vida y gradualmente estas misiones, tan florecientes, fueron decayendo hasta su total extinción. Cuando en 1763 los ingleses de la Florida ocuparon todo el territorio, los misioneros, despojados de sus casas y doctrinas, perdido el convento de San Agustín, cabeza de las mismas, que los invasores convirtieron

en cuartel general de las tropas británicas, nuevamente se acogieron a su Casa Madre de Cuba. Y, sin embargo, no fue toda esa desgracia acumulada la muerte de la provincia, pero la Florida pagó su precio, aunque quedara como ejemplo y poema bello de una gesta inacabada. Sus miembros continuaron bajo otros soles y meridianos laborando por el reino de Dios.

He aquí la estadística, resumen de su historia.

En 1680 sumaba el personal: 90 frailes y 11 residencias.

En 1700 sumaba el personal: 99 frailes y 18 residencias.

En 1786 sumaba el personal: 189 frailes y 7 residencias.

Fundaciones y alternativas

Recordada así la gesta del poema floridano parece muy simple, pero la acción franciscana se ofreció en esa tierra como ejemplo de lo que es la evangelización con todos sus matices y alternativas. He aquí una lista de conventos y doctrinas, que nos ofrecen la cara o doble rostro de todo su constante sufrir, trabajar y morir.

Sabemos que los franciscanos se establecieron en la Florida en 1573 y que su primera estación misional lo fue Santa Elena de Carolina del Sur. Contamos con la lista de 1596 y en ella se nos dice que el primer convento o casa central de la nueva misión era San Agustín y que éste dirigía la acción misionera de las siguientes casas: Nombre de Dios, el sucesor del anterior al cerrarse éste; San Juan del Puerto, sobre el río de San Juan (Florida); San Pedro, en la Isla de Cumberland (Georgia); Tolomato (Georgia); Isla de Santa Catalina, Isla de Guale (Georgia); Tupiki (Georgia); Ospo (Georgia); Asao (Georgia); Ibi, nueva misión con otra en Georgia de Florida; Timucua, cinco leguas adentro. Todas estas misiones fueron visitadas por el padre Baltasar López el mismo año de 1596, pero fueron destruidas en la revuelta de 1597, con la excepción de San Pedro.

En el informe de 1602 nos aportan los nombres de los cuatro conventros, pueblos y gentes que administraban, que son:

San Agustín, cabecera de la misión.

Nombre de Dios, del que dependían Soloy, Capuaca y Piliaca, que sumaban 200 cristianos, atendidos por el padre Pedro Bermejo.

San Juan del Puerto, al que estaban sometidos los pueblos de Vera Cruz, Arratabao, Niojo, Potaya, San Mateo, San Pablo, Hicacharisco, Chinisca y Carabay, misionados por el padre Francisco Pareja, que atendía a 500 nativos...

San Pedro, con los anejos de Santo Domingo, Santa María de Sena; entre ambas misiones sumaban 390 cristianos. San Antonio contaba con 30; Chicafayo, en torno a los 40; Coticuni, 3...

Ica y Potano sumados hacían el número de 19 y bastantes catecúmenos.

El número total, pues, del distrito subía a los 792 cristianos que estaban atendidos por seis misioneros; además tenían algunos en Río Dulce, pueblos de San Sebastián, Moloa, Antoñico, Tocopy y San Julián.

Cuando el padre Martín Prieto visita en 1607 la misión, los cristianos sumaban ya los 4.000 en Florida y Georgia.

Valoración total de la acción franciscana en la Florida y Georgia

Ha sido una autora moderna, Isabel Arenas Frutos, la que nos dirá que la actuación franciscana en estas partes no fue todo lo brillante que se pretendía por las causas aludidas de las rebeliones, invasiones y hostilidad de sus gentes. No lograron los misioneros los grandes ideales religiosos que se persiguieron, pero sentaron las bases para la actuación posterior.

Con respecto a los indígenas intentaron la asimilación de los esquemas europeos, enseñándoles, aparte de cristianizarlos, diversos oficios: a leer, escribir, trabajar los campos con nuevos instrumentos, realizando una verdadera obra de colonización; pero es que también les indujeron a la economía y a la cooperación social, a levantar iglesias y construir casas, a navegar a vela, les recomendaron la higiene y les dieron las exquisiteces de su espíritu guiándoles su pensamiento y sensibilidad hacia formas artísticas como el canto y la música, los defendieron siempre y los trataron como a iguales. Aprendieron sus lenguas y, partiendo de un conocimiento etnológico, elaboraron planes educativos, donde no faltaban los estímulos, ni se carecía de los castigos, si eran precisos.

Finalmente debemos advertir que en la Florida no hubo, a lo largo de la etapa española, explotación de los indígenas, no existieron enco-

miendas, mitas ni servicios personales, lo cual representa una gran diferencia con los otros estados o territorios americanos. Es decir, que nuestros religiosos lucharon solos con los nativos, buscaron su transformación, soportaron todas las dificultades de la empresa misional y finalmente ellos solos regaron el terreno con su sudor, sangre e inmolación. Los pantanos de la Florida son hoy, merced en gran parte a la acción franciscana, un paraíso, que a su llegada era tierra de condenación y destierro.

Bibliografía sobre la provincia de la Florida

Arenas Frutos, I., «Los franciscanos en Florida (1573-1763)», *AIA*, 46, 1986, pp. 811-822.

Castro y Castro M., ofm., «Los franciscanos y la gobernación de la Florida (siglos XVI-XVII)», *Hispania Sacra*, 41, 1989, pp. 433-490.

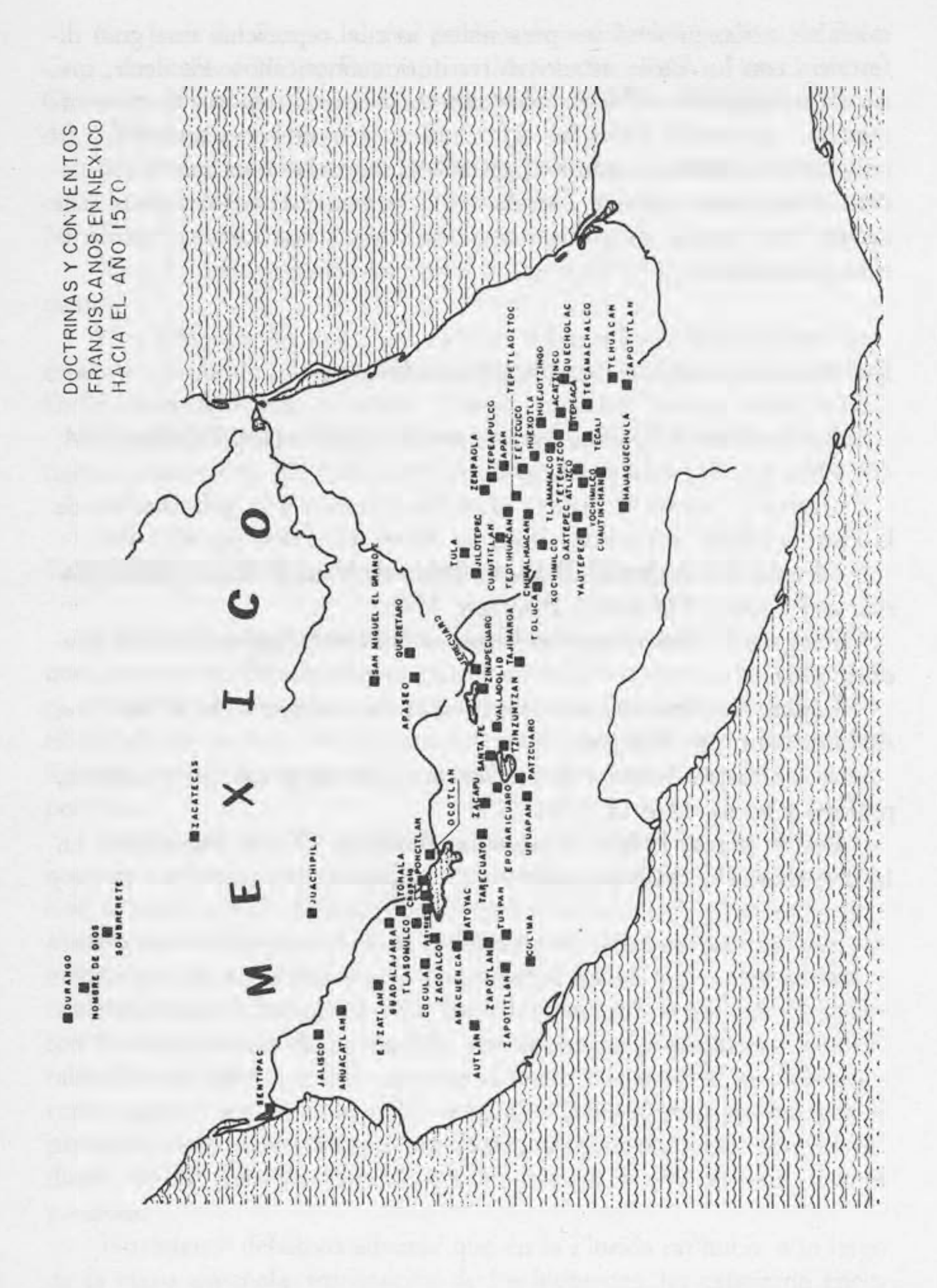
Geyger, M., *Biographical Dictionary of the Franciscans in spanish Florida and Cuba (1528-1841)*, Paterson, 1940.

Keegan, T., *Experiencia misionera en la Florida (siglos XVI-XVII)*, Madrid, 1957.

López, A., ofm., «Cuatro cartas sobre las misiones de la Florida», *AIA*, 1, 1914, pp. 356-368.

——*Relación histórica de la Florida escrita en el siglo XVII*, edición, prólogo y notas, Madrid, 1931-1932.

Pou y Martí, J. M.ª, ofm., «Estado de la Orden franciscana en 1635», *AIA*, 28, 1927, pp. 48-60.


DOCTRINAS Y CONVENTOS
FRANCISCANOS EN MEXICO
HACIA EL AÑO 1570
MEXICO
DURANGO
NOMBRE DE DIOS
SOMBRERETE
ZACATECAS
SENTIPAC
JUACHIPILA
JALISCO
AHUACATLAN
ETZATLAN
GUADALAJARA
TLASOMULCO
TONALA
COCULA
PONCITLAN
ZACOALCO
OCOTLAN
AMACUENCA
ATOYAC
AUTLAN
ZAPOTLAN
ZAPOTITLAN
TUXPAN
COLIMA
TARECUATO
ZACAPU
SANTA FE
EPONARICUARO
URUAPAN
PATZCUARO
TZINZUNTZAN
VALLADOLID
ZINAPECUARO
TAJIMAROA
SAN MIGUEL EL GRANDE
APASEO
QUERETARO
TULA
JILOTEPEC
CUAUTITLAN
TEOTIHUACAN
TOLUCA
CHIMALHUACAN
ZEMPAOLA
TEPEAPULCO
APAN
TEPETLAOZTOC
TETZCUCO
HUEXOTLA
HUEJOTZINGO
XOCHIMILCO
TLAMANALCO
TETEMIZCO
OAXTEPEC
ATLIZCO
ACATZINCO
QUECHOLAC
TEPEACA
YAUTEPEC
YOCHIMILCO
CUAUTINCHAN
TECALI
TECAMACHALCO
TEHUACAN
HAUAQUECHULA
ZAPOTITLAN

Capítulo VIII

INSTITUCIONES FRANCISCANAS EN AMÉRICA

Ante todo debemos recordar lo que ya apuntamos al principio: que la orden franciscana había conseguido en los últimos años del siglo XV y primeros del XVI su unidad jurídica de mando y de espíritu; que era la más numerosa en España y que esa unidad les hacía muy aptos para la gran empresa misionera de Ultramar. La orden franciscana llevará, por consecuencia, a las nuevas tierras descubiertas las instituciones sobre las que ha levantado su vida y desarrollo y creará allá otras idénticas que regulen su acción evangelizadora en América. He aquí, pues, las instituciones creadas para ese fin.

Comisarios generales en y para América

Para el buen orden en el paso a las nuevas tierras de los misioneros, ya en 1505, era nombrado por el ministro general, padre Gil Delfini (1500-1506) un comisario *cum plenitudine potestatis in Insulis noviter repertis* que fue el padre Juan de Trasierra, nombramiento de comisario que se reitera cada tres o seis años. Le siguen en el cargo los padres Diego de Torres (1511), Alonso de Espinar (1512), Cristóbal del Río (1517) y finalmente Diego de Osuna en 1530-31, religiosos a quienes se da el título de comisario general de Indias, pero que, según parece, con residencia en Sevilla. Su cometido es vigilar la llegada de los misioneros a estos lugares, procurar su embarque y asistencia durante sus estancias en la ciudad, así como también recibir y atender a los que vuelven de Indias y despacharles, bien a sus provincias de origen, o a la corte en caso de traer comisiones especiales ante el rey.

Este poder recayó muy pronto sobre el guardián de Sevilla y lo ejercieron hasta que por el ministro general se nombró un comisario general en la corte de Madrid y otro vice-comisario general, como su ayudante, en Sevilla; este suceso memorable tuvo lugar en el capítulo general de Toledo de 1583. En la consulta de 22 de febrero de 1580 elevada al rey, firmada por el licenciado Padilla y otros, expresaban la conveniencia de que cada una de las órdenes misioneras tuviera en la corte un comisario general con el que se pueda tratar todo lo relativo a las misiones, pero sólo la orden franciscana lo había sabido cumplir.

A tenor del acuerdo capitular de Toledo el padre Cristóbal de *Capite Fortium* nombró comisario general primero al padre Francisco de Guzmán (1572-1583) y al expirar su mandato le fue renovado el nombramiento por el sucesor en el gobierno de la orden, padre Francisco de Gonzaga (1579-89). Esta es la institución que ha llenado todo el tiempo de la acción española en América hasta los días de la Independencia; su número alcanzó hasta 32, como puede verse en la lista adjunta.

Comisarios generales en Indias: Méjico y Perú

Si el nombramiento de comisario general en la Corte de Madrid pronto dio las muestras de su acierto, asimismo y muy pronto se experimentó la dificultad que entrañaba el gobierno de aquellas provincias de Ultramar, tan alejadas de los centros de decisión —Madrid o Roma; por ello se juzgó conveniente y hasta urgente el nombramiento de otros comisarios para el buen régimen de las misiones en el propio campo de actuación, y fue así como se acordó en 1532 nombrar dos comisarios generales para los dos grandes campos misionales —Méjico y Perú— con facultades directas del capítulo general y sometidos únicamente a la autoridad del comisario general de Madrid: fue el padre Pablo Pisotti, ministro general (1529-33), quien sancionaba ese nombramiento el 24 de enero de 1533.

Fueron, pues, estos dos comisarios generales de Méjico y Perú los que dirigieron todo el despliegue y asuntos de las provincias, custodias y vicarías de Hispanoamérica. Su duración y servicios se prolongaron, en servicio de las misiones: la de Méjico desde 1547, que inauguró el padre Francisco de Bustamante, hasta el año de 1769, en que termi-

naba el mandato del padre Manuel de Nájera (1761-69). El comisario general de Lima, cuyo primer titular fue el padre Francisco de Vitoria (1548-53), tuvo el mismo período de servicio e historia; el último en desempeñarlo fue el padre Bernardo de Peón y Valdés (1762-69). Las listas que acompañan facilitarán su consulta.

Procuradores

Ahora bien, para informar de los asuntos y problemas de las misiones: necesidades, estados de personal, urgencias de ayuda, dificultades propias, presentar memoriales y obtener nuevas misiones o barcadas de la Corte y del Consejo de Indias, venían de Ultramar religiosos de las distintas provincias, custodias y vicarías con documentación rica en datos y precisas en la exposición de los problemas. Ellos, con el asesoramiento y asistencia del comisario general de Madrid, agenciaban muchos de esos negocios y obtenían sus despachos favorables. Eran los que llamamos procuradores de misión o provincia.

Instituciones regionales y locales

Los franciscanos, ya lo dijimos, llevaron a Ultramar las ya existentes en el viejo mundo, que eran de derecho eclesiástico y regular. Y así la base de toda vida religiosa era siempre la casa-convento, en la que vivían un determinado número de religiosos y practicaban un estilo de vida franciscana. Un determinado y más pequeño número de conventos se organizaban en custodias y, en un paso inmediato, eran elevadas a provincias. Las custodias o provincias estaban ubicadas normalmente en una región o comarca, en la que desarrollaban su actividad apostólica.

En la orden y por razón del espacio físico ocupado, se dividieron en dos grandes familias: Ultramar —la de acá de los Alpes, la que ha llevado el Evangelio a las tierras del Nuevo Mundo— y la de allá de los Alpes, que por lo mismo era llamada *Cismontana*. Ésta se proyectó de modo especial hacia el Oriente —Próximo y Extremo— y África.

Así pues, a tenor de lo dicho, en América la unidad primera fue la custodia-provincia y la primera en orden cronológico fue la erigida en Cuba y Tierra firme, que se llamó Santa Cruz de La Española, el

año de 1505; la de Méjico se fundó como Misión en 1523, nada más llegar la Misión de los Doce Apóstoles, quienes eligieron custodia en las primeras jornadas de trabajo: es la que llamamos Custodia del Santo Evangelio y que fue elevada a provincia en 1536. De ésta se desprenderán las otras de América del Norte y Centro e incluso de ella arrancarán los creadores de las misiones de América del Sur, las que darán origen a la Provincia de los Doce Apóstoles de Perú, custodia en 1535 y provincia en 1553. Ésta, a su vez, será la madre y matriz de todas las de este inmenso continente.

Conventos y visitas

El convento, unidad básica, donde viven comunitariamente un grupo de religiosos, contaba en América con un número más o menos numeroso de las llamadas visitas, es decir, otros pueblos que dependían en lo espiritual del convento y a los que acudían periódicamente para la administración de sacramentos y catequesis. Normalmente los religiosos no residían en estas visitas y sólo cuando fueron numerosos fijaron en ellas su estancia.

Estas visitas, cuando eran varias, se agrupaban en asistencias o vicarías, con residencia permanente de frailes. Y a todo ese conjunto se le llamaba Doctrina, o sea una «organización cuya finalidad era evangelizar o adoctrinar a los indios». En definitiva, las doctrinas fueron las parroquias de indios, ya que las parroquias de españoles se llamaron Curatos.

Colegios misioneros

La idea y propósito de una adecuada preparación para el trabajo misionero constituyó dentro de la orden franciscana constante preocupación. Y es que ya el fundador de la orden, Francisco de Asís, en su regla exigía la idoneidad para los que quisieran ir entre «sarracenos y otros infieles» y mandaba que ninguno podía ser enviado si no se le consideraba apto para el trabajo misionero. Y entre los expositores de la propia regla franciscana se hablaba y entendía que esa idoneidad debía ser triple «física, intelectual y moral». Y a lo largo de los siglos se

levantaron quejas contra la insuficiente preparación de los misioneros. Históricamente sabemos que la institución de estos colegios arrancaba de Raimundo Lulio, quien consiguió fundar el propio colegio en su patria para los que debían ir a África y Oriente Próximo. Como más inmediatos a los que en América habían de surgir, hallamos la creación del Colegio de San Pedro Montorio en Roma (1615) o los de Propaganda Fide en 1622. En tiempos del padre Ximénez de Samaniego se fundan los colegios en Portugal (Varatojo) y la Hoz, primero con destino a la predicación de misiones entre fieles y luego, como extensión, surgirán las instituciones que mirarán a formar adecuadamente a los que habían de ser mandados a la evangelización misionera. Surgió así un rosario de tales instituciones en España, donde los religiosos recibían adecuada formación para el trabajo en pueblos cristianos; y los que quisieran ir a misiones —África, Oriente o América— debían vivir al menos dos años en estos colegios de España. Pronto se vio que no bastaban éstos para la gran empresa de Indias y entonces comenzaron a trazar los planes para un trasplante de las mismas a América. Fue el padre Llinás el que, a sugerencia del ministro general, padre Ximénez de Samaniego, conseguía licencia para crear el primero en América. Y además era su creación ya indispensable. Habían pasado ya los tiempos de la evangelización heroica y de las conversiones en masa de los pueblos misionados; se imponía nuevo método apostólico y la formación de grupos selectos que, olvidándose de toda otra preocupación, se preparara para llevar adelante la obra misionera. Y con la erección del Colegio de Querétaro se ponía en marcha la gran institución franciscana que va a llenar los siglos inmediatos —XVIII-XIX.

He aquí la lista que nos interesa para la etapa de este ensayo:

Santa Cruz de Querétaro, año 1682.
Cristo Crucificado de Guatemala, 1694-1700.
Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas, 1704.
San Fernando de Méjico, 1732.
San Francisco de Pachuca, 1732.
San José de Gracia de Orizaba, 1799.
Nuestra Señora de Zapopán, 1812.
Nuestra Señora de las Gracias de Popayán (Colombia), 1753.
San Joaquín de Cali, 1756.
Purísima Concepción del Píritu (Venezuela), 1739.
San Francisco de Panamá, 1785.

Santa Rosa de Ocopa, 1758.
Nuestra Señora de los Ángeles de Tarija (Bolivia), 1755.
San Ildefonso de Chillán (Chile), 1756.
Nuestra Señora del Mayor Dolor de Moquegua (Perú), 1795.
San José de Tarata (Bolivia), 1796.
San Carlos de San Lorenzo (Argentina), 1784.

Bibliografía

Digamos que felizmente hoy contamos con muy notables estudios sobre el tema en conjunto y sobre cada uno de los comisarios.

Arroyo, L., ofm., «Comisarios Generales de Indias», *AIA*, 12, 1952, luego lanzado en volumen aparte. Son los Comisarios de Madrid.

——«Comisarios Generales del Perú». Biblioteca *Missionalia Hispanica*, Inst. Santo Toribio de Mogrovejo, Madrid, 1950.

Barrado, M., ofm., *De Commissariis Generalibus in Ordine Fratrum Minorum*, Sevilla, 1952; fue su tesis de doctorado en Roma.

——«San Francisco El Grande de Madrid, centro irradiador de Hispanidad. Estudio histórico-jurídico de los Comisarios Generales de Indias franciscanos residentes en la Corte de España», en la revista *Verdad y vida*, 1, 1943, pp. 15-17.

Gómez Canedo, L., ofm., *Evangelización y Conquista. Experiencia franciscana en Hispanoamérica*, Méjico, ed. Porrúa, 1988, pp. 52-57 y lista de comisarios, pp. 313-358.

Sáiz Díez, F., ofm., *Los Colegios de Propaganda Fide en Hispanoamérica*, Madrid, 1968. Fue su tesis de doctorado en Salamanca, que apareció en la revista *Missionalia Hispanica*, XXV, 1968, y luego lanzada en libro aparte.

APÉNDICE I

Comisarios Generales de Madrid	
1.— Padre Francisco de Guzmán, electo en	1572
2.— Padre Jerónimo de Guzmán	1582
3.— Padre Antonio de San Ceprián	1588
4.— Padre Francisco de Arzubiaga	1592
5.— Padre Juan de Cepeda	1602
6.— Padre Andrés de Velasco	1607
7.— Padre Bernardo de Salvá	1609
8.— Padre Antonio de Tejo	1610
9.— Padre Juan de Vicanco	1614
10.— Padre Juan Venido	1617
11.— Padre Juan de Santander	1626
12.— Padre Francisco de Ocaña	1631
13.— Padre José Maldonado	1641
14.— Padre Alonso de Prado	1652
15.— Padre Andrés de Guadalupe	1658
16.— Padre Antonio de Somoza	1668
17.— Padre Juan Luengo	1675
18.— Padre Miguel de Avengozar	1681
19.— Padre Cristóbal del Viso	1682
20.— Padre Julián Chumillas	1684
21.— Padre Antonio Folch de Candona	1696
22.— Padre Alonso de Biedma	1699
23.— Padre Lucas Álvarez de Toledo	1702
24.— Padre José Sanz	1710
25.— Padre Juan de Soto	1722
26.— Padre Domingo de Losada	1729
27.— Padre Matías de Velasco	1741
28.— Padre Plácido de Pinedo	1763
29.— Padre Manuel de la Vega	1768
30.— Padre Manuel de María Trujillo	1785
31.— Padre Juan de Moya	1793
32.— Padre Pablo de Moya	1794

APÉNDICE II

Comisarios Generales de la Nueva España	
1.— Padre Francisco de Bustamante, electo en	1547
2.— Padre Francisco de Mena	1553
3.— Padre Francisco de Bustamante	1561
4.— Padre Juan de San Miguel	1563
5.— Padre Diego de Olarte	1568
6.— Padre Francisco de Ribera	1569
7.— Padre Miguel Navarro	1573
8.— Padre Rodrigo de Sequera	1575
9.— Padre Pedro Oroz	1582
10.— Padre Alonso Ponce	1584
11.— Padre Bernardino de San Cebrián	1588
12.— Padre Antonio Vitoria	1593
13.— Padre Pedro Pila	1593
14.— Padre Diego Muñoz	1601
15.— Padre Diego Caro	1602
16.— Padre Miguel López	1604
17.— Padre Juan de Cieza	1604
18.— Padre Juan Zurita	1609
19.— Padre Gabriel Ramírez	1612
20.— Padre Juan López	1617
21.— Padre Diego de Otalora	1618
22.— Padre Alonso de Montemayor	1622
23.— Padre Francisco de Apodoca	1627
24.— Padre Luis Flores	1633
25.— Padre Juan de Prada	1640
26.— Padre Buenaventura de Salinas	1646
27.— Padre Juan de la Torre	1653
28.— Padre Diego Zapata	1660
29.— Padre Hernando de la Rúa	1666
30.— Padre Alñonso Guerrero	1671
31.— Padre Francisco de Treviño	1671
32.— Padre Lucas de Carrera	1676
33.— Padre Domingo de Noriega	1677
34.— Padre Juan de Luzuriaga	1682
35.— Padre Juan de Capistrano	1689
36.— Padre Manuel de Monzaval	1695
37.— Padre Bartolomé Giner	1699
38.— Padre José de la Llana	1703
39.— Padre Juan de la Cruz	1706
40.— Padre Luis Morote	1711
41.— Padre José Pedraza	1715
42.— Padre Agustín de Mesones	1717
43.— Padre Fernando Alonso González	1723
44.— Padre Pedro Navarrete	1735
45.— Padre Diego José de la Fuente	1740
46.— Padre Juan Figueras	1744
47.— Padre Gregorio López Hernández	1747
48.— Padre Juan Antonio Abasolo	1748
49.— Padre José Antonio de la Oliva	1755
50.— Padre Manuel de Nájera	1761

APÉNDICE III

Comisarios Generales de Lima (Perú)	
1.— Padre Francisco de Vitoria, electo en	1548
2.— Padre Hernando de Armollones	1553
3.— Padre Juan de Aguilera	1556
4.— Padre Luis de Zapata	1560
5.— Padre Juan del Campo	1565
6.— Padre Jerónimo de Villacarrillo	1574
7.— Padre Pedro de Molina	1584
8.— Padre Antonio Ortiz	1588
9.— Padre Juan de Montemayor	1594
10.— Padre Juan Venido	1600
11.— Padre Diego Altamirano	1606
12.— Padre Francisco de Herrera	1613
13.— Padre Juan Moreno Verdugo	1621
14.— Padre Domingo de Portu	1627
15.— Padre Alonso Pacheco	1632
16.— Padre José de Cisneros	1638
17.— Padre Juan Durana	1644
18.— Padre Francisco de Borja	1649
19.— Padre Gabriel de Guilléstegui	1657
20.— Padre Miguel de Molina	1662
21.— Padre Luis Cervela	1668
22.— Padre Fernando de Escamilla	1673
23.— Padre Alonso Garrido Melgar	1673
24.— Padre Francisco Delgado	1676
25.— Padre Marcos Terán	1678
26.— Padre Félix de Como	1683
27.— Padre Basilio Pons	1689
28.— Padre Pedro Minique Asín	1694
29.— Padre Gabriel Arregui	1696
30.— Padre Miguel de Mora	1697
31.— Padre Esteban Marcos de Mendoza	1702
32.— Padre José Cuadros	1711
33.— Padre Diego Naranjo	1716
34.— Padre Gabriel Tineo	1722
35.— Padre Antonio Cordero	1728
36.— Padre José Colmenares	1732
37.— Padre Alfonso López de las Casas	1734
38.— Padre Juan Larios	1740
39.— Padre Eugenio Ibáñez Cuevas	1745
40.— Padre José Torrubia	1751
41.— Padre Francisco de Soto y Marne	1752
42.— Padre Pedro Álvarez	1757
43.— Padre Ramón de Sequeira y Meldiburo	1757
44.— Padre Bernardo de Peón y Valdés	1762-69

Capítulo IX

LOS MÉTODOS MISIONALES EN LAS ANTILLAS Y EN EL CONTINENTE

Primeros contactos en las Antillas

Los misioneros no llevaban al pasar a América norma alguna precisa para su trabajo de evangelización; eran sencillamente pregoneros de la Buena Nueva y luego, sobre el terreno, su inteligencia y buena voluntad, ayudada de la gracia, había de encontrar el medio oportuno para lograr sus objetivos. El tiempo, su vocación apostólica, el trato con las gentes y la dificultad de relacionarse con ellas, les habían de descubrir el método conveniente para el fin buscado. Esa experiencia en la labor apostólica es lo que dio lugar a los métodos.

Los primeros contactos

Tuvieron lugar en las Antillas. Colón, al regreso de su primer viaje, se trajo, como bien sabemos, varios indios, de los que, al menos siete, llegaron a España vivos y que en Barcelona fueron instruidos y bautizados, actuando de padrinos los propios reyes y el hijo de éstos, el Príncipe Juan. Ya cristianos volvieron a las Indias en el segundo viaje de Colón (1493) y con su ayuda y conocimiento de la lengua se contaba para la inmediata evangelización. Tal vez no fue mucho lo que sirvieron a los misioneros, pero ése fue el método práctico que luego habían de utilizar en sus relaciones con los nativos.

La forma de evangelizar fue muy simple en un principio: enseñarles las primeras oraciones: Padre Nuestro, Ave María y Credo y todas las oraciones que son propias de un cristiano, que ellos comenzaron a

recitarlas en familia, como fue el caso del Cacique Guarionex, que las repetía al menos dos veces por día en sus casas. Fue muy poco lo que les enseñaron y exigieron entonces de la doctrina cristiana: «que hay un Dios señor de cielo y tierra y que ha hecho todas las cosas, etc.».

Pero el sistema utilizado allí fue la creación de escuelas para los indígenas, donde se les enseñaba a leer, escribir y contar, así como la doctrina cristiana; después, si no fue desde un principio, los niños se juntaban para ello dos veces al día, pero separados niños de niñas. Y poco después los franciscanos abrían ya cátedras de gramática para los hijos de los caciques y principales; aún más, muy pronto admitieron a nativos a la orden y de uno sabemos que fue pedido para que acompañara a los expedicionarios de Pedrarias a fin de que les sirviera de intérprete y que se ocupara en la conversión y doctrina de dicha tierra. Este sistema de escuelas se adoptó más tarde en lo que se llamó *conquista pacífica*, llevado a cabo en Cumaná.

Méjico y su forma de apostolado

Fue en Méjico donde el sistema de escuelas tuvo mejor y más extensa aplicación y donde dio sus mejores frutos: Nueva España había de convertirse por todo ello en la inspiradora de toda la acción apostólica franciscana para el Nuevo Mundo.

Sabemos que el apostolado en Méjico empezó realmente con la llegada de los tres franciscanos flamencos en 1523-24 —fray Juan de Tecto, Juan de Ayora y fray Pedro de Gante— y luego con la Misión de los Doce Apóstoles.

Su llegada a Méjico estuvo rodeada del halo de misterio y de fascinación; Hernán Cortés les dispensó acogida calurosa, pero sobre todo, deslumbradora para los mejicanos. Su aparato escénico debió deslumbrar a aquellos y sembrar en sus almas el sentido de la reverencia y admiración. Pobres, rotos, humildes y descalzos, eran recibidos con todos los honores: Cortés y sus capitanes les fueron besando los pies uno tras otro. Fue un golpe teatral, si se quiere, pero de efectos enormes. Luego las palabras del conquistador a los indios sobre el Dios y creador de todo; el amor a los hombres que nos mandó a su Hijo primogénito y la caridad de la Madre Iglesia que enviaba estos representantes suyos para enseñar el camino del cielo a todos. Todo esto, independiente-

mente del efecto de respeto y admiración, dispuso las conciencias y oídos de los mejicanos para después escuchar mejor su mensaje.

Este saludo de Hernán Cortés y su presentación a los mejicanos facilitó el diálogo; diálogo y discusión que había de empezar seguidamente. Los frailes, por medio de intérpretes, enseguida citaron a los nativos y les fueron exponiendo la razón de su viaje y venida y les aclararon su posición; que no pensaran que ellos, pobres y humildes religiosos, eran dioses, sino enviados de la Iglesia para anunciarles el camino del cielo y para enseñarlos a conocer al Señor y Padre de todos los hombres, a quien después de servirle aquí, iremos a gozar con él eternamente. Las pláticas (30 en total), por medio de esos intérpretes —tal vez Jerónimo de Aguilar o alguno de los que servían a Cortés— se prolongaron horas y días, pero en ellas expusieron todo el plan misionero y de adoctrinamiento de los oyentes. Contestaron a sus dudas, escuchando sus razones de angustia y vacilación ante lo nuevo, y hasta comprendieron las razones que alegaban para no aceptar fácilmente la nueva doctrina: su apego a los dioses —que era su pasado— y la novedad que les traían, para ellos muy extraña. Fue una conversación respetuosa, casi de amigos, pero donde se ponía de manifiesto lo difícil que era dejar sus creencias y acoger las de los extraños.

Como medio de facilitarles la comunicación y la confianza, les pidieron que les entregaran a sus hijos, a los que podían enseñar y adoctrinar; los pequeños estaban más desembarazados del trabajo y en nada les perjudicaría. Dándoles los niños, éstos la aprenderían pronto y luego serían los que a su vez adoctrinaran a sus padres, amigos y vecinos.

A estas razones les contestaron los señores y caciques dándoles las gracias a nuestros misioneros y ofreciendo sus pequeños para la doctrina.

Catequesis de la lengua y formación de los niños

Los religiosos, para vencer las dificultades de lengua, en la enseñanza a los pequeños, se mezclaban con ellos, afinaban los oídos, escuchaban su conversación y procuraban ir copiando las palabras que creían entender. De noche las contrastaban con las notas tomadas por todos ellos y entonces debían confesar que no parece que respondiera a la realidad, al probar que no había sido idéntica la interpretación que

daban cada uno de ellos. Pero los pequeños, al ver su interés y afecto con que les trataban, se aficionaron a los misioneros y, primero alguno y luego otros, fueron ayudando a los padres en su esfuerzo por aprender y poder pronunciar los vocablos.

El segundo paso en este sistema de aprendizaje les fue facilitado por la providencia, pues había allí una señora viuda y madre de dos niños, quienes habían aprendido bien la lengua mejicana; sabido por los religiosos, pidieron a su madre les cediera uno de ellos, como efectivamente lo hizo: fue este Alonsito, que se unió a los frailes, hizo de catequista e intérprete y finalmente vistió el hábito y se llamó fray Alonso de Medina. Con su ayuda en breve tiempo pudieron los religiosos hacerse entender de los nativos y los padres Luis de Fuensalida y Francisco Jiménez en un año «habían llegado a poder hablar y entenderse razonablemente con los indios». Con su colaboración tradujeron lo principal de la doctrina cristiana en la lengua mejicana y pusiéronla en un canto llano muy gracioso, que sirvió de reclamo para atraer a nuevos adeptos y curiosos. Con la música iba la catequesis y la enseñanza, de la que los nativos supieron aprovecharse en grado tal, que los religiosos formaron el proyecto de utilizar los conocimientos de los pequeños como catequistas, con la ventaja de que hablaban mejor el propio idioma y se hacían entender mejor de sus connacionales. El cronista Mendieta dice a este respecto:

> Tanta fue la ayuda que estos intérpretes dieron, que ellos llevaban la voz y sonido de la palabra de Dios, no sólo en las provincias donde hay monasterios y en la tierra que de ellos se predica y visita, más a todos los fines de esta Nueva España, que está conquistada y puesta en paz, y a todas las otras partes adonde los mercaderes llegan y tratan, que son los que calan mucho la tierra adentro.

Los problemas, con todo, se agravaban por la multiplicidad de lenguas y dialectos, ya que en muchos monasterios se hablaban dos y tres lenguas diferentes; por lo mismo, hubo frailes que predicaban hasta en tres. Así, en la parte de la capital de Méjico y zona central se contaban, además del mexicano, el otomi y otras menos conocidas como la popoloca, la mataltzinca y la totonaca. Sabemos de un fraile, fray José Pérez, que además de ser constructor de iglesias y órganos, fue perito en mexicano, otomi y mataltzinca. Es decir, que a nuevos progresos en las

entradas a territorios, seguía la necesidad urgente del aprendizaje de las lenguas. Y en este campo nuestros religiosos fueron una avanzadilla, que siempre marchó en vanguardia. En los siglos inmediatos —XVII y XVIII— fue necesario crear y sostener las cátedras de lenguas, que se conservaron hasta entrado el siglo XIX. De los lingüistas podemos citar al obispo Landa, Antonio de Ciudad Real, fray Juan Coronel, Gabriel de San Buenaventura, Andrés de Avendaño, Pedro Beltrán de Santa Rosa y el gran mayista del XIX fray Joaquín Ruiz en Méjico.

En Guatemala, fueron buenos en lenguas los padres Francisco de la Parra y Pedro Betanzos; y fray Ildefonso José Flores, que escribió *Arte de la lengua metropolitana del reino de Calchiquel*, considerada como obra clásica. Y lo propio ocurrirá en Perú con el Quechua, el cunamegoto y caribe en Venezuela, el guaraní en Paraguay, etc., sin necesidad de alargarnos más sobre las misiones vivas de Texas, Sierra Gorda, Sonora, Píritu. Cuando a final del siglo XVIII se ordena que, en la medida de lo posible, se les enseñe y adoctrine en español, esta disposición no pudo ser aplicada y los misioneros siguieron predicando en los idiomas de los nativos.

Extirpación de la idolatría

Este era un problema grave y del que se ha escrito mucho. Los franciscanos consideraron urgente la eliminación de los lugares de culto y con los niños y fieles cristianos empezaron una obra de destrucción de todos ellos. Así en Texcoco, según Motolinía, «tres frailes, desde las diez de la noche hasta que amaneció, espantaron y ahuyentaron a todos los que estaban en las casas y salas de los demonios...». El efecto y desconcierto entre los paganos fue tremendo; pero ante esta embestida, muchos se llevaron a sus casas los ídolos para ocultarlos; de ahí que algunos niños se dedicaran a buscarlos y destrozarlos. En las otras regiones eliminaron el culto a los dioses con la persuasión y la doctrina.

Catequesis y bautismo

Esto, lo dicho hasta aquí, simplemente fue el punto de arranque; vino muy pronto la catequesis y adoctrinamiento planificado.

Si en los primeros momentos sólo se les enseñaron los puntos básicos de la fe, con el mejor conocimiento de la lengua empezó la etapa de la catequesis fundamentada.

Y que esto fue así lo expresará Mendieta, quien escribe aquellas palabras:

> el cuidado y curiosidad que se ha tenido en esta Nueva España en la doctrina y enseñamiento de los naturales indios para su cristiandad, no se ha tenido con otra gente del mundo.

De la explicación sobre la existencia de Dios se pasaba a la de Santa María, luego a la inmortalidad del alma, los siete artículos de la fe relativos a la divinidad y humanidad de Jesucristo, los Mandamientos de la Ley de Dios y de la Iglesia, las Obras de Misericordia, las oraciones, los sacramentos, etc.

No era superficial, como se ve por los catecismos escritos allá. Si no hubo auténtico catecumenado, ciertamente que exigieron una determinada instrucción prebautismal, como lo prueba la *Doctrina Breve del Obispo Zumárraga* y también la *Doctrina en náhuatl y español del P. Alonso Molina.* De catecismos tenemos una rica colección —Méjico, Colombia, Paraguay, Perú y Bolivia.

Se ha criticado el bautismo administrado, según dicen, a multitudes por aspersión; pero no es una verdad, sino a medias. Cuando se trataba de esos grupos numerosos, que llegaban a pedir el bautismo y ya estaban instruidos en la doctrina cristiana, se los ordenaba por edades y alturas y así se iniciaban las ceremonias practicando todo el rito —sal, óleos, luz, etc.— con los primeros de filas. Todos respondían a las oraciones y fórmulas del rito y, después de ser bautizados esos primeros, se asperjaba a los demás. Esta parece ser la práctica usada, aunque algunos la niegan; pues bien, Motolinía dice a este respecto que «bautizados primero los niños, tornaban a predicar y decir a los adultos examinados lo que habían de creer y lo que habían de aborrecer y lo que habían de hacer en el matrimonio, y luego bautizaban a cada uno por sí».

Sacramentos del Matrimonio, Eucaristía y Orden

Sobre el particular debemos siempre tener delante que la preocupación de los misioneros era la exterminación de la idolatría, la poliga-

mia y la reordenación de la vida familiar. Por ello, pusieron todo el empeño en la formación de los jóvenes que debían contraer matrimonio y formar nuevos hogares y, por lo mismo, casaron primero a los niños educados en los conventos y colegios de la misión, que eran los mejor preparados. Celebraban el rito con mucha solemnidad y asistencia de los nativos, que siempre quedaban admirados de la belleza de la liturgia con misa y boda.

La Penitencia fue otro de los sacramentos mejor cuidados y atendidos: los franciscanos hicieron largo y cuidadoso uso de este sacramento y los nativos se aficionaron a él, pues venían de muy distantes lugares a confesarse y en grandes multitudes. Motolinía y Mendieta escribían sobre la Penitencia:

> Acaecía ir el religioso por la laguna de México, que atraviesa siete leguas, e ir tantas barquillas tras él que cerraban la laguna, y algunos indios e indias echarse al agua para llegar primero a confesarse.

Pero para recibirlos a la Confesión, precedía siempre el examen de las verdades cristianas, oraciones, sacramentos, credo, etc. todo eso que, en verdad, puede servir muy bien para los cristianos actuales.

En cuanto a la Eucaristía se manifestaban más exigentes y no se concedía fácilmente, como lo especifica Motolinía:

> El Santísimo Sacramento se daba en esta tierra a muy pocos de los naturales, sobre lo cual hubo muy diversas opiniones y pareceres de letrados, hasta que vino una Bula de Paulo III, por lo cual, vista la información que se le hizo, mandó que no se les negase, sino que fueran admitidos, como los otros cristianos.

Y sabemos también que, después de recibida esa bula, lo recibían muchos, sobre todo en Cuaresma. La mayor parte de los comulgantes eran Cofrades del Santísimo o de la Cofradía de Nuestra Señora...: «entre año a pocos se les da el sacramento de la Eucaristía, si no es a los enfermos, aunque muchos lo piden en las Pascuas y fiestas principales».

Tampoco los franciscanos administraron el Sacramento de la Extremaunción: «fuera de algún principal que lo pide, y entonces se da con la devoción posible...». Estaba justificada esta práctica por el gran

número de indios cristianos, los pocos misioneros para la tarea apostólica y también por la indecencia de las casas de los pobrecitos nativos.

En cambio en Michoacán, más escasa de gente, se daba a todos, porque todos los enfermos iban a curarse al Hospital, en donde recibían todos los sacramentos.

La devoción y culto

En toda esta información es siempre Mendieta quien mejor nos pone sobre el buen camino; él, que no se mordió la lengua para describir y condenar la actuación contra los nativos por los encomenderos españoles y justicias, sin embargo es quien mejor canta la fe y devoción de los mejicanos. Al tratar este tema nos ofrece una descripción de trazos exaltados, pues dice así:

> cosa maravillosa fue el fervor y diligencia con que los indios de esta Nueva España (después que les fue predicada la palabra de Dios) procuraron edificar en todos sus pueblos iglesias, acudiendo hasta las mujeres y niños a acarrear los materiales y aventajándose los unos con envidia de los otros, en hacerlas mayores y mejores y adornándolas según sus posibles. Y si les dejasen cada uno querría tener una iglesia junto a su casa. Y ya que esto no puede ser, tienen todos ellos sus oratorios...
>
> A los sacerdotes tienen los indios tanto respeto y reverencia, como si hubieran oído de la boca del Padre San Francisco lo que acostumbraba decir, etc., por las calles y caminos, adonde quiera que vaya el religioso, todas las mujeres salen con sus hijuelos en los brazos para que les eche la bendición...
>
> Con el agua bendita tienen grandísima fe y devoción...

Digamos también que estos frutos no fueron el resultado único de la actuación franciscana, pero no cabe duda que fueron ellos los que de modo especial pusieron empeño en cultivar las tres devociones clásicas: La Eucaristía, la Cruz y la Virgen, y lo hicieron, no tan sólo con la catequesis y pláticas, sino dramatizando esas devociones y misterios. De ahí el gran interés en las manifestaciones populares —cofradías, procesiones y hasta el teatro.

Al teatro le aportaron ayuda y complemento las artes en general: pintura, escultura y hasta la arquitectura; sobre estas hay literatura abun-

dante, pero me bastará citar el caso de la Pascua en Tlaxcala de 1539, para la que edificaron en seis meses una capilla de Belén, «la cual salió una solemnísima pieza» y por el exterior la pintaron al temple en solo tres días. En un ochavo de ella pintaron la obra de la creación del mundo, de los primeros tres días, y en otro ochavo las obras de los otros días, y en uno la vara de San José con la generación de la Madre de Dios, muy en alto y muy hermosa. En el otro, estaba San Francisco. Y en otras partes de la iglesia, el papa, los cardenales, obispos, etc., pero también a la otra banda el emperador, reyes y caballeros.

Decían los que la vieron «que es de las más graciosas piezas que de su manera hay en España».

Otro de los grandes resortes utilizados fue la música, para la que manifestaban los nativos gran facilidad y gusto. De un indio de estos músicos y pequeños cantores se dice que compuso una misa entera, apuntada por puro ingenio, aprobada por los buenos músicos cantores de Castilla que la vieron. En lugar de órganos tenían al principio flautas; hacían también chirimías. Traemos aquí el mejor testimonio de Mendieta por su significado y puntualidad:

> De estos cantores y tañedores suele haber en cada pueblo, donde residen religiosos, dos capillas, para remudarse a semanas. Se cantan las Misas y Oficios divinos por la mayor parte en todas las iglesias, que tienen monasterios, en canto llano y canto de órgano, con buenas resonancias... El canto de órgano es ordinario en cada iglesia y la música de flautas y chirimías muy común.... En muchas partes usan de dulzainas, orlos, vihuelas de arco... y todos estos instrumentos tañen los indios y toda esta armonía es de grandísimo provecho entre ellos para su cristiandad y muy necesario el ornato y aparato de las iglesias para levantarles el espíritu y moverlos a las cosas de Dios...

Debemos hacer constar que este esplendor de culto no se consiguió en los primeros años, sino ya adelantada la evangelización y enseñanza de los indios... Y es que había otra razón de tipo espiritual. En los primeros años los franciscanos quisieron darles ejemplo de pobreza y austeridad y también no juntar muchos religiosos en un convento, ya que se necesitaban para proseguir la conquista espiritual de aquellas tierras.

Escuelas y colegios

Si hay algo típicamente franciscano en los métodos misioneros en América, tal calificativo corresponde a las escuelas para los nativos, nos dirá el padre Lino Gómez Canedo. Y no le falta razón, pues nuestros misioneros desde su llegada a tierras de Ultramar iniciaron este apostolado y con éxito. En las Antillas estrenaron su evangelización y métodos creando, al lado de los conventos, escuelas y colegios para los hijos de los caciques y señores principales para mejor catequizarlos e instruirlos y que les ayudaran a ellos en su obra misionera.

Y que la catequesis no era la única razón de tales instituciones lo sabemos, porque el rey les manda a las autoridades dar las gracias por su apostolado y que les ayuden a su mantenimiento. Cuando se prepara la gran barcada de 1512 para las Antillas, recibieron «dos mil cartillas de enseñar a leer». Y además muy pronto se establecía para esos niños las clases de gramática y otras cosas de ciencia. Poco después y por el grupo llamado «los Picardos», que eran 16, llegados entre 1516 y 1517, fundaron dos colegios en Cumaná con buenos resultados, y en 1520, mientras se disponía una numerosa expedición, ya en las letras reales se les recomendaba a las autoridades de Tierra Firme que «proveyesen de cazaba y otras cosas a los cuarenta muchachos indios, que en ellos se educaban e instruían». Veámoslo:

Méjico

El primero en iniciar este medio de evangelización fue el ilustre flamenco fray Pedro de Gante, quien nada más llegar abrió una escuela en Texcoco. Los 12 misioneros, ya en sus diálogos con los caciques y jefes, le habían pedido que les cedieran sus hijos para formarlos e instruirlos, pero aquí jugaron una mala partida la desconfianza y la mentira, porque muchos de esos caciques, en vez de enviarles sus hijos, enviaron a los niños de los plebeyos, lo que les fue de lección amarga, porque, escribe Mendieta «quiso Dios que queriendo engañar, quedaron ellos engañados y burlados, porque aquellos hijos de gente plebeya, siendo allí doctrinados en la ley de Dios, y en saber leer y escribir, salieron hombres hábiles y vinieron después a ser alcaldes y gobernadores y mandar a sus señores». Empezó la enseñanza por la doctrina cristiana, oraciones y, juntamente con esto, les enseñaban a leer y escribir; posteriormente se extendió a los oficios mecánicos, la música y varias

formas de artesanía. Los niños así instruidos fueron, a su vez, los maestros de los otros niños y hasta ayudaron a sus propios maestros al conocimiento y dominio de la lengua. Funcionaron dos en Méjico, como la Escuela de San José de los naturales, de fray Pedro de Gante, y el Colegio de Santa Cruz en el barrio de Tlatelolco, que en algún modo tuvo carácter de seminario y preparación de los indios para las órdenes sagradas.

En el informe enviado a Ovando (1559-1570) por los franciscanos se nos refiere el desarrollo de esta obra social en los siguientes términos:

> En todos los pueblos de la Nueva España adonde residen religiosos hay escuelas, las cuales comúnmente se suelen edificar dentro del circuito que tienen los frailes y pegadas con la iglesia, a la parte del norte. Allí se juntan los niños hijos de los principales, y después que han aprendido la Doctrina cristiana, que para todos es el primer fundamento, luego son enseñados a leer y escribir, y destos se escogen algunos para cantores de la Iglesia y así de niños aprenden a cantar; y otros aprenden la confesión y ceremonias de ayudar a misa para servir de sacristanes. Y ayudan la misa con tanta devoción y diligencia como frailes muy concertados.

América meridional

Según vemos, estas escuelas no se limitaron a Méjico capital, sino que las establecieron en todas partes, lo que sabemos de Guadalajara, donde se quiso implantar un colegio para niños traídos de todas partes. Y esta norma establecida en Méjico se extendió a todas las misiones franciscanas del Continente, aunque siempre abrieron sus puertas primeramente a los hijos de los caciques y señores principales, con el propósito manifiesto de formar a las clases dirigentes, práctica que luego se extendió a las otras clases sociales. Así en 1545, en el Nuevo Reino de Granada y tres años después en Cartagena de Indias, donde ciertamente las establecieron, según las palabras del padre Jerónimo de San Miguel, primer custodio de aquellas tierras:

> En nuestras Casas tenemos parte de los hijos de los caciques y principales, los cuáles adoctrinamos en las cosas de nuestra santa fe y enseñamos en nuestra lengua castellana...; y porque en todo esto hayamos diligencia he comenzado a hacer monasterios entre los naturales, porque con más facilidad y con menos pesadumbre puedan los naturales ser instruidos y adoctrinados.

En Perú se hallaba en construcción una en 1549, aparte de la ya existente en Chinca con 600 indios. Pero en aquel tiempo ya diferenciaban claramente entre escuelas de la doctrina y escuelas de los niños.

Otra aclaración importante que debemos hacer es que no hubo discriminación entre los sexos, pues la enseñanza era para todos «y asimismo todas las niñas de maceguales como de principales sean enseñadas por sí, dentro de las escuelas, primero la doctrina cristiana y luego a leer y escribir y las demás cosas de policía y buenas costumbres».

Los hospitales

Esta obra social fue promovida desde un principio por los franciscanos; son instituciones que sirvieron grandemente para atender a los enfermos habituales y de modo especial en las grandes epidemias, que sufrió Méjico durante la primera mitad del siglo XVI; tenían además su gran repercusión, porque enseñaron a los nativos a practicar las obras de misericordia y la recepción de los Sacramentos. Motolinía dice que los indios habían creado muchos hospitales y que de su pobreza daban lo que podían y que por este medio siempre los tenían bien abastecidos. Contaban con la asistencia de profesionales y hasta de indios «médicos experimentados que saben aplicar muchas hierbas y medicinas». El primero levantado en Tlaxcala (1537) contaba como soporte con su cofradía para servir y enterrar los pobres y para celebrar las fiestas; se llamaba de la Encarnación, y se inauguró con 140 enfermos y el mismo día los nativos les llevaron cantidad de frutas, verduras, ovejas, cerdos, gallinas, etc. y mucha ropa, y a los siete meses de su apertura se tasaba ya su valor «en cerca de dos mil pesos de oro». Desgraciadamente, el fallo se dio más tarde en la administración, aunque los de Michoacán siguieron funcionando muy bien —1569-1570.

Digamos, según explica Gómez Canedo, que los hospitales franciscanos fueron principalmente lo que implica su nombre —centros de salud para enfermos— aunque también llenaron los cometidos de asilos para huérfanos y ancianos y a veces también de hospedería para caminantes pobres. Para su sostenimiento se crearon las cofradías; cada hospital contaba con la propia, que de este modo practicaba la caridad con los pobres, enfermos y necesitados.

BIBLIOGRAFÍA

Borges, P., *Métodos misionales en la cristianización de América, siglo XVI*, Madrid, 1960.

Gómez Canedo, L., ofm., *Evangelización y conquista*... Ed. Porrúa, Méjico, 1988.

——«Aspectos característicos de la acción franciscana en América», *AIA*, 48, 1988, pp. 441-472.

Capítulo X

AFIANZAMIENTO Y MARCHA HACIA ADELANTE. LAS CUSTODIAS O MISIONES DE FRONTERA

Recordemos que la expansión hispana y marcha adelante arrancó de Michoazán en 1522, el mismo año en que Cortés tomó el camino hacia Panuco en el este. La actividad de Nuño de Guzmán en los años 1530-1535 dio lugar a la creación en 1531, de la provincia de Nueva Galicia, que llegó a constituirse en reino en 1548 y a ser la frontera noroeste hacia Culiacán. Las aventuras de Cabeza, con sus relatos e historietas, llevaron a la aventurada exploración de Vázquez de Coronado en 1540-42; expedición que atravesó Nuevo Méjico y Kansas y que llevó al virrey Mendoza a intentar el sometimiento de los indios, que nosotros conocemos como la Guerra Mixta, que obligó, al retorno de Coronado, a una fijación o recorte de la frontera y que fue como un breve alto en la lucha. Luego esa expansión hacia el norte tomó tres distintos caminos: por el este, por la zona central y por el oeste.

Por el oeste Francisco de Ibarra, mandado por el virrey Luis de Velasco a explorar las tierras que Coronado escasamente había visto, debía elegir lugares para nuevas ciudades y hasta descubrir minas. Ibarra, en su propósito, extendió su descubierta a los estados de Durango, Chihuagua, Sonora y Sinaloa. Son los años de 1554-1562 en que se disponen estas operaciones. Recibido el nombramiento de gobernador de Nueva Vizcaya, recientemente creada, desarrolló enorme labor de organización y fomento de estas tierras entre los años 1564-75; pero se topó con la Audiencia de Nueva Galicia, que a su vez había acometido ciertas operaciones en la búsqueda de nuevas minas al norte de Zacatecas, mas sirvió para fijar los límites entre las dos provincias.

La marcha por el oeste se hacía por el camino de Zacatecas y Durango, en tanto que la ruta central iba por Querétaro a San Luis de Potosí.

Querétaro había sido fundada en la mitad del siglo XVI y servía de punto de enlace y paso entre la capital Méjico y las minas de Zacatecas. Luis de Carbajal inició el avance por el este desde Panuco en 1579; ocupó algunas tierras de Tamaulipas, que forman el Estado de Nuevo León, y culminó toda su operación con los asentamientos en Moncolova, Coahuila. Así, al acabarse el siglo XVI, la frontera estaba prácticamente limitada entre los Estados Unidos actuales y Méjico. Es así cómo, con esta fijación de límites y posibilidades para la acción evangelizadora, los misioneros establecerán a su vez un acuerdo con las autoridades político-militares para su nueva avanzada. Ya sabemos también que los primeros misioneros fueron los 15 franciscanos llegados en 1523 y 1524; que inmediatamente arribaron a Méjico los dominicos, (1526 y 1528) y los agustinos en 1533; de estos grupos indudablemente eran los franciscanos los más aptos y preparados para la gran marcha hacia adelante. Y esto porque al finalizar el siglo XVI los franciscanos se habían asentado en el conjunto de las tierras americanas —centro, norte y sur—; sus instituciones han cuajado a lo largo y a lo ancho y la implantación de la orden, con sus provincias y custodias, tiene raíces bien hondas en todo el Continente. ¿Está ya todo hecho? No, por supuesto; además, el Mensaje del Evangelio debe ser anunciado todos los días y en todos los puntos; pero los franciscanos tienen ya aseguradas y firmes las bases para su actuación.

Apenas iniciado el siglo XVII la nueva provincia franciscana obtiene su reconocimiento, la de San Francisco de Zacatecas, que a su vez dará vida a la Custodia de San José del Parral; en 1606 obtiene su erección la Provincia de Santiago de Jalisco, la cual creará la Custodia de San Carlos de Sonora; en 1612 recuperará su puesto de honor la Provincia de Santa Elena de la Florida, que ha irrumpido en el campo misional creando aquel rosario de fundaciones en la Florida, Guale y Apalache —actual Georgia.

Por todo ello el siglo XVII se va a caracterizar por su doble cometido: conservar y afianzar lo conseguido en conventos y misiones; y crear esos grupos de vanguardia, que llamamos Custodias y que son estas:

Custodias de Nuevo Méjico

Tiene ésta una bella historia. Un autor moderno, hablando de la acción apostólica en Nuevo Méjico, distingue muy bien las tres etapas

de esa aventura a lo divino: descubrimiento, conquista y civilización y, finalmente, evangelización. Habla de descubrimiento, porque fueron los franciscanos los primeros en recorrer aquellas tierras ignotas; ellos, con sus viajes, informes y peticiones, dieron a conocer todo ese mundo desconocido y misterioso hablando del suelo, clima, producciones y población.

Y, finalmente, digamos que por esa aportación atrajeron a muchos a la acción misional y a la salvación con sus fatigas, sudores y muertes.

Ya hemos dicho en otra parte que el principal motor y figura, que se nos pone delante al hablar del descubrimiento, es el padre Antonio Suárez de Ciudad Rodrigo, quien siendo provincial del Santo Evangelio, envió a dos religiosos, padres Juan de Olmedo y Pablo de Acevedo, a explorar la región del norte. Y fue en 1538 cuando estos dos decididos misioneros, después de llegar a Culiacán e internarse unas 200 leguas, tuvieron noticias de otras tierras muy pobladas en las riberas de un gran río, noticias que, unidas a las propagadas por Cabeza de Vaca, produjeron una reacción en cadena de exploraciones. Por ello y ante ello el padre Marcos de Niza organizó la propia para comprobar esas nuevas, que eran afirmación de lo que dio en llamarse la región de Cibola con sus siete ciudades.

Pero esas exploraciones y marcha hacia adelante cuestan sudores, fatigas y sangre, porque el primero en pagar el precio de su ansia descubridora fue el padre Agustín Ruiz o Rodríguez, que hacía verdad lo que se ha convertido en axioma: los franciscanos han sido magníficos andarines y aun verdaderos aventureros, que se lanzaron, no en busca de oro o fama, sino de las almas para Cristo. Nada les arredró y así también fueron silueteando su caminar con los regueros de sangre derramada. Los padres Nicolás López, Garcés, Silvestre Escalante y otros realizaron tales descubrimientos que es de justicia reclamar para ellos un puesto de honor de la ciencia de los descubrimientos, pues no sólo visitaron todo el territorio de Nuevo Méjico —los actuales estados de Norteamérica que son hoy Texas, Arizona, Colorado, Kansas y Nebraska, sino que los descubrieron culturalmente. Y sus narraciones, a veces un poco o mucho fantásticas, han podido ser verificadas un siglo después con los planos e itinerarios por ellos trazados; veámoslo.

En 1609 llegaron a Nuevo Méjico algunos misioneros con noticias alentadoras de los éxitos que se iban consiguiendo: la conversión progresaba rápidamente y se dijo que habían cientos de miles convertidos,

pues el año anterior habían bautizado a 8.000, y pedían, para continuar la obra, obreros abundantes; puestos de acuerdos el virrey y el padre comisario general de Méjico les enviaron ocho o nueve religiosos. Esta llamada y respuesta se tradujo asimismo en el envío de soldados y colonos para aquellas partes, que en buena armonía y propósitos afines, fueron sentando un perfecto entendimiento entre administración y misioneros. Los religiosos, como siempre, prestaron atención especial al estudio de las lenguas y con ellas a la catequesis y así podía informarse que

> los indios estaban tan bien adoctrinados, con el cuidado afable de los religiosos que en tocando la campana a misa y a la doctrina, todos iban con la mayor limpieza y aseo, que podían, y entraban en la iglesia a rezar como cristianos muy antiguos, mientras los cantores acudían a cantar con toda puntualidad a las Horas de Prima, Misa mayor y Vísperas.

Todos se confesaban en su lengua, etc. La ocupación de los religiosos era enseñar, curar enfermedades y suplir las necesidades de los indios. Habían construido numerosas iglesias y conventos, pero debemos advertir que aquí, en Nuevo Méjico, el trabajo de la construcción de las fábricas era ocupación de las mujeres y muchachas de la doctrina, pues eran ellas las que levantaban los muros, hacían el barro y acarreaban los materiales, mientras los hombres tejían en casa sus mantas, hilaban o iban a la guerra. De tal forma progresaron estas misiones que en 1628 pueden ser erigidas en Custodia de San Pablo, siendo el primer ministro el padre Alonso de Benavides, quien pasó a su destino llevando otros 26 misioneros más; como, además, algunos habían sucumbido a la edad y a los trabajos, recibieron nuevo refuerzo de 39 misioneros seguidamente, con lo que la obra evangelizadora adquirió una vida llena. En 1630 sumaban los bautizados la cifra de 80.000, que parecía exagerado, si no fuera la honradez y seriedad del informador padre Benavides. Y en su mandato tuvieron noticias por una mujer india, algo conocedora de la doctrina cristiana, que en otras tierras habían algunos cristianos; mandados religiosos para verificarlo, se encontraron ser el territorio de Texas, donde fueron bien recibidos y hasta el propio rey pidió ser bautizado.

Hacia el oriente de la villa de Santa Fe se hallaba la nación xumana. Su conversión fue admirable. Misionaba por allí el padre Juan de

Salas en la conversión de los indios tampiros, enemigos de los anteriores; pero admirados del interés y amor con que trataba a los salineros, le pidieron se fuese a vivir con ellos, lo que el padre no podía hacer por hallarse solo; pero el 29 de julio de 1629 un grupo de xumanas se le presentó en el convento de San Antonio de la Saleta pidiéndole que les instruyera en la fe y doctrina cristianas. Para adelantar su instrucción y llevarles la nueva vida social de Occidente, cada misión disponía de taller y escuela donde los indígenas, al tiempo que se instruían en la fe, aprendían y ejercían los oficios mecánicos y, por este medio, la provincia de Nuevo Texas adquirió su madurez y hasta se pensó en crear un nuevo obispado en esta parte. Leamos el inmediato informe del padre Francisco de Sosa, comisario general que nos lo explicará mejor:

> 1631 ...ha más de treinta años que se comenzó aquella conversión y están hoy convertidos más de quinientos mil indios y de ellos bautizados más de 86.000 y a su conversión asisten más de 100 religiosos..., y fuera de esos conventos que tiene esta sagrada Religión, hay más de ciento y cincuenta pueblos y en cada uno de ellos una iglesia, donde se dice misa y se administran los santos Sacramentos... Y por ser esta tierra muy desviada de la esa Nueva España, y la conversión que han hecho los dichos religiosos de más de cuatrocientas leguas, las cuáles se andan en carros por entre innumerables enemigos, en que se detienen más de un año...

Sintetiza bien esta primera etapa el padre Ocaña al escribir:

> más de 100.000 habitantes bautizados en esta Custodia; más de 150 iglesias y 33 conventos. Son ya diez los mártires en el Nuevo México...

Fue la edad de oro de la misión de Nuevo Méjico, pero toda esta obra, orgullo de la orden franciscana y sus misiones en el siglo XVII, se vendría abajo totalmente en el último tercio. Las causas son muy variadas —mal trato de los gobernadores y soldados a la población, que dieron lugar a sublevaciones constantes de los nativos; el hambre que asoló la zona en 1670, extrema, por lo que sabemos: «obligó a todos sus habitantes —españoles e indios— a comerse las pieles con que se hallaban y las coyundas de las carretas para alimentarse, etc.»; la terrible peste que le siguió y por último la rebelión de los chichimecas y

apaches de 1672, que dejó la provincia totalmente devastada, saqueados los pueblos de Curuac, Humanes, Abo, Chilili, Salinas y Senecú. Ante esta situación, el procurador general padre Ayeta solicitó ayuda en víveres y soldados para defenderse de los enemigos, pero lo enviado no respondía a las necesidades y problemas. Mientras se discutía en Madrid y en el Consejo de Indias la urgencia de enviar socorros en hombres y bastimentos, el 13 de agosto de 1680 estalló la sublevación general de los apaches contra los españoles, pero todo sincronizado en los diversos pueblos y estancias y con tal rigor que no perdonaron a mujeres o niños, quemaron los templos y dejaron totalmente asolados los 34 pueblos, sin contar las estancias y haciendas diseminadas por el territorio. El balance de este hecho luctuosísimo lo hizo el virrey de Méjico en estas palabras:

> Antes de entrar en este Gobierno tuve noticia del alzamiento general de los indios de las provincias de la Nueva México, que según los informes que me remitieron..., ejecutaron la conjuración los indios alzados en todos los pueblos y estancias a un mismo tiempo, con tanto rigor y crueldad como haber muerto 21 religiosos, los 19 sacerdotes y los 2 legos, y más de 380 personas, sin que perdonasen la inocencia de las mujeres y de los párvulos, etc. etc.

Sin meternos ni ahondar más en los motivos de la sublevación, los resultados fueron los ya dichos, 21 religiosos muertos, incendiadas más de 60 iglesias, muchos indios se volvieron a la idolatría y todos los pueblos cristianos en completa desmoralización, por lo que huyeron los pocos supervivientes.

He aquí los datos más exactos:

Desertaron 500.000 indios y apostataron 70.000; murieron 80 religiosos.

Las bien estudiadas medidas de las autoridades ayudaron a rehacer en parte la obra, pues procedieron con clemencia y no castigaron los desmanes; los religiosos supervivientes se esforzaron en atraer nuevamente a los indios a la fe, bautizaron a partidas que retornaron y solicitaban el bautismo; los tecuas y los tanos se redujeron a la obediencia y de este modo poco a poco la vida comenzaba a reír...

Vale hacer un recuerdo rápido de lo que fue la Misión de Nuevo Méjico:

a) Empezaron las misiones hacia 1596.

b) Su distancia de la capital de Nueva España era de 400 leguas.

c) Muy pronto empiezan a contarse los mártires.

d) Los religiosos en sus exploraciones llegaron a la Mar del Sur.

e) Alcanzaron también el reino de Quivira.

f) En 30 años (1596-1623) lograron 30.000 conversiones de los indios pivas, turcupinas, troas, querestaros, etc.

g) Asimismo la conversión de los xumanos, 100 leguas al Oriente.

h) También lograron conversiones entre los acomas, taos y zuñi.

i) El padre Escalona bautizó a 7.000 y contaba la custodia entonces con 150 iglesias y 33 conventos.

j) Finalmente, que asimismo lograron internarse entre los apaches...

Bibliografía sobre las custodias de Nuevo Méjico

Aguirre, C. M., «La acción franciscana en Nuevo Méjico», *Missionalia Hispánica*, 11, 1955, pp. 26-34.

Huerta Preciado, M. T., *Rebeliones en el noroeste de Méjico durante la época colonial*, Méjico, 1966, pp. 30-52.

López, A., ofm., «Real Cédula de 25 de mayo de 1689 sobre las Misiones de la Custodia de Nuevo Méjico, Río Verde y Tampico», *AIA*, 23, 1925, pp. 276-280.

Mac. Closkey, M., ofm., *The formative years of the missionary College of Santa Cruz de Querétaro 1683-1733*, Washington, Academy of American Franciscan History, 1955.

Pou y Martí, J. M.ª, ofm., «Estado de la Orden franciscana, en el año de 1635», *AIA*, 27, 1927, pp. 220-250.

Custodia de Río Verde. Fines del siglo xvii

No es que la fundación de los colegios apostólicos y su hecho histórico fueran las últimas páginas de la acción franciscana en Ultramar o mejor en América, no; las custodias misioneras siguieron llenando su

cometido con heroica consagración y hechos destacables, por lo mismo. Ya hemos referido antes la acción y apostolado de las otras —Tampico (Salvador) y Nuevo Méjico; nos resta recorrer la vida y también su historia de esta modesta custodia, digna en verdad de ser conocida. Había sido fundada por la provincia de Michoacán y quedó bajo su inmediata dependencia en 1612; su labor no debió ser muy fácil ni satisfactoria, pues el padre Ocaña en su celebrado *Estado de la Orden Franciscana y sus Misiones...* de 1635, podía escribir:

> No sólo florece esta Provincia —San Pedro y San Pablo de Michoacán— con la gran perfección y puntualidad con que administra los Sacramentos a indios y a españoles, sino también en apostólico ejercicio de las Conversiones en esta santa Custodia, que ha fundado, de Santa Catalina de Rioverde, adonde se han dedicado siempre varones apostólicos y padecido increibles trabajos y peligros por ser sus habitadores ferocísima y belicosísima gente y tan bárbara, que comen carne humana; y como tan indómitos es dificultísima su conversión, porque no tienen asistencia permanente, vagueando por serranías inaccesibles sin dejarse comunicar.

La comarca de Río Verde debe su nombre al río profundo, que causa la impresión de tener ese tinte; la penetración franciscana en esta zona comenzó a fines del siglo XVI y destacó por la continuidad y sentido organizador del padre Juan Bautista Mollinedo en 1607, quien ayudado por fray Juan de Cárdenas y el gran recurso del dominio del idioma otomí, se puso en contacto con los nativos, tratando de su conversión. Auxiliado después por un nutrido grupo de religiosos, realizó largo recorrido desde el puesto de Santa Catalina, prosiguiendo por Pinihuán, Lagunillas, Valle del Maíz —todos ellos puntos ubicados en el actual estado de San Luis de Potosí— hasta llegar a Tula y Campos.

Según informes, en todos esos lugares se levantaron iglesias y conventos, aunque sólo fueron provisionales y se trasladaron más tarde a Jamauve, llegando hasta el Nuevo Reino de León, en modo tal que sus misiones se confundieron con las de éste. Como no se habían llenado plenamente los propósitos y el plan del padre Mollinedo, insistió éste ante el rey y por cédula de 1612 obtuvo que se proveyese a la conveniente conversión de los bárbaros del Río Verde, Cerro Gordo y Jaumave.

Si los pasos de la doctrina y evangelización habían de ser firmes, debíase, primero predicarles el Evangelio, para seguidamente conseguir asentarlos en tierra fructífera y hasta convertirlos en propietarios; todo esto se obtuvo por la ley y buena voluntad del rey y sus ministros.

El progreso y vida de la custodia están bien documentados, pues los nombres de conventos e iglesias nos son conocidos y son estos:

1. Santa Catalina, mártir, dos religiosos, en 1 de julio de 1617.
2. San Antonio de Padua en Lagunillas, 6 de julio de 1617.
3. Nuestra Señora de la Presentación en Pinihuán, 8 de julio de 1617.
4. Misión de San Felipe en Los Gamotes, 10 de julio de 1617.
5. Misión de Nuestra Señora de la Concepción en Valle del Maíz, 15 de julio de 1617.
6. Misión de San Antonio de Tula, un solo residente, 22 de julio de 1617,
7. Misión de San Juan Bautista, en Jamauve, 23 de julio de 1617.
8. Misión de Nuestra Señora de los Ángeles, en Monte Albernia, 29 de julio de 1617.
9. Misión de Santa Clara, 7 de agosto de 1617.
10. Misión de San Cristóbal en Río Blanco, 1 de agosto de 1617.
11. Visita de Santa María, la Asunción, en Lagunillas, 4 de septiembre de 1617.
12. Misión de San Pedro, en las Alpujarras, 12 de septiembre de 1617.
13. Misión de San Juan en Tetla de Cerro Gordo, 22 de septiembre de 1617.

Esta Misión se convirtió en la casa central para la entrada y visita a Cerro Gordo. Digamos que estas misiones conocieron toda clase de vicisitudes por causa de los oficiales reales, por las rebeliones de los nativos y tal vez porque también se produjo el desánimo entre los propios misioneros. No es extraño que, cuando en 1648 la visitó el padre Buenaventura de Salinas y Córdoba, nos aporte el testimonio del buen hacer del provincial, padre Cristóbal Vas, que pudo establecer la paz y concordia entre los dos grupos —españoles y nativos— y también testimoniar la fe y piedad de éstos y por ello, al tiempo fueron solicitados refuerzos para esta viña del Señor, que llegaron en 1681, 21 misioneros nuevos; 22 más solicitaba al año siguiente la provincia, de los que destinó otros 12 para Río Verde. En 1669 los franciscanos consiguieron del

virrey que los españoles no arrebataran las tierras a los nativos, aunque la real cédula quedó como letra muerta.

En 1675 visitó don Martín de Mendalde, «uno de los pocos buenos Alcaldes mayores» de San Luis de Potosí, la Misión de Santa Catalina y numeró 49 familias de indios, 23 viudas y solteras y 51 muchachos. En 1693 se contaban 12 religiosos en 11 misiones y siete visitas, y 10.000 indios que vivían en los aledaños de la misión, aunque no todos estaban reducidos. En los años 1709-15 se produjo la secularización de las doctrinas por el obispo don Diego Camacho y Ávila y los religiosos nada pudieron hacer.

Bibliografía sobre la custodia de Río Verde

Kiemen, Mathias C., ofm., «Custody of Río Verde», *The Americas*, 11, 1954, pp. 295-328.

Custodia de San Salvador de Tampico

Los orígenes de esta misión se remontan a los primeros 12 apóstoles de Méjico, pues muy pronto llegó allá el padre Andrés de los Olmos, quien no sólo les predicó el Evangelio, adoctrinando a muchos en la verdad cristiana, sino también en lo político; les enseñó música, a cantar y celebrar el Oficio.

Dista esta misión más de 70 leguas y está en una serranía, que confina con el reino de León y las Conversiones de Río Verde y Zacatecas. Eran tribus muy salvajes, pues dice de ellos que vivían como animales, pero que en pocos años se transformaron completamente y en la relación del padre Ocaña, se dice que «están hoy domesticados y viven como cristianos». A partir de entonces (1635), la acción fue muy sostenida; el padre Diego Franco pudo juntar a los nativos en torno a la iglesia de Nuestra Señora de las Palmas, donde también fundó el pueblo (1658).

Fray José Pérez, que era fabricante de órganos, lingüista, arquitecto y buen predicador, fue además buen médico-cirujano, convirtiendo su celda en oficina de medicamentos para los nativos; como arquitecto

derribó y luego rehizo totalmente 18 iglesias e hizo de planta nueva cuatro más, dotándolas de ropas, alhajas, cuadros e imágenes.

Fray Francisco de Gamboa, buen lingüista y maestro de la lengua, se dio a escribir y componer obras teatrales e instituyó la costumbre de las representaciones plásticas de ejemplos y cosas devotas al modo de las comedias.

El padre Juan Ramírez desde allí se pasó a Nuevo Méjico; caminó sin viático, comiendo de lo que podía encontrar —yerbas, frutos; hizo más de 600 leguas a pie con los hermanos que le acompañaron; se metió entre los indios bárbaros del Peñol de Acoma, aprendió su lengua y consiguió bautizarles, edificando también la iglesia, a la que dotó ricamente. Murió en 1664.

También obra de la provincia del Santo Evangelio, contaba en 1630 con 14 conventos y 40 religiosos; sus nombres pueden verse en el siguiente cuadro sinóptico (según el padre Luis de Palacio).

1. Guayabos-San Antonio de Pael.
2. Huehuerilán-San Diego.
3. Ozoloana-La Asunción.
4. Tamapachi-(Tamapachú-San Miguel).
5. Tamaulipas-La Asunción.
6. Tamitas-Concepción.
7. Tampazquin-Santiago.
8. Pampico-San Luis Obispo.
9. Tami-Santiago.
10. Tancuayalán-San Francisco.
11. Tanlacu-San Pedro y San Pablo.
12. Villa de los Valles-Santiago.

Esta custodia de Tampico desarrolló una acción siempre creciente y llegó a contar en el siglo XVIII con 22 misiones, pero su caminar no fue fácil y las cruces, que certificaban de las muertes de sus religiosos, jalonaron su marcha trabajosa: era la constante de la vida de evangelización. Entre los años 1745 y 1748 hasta 12 religiosos cayeron rendidos a las fatigas de su duro bregar. La custodia pidió refuerzos y los obtuvo al llegarle diez misioneros; pero los infortunios se fueron sucediendo por accidentes o golpes desgraciados de la propia vida. El padre Juan Munguía, aquejado de hinchazón de piernas, no pudo retirarse al hospicio en busca de la salud y murió sin asistencia espiritual. La iglesia

de Pueblo Nuevo se incendió en 1740, la de Uzuluama corrió la misma suerte en 1744, como también las de Tamapache, Tamitad, Tamuín y Tancuayal en 1748. Sin embargo, la custodia no se amilanó ante ese cúmulo de infortunios y supo rehacer las ruinas y revitalizar su acción misionera, pues en 1757 sumaba ya 20 misiones, de las cuales diez se hallaban ubicadas en la Huasteca, seis en la región de Pame y cuatro en la colonia de Nuevo Santander.

Son informes que la propia custodia envía a la comisaría General de Méjico y al virrey de Nueva España en 1765, pero donde añaden la noticia de que aún quedan miles de gentiles en su territorio. Para 1780 pueden celebrar la alegría de afirmar que todos los indios de esa zona son ya cristianos, por lo que 38 pueblos, por ellos formados, han sido cedidos al clero secular y que sólo quedan a su cargo 27 pueblos —misión—. Y como nota final también podemos añadir, según la misma información que 20 de sus religiosos han pasado al servicio de la antes citada colonia del Nuevo Santander.

Aunque los datos ofrecidos ya nos permiten valorar la acción misionera de las custodias, sintetizando la relación del padre Juan de Santander, comisario general de Méjico, tendremos, en pocas palabras, la visión total de lo que significaron esas fuerzas avanzadas de la frontera; son éstos: según el citado padre comisario general en 1630 suman los bautismos administrados la cifra de 80.000; poco después y según el padre Ocaña (1635) los indios de Nuevo Méjico bautizados eran 100.000; existían allí 35 conventos, las iglesias eran 150 y los misioneros martirizados, 10. En cambio, poco más tarde (1638) nos aportan la triste nueva de que la población cristiana ha descendido a 60.000, porque habían muerto millares a causa de epidemias; también los ataques de los apaches habían causado muchas víctimas.

La gran revuelta india de 1680 aportó las bajas de 21 misioneros; ante esa situación tremenda, la Provincia del Santo Evangelio solicitó ayuda a todas las otras provincias para la restauración de las misiones y prontamente llegaban al campo difícil de Nuevo Méjico los primeros refuerzos (1696), año en que suman 25 pueblos-misiones con iglesias y capillas.

Los informes misioneros de 1780 y 1787 nos hablan de 28 misiones de la Custodia de San Pablo, que servía a 34 pueblos-misión.

BIBLIOGRAFÍA SOBRE LA CUSTODIA DE SAN SALVADOR DE TAMPICO

Lejarza, F. de, ofm., «El ocaso de un apóstol. Fray Jerónimo de Abrego y Hortigosa», *AIA*, 24, 1964, pp. 3-46 y 183-239.

Maas, O., ofm., «Misiones de Nuevo Méjico», *Documentos del Archivo General de Indias*, Sevilla; publicados por vez primera y anotados por..., Madrid, 1929.

——*Viajes de misioneros franciscanos a la conquista de Nuevo Méjico*, Sevilla, 1929.

Pou y Martí, J. M.ª, «Estado de la Orden franciscana en 1635», *AIA*, 27, 1927, pp. 196-250; 28, 1927, pp. 38-92; 30, 1928, pp. 33-70.

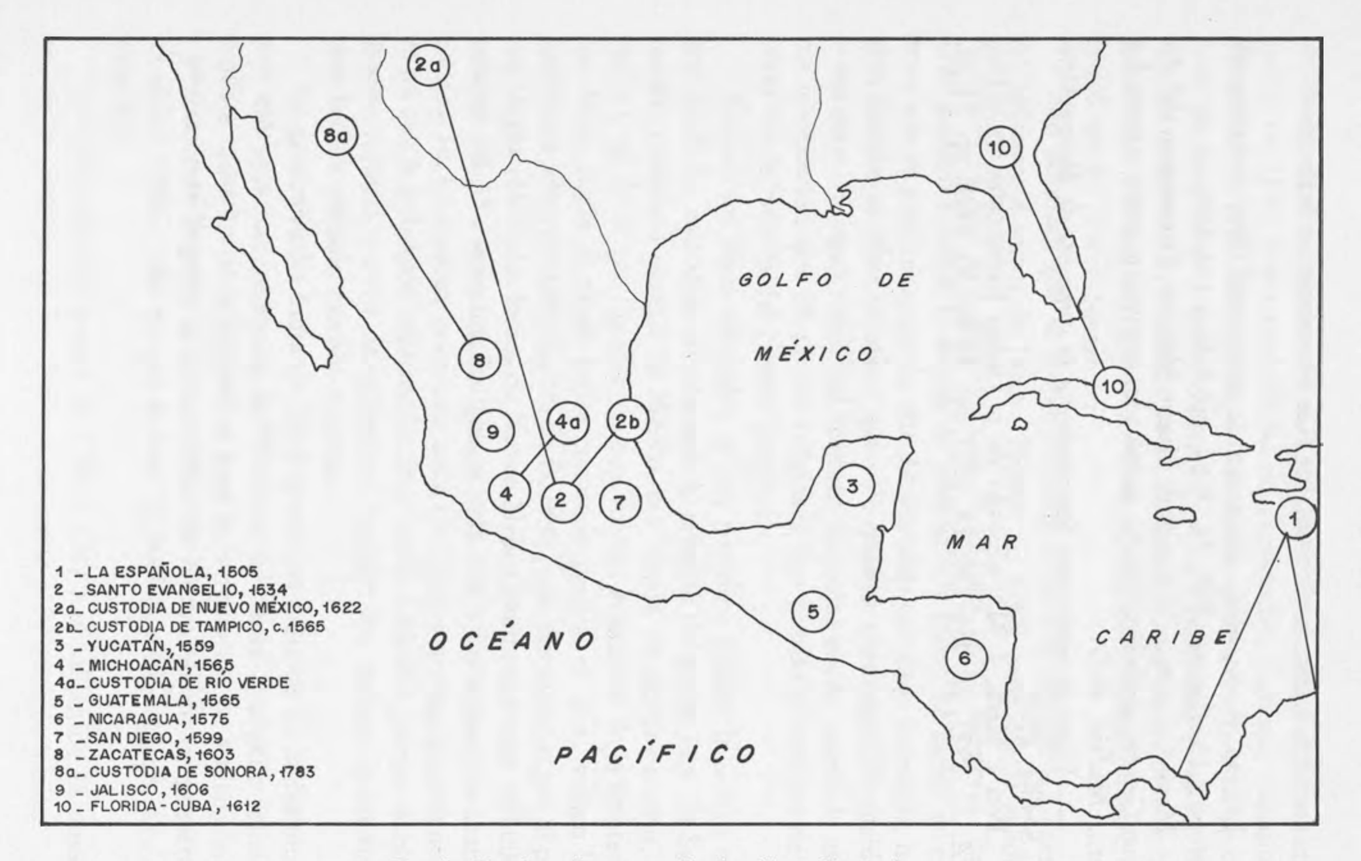
Capítulo XI

LUZ Y SOMBRAS (1640)
PRIMERAS SECULARIZACIONES DE LAS DOCTRINAS

Pudiéramos pensar, ante los datos del desarrollo espectacular de las misiones y provincias, verificado entre 1561-1651, que todo había sido miel sobre hojuelas. Pues nada menos cierto. Al misionero no le afectaban tanto los trabajos, sudores y hasta la muerte, que podía ser la corona de su apostolado; éstos eran parte de su ideal, que aceptaron al marchar a misiones de Ultramar. Pero lo que no entró en su proyecto de vida fue que el sudor de tantas fatigas se lo llevaran otros y fue éste el final de tanto batallar en muchos casos. Cuando se habla de la secularización de doctrinas, normalmente se piensa en el siglo XVIII, pero este fenómeno, que empieza a manifestarse al principio suave y diplomático y que revestirá después los modos de un proceso bronco e irreversible, tuvo sus primeros brotes en la segunda mitad del siglo XVII.

A la provincia del Santo Evangelio, la madre de todas las Provincias de Nueva España, que se extendió desde el Río Grande hasta el sur de Yucatán y parte de la América Central, no le preocupó ni poco ni mucho el desmembrarse de su territorio y el proceso de mayoría de edad de sus misiones: era ley de vida, que coronaba toda su trayectoria; pero no así lo que, a mediados del siglo XVII, le cayó encima.

Y, como decimos, fue en 1640 cuando se produjo el primer desgarro interior por causas externas, como eran las exigencias y apremios pastorales. Los obispos en este tiempo habían aumentado los efectivos de su clero secular y exigían la entrega de muchas doctrinas para dar ocupación a sus clérigos y crear el patrimonio de su diócesis. Fue el señor obispo de la Puebla, monseñor Palafox (Juan Palafox y Mendoza), quien intervino decididamente en esta secularización, que afectaba a los tres grandes grupos misioneros —agustinos, dominicos y francisca-



Provincias franciscanas de América Central.

nos— y que incluía en su enorme territorio las de Méjico y Oaxaca. De esta secularización sólo se salvó nuestro convento y doctrina de Atlinco; todas las demás pasaron al clero secular. Frente por frente del convento e iglesia regulares se levantaron iglesia y sus dependencias parroquiales. Los religiosos quedaron reducidos a labores conventuales, propias de la vida mixta religiosa: predicación y administración de algunos sacramentos. Con tales disposiciones la Provincia del Santo Evangelio perdió diez conventos.

Pero, además, para llevar adelante el decreto de secularización, recurrieron los obispos a las visitas diocesanas, algo que tampoco agradó a los frailes; al ver la resistencia de éstos a la visita, algunos, como el representante de Cuba, monseñor Juan Ferro Machado, se dedicó a hacer informes negativos y desacreditar a los religiosos. El delegado de la diócesis de Guadalajara, Don Baltasar de la Peña, decidió hacer otro tanto y las consecuencias fueron «...grandes descréditos de la Religión...».

Resumamos este apartado diciendo que estos primeros intentos sólo fueron un diseño de lo que había de producirse un siglo después...

Bibliografía

Chauvet, F. de J., ofm., *Noticia histórica...*, Méjico, 1966, pp. 22-28.

Pou y Martí, J. M.ª, ofm., «Estado de la Orden franciscana en 1635», *AIA*, 28, 1927, pp. 204-216.

Los colegios misioneros (1682-1685)

La secularización, por un lado, de las doctrinas con el consiguiente desánimo en la Provincia del Santo Evangelio, el apego en muchos a mantener una situación ya superada y el menor espíritu para continuar en la vanguardia fueron los antecedentes inmediatos de este milagro de los Colegios Misioneros. Se dice que tal vez ha bajado de tono el impulso misionero y en cierta medida es exacto, aunque no completamente; lo urgente en aquellos momentos, en que tantas cosas se escapaban de la mano, era encontrar el medio de devolver el fervor a las nuevas

generaciones religiosas y de entusiasmarlas con un nuevo ideal. Por otro lado, se decía que para esas fechas el mundo americano era ya cristiano en su conjunto, pero la aventura de Texas y Nuevo Méjico decían a todos que era mucho el trabajo que aun quedaba por realizar y éste debía ser confiado a grupos especiales. La solución había de salir inesperadamente. En 1679 el P. Antonio Llinás había terminado un recorrido por el Obispado de Michoacán y sin razones que lo avalen, terminada esa gira, negoció el pasaporte para España, adonde llegó a principios del siguiente año. Cayó enfermo y repuesto se fue a su tierra mallorquina donde se dedicó a la predicación, ganándose el título de «San Vicente Ferrer de su tiempo»; tras de su apostolado en aquellas partes se vino a Madrid y allí pudo hablar con el ministro general padre José Jiménez de Samaniego; con él habló de las misiones americanas y de las de Cerro Gordo, próximas a Querétaro, pidiéndole permiso para conducir una Misión para esas tierras.

El padre Llinás vino a Madrid sin tener idea de los Colegios Misioneros, pero es el ministro general quien le sugiere una idea que ya tenía antecedentes en tierras de Italia y España. Se trataba de casas donde se formaban los religiosos para el apostolado entre fieles con un régimen muy duro en el estudio y oración, donde bien fundados en la piedad y doctrinas, se hallaban dispuestos para afirmar y despertar la fe dormida de los fieles cristianos.

Sobre esa idea de las falanges bien adiestradas, científica, espiritual y doctrinalmente, habían de surgir los Colegios Misioneros para América. En las siguientes conversaciones con el padre Llinás continuaron hablando del problema misional y, llegado un momento, le dijo el padre Jiménez de Samaniego:

> Padre, aunque quedé en concederle los compañeros que me pedía, he mudado de parecer... Si Vuesa Paternidad desea reducir esa gentilidad que dice de Cerro Gordo con entrarse por sus tierras con los 11 compañeros, dado que, con el favor divino, lo consiga, es necesario prevenir que le llegará tiempo, sin duda, en que falleciendo todos los 12 ministros, fallezca y falte el cultivo de esas místicas y tiernas plantas... Por lo que juzgo por más acertado que pida al Rey nuestro señor, con patente que le daré, facultad y licencia para fundar en aquellas partes un Colegio apostólico de Misioneros, en el lugar más conveniente y cercano a esa gentilidad cuya conversión intenta.

> Con eso tendrá en todos tiempos sin el peligro que, de ir los 12 que pide, se seguía.

Ateniéndose a las sugerencias del padre Samaniego, nuestro padre Llinás presentó un memorial al rey, en el que manifestaba sus deseos y la idea de la nueva institución.

¿En qué basaba el Llinás su proyecto e ideas? He aquí el plan:

> Necesidad de seleccionar mejor los misioneros; conveniencia de fundar nuevos conventos y Provincias religiosas..., envío de más operarios evangélicos al Perú y Nueva España; y hasta premios para los soldados que asistían en los puestos de las conversaciones.

El padre Samaniego vio y aprobó el plan; sin embargo, juzgó conveniente no presentarlos al rey, pero al tiempo ayudó al padre Llinás a redactar breve resumen del mismo reducido a los siguientes puntos:

> Reclutamiento y envío de 24 misioneros a la Nueva España, bajo la directa dependencia del Ministro General o del Comisario General; éstos debían predicar en los pueblos, villas y ciudades en pequeños grupos.
>
> Que el Rey recomiende esta empresa al Virrey y autoridades eclesiásticas y civiles de allá.

Con este borrador se presentó al rey el padre Llinás y sabemos que entonces proponía el convento de San Juan del Río para la nueva fundación, que también podían ser Orizaba o Córdoba, pero el rey no lo aprobó por sus razones. Con patente del rey y la autoridad y respaldo del ministro general, padre Samaniego, se presentó nuestro padre Llinás al capítulo general de Toledo, que tuvo lugar allí el 16 de mayo de 1682. Y allí consiguió el refrendo general de la asamblea y del nuevo general padre Pedro Merino de Sormano. Y con tantos avales y documentos a su favor podía el padre Llinás preparar su embarque en marzo del siguiente año. Llevaba consigo 25 misioneros, pero en el viaje murieron dos, un sacerdote y un hermano lego; después de una molesta travesía podían arribar a Veracruz en momento difícil para la ciudad, porque allí «no había casa sin destrozo, hogar sin dueño, ni rico sin pobreza», ya que acababan de sufrir el castigo de los piratas Lorencillo,

cuyo verdadero nombre era Lawrence de Gaff, y de sus lugartenientes Nicolás van Hora y Michael Gramont.

Llegados a Querétaro presentaron sus bulas, patentes y reales cédulas y los respectivos superiores nada tuvieron que objetar y así el 15 de agosto de 1683 les era entregado dicho convento para ser el primer colegio misionero de América.

Ante la reacción posterior de la provincia de Michoacán por habérsele quitado el convento de Querétaro, el padre Llinás volvió a embarcarse rumbo a España y aquí había de quedar, hasta su muerte —29 de junio de 1693.

La herencia del Colegio Misionero de Querétaro

Repetimos que el Colegio de Querétaro es la matriz y horno de nuevas fundaciones, donde se fraguó la gran epopeya de estos grupos de misioneros, pues a su ejemplo y bajo su inspiración salieron a luz todos los de América del Norte, Centro y América meridional. Esta es su historia, sus fines y logros apostólicos.

Querétaro

Ya hablamos de los trámites para conseguir su fundación y cómo el 15 de agosto de 1683 quedó inaugurado. Pues bien, asentada la vida y organización de la casa, sabemos que quedaba ésta dentro de los límites de la provincia de Michoacán; por ello nuestros misioneros de Querétaro iniciaron su apostolado predicando por los pueblos de las diócesis mejicanas. Ya en los comienzos de 1686 hicieron los primeros intentos para establecerse entre los infieles de Cerro Gordo, que eran el primer objetivo del padre Llinas, pero a los dos años hubieron de retirarse por oponérseles la custodia franciscana de Tampico, que tenía asignada esa zona.

Sin embargo y felizmente dos años después consiguen el objetivo de penetrar entre los indios talanancas los padres Melchor López y Antonio Margil; esos indios vivían en las montañas de lo que es hoy Costa Rica. Metidos en aquella serranía evangelizaron a su vez a los térrabas, cavecáres, chicagues, usamboros, mayagués, etc. Todas estas misiones

fundadas por ya citados padres misioneros dependieron de Querétaro hasta la fundación del Colegio de Cristo Crucificado de Guatemala, al que se le entregaron.

Pero fue en 1690 cuando los padres de Querétaro consiguen abrir brecha nuevamente en Texas y seguidamente fundar misiones entre los belicosos apaches de Nuevo Méjico. Su acción se extendió desde allí en 1697 y se lograron nuevas fundaciones entre Querétaro y Texas, en la región del Río Grande; con paso firme y sin ceder en la avanzada pueden contar en breve con 16 poblados o estaciones en la provincia de Sonora. Su gran aportación a las misiones la veremos después al exponer la lucha por la conquista espiritual de aquella provincia lejana.

Colegio de Cristo Crucificado de Guatemala

Surgió éste como respuesta al eco despertado por el paso y predicación en las regiones de Guatemala de los padres Melchor López, Antonio Margil y Pablo Rebullida en los años 1692 y 1694. Éstos se establecieron en los alrededores de la capital Santiago de los Caballeros (Guatemala) y en el conventillo del Santo Calvario, que les había cedido la provincia del Santísimo Nombre de Jesús; mas sólo por cédula real de 16 de julio de 1700 se les permitió el traslado a nuevo convento, construido muy cerca, y que fue elevado a la categoría de colegio misionero o apostólico, cuya acción comenzó a desarrollarse al ser nombrado guardián del mismo el padre Margil el mismo año. Su campo de acción había de ser la región de los talamancas, donde llevarán a cabo un apostolado ejemplar. Cuando el padre Nicolás de Lorenzana nos informe sobre su actividad, ya nos puede decir que son las tres reducciones, misiones o conversiones de indios que tienen a su cargo y que son: Talamanca —la primitiva y principal— Matagalpa o Telogalpa y la más reciente, que es la de la Montaña de Cimayagua.

La reducción de los talamancas comenzó, pues, en el siglo XVIII por el celo del venerable siervo de Dios padre Antonio de Margil y que fue continuado por los religiosos del Colegio:

> con mucho logro de sus apostólicas tareas, pues en pocos años consiguieron catequizar y bautizar tan competente número de infieles,

> que ya componían como catorce pueblos, hasta que por los fines de mil setecientos nueve sublevándose aquellas bárbaras naciones, con los que estaban catequizados, dieron muerte a dos de los tres religiosos que allí estaban, y lo fueron fray Pablo de Rebullida y fray Antonio de Zamora, a nueve o diez soldados de los que había de guarnición, y a una mujer y a un niño; incendiando las iglesias y profanando los vasos sagrados y ornamentos della.

Por las medidas que tomó el gobernador de la provincia de Costa Rica, don Lorenzo de la Franca Balbín, y del padre Antonio de Andrade, que salvó la vida, se consiguió apresar a 500 indios sublevados con su cacique y recuperar alhajas y vasos sagrados; mas en el aspecto religioso nada se obtuvo y los misioneros se retiraron de allí. Los esfuerzos por restaurar la misión continuaron 30 años sin éxito aparente alguno. No había quedado del grupo misionero fundador de esta ingrata misión más que el padre Antonio de Andrade, vicecomisario, y aunque ya anciano, se decidió a hacer una entrada en diciembre de 1740:

> con la sola providencia de dos Sínodos, de a trescientos treinta y dos pesos cada una, mas el vino necesario para algunas misas, cera y ostias para el sacrificio, con aceite de lámpara del Santísimo, se llegó hasta Cartago en marzo del siguiente año, donde encontró algunos Talamancas, que salían a negocios de paz, se entretuvo con ellos el resto del año aprendiendo el idioma de los «Térrabas», diferente en todo a aquellos, con el padre José de Vela, que se le había unido; le hizo adentrarse en el territorio cien leguas al Oriente y logró que se estableciera allí. Bien recibido por éstos pronto pudo empezar su adoctrinamiento y los bautismos, pero halló que muchos de éstos ya habían sido cristianados con anterioridad a 1709.

El padre Andrade avisó de la actitud refractaria de los talamancas y solicitó escolta de soldados y el envío de misioneros, por lo cual fueron allá los padres Juan de Mendijur y José Otaola, los que fueron más afortunados al conseguir catequizar y bautizar, hasta primeros de 1743, a 1.020 personas entre párvulos y adultos.

El padre Vela dejó a los térrabas y se partió en busca de los talamancas, por la parte oriental de las montañas; llegado allá encontró buena disposición entre las mujeres y difícil entre los hombres; no obstante logró bautizar a 23 párvulos en pocas semanas, pero los hombres

con sus amenazas y malos tratos forzaron a retirarse a los misioneros. No cesando en su propósito el padre Vela, volvió allí y con sus obsequios y actitud caritativa obtuvo mejor acogida y entonces también se consiguieron frutos entre los hombres. Seguidamente pidió refuerzos y le fueron enviados los padres Francisco de Murga y Alfonso Cabello, quien pronto enfermó y hubo de retirarse al Colegio, en tanto que el primero continuó su marcha hacia Cartago. Por octubre de 1742 acudieron dos nuevos misioneros a este campo difícil, los padres Juan Nieto y Juan Félix Núñez y con estos sumaron ya siete los religiosos en la misión. Es entonces cuando se empiezan a recoger los frutos de tanto bregar, compensando los esfuerzos del colegio y el padre Andrade podía informar al obispo —arzobispo don fray Pedro Pardo de Figueroa— que en 1745 tenían ya bautizadas a unas 15.000 personas de todas edades y reconciliados a 810 apóstatas del año 1709.

En una descubierta preparada con inteligencia por el gobernador de Nicaragua, Alonso Fernández de Hereda, lograron sacar de la montaña y selva a más de 40 personas, con 103 que fueron arrastrados por las palabras amables de los soldados, y con ellos se fundió una población.

La distancia a Talamanca desde el colegio es de unas 400 a 500 leguas, marchando siempre a Oriente, y son siete naciones las que allí se registraron: la Talamanca, formada por dos grupos, Cabeceras y Viceytas; la de Térrabas, Tofares, que habitaban en la isla de ese nombre en la costa del mar; otra «Doraques» y la otra «Guamíes». Las tres últimas se hallan en tierra firme y las primeras en Guatemala. Pero hasta el presente, decían, sólo habían podido misionar entre los talamancas y térrabas y no pasaron a las islas al saber que era frecuentada por los ingleses piratas. He aquí cómo nos lo describen, así la orografía como sus frutos naturales:

> Las montañas que habitan todas aquellas naciones son unos bosques muy espesos, en terrenos de mucha fragosidad y se extienden de oriente a occidente como ciento veinte leguas; y de norte a sur como treinta a cuarenta, corriendo las vertientes al norte. El temperamento es húmedo y caliente en la mayor parte y llueven en lo más del año, sin que lo umbroso de los bosques deje secar el suelo, si no es en cual corto trecho.
>
> Lo que producen para la vida son plátanos, yucas, maíz, algo de peces en los ríos. De carne hay solamente cerdos monteses y airones, por-

> que no tienen ganado alguno ni aves domésticas; y así aquellas miserables gentes comen varias sabandijas inmundas y usan de brodios (*sic*) fermentados para embriagueces.
> Construyen en pocas horas sus casillas de unos horcones toscos y techo de hojas; y con frecuencia mudan las poblaciones, huyendo siempre del dominio español, que juzgan esclavitud; y viven desnudos, pero armados con arco y flechas para cazar y guerrear.
> Tienen abominables costumbres, cuya extirpación da mucho que hacer a los Padres Reductores, en especial la de la multiplicidad de mujeres.

Sigue la relación con estos datos interesantes, que resumimos aquí. Después de la rebelión de 1709 se han podido organizar los pueblos de Jesús del Monte, a 30 leguas de Cartago; también se formó otro cercano a éste, llamado Cabagra, aunque no precisan su ubicación.

La población, según estos informes imprecisos, se cree numerosa; han sido bautizados desde el año de 1742 hasta hoy muchos; en 1747 parece que sumaban 3.500 contando a los apóstatas reconciliados.

La reducción de los indios matagalpa o tologalpa, también encomendada al Colegio de Cristo Crucificado desde 1744, fue servida por los padres Antonio del Águila y Antonio Cáceres en 1746 y a pesar de la experiencia lograda en el continuo trato con los nativos, tan sólo consiguieron de premio la muerte del padre Vega.

La conquista espiritual de Comayagua, provincia de Honduras, se empezó en 1746 y allí se fatigaban los padres Pedro de Alcántara y José Ramiro, los que al año siguiente lograban sacar de los montes a 84 caribes, entre adultos y párvulos, a los que también bautizaron después de su adoctrinamiento, formando con ellos el pueblo de San Miguel. Sintetizando, en Talamanca asisten dos religiosos, dos en Matagalpa y dos también en Comayagua, y todos ellos luchan con toda clase de dificultades y todo paso adelante en la conversión se paga con sudor, sangre y lágrimas. Y éste es el informe del padre Nicolás de Lorenzana de 22 de junio de 1748.

Colegio de Nuestra Señora de Zacatecas

También el origen de éste arranca de la predicación fervorosa de los misioneros de Querétaro en 1686, pues tan fuerte impresión causó

a los habitantes y autoridades de la ciudad, que les pidieron que se quedaran entre ellos y que también fundaran un colegio similar. Superadas algunas dificultades, que les opusieron los religiosos de la provincia de San Francisco, podían instalarse en la ciudad a favor de la cédula de Felipe, de fecha 27 de enero de 1704, que había sido negociada por el padre Pedro de la Concepción Urtiaga, mas al no volver tan pronto a Méjico éste, fue el encargado de darle cumplimiento el padre Margil en 1707. Su campo de acción había de ser las conversiones de Mayarit, en Texas, y las del llamado Seno Mejicano —desde, la Florida hasta Yucatán—. Con el Colegio de Querétaro y el de San Fernando de Méjico forman el trío de colegios apostólicos de más vibrante historia misionera.

Estos colegios, pues, serán los adelantados en esta forma de evangelización y de ellos brotará todo un rosario de fundaciones con el mismo ideal y propósito, según nos dice Félix Sáiz Díez:

> Los Colegios llegaron en un tiempo en que se había hecho necesario el dar el nuevo impulso a las *conversiones vivas*, es decir, al trabajo en aquellos centros en que la población no cristiana constituía aún la casi totalidad. Esta fue la intención de los fundadores y el ideal que siempre se mantuvo en su ordenación y entre sus miembros.

Bibliografía sobre los colegios

Civezza, M. de, ofm., *Relación del Obispo de Guatemala, Saggio di bibliografía sanfrancescana*, Prato, 1879, pp. 146-147.

Espinosa, I. F., ofm., *Crónica de los Colegios de Propaganda Fide de la Nueva España*, Washington, Academia Franciscana, 1964.

Lorenzana, N. de, ofm., «Informe sobre las Misiones de Talamanca», *AIA*, 7, 1917, pp. 133-143.

Sáiz, F., ofm., *Los Colegios de Propaganda Fide en Hispanoamérica*, Madrid, 1968, pp. 38-40.

Sánchez, D., ofm., «El Colegio de Cristo Crucificado», *AIA*, 7, 1917.

Capítulo XII

CONJUNCIÓN DE PROYECTOS DE LA ADMINISTRACIÓN Y DE LOS FRANCISCANOS

Provincia del Nuevo Santander

En realidad esta obra es una feliz muestra de lo que se puede lograr cuando marchan aunados la Iglesia y el Estado, como así ocurrió en esa parte. Es también un antecedente de California.

Esta provincia lleva la huella indeleble y el nombre del que con su talento, prudencia y amor le dio vida: el conde de Revillagigedo, don Juan Francisco Guemes y Horcasitas. Se ha dicho de esta provincia del Seno Mejicano, que «es uno de los blasones con que acreditó su lealtad, sus brillantes servicios a la Monarquía y los animados esfuerzos de su heroica nobleza».

Éste llevó a cabo la pacificación de Sierra Gorda, lo que se consideró por mucho tiempo imposible, pero es que ninguno tuvo los arrestos ni la valentía de Revillagigedo para realizar el programa de rey y convertirlo en hermosa realidad. Y sin embargo él lo consiguió: conquista y pacificación de lo que luego se había de llamar Colonia del Nuevo Santander. Y se realizó, pacificando Sierra Gorda y conquistando la costa, cortando de este modo las incursiones de los bárbaros, con lo que se dieron seguridades y tranquilidad a los establecimientos vecinos y se facilitaron las comunicaciones con la capital de Nueva España. Utilizó los buenos servicios de Escandón, que sería el instrumento de sus planes. Pero no sólo importan su labor y aportación a la vida de Méjico en esos puntos, sino que, además, libertó el Nuevo Reino de León y aseguró las fronteras de Pánuco, Tampico, Villa de Valles, Guadalcázar y Charcas de los peligros y hostilidades de los bárbaros chichimecas. No es extraño que a Escandón se le reconocieran sus servicios y además

que se le encomendaran otros no menos duros y gloriosos: persecución de la conquista y pacificación de todo aquel territorio donde se quería asentar nuevas poblaciones, que en 1765 sumaban 24, sin incluir haciendas y ranchos, con más de 100.000 personas que ya habitaban aquel terreno.

Pero en lo religioso contó con la ayuda, más que valiosa, enorme, de los colegios de Zacatecas y San Fernando, quienes iniciaron o continuaron con inigualable fervor aquella magna obra. Son éstos dos colegios misioneros de Propaganda Fide, hijos primeros del de Querétaro, y cuya fundación, según ya sabemos, tuvo lugar en 1704 el primero, y en 1734 el de los padres fernandinos.

Programa espiritual. Sus grados

Conseguida la sujeción de los indios, el primer paso a dar era el de reducirlos a poblado en lugares ya fijados; allí habían de recibir las primeras enseñanzas de los doctrineros. Los aquí reducidos, tenían ya asegurado el sustento y hasta la paga de su trabajo; después esos indios reducidos tenían la obligación de recorrer los campos en busca de frutas silvestres y aportar su recolección a la reducción. El padre Santa María, cronista de esta hermosa página de historia patria y religiosa, escribía así:

> Se reducían estas dichas congregadas a atraer a los indios, o con halagos o por la fuerza, a los pueblos que empezaban a formarse y allí se entregaban, en partidas numerosas de hombres, mujeres y familias, a los españoles vecinos con nombres de protectores y con el destino, haciendo que les enseñaran la vida social y los redujeran a ella.

Esto, que fue el origen de la encomienda y que dio resultados tan negativos, no ocurrió en el nuevo proyecto social-religioso. Partiendo de la natural pereza del nativo para el trabajo y su inclinación a la ociosidad, se repartieron entre los vecinos ciertamente para el laboreo del campo, la cría de animales y servicio de los españoles. Para este procedimiento había tres razones fundamentales:

Primera, porque habiendo militado o vivido como irracionales y fieras salvajes —desnudos, sustentándose de hierbas, raíces y frutas sil-

vestres, y aun sin aquella sombra de policía, solidaridad y gobierno que tenían los otros indios, congregados en sus pueblos gentiles—, se consideraba casi inevitable esa tendencia a la ociosidad y al dejamiento, por lo que había que acostumbrarles al trabajo, cría de ganados y demás servicios.

Segunda, porque era zona totalmente inculta hasta su conquista, tenía que escasear de lo más elemental para su subsistencia —de españoles y nativos— y más con la atracción de nuevos colonos, que aumentaba la población y lógicamente aumentaría la escasez de alimentos.

Tercera y última, porque debiendo los colonos atender al trabajo y laboreo del campo y aumento de la ganadería, por su dispersión no podrían acudir pronto a rechazar los ataques de los indios enemigos y apóstatas, y menos en su persecución y seguimiento.

Y además, para obviar los inconvenientes que de este régimen se pudieran derivar, se exigía de los españoles y colonos un buen trato para los indios, a los que no se les podría cambiar de domicilio y de un pueblo a otro. Y como también se podía temer que ya los recién reducidos, ya otros que se fueran incorporando, podían dar motivos de queja y enfrentamiento con sus semejantes y familiares, para fijar los salarios se acordó que debía hacerse siempre en presencia de los capitanes, quienes debían actuar como jueces y defensores de los más débiles.

Si los indios solían vivir en torno al poblado y tener sus tierras y jacales, no faltaban muchos transeúntes que no gozaban de este beneficio; para ellos también se arbitró la medida de prepararles terrenos aptos para su ocupación y sustento.

Ahora bien, para el establecimiento de las misiones se consideró necesaria una cantidad para la adquisición de semillas, animales y aperos de labranza.

El padre Fragoso, otro de los pioneros en esta empresa, dirá que «la esperanza que concibió de la reducción de estos indios es que tengan abundante comida y vestuario, por ser de naturaleza muy débiles y amantes de los españoles y sólo les obliga a retirarse de la Misión el no ver en ella las suficientes providencias..., etc.».

Éstas son algunas de las providencias tomadas, aunque no todas, pero suponen ya un estudio matizado de los problemas con que había de enfrentarse la gran tarea del establecimiento proyectado del Nuevo Santander.

Villas y poblados

Cuando Escandón envía su informe a Méjico capital (1755), nos puede ofrecer el estado y organización de cada una de las misiones, fecha de su fundación, misioneros que asisten y personal de todas ellas, pero también los de las familias indias, número y medios con que contaban para su subsistencia. Se habían buscado con mucha reflexión los emplazamientos y se aseguraban de este modo contra todo riesgo. He aquí sus nombres:

Villa de Llera, la primera en fundarse el 25 de diciembre de 1748, emplazada en lugar tan ameno y precioso como fértil y abundante de aguas. Podía ser bien abastecida por el trabajo y producción de los nativos.

Peñacastillo, advocación de la Divina Pastora, bajo la administración del padre Tomás Antonio Cortés, cuyo apostólico celo y gobierno económico había contribuido en gran manera a la perfección de la misma; contaba con 41 familias de indios pisones, que sumaban 152 personas.

A éstos se agregaron pronto 80 familias de indios janambres con 300 personas de ambos sexos. En 1750 les asistía el padre Lorenzo Medina. El juicio emitido sobre todos ellos es «muy obedientes y aplicados a la ley de Dios, al trabajo y muy afectos a la sociedad y comunicación con los españoles». De sus frutos podían vivir y vender para procurarse otras cosas necesarias.

Villa de Guempes, fundada el 1 de enero de 1750, con la advocación de San Francisco de Asís, villa bien abastecida y bañada por dos ríos, lo que provocó luego su traslado a otra parte por el miedo a inundaciones —Río San Felipe.

Tenía otra misión, que de ella dependía —Llanes— advocación de Santo Toribio de Liévana y administrada por el padre Francisco Javier García. Se asignó el paraje mejor para misión de indios reducidos —el Paso de la Corona— a legua y cuarto de Santander. Número de pobladores, según el doctrinero, eran 80. Muy apto para la ganadería, llegaron a contar 4.000 bestias caballares, 1.500 cabezas de vacuno y 6.000 de ganado lanar, que eran de todo el vecindario.

Villa de Padilla, fundada en 6 de enero de 1749, situada en las márgenes de los ríos Santa Engracia y Purificación, en un valle entre las dos Tamaulipas, abundante en árboles frutales, pescado y buenos pastos.

Misión-Guarnizo, dedicada a Nuestra Señora de los Dolores y servida por el padre Joaquín Martínez, del Colegio Apostólico de Guadalupe; con sólo dos indias convertidas, tenía muchos indios infieles en sus cercanías, y esperaban que se incorporarían muy pronto.

Capital de Santander. De ella nos dirá Escandón que es «de lo mejor que puede pedirse, situada en un Valle muy espacioso, disfrutando de rica y abundante agua, con mucha pesca y selectos pastos»; fecha de fundación, 17 de febrero de 1749. Misión de ésta era Helguera, advocación de San Juan Nepomuceno y adoctrinada por el padre Buenaventura de Rivera; se componía de 81 familias con 300 personas. La misión dispuso desde un principio de suficiente número de ganados mayores, aperos, etc. Dos naciones de indios se hallaban en su cercanía: los «mesquites» y la de «bocas prietas». Se decía contar con 150 familias y 500 individuos.

Villa de Burgos, dedicada a Nuestra Señora de Loreto, fundada el 20 de febrero de 1749. Escandón, que se recrea en describir la situación y paisaje en que situaba las fundaciones, nos dice que se halla situada en «bello paraje, en el margen de un arroyo que sale de la misma sierra» y que ya se iba cosechando grano suficiente, frijoles, legumbres y otros productos para su subsistencia. Atendida por el padre Simón de Hierro, en su pobre iglesia disponía de adornos y vestiduras suficientes. En cuanto a la población, formada en su principio de dos rancherías de indios, reiteradamente apóstatas, se alentaba la esperanza de que se le agregaran indios del contorno.

Villa de Camargo. Hermosa y muy alegre, bajo la advocación de Santa Ana, fue inaugurada el 5 de marzo de 1749.

Su misión Laredo, que tenía a San Agustín de titular, servida por el padre Juan Bautista García Resuárez, contó al principio con 500 indios, con la confianza de aumentar pronto su población, que «se habían de sentir atraídos por el buen estilo del religioso», que ya había sembrado maíz y frijol, disponía de animales de labranza y buen número de ganado mayor y menor. Al poco tiempo se le habían agregado indios, que trabajaban ya de oficiales de la fábrica de peones en hacer adobes, jabón y otros ministerios útiles y todo hacía prever que «en breve sería una de las mejores misiones de las Indias». Es curiosa por demás la relación que nos hace el doctrinero, quien buscó semillas por otros valles y cambió sus productos por los que para él eran necesarios...

Villa de Reinosa. Son más discretas las palabras con que describe Escandón a esta población: «situada en buen terreno para pastos, al margen sur del Río Grande, los aguajes eran escasos, pero tenía parajes a propósito para sembrar maíz». Villa de nuestra Señora de Guadalupe la titularon los fundadores el 14 de marzo de 1749 y las perspectivas no eran tan alegres como en las anteriores por esa falta de agua y así lo declara el padre Agustín Fragoso, que se hizo también cargo de la misión filial de San Joaquín del Monte; constaba de 96 familias con un total de 300 personas, pero su futuro no era halagüeño. Sus indios eran mezcla de varias tribus: la nación de los *comecrudos*, de 33 familias y 95 personas; los *naza* 8 familias y 36 personas; los *tejones* 17 familias y 42 personas. Ya tenía bautizados a 51 de las cuatro naciones. Se desconfiaba de los adultos y no se administraban las aguas del Sacramento del Bautismo.

Villa de San Fernando. Fundada el 19 de marzo de 1749, bajo la advocación de San José, situada en la margen del río de Conchas, disponía de excelentes pastos y terrenos para la siembra, mucho pescado y buenas salinas.

Su misión, Cabezón de la Sal, estaba administrada por el padre Joaquín Sáez, quien atendía a 95 familias con 280 personas. Formada por dos rancherías fusionadas, «pintos y quinicuanes» contaba con algunos indios que enseñaban ya la doctrina a sus hermanos de raza y pueblo. Y en sus alrededores aparecieron otras tribus pequeñas, que se acercaban con cierto miedo, pero que gustaban de comerciar con ellos; a todos los atendía el padre Buenaventura de Ribera Bernáldez, del colegio de Zacatecas...

Villa de Altamira. Fundada en 2 de mayo de 1749 bajo la advocación de Nuestra Señora de las Caldas y al margen de una ensenada, que forma el mar, entrando por la barra de Tampico. En 1755 ya contaba con 68 familias y 285 personas, que en su mayoría eran «negros pardos»; buen terreno, abundaba en ganado mayor.

Su misión llamada Suances, dedicada a San Juan de Capistrano, estaba atendida por el padre Joaquín José Manzano; constaba de 40 familias y 150 personas; se dedicaban a pescar por cuenta de la misión y con su producto y granos que les asignara Escandón, vivían todos ellos; además contaba con número destacado de animales y la correspondiente asignación de tierras de labor. Eran estos indios de la raza

llamada *anacanes*. Y a ocho leguas malvivían otras rancherías de indios *mecos, arentines* y *panguais*.

Ciudad de Horcasitas. Bajo la advocación de San Juan Bautista se fundó el 11 de mayo de 1749 sobre terreno muy apto para la siembra de temporal, pastos y maderas; su regadío aseguraba el futuro, pues además contaba con abundante pesca. Lo formaban 65 familias y 295 personas. Y en dos barrios próximos existían 56 familias de indios «olives» con 190 personas.

Misión La Puente de Arce, que dependía de Horcasitas, advocación de San Francisco Javier, que servía el padre Miguel de Jesús Rada, contaba con una población de 230 personas, de la nación «palaguque» muy dócil y apegada a la obediencia... Para su subsistencia disponía de 65 yuntas de bueyes, 450 reses, dos manadas de burros con 70 cabezas, 17 caballos mansos, 30 bestias mulares, 10 burras, 100 cabezas de ganado de cerda y un chinchorro con 200 cabezas.

Real de los Infantes, se fundó en buen terreno para siembras y pastos el 26 de mayo de 1749 y con la advocación de San Miguel. Lo formaban 33 familias y 160 personas y además se le agregaron 7 familias de indios «pisones» con 27 personas. Estaban atendidas por el padre ministro de Palmillas, de la Custodia de Río Verde.

La Hacienda de los Dolores. Bajo la advocación de Nuestra Señora de los Dolores se fundó el 22 de agosto de 1749 a orillas del Río Grande; tenía congregadas 27 familias, que sumaban 115 personas; su administración quedaba confiada al ministro de Revilla y muy pronto se hizo cargo de su doctrina el padre Miguel de Santa María, del colegio de Zacatecas...

Villa del Soto de la Marina, surge con las mejores esperanzas y bajo la advocación de Nuestra Señora de la Consolación y los santos Emeterio y Celedonio, situada en terreno elevado, con buenos pastos y limpísimas aguas. Era el 3 de septiembre de 1749. Tenía la misión de:

Infiesto, bajo la advocación de la Inmaculada, y la servía el padre Buenaventura Ruiz de Esparza. Sumaba su población 50 familias con un total de 200 personas; desgraciadamente no dio esperanzas fundadas de conservarse y fue suprimida poco después.

Villa de Aguayo. Escogido su emplazamiento con mimo, fue inaugurada el 6 de octubre de 1749 y se le puso también bajo la advocación de la Purísima Concepción; su terreno era «admirable para todo género

de granos de riego y temporal y de buenos pastos, abundante de pescado». Contaba con 39 familias y 179 personas.

Su misión, Traspalacios, dedicada a San Pedro de Alcántara, quedó bajo los cuidados del padre Antonio de Aréchiga; su ubicación, en la margen del río que sale de la boca de Sierra Gorda, llamado San Felipe, en «superior paraje y muy ameno». Lo formaban 44 familias con un total de 134 personas.

Villa de Revilla. Situada en el triángulo formado por los ríos Sabinas y Río Grande del Norte, era buen terreno por su fertilidad y pastos, con abundancia de agua y pescado. Se fundó el día 10 de octubre y por patrono se escogió a San Ignacio.

Tenía una misión, llamada Ampuero, bajo el patronato de San Francisco Solano, y la servía el padre Miguel de Santa María; sumaban los indios congregados 27 familias y 115 personas.

Villa Escandón. El fundador quiso dejar su nombre y escogió esta fundación, que dedicó al Dulce Nombre de Jesús el 15 de marzo de 1751.

Su misión Rumoroso, bella de nombre, no lo fue tanto por su accidentada vida en los primeros años, pues en su inicio no contaba con indios, aunque en sus alrededores vivían los «janambres», otros en la inmediata Tamaulipas y algunos que confiaban se habían de agregar. Se le había asignado buen número de ganados y tenía la correspondiente tierra para cultivo. En 1753 se sublevaron los indios janambres y se fueron a Santa Bárbara, aunque se restituyeron al año siguiente. Entonces llegó el padre Francisco Javier de Salazar y a éste le sedujeron con sus lágrimas y ruegos y le invitaron a irse con ellos, como lo hizo, pero su ingenuidad le pudo costar caro, pues le flecharon en una mano.

La villa de Escandón fue atendida por el padre Francisco Rafael Boronda, que además cuidaba de 13 familias de indios *panes* con 54 personas. El patrimonio asignado fue de 50 reses de hierro, 15 yuntas de bueyes, 140 cabras y 50 ovejas.

Villa de Hoyos. Fundada el 10 de mayo de 1752 y puesta bajo el patronato de Santo Domingo, en «situación amena, inmediata al río nombrado San Antonio, tres leguas distante por el poniente de la Sierra Gorda, el temple de la tierra no era tan grato, ya que los calores eran fuertes y además propiciaban las fiebres tercianas». Administraba en lo espiritual el padre Fernando Ruiz Junto y su población sumaba 58 familias con 272 personas. Sumadas éstas a las reunidas en la misión ha-

cían el número 400. Eran de las razas *maulipecos* y *malincheños*. Por la natural condición de los indios no se les asignó terreno, dejándoles en libertad para escoger el que gustaran, pero, eso sí, se les asignó cantidad de bueyes, caballerías, aperos y cuchillos y hachas.

Lugar de Mier. También con el patronato de la Inmaculada Concepción era fundada esta villa el 6 de marzo de 1753, en terreno fértil para pastos, siembras y abundante de pescado y no falta de agua. A los dos años contaba con una población de 27 familias y 166 personas. Pero añadían en el informe «hay muchos indios gentiles que viven de pie en ella, trabajando con los pobladores que los mantienen y se puede hacer una gran misión». Y en verdad que podía ser estimuladora la experiencia porque «los indios congregados son tan dóciles y fieles como los españoles, que se han enemistado totalmente con los indios de la costa». Lo formaban una variada gama de «indios garzas, zalayas y palanguecos».

Villa de Laredo. Emplazada en la otra orilla del Río Grande, en la parte del norte, su fundación fue obra del capitán Tomás Sánchez, con la modesta aportación de que podía disponer él y la incorporación de tres familias, en mayo de 1753. Todo a su cuenta —transporte e instalación y medios de subsistencia—; se le agregaron pronto diez más y algunos solteros. Población muy reducida por supuesto, el nombre primitivo lo deja bien claro: *El paso de Jacinto.*

Y a esta modesta población se le asignaron, cuando tenía 85 personas, 712 bestias caballares, 128 mulas, 2 yuntas de bueyes, 9.080 cabezas de ganado menor, 101 de vacuno, 15 burras, 16 burros y 162 caballos. Y es que la esperanza de sus posibilidades económicas alentaba todos los proyectos. El servicio espiritual quedaba al cargo del religioso de Revilla.

Población de Palmiras. Camino obligado y paso para llegar al Seno Mejicano, centro de la Sierra Gorda, con 53 familias, se fundó ésta bajo la advocación de Nuestra Señora de las Nieves y su atención espiritual quedaba al cargo de la Custodia de Río Verde. La fecha debió ser en 1749 y cuando en 1755 la visitó Tienda de Cuervo, ya contaba con 64 familias y 408 personas; su doctrinero era el padre Juan de Dios Ponce de León, de la provincia de Michoacán. Formaban su población indios «pisiones y pames». Los productos más comunes eran el maguey y la miel y la producción debió responder a las esperanzas, ya que «la cosecha va buena, se espera alcanzar de ella como cuatrocientas fanegas,

que a cada caste de los indios encerrarán doscientas cada una de ellas». Y la condición de los indios era otro motivo de alegría confiada: «son dóciles, se aplican al rezo, no son forzados, son muy obedientes, y con la continuación de la enseñanza de la doctrina cristiana, como actual, se irá ejerciendo con ellos y si logra su cosecha, se asegurará más la reducción de ellos», afirmaba el padre Ponce de León.

Población de Jamauve. Situada fuera de la colina del Nuevo Santander y en el marco y zona de Sierra Gorda, se fundó en 1743 con siete u ocho vecinos de Río Blanco, del Nuevo Reino de León. Alentaron los proyectos de ésta las buenas tierras y el dilatado y hermoso valle que con el título de San Lorenzo del Jamauve nos es conocida hoy. Cuando la visitó Tienda del Cuervo numeraba una población de 88 familias con 580 personas.

Tenía una misión dedicada a San Juan Bautista «en sitio muy ameno, distante una legua del anterior, abundante agua para el riego y tierras de sembradura; la dotaron de yuntas de labor con jacales nuevos y buenos. La obra misional progresó rápidamente, pues al visitarla Tienda de Cuervo explica: «La encontré muy sosegada, congregados en ella cuarenta y cinco indios de ambos sexos y todas edades, bautizados, sujetos a campana y doctrina, subordinados al Padre, etc.».

Nos hemos detenido ampliamente en la descripción de estas misiones, porque nos parece un antecedente de lo que serán poco después las misiones de California. Se habla en ésta de su situación topográfica, de su gobierno espiritual, medios de subsistencia y, sobre todo, de la orientación dirigida a la agricultura, como base de una futura vida económica. Cierto que ha sido también una copia de las normas ya experimentadas en las provincias internas, pero con un talante diverso por su sentido humano, que se impuso desde arriba.

En lo espiritual todo el servicio era completamente gratuito y el misionero debía vivir de su trabajo y a veces del subsidio estatal, como iba sucediendo en la nueva colonia de Monterrey... Los pastos y tierras eran de los indios y con ellos hacía su vida pobre el padre misionero. Por esta norma se eliminaban diferencias entre españoles y nativos y todos, hombres, mujeres y niños, trabajaban diariamente para la comunidad, sembraban grandes labores y criaban mucho ganado, mayor y menor.

Tuvo sus fallos el sistema, no cabe duda, pero con el se intentó un nuevo programa, que los misioneros se esforzaron por corregir y mejorar.

He aquí los datos que resumen con precisión lo que hemos dicho sobre esta experiencia y realidad.

A los tres años de iniciada la conquista del territorio (13 de junio de 1749) quedaban fundadas una ciudad, 11 villas, sin contar la de Balmaseda y otra Real de Minas; en 1755 sumaban ya 20 poblaciones y su vecindario inicial, de 540 familias, había subido a 1.389.

Bibliografía sobre la provincia de Nuevo Santander

Lejarza, F. de, ofm., «Conquista espiritual del Nuevo Santander», Madrid, *Consejo Superior de Investigaciones Científicas*, 1947.

——«Métodos de apostolado en la evangelización del Nuevo Santander», *Missionalia Hispanica*, I, 1944, pp. 213-302, 399-494; II, 1945, pp. 109-161.

Luque Alcaide, E., *La Educación en la Nueva España, en el siglo XVIII*, Sevilla, 1970.

Navarro García, L., *Don José de Gálvez y la Comandancia general de las Provincias internas del Norte de Nueva España*, Sevilla, 1964.

Torre Villar, E. de la, «La Relación histórica de la Colonia del Nuevo Santander en un manuscrito original», *Estudios de Historia Novohispana*, Universidad Nacional Autónoma de Méjico, II, Méjico, 1968, pp. 203-212.

La situación de las misiones hacia 1752

En el virreinato de Nueva España los franciscanos mantienen 121 doctrinas y 8 más el Colegio de San Fernando y el de Pachuca, en este orden: 12 en Santa Catalina de Río Verde; 34 en San Pablo de Nuevo Méjico; 11 en Jalisco; 29 en Texas y Coahuila; 33 en Zacatecas, y 2 en Sierra Gorda. Los fernandinos mantenían 5 misiones en Sierra Gorda, y la provincia de San Diego 3, en el oriente del Río del Desagüe.

Una de las provincias en que más y mejor se laboraba evangélicamente era la de Nuevo Méjico. Estaba asentada su capital, Santa Fe, en un terreno alto, bajo el cual corría un riachuelo cristalino, lleno de truchas, que, aunque pequeñas, eran muy sabrosas y tan buenas como

las de España. El clima era como el de Castilla la Nueva, y entre sus productos figuraban melones, sandías, cohombros, y todos los árboles frutales de España. Los sacramentos eran administrados por dos religiosos de la misión, en la que también había un presidio o guarnición. A ocho leguas, al oeste de la capital, estaba Santa Cruz de la Cañada, ciudad habitada por 100 familias españolas; el religioso que los atendía, estaba construyendo una suntuosa iglesia, que no costaba al erario regio ni medio real por la obra de fábrica o por los materiales. Cercanos a la capital se hallaban los ranchos de Chama, Río del Oro, Santa Rosa, Abiquí, Ojo Caliente, abundante en piñones, Nuestra Señora de la Soledad del Embudo (así llamado porque se entraba en él a través de un paso estrecho). Taos de las Bocas y de la Alameda, situada en una llanura enteramente cubierta de árboles, álamos en concreto, en una extensión de cuatro leguas. También figuran en esa zona la villa de Alburquerque y el pueblo de Atrisco. Y como misiones se citan las de los indios de Tesuque, Nambé, San Ildefonso, San Juan de los Caballeros (los llamaron así porque ayudaron a los padres en la conquista espiritual el año de la reconquista), Pecuríes, Taos, Pecos, Galisteo, Santo Domingo, Cochití, San Felipe, Santa Ana, Zía, Semes, Laguna, Acoma, situada en una alta roca, en que ellos habían construido dos cisternas de agua, Zuñi, San Agustín, de la Isleta (a 30 leguas de la capital), Nuestra Señora de Guadalupe del Paso, San Lorenzo, San Antonio de Zenecú, San Antonio de la Isleta, Nuestra Señora del Socorro, Nuestra Señora de las Calvas, que era una hacienda de la ranchería, más los ranchos de Ojo Caliente y Carrisal de la Peña y Misión de la Junta de los Ríos.

Habían trabajado incansables los padres José Antonio de Miranda, que gozó fama de santidad; Carlos Delgado y José Irigoyen, el primero de los cuales no obtuvo otro mérito que el de su celo apostólico; en cambio los otros dos atrajeron algunas familias de Orayvi y a los Tiguas, los que, desde el alzamiento general vivían paganamente. Divididos los indios de Orayvi en dos bandos, aprovecharon los misioneros la oportunidad para predicar la paz y se ganaron a los moquinos y tiguas, y fray Pedro Delgado había logrado reducir a 225 mujeres y 260 hombres, según informe del gobernador don Gaspar Domingo de Mendoza al padre Pedro de Navarrete, comisario general de Méjico (31 de di-

ciembre de 1742), refiriéndole los trabajos y esfuerzos para convertir a la fe a los indios del Moqui, con ayuda del padre Pedro Pino.

BIBLIOGRAFÍA SOBRE LAS MISIONES HACIA 1752

Lejarza, F. de, ofm., «Las Misiones del Colegio de San Fernando en 1746», *AIA*, 6, 1946, pp. 89-97.

Maas, O., ofm., «Misiones de Nuevo Méjico», *AIA*, 4, 1944, pp. 5-31.

Sarrablo Aguareles, E., «El Conde de Fuenclara. II», Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1966, pp. 480-538.

Capítulo XIII

ETAPA NEGRA DE LAS PROVINCIAS EN HISPANOAMÉRICA (1753-1776). LA SECULARIZACION DE LAS DOCTRINAS Y SUS CONSECUENCIAS

Ya tocamos algo anteriormente de este problema, que mirado con ojos limpios puede parecernos una exigencia de los tiempos y resultado del natural desarrollo de la vida eclesial en misiones. Era lógico que organizadas las iglesias, funcionando con normalidad éstas y desarrollándose el culto como en cualquiera de los países europeos, las doctrinas de indios pasaran a la administración del clero secular. Contemplado hoy, con la perspectiva del tiempo, podemos decir que fue un golpe bajo asestado a los institutos misioneros, pero a la larga también a la Iglesia Católica en especial, porque mató el estímulo en las provincias religiosas de toda América Hispana, dejó las citadas doctrinas sin los operarios eficaces para alimentar la fe de sus cristianos, muchos de los cuales se escaparon una vez más al monte, no se intensificó el adoctrinamiento y parte de los estados de Méjico e incluso de las otras repúblicas americanas y el clero secular no estuvo, no podía estar, a la altura de su compromiso de mantener y alimentar la fe de los cristianos nuevos...

En Méjico

Y fue en 1753 cuando se reanudó la ofensiva general para la secularización de las doctrinas y misiones establecidas en Méjico, proceso y ofensiva que duró 20 años y al final (1772) quedaban secularizadas todas las doctrinas y misiones de la provincia del Santo Evangelio, con excepción de las de Toluca, Texcoco y Calpulalpan. Dicho así, no tenemos la explicación clara del problema y de sus consecuen-

cias. Perdía la provincia mejicana 50 doctrinas y conventos, ya que no se readaptaron ni las existentes en La Puebla, donde también se perdieron muchos conventos; en resumen, de más de 90 conventos que contaba antes de la secularización, en 1770 quedaban en la provincia 20, de los que tres tan sólo eran parroquias; he aquí la lista de los que restaban:

> San Francisco de México, la Consolación de San Cosme y San Damián —actual de San Cosme—, Santiago Tlatelolco, Toluca, Tecaxiz, Texcoco, Capulalpan, San Francisco de Puebla, Huaquechula, Tacamachalco, Jalapa, Huamantla, Huejotzingo, Tepeaca, Tehuacán, Tlaxcala, Veracruz, Cholula, Totimehuacán y Topoyanco.

La reacción inmediata en parte de los misioneros fue que muchos se volvieron a España, otros se secularizaron o también algunos se incorporaron a otras misiones y algunos a los colegios misioneros; en total, que perdió un 40 por ciento de sus efectivos y en pocos años, de 900 religiosos bajaron sus efectivos a 500 y el declive no hizo sino comenzar.

Los religiosos de la provincia, a través de sus procuradores en Madrid y Roma habían apelado contra esa medida en el siglo anterior, aunque nada consiguieron. El padre Ayeta se batió publicando su obra *Crisol de la verdad* (Madrid 1693), sin resultado alguno.

He aquí las palabras que pronunció el padre Ayeta en el capítulo general de Toledo de 1645:

> Hablando como debo a humilde y leal vasallo, yo y la Religión de San Francisco ponemos a los pies de Vuestra Majestad y renunciamos las que llaman Doctrinas, la gran conversión de Nuevo México, de tantos millares de indios; la que se va haciendo en la Huasteca, en la Florida, en Xacatecas, Guatemala, Yucatán, etc.

Alude también a Filipinas y China:

> renunciamos a la manutención de todo lo convertido en aquellos reinos y provincias de la Nueva España, etc.; en premio de los trabajos hechos a la real Corona suplicamos humildemente se sirva mandar que se nos den embarcaciones de navíos para sacar a los religiosos de aquellos reinos y traerlos a España; asimismo que se haga inven-

> tario de ornamentos y otras alhajas pertenecientes al culto divino para que se sepa quedan allí...

Esta renuncia parece que no agradó al rey y mandó se cambiaran algunas de las disposiciones de dicho capítulo general. El padre Ayeta no pidió la restitución de las doctrinas, sino que se nos devolviera el honor perdido y la fundación de algunos conventos para formar a los religiosos debidamente y prepararlos para las nuevas misiones.

Pero en lo que más empeño puso el padre Ayeta fue en el problema de la Florida, ya por el robo descarado de una misión que estaba cumpliendo heroicamente su cometido allí, ya por las declaraciones y panfletos publicados por los visitadores y, punto por punto, va deshaciendo la falaz argumentación de todos ellos.

Por este documento del padre Ayeta sabemos cómo fue llevándose la secularización en aquellas partes; uno de sus capítulos dice así: «Declárase cómo se ejecutó el secuestro el año pasado de ochenta y dos (1682) de las cuatro Doctrinas, en las dos llamadas Amecueca y Santicpac».

No limitó a esas intervenciones su actuación el padre Ayeta como procurador general de las provincias, sino que también presentó otro recurso contra lo actuado en contra de la provincia de San José de Yucatán (Madrid 1694). Y como siempre, sus notas nos traen noticias precisas de lo que entonces se realizaba por la orden y sus hijos en las misiones: «La Religión por sí sola en la ocasión referida puso por obra las Misiones y conversiones de las Montañas de Popla, y Sacabchen, y nombró por Comisario, etc.».

Y años después nuevo alegato y defensa de las doctrinas por el provincial de Yucatán, que hace un balance de los conseguido por sus hermanos en aquellas partes (1714).

El padre Lino aporta el testimonio siguiente:

> Es necesario advertir que la secularización de los beneficios, verificada por esta Cédula —la de 1787— que secularizó el convento de Tiripitío, ha producido pésimos resultados. Los religiosos mantenían un culto espléndido, mayor número de ministros, escuelas de música y

> primeras letras, colegios y bibliotecas que no puede sostener un clérigo secular que preside una parroquia; ellos gastaban sumas inmensas en la construcción y reparación de los templos y ellos evangelizaban con desinterés mayor número de feligreses; yo no puedo menos de tributarles este homenaje debido a la justicia y a la verdad. El viajero que atraviesa las poblaciones del Obispado de Michoacán, ve con profundo sentimiento las ruinas de los conventos e iglesias.
> El eclesiástico secular, aunque quiera, no puede construir ni aun siquiera conservar los edificios, menos todavía adquirir las obras maestras de pintura, escultura y adorno, ni aun sostener la administración espiritual, como la tenían los regulares...; los regulares no tienen que mantener familia y en su muerte les está prohibido testar.

Las reducciones de religiosos en España. Su repercusión en el campo de las misiones

La triste situación creada en las provincias de Ultramar —América y Filipinas— por la secularización de las doctrinas se agravó con las medidas que se tomaron en España para limitar el número de religiosos. Era una aspiración de los gobernantes españoles de la Ilustración, que incluso halló eco en los estamentos diocesanos y regulares. Y esto por una doble razón: por un lado el aumento desmesurado del clero regular y por otro la no viabilidad de pasar a América o Filipinas para ocuparse en misiones. La reducción, no cabe duda, se llevó a efecto y se empezó muy pronto a sufrir el vacío de las nuevas promociones en los conventos de España. Mas las misiones tomaban entonces nuevos vuelos por el espíritu emprendedor de los colegios misioneros; cuando desde Ultramar solicitaban nuevas barcadas para alimentar aquellas misiones, los procuradores se encontraban con que acá no podían ofrecerles ayuda. Fue por sus instancias y los informes llegados de allá cómo los planes de reducción se fueron incumpliendo y los institutos religiosos volvieron a renovar su personal y, al tiempo, a proporcionar nueva sabia a la empresa misionera y esto en doble faceta: para llenar los huecos en la difícil tarea de las alternativas y para alimentar las misiones y de modo especial a los colegios misioneros, que llevaban la mayor carga y responsabilidad en el empeño evangelizador. Esta realidad está bien estudiada y nos bastará tener el cuadro de envíos de religiosos para juzgar del problema. Es éste:

Misioneros para los colegios apostólicos, años 1722-79	
Querétaro	64
Guatemala	68
Yucatán	30
Santa Rosa	127
San Carlos	73
Chillán	55
Tarija	68
Cumaná	42
Pachuca	34
TOTAL de Observantes pasados a América y Filipinas: según una lista 807; en otras de Secretarías: 557.	
TOTAL Descalzos: 160; en otras de Secretarías: 379.	

Bibliografía

Chauvet, F. de, ofm., *Breve Noticia histórica...*, pp. 22-32.

López, A., ofm., «Notas de bibliografía franciscana», *AIA*, 28, 1927, pp. 197-222. Es un estudio medido del libro del padre Ayeta y de estas medidas de secularización de las doctrinas.

Maas, O., ofm., «Documentos sobre las Misiones de Sinaloa y Nuevo Méjico», *AIA*, 19, 1923, pp. 41-74; 20, 1923, pp. 195-209, etc.

——*Las órdenes religiosas de España y la colonización de América en la segunda parte del siglo* XVIII. *Estadísticas y otros documentos*, Barcelona, 1918, pp. 56-60.

En conjunto nos sirven los trabajos de:

Gómez Canedo, L., ofm., *Evangelización y conquista...*, pp. 50-51.

Pou y Martí, J. M.ª, «Estado de la Orden Franciscana en 1635», *AIA*, 27, 1927, pp. 204-216.

Resumen de toda esta etapa:

Pérez, A., ofm., «La reactivación misional en los últimos años del siglo XVIII», *Hispania Sacra*, 41, 1989, pp. 147-7.

Capítulo XIV

EL EMPUJE HACIA EL NORTE

Cuando el centro mejicano ha sido incorporado al cristianismo y parece que éste queda afirmado, las provincias irán trazando las líneas de profundización misionera hacia el norte desconocido. Empieza una tarea que van a llevar a cabo las provincias, pero lo harán por medio de las custodias, que son grupos de acción muy estimables. En 1585 las provincias del Santo Evangelio y la de San Pedro y San Pablo envían sendas relaciones al ministro general padre Francisco Gonzaga; van acompañadas, como es natural, del número de conventos y religiosos, pero lo más importante es que ya dibujan las rutas de esa marcha hacia adelante en el propósito evangelizador. Así la del Santo Evangelio, por el Oriente, ha penetrado hasta el sur de Tamaulipas, con sus misiones de Pánuco; por el Occidente, la de San Pedro y San Pablo ha llegado, a través de la semicustodia de Jalisco, hasta el norte de Nayarit, en donde funda la misión-convento de Avaponeta; y además, es que ha hecho incursiones hasta Culiacán, cuyos indios había evangelizado, pero donde, por falta de personal tal vez, no pudo establecer misión permanente. Sin embargo, donde se ha profundizado y la avanzada es más notable, ha sido por el centro en una acción compartida por ambas provincias: por el Santo Evangelio, desde la ciudad de Méjico; y por la de San Pedro y San Pablo, desde Guadalajara, por la custodia allí establecida. Y así entendemos perfectamente las estadísticas que ambas nos aportan, ya que numeran diez conventos en la parte norte central con cerca de 40 frailes, y un total de 6 conventos con 12 frailes en la parte oriental; es decir, que sumaban 16 conventos y 52 religiosos trabajando en territorio chichimeca. Y éste es simplemente un diseño de lo que

será la futura actuación franciscana en los dos siglos venideros (XVII y XVIII).

Con justicia podemos decir que la roturación de la frontera chichimeca ha sido, pues, obra de la orden franciscana, aunque serán luego los jesuitas quienes conquistarán el noroeste de Méjico. Parecen dos institutos empeñados en noble competición por la penetración y evangelización de esa zona difícil y que tanto sudor y lágrimas había de costar a los misioneros españoles. Los franciscanos han escogido la ruta hacia el norte por sus partes oriental y central.

Juega en estas partes un cometido especial la geografía, ya que es muy distinta en sus regiones, sobre todo en la septentrional; y es aquí donde reside la peculiar organización franciscana de estas misiones que van a ocupar casi dos siglos en su evangelización. Los franciscanos se verán muy dispersos en un territorio inmensamente grande y desértico, en que aparecen pequeñas manchas de grupos indígenas dispersos. Veámoslo.

Misiones de Coahuila

Es la región de Coahuila, esa parte centro-oriental del actual estado de su nombre, donde vemos iniciarse los primeros intentos de penetración.

En 1582 se había levantado un convento en Saltillo, que no pudo conservarse por los ataques de los indios; en 1591 se logró la fundación de otro en el pueblo anejo de San Esteban de la Nueva Trascala para asistencia de los propios indios, que habían sido llevados allí como apoyo de las nuevas poblaciones de chichimecas. Y desde allí algunos religiosos pudieron visitar Coahuila, antes de poder establecer misiones fijas en 1673. En 1602 se estableció el convento de Monterrey; con él podíamos decir que había terminado la evangelización de Nueva España, pues ese mismo año se consigue la erección de las dos provincias de Zacatecas y Jalisco (1606). Ambas habían venido funcionando como custodias y ambas empujaron el avance misional hacia las regiones septentrionales. Pero esta gesta marca un renacimiento misional interesante, que deshace el equívoco de la pérdida de interés en la orden por nuevas conquistas. Salta un nombre a la palestra que es el abanderado de esta nueva ofensiva: el padre Juan de Larios, que pasó a la historia

como el fundador de Coahuila. Nacido en Sayula, vistió el hábito en Guadalajara de Méjico el 1651; realizados sus estudios fue destinado como doctrinero a su pueblo natal, Sayula, en 1668. Ya era conocido por sus dotes nada comunes: capacidad extraordinaria de atracción sobre las gentes, fortaleza física que asombraba y un vigor espiritual que le permitía sacar fuerzas de flaqueza. Así nos lo describen quienes le conocieron. Pues bien, será él quien pondrá en marcha una serie de fuerzas que vinieron a conformar a la actual Coahuila. En 1672, destinado como guardián al convento de Atoyac, pidió permiso para visitar a una hermana, que vivía en Durango y fue en el camino donde le salieron al encuentro un grupo de indígenas de Coahuila, que le expusieron su deseo de hacerse cristianos y le invitaron a irse con ellos a Coahuila. Pidió permiso a su provincial y pasó allá donde estuvo un año adoctrinándolos, así como a otros indios de la región. Al bautizar a unos 500, se volvió a Guadalajara en busca de refuerzos y los medios necesarios para emprender su evangelización; pero se presentó en la ciudad acompañado de 20 indios, entre ellos dos caciques y algunos señores principales. Fueron bautizados éstos en la iglesia principal de San Francisco y nuestros religiosos aprovecharon la oportunidad para despertar el interés por la empresa. La suerte favoreció sus planes porque el comisario general, padre Treviño, le mandaba «marcharse luego a su destino y a todas las partes donde le requieran y hubiere de recurrir sin dependencia alguna de nuestros Prelados de la Provincia de Zacatecas, a quienes mandamos no se entrometan en cosa alguna con V. P. hasta que nos otra cosa dispongamos; y a todos los Prelados de esta nuestra Provincia de Jalisco ayuden y fomenten el logro de tan santos fines». Es decir, que todo le salía a plena satisfacción, porque el provincial, no sólo le daba licencia para emprender su tarea, sino que le asignaba por compañeros al padre Francisco Peñasco, sacerdote de mucha ciencia, y al hermano fray Manuel de la Cruz. Y así, bien apoyados en documentos, emprendieron su jornada el 28 de noviembre de 1673; siguieron su ruta de Zacatecas y se presentaron al corregidor Nuño de Távora, quien le ofreció toda la ayuda que pudiera prestarles. Continuaron el viaje hasta Saltillo en Nueva Vizcaya, donde el gobernador García de Salcedo había ordenado ya dar posesión al cacique don Marcos y a sus aliados los indios tetecores, huiquechales, obayas y contotores. Sin embargo, el padre Larios caló muy pronto la psicología de los nativos y su carácter tornadizo, pues escribió «a los indios no se les puede negar

cosa, porque en un instante mudan de parecer». Prosiguiendo el camino alcanzaban la antigua villa de Nuestra Señora de Guadalupe —hoy la Monclova despoblada. Y a tenor de las disposiciones oficiales fueron a cumplimentar los acuerdos; el 28 de enero ya se hallaban en el puesto San Ildefonso de la Paz, sobre el río de las Sabinas, como 14 leguas hacia el norte. Fue allí donde se estableció el primer pueblo de la etapa misional, llamado Santa Rosa de Santa María, con todas las formalidades de rigor y escritura firmada por los presentes. El padre Larios esbozó todo un plan misional para sus misiones inmediatas, que consistía en que no se permitiese la entrada a españoles; que tampoco se les permitiese la caza en el territorio de cíbolos, materia muy sensible para los indios; que no se volviera a encomendar los indios reducidos; y de momento que no se pusieran presidios, etc. Tenía proyectadas cuatro misiones: una en la frontera, en Mapimí; otra en San Lorenzo; otra en San Pedro y la última en Cuatro Ciénagas; todas ellas al oeste en la frontera con Nueva Vizcaya. Estos eran los planes; mas en 1674 hubo de salir del parral el padre Larios ante la amenaza de rebelión de los nativos, y a los tres días de su partida los indios saquearon las misiones de Santa Rosa y San Ildefonso, ya casi despobladas, porque los indios eran refractarios a trabajar la tierra y sólo se alimentaban de raíces, con lo que talaban el terreno. Barbarigo les había buscado semillas, aperos, bueyes y otros elementos indispensables, pero costaba mucho a acostumbrarlos al trabajo. Y así hubo que empezar de nuevo restaurando las destruidas: reunir a los dispersos, organizar su funcionamiento y nombrar nuevas autoridades de entre ellos. De este modo, poco a poco fueron cobrando vida las misiones de San Miguel de Luna (1675) e inmediatamente comenzaron las obras de la iglesia y convento de frailes. Estuvo formado por indios boboles, del capitán Juan de la Cruz. Los bautizos también empezaron pronto con cinco indios y cinco indias. Esta misión se llamó después Aguayo. Y a su lado se estableció el pueblo de San Francisco para los tlaxcaltecas. Bien porque alguno no prosperó, bien porque el segundo creció bastante en poco tiempo, el hecho es que los dos fueron conocidos después por Pueblo Misión de San Francisco de Coahuila; pero mediado el siglo XVIII se llamaba San Miguel de Aguayo. Con varias alternativas continuó la obra evangelizadora y he aquí las misiones, que, con motivo de la visita del obispo de Guadalajara, don Manuel Fernández de la Cruz, eran reconocidas.

San Miguel de Luna (Coahuila)

Santa Rosa, a 40 leguas al norte de Coahuila, cuyo nombre sufrió varios cambios y que finalmente se conoció por Santa Rosa de Nadador o Nuestra Señora de la Victoria de Casa Fuerte.

Baluartes, a 20 leguas de Coahuila y al sureste; esta misión subsistió con el nombre de San Bernardino de la Caldera.

Cuatro Ciénagas, 16 leguas al occidente de Coahuila, camino de Nueva Vizcaya; con diversos traslados fue conocida finalmente por el nombre de San Buenaventura de los Colorados.

Como la situación económica era tristísima, el obispo mandó dar a cada una 120 fanegas de maíz, dos azadones, dos hachas, cuatro puntas de arado, azuelas, escoplos, seis yuntas de bueyes y 50 novillas para dar carne a los indios. El obispo superó con creces al apoyo de la administración y así las misiones salvaron dignamente la situación. El padre Larios, que abominaba de la presencia de los soldados, hubo de rendirse a evidencia y en 1674 pedía el establecimiento de un presidio en aquellas partes.

En vida del padre Larios no parece que se fundaran otras misiones, no obstante que se hicieron numerosas entradas y expediciones para establecer contacto con otras tribus; el padre Larios murió el 7 de septiembre de 1676, cuando sólo contaba 43 años.

Las misiones siguen su marcha. A estas del grupo de Jalisco debemos añadir las del Colegio de Querétaro: la de Lampazos en Nuevo León, y las del Río Grande, que fueron la puerta para la entrada posterior en Texas.

Hacia 1709-22 las Misiones eran siete: San Francisco de Coahuila, San Bernardino de la Candela, San Felipe de Valladares, San Antonio de Padua, antes llamada Galindo Motezuma, Santo Nombre de Jesús de Peyotes, Santa Rosa de Nadadores y San Buenaventura de la Consolación (primero Cuatro Ciénagas y después de los Colorados). Pero en 1721 parece que habían sido reducidas a seis. En 1737 se fundó la de San Francisco Vizarrón, 50 leguas al nordeste de a Monclova, no lejos del Río Grande y cerca del Nombre de Jesús de Peyotes. Y 12 años después se funda (1749), en la inmediación de estas dos misiones, la villa de Gigedo, en honor del virrey conde Revillagigedo.

Como detalle curioso añadamos que por ese tiempo atravesaban una dura crisis y ninguna superaba los 100 habitantes, excepto la de Vizarrón.

En 1762, según informe de la visita del provincial de Jalisco, padre Muñoz, quedaban seis, pues había sido suprimida la de San Felipe y Santiago de Valladares.

Los jalicienses en las misiones de Río Grande

Los misioneros del Colegio de Querétaro, que habían fundado las misiones del Río Grande y parte de las de Texas, solicitaron ser sustituidos allí para hacer frente a la atención y administración de las de Sonora, que les habían sido entregadas tras de la expulsión de los jesuitas en 1767. Aceptada la propuesta y petición, pasaron las misiones que estaban en el territorio de Coahuila al cuidado de la provincia de Jalisco. Dichas misiones de Río Grande habían tenido un mayor desarrollo que las primeras durante el primer siglo de evangelización; cuando fueron visitadas por el padre Francisco Javier Ortiz en 1756, éste juzgó que ya habían cumplido su función de misiones de infieles, pues los indios estaban catequizados, vivían en policía cristiana y disponían de medios para sustentarse «si los cuidaran». Sugería que fueran convertidos en conventos y que los misioneros pasaran adelante a la conversión de los apaches. Pero eso parecía una utopía, ya que no disponían de religiosos y clérigos seculares no existían... Así continuaron hasta el 1781 en que las misiones fueron entregadas al Colegio de Pachuca. Y para 1826 la información que tenemos nos dice que habían decaído, pero era información interesada, que no se puede aceptar...

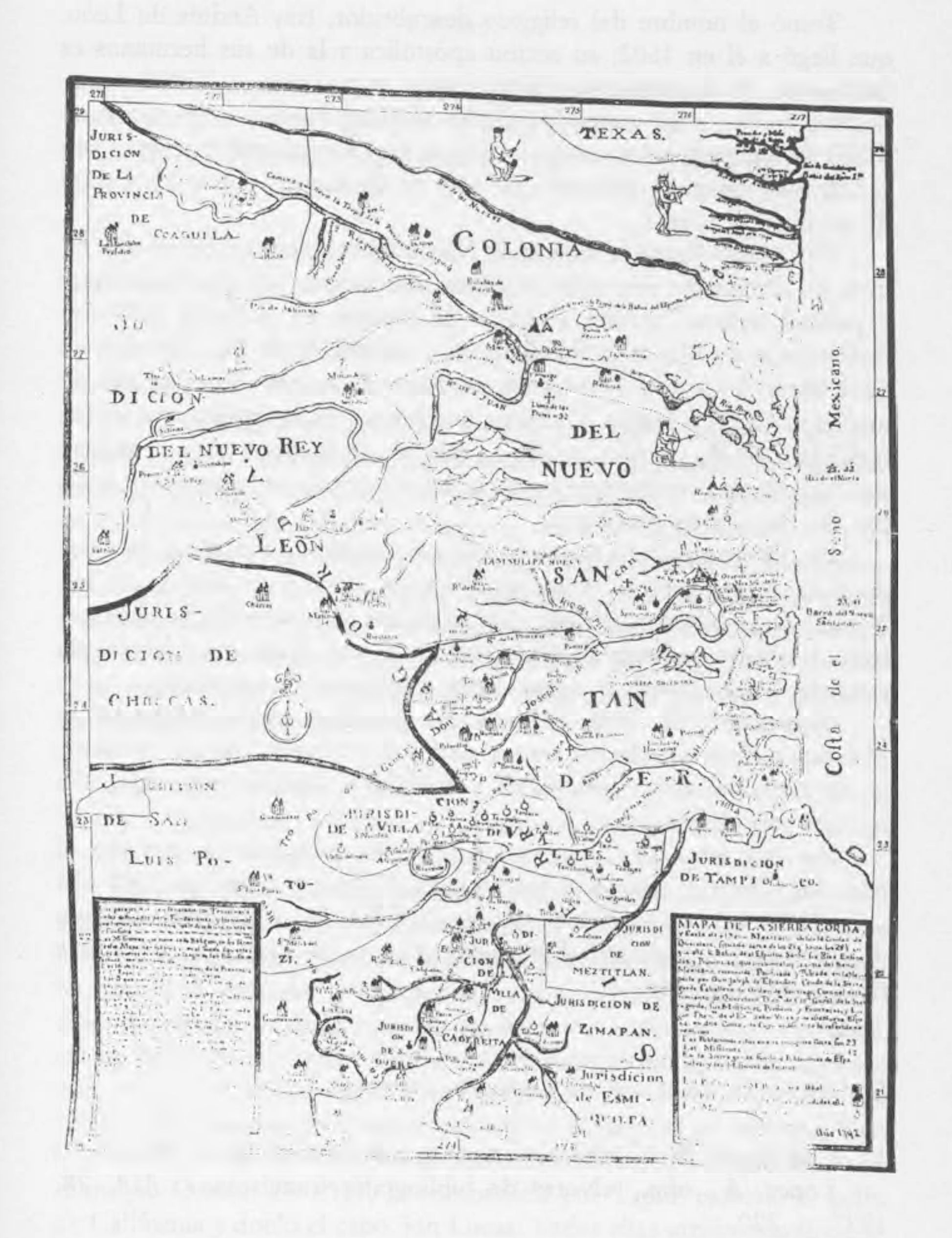
Bibliografía sobre las misiones de Coahuila y Río Grande

Canedo, L. G., «Las primitivas misiones de Coahuila», *AIA*, 44, 1984, pp. 261-295.

Morales, F., ofm., «Misiones en el Norte de México», *Actas del Primer Congreso Interamericano del Medio Milenio en América*, Méjico, Buenorromo Editores, 1987, pp. 89-97.

Las misiones del Reino de León

Hemos citado esta nueva misión anteriormente y es justo digamos algo de su inicio y desarrollo.


TEXAS.
COLONIA
DEL
NUEVO
SAN
TAN
D E R.
JURIS-
DICION
DE LA
PROVINCIA
DE
COAGUILA
DICION
DEL NUEVO REY
LEON
JURIS-
DICION DE
CHARCAS.
DE SAN
LUIS PO-
TO-
SI.
JURISDICION DE VILLA DE VALLES.
JURISDICION
DE TAMPICO.
JURISDICION DE ZIMAPAN.
MEZTITLAN.
Jurisdicion
de Esmi-
quilpa.
CADEREITA
Costa de el Seno Mexicano.
MAPA DE LA SIERRA GORDA

Tomó el nombre del religioso descubridor, fray Andrés de León, que llegó a él en 1602; su acción apostólica y la de sus hermanos es fascinante. Al año siguiente (1603) logran empadronar a 35.000 personas bautizadas, aunque también tienen un triste balance, pues murieron 3.000 de los bautizados; en poco tiempo han formado 15 pueblos, gentes de muy diversas naciones que sólo se distinguen por la diversidad de rayas en el rostro.

En 1616 se fundó la misión de Nueva Galicia; por entonces el cómputo es elocuente: son ocho misiones franciscanas las que logra crear el padre Lorenzo Canrúen, guardián de Charcas, en 1626; en 1639 otra misión es la de Río de la Purificación y también la de San Antonio; en 1641 abren la de San Buenaventura, formada asimismo por gentes de muchas y diversas tribus. Y el gran problema para los misioneros es esa multiplicidad de pueblos y, por lo mismo, de lenguas; de ahí que no sea raro en esta misión que haya conventos donde se hablen tres, pues con las tres deben predicar.

En 1646 se da una nueva fundación, la de San Cristóbal de Guadaquiles, a la que sigue la de San Pablo en 1659, y en 1675 la de San Nicolás de Gualeguas; por ello «los religiosos han padecido muchos trabajos y sólo se reducen dándoles sustento», es decir, que el operario evangélico debe predicar, curar, vestir y alimentar a sus indios.

Algo más tarde, 1666, se logra dar otro paso con la fundación de Malehuala, frontera de los reinos de León y Nueva Galicia; es decir, no se avanza si no es sembrando con dolor y lágrimas para algún día recoger con alegría...

Por esos años han tenido un movimiento particular las entradas al reino de Tlalpan, siendo el padre Juan de Larios quien se llegó allá —en 1670. De estas misiones son las de Coahuila, 200 leguas al Norte de Guadalajara, teniendo al Poniente el reino de Vizcaya y al Oriente el ya citado de León.

Bibliografía sobre las misiones del reino de León

Cuevas, M. S. J., *Historia Eclesiástica de Méjico, III*, p. 404.

López, A., ofm., «Notas de bibliografía franciscana», *AIA*, 28, 1927, p. 220.

Capítulo XV

SOÑANDO CON LEJANAS TIERRAS. POR LA COSTA DEL PACÍFICO. DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE CALIFORNIA

Hay nombres y nombres, gestas y gestas, pero esta de la Alta California es muy familiar a toda Hispanoamérica, más aún: a los hijos de los Estados Unidos del Norte. Porque hoy las ciudades más bellas y fascinantes se tienden sobre las márgenes del oeste estadounidense y en la costa del Pacífico, allí donde la acción conjuntada de la Administración española y el heroísmo franciscano sembraron de modestas misiones toda esa ruta de gloria, que discurría por el Camino Real, que arrancaba de Méjico y se adentraba en los territorios del norte. Nosotros también pretendemos hacer el camino que tantas veces anduvo y desanduvo nuestro fray Junípero Serra.

Nombre de leyenda y tierra de gloriosa epopeya

Historia apasionante en los afanes del descubrimiento, seguida casi siempre de decepciones y fracasos; historia y fracasos que arrancan de Hernán Cortés, quien una vez consolidada la empresa de Nueva España, soñó con extender sus dominios hasta el norte legendario, pretendiendo descubrir o hallar el estrecho de Anián, que abriera la comunicación del Atlántico con el Pacífico. Con tesón inquebrantable organizó una y otra vez sus armadas para lograr su propósito; la primera, en 1532, a las órdenes de Diego Hurtado de Mendoza; la segunda, bajo la dirección de Diego Becerra y, finalmente, la de 1535, que comenzó el propio Cortés. En 1537, la encabezada por Tapia, recorrió el golfo de California y dobló el cabo San Lucas. Todas ellas arruinaron su prestigio, e incluso su capital valorado en 200.000 castellanos de oro, pero

ayudaron a señalar en líneas generales el contorno de la península de la Baja California, que luego fue organizada y evangelizada por los dinámicos jesuitas, especialmente por los padres Quino, Ugarte y Salvatierra. Será continuador en ese riesgo fascinante el virrey Antonio de Mendoza, quien organizó la expedición de Juan Rodríguez Cabrillo en 1542, que recorrió la costa occidental y, en su marcha hacia el norte, llegó al puerto de San Diego y a los cabos del Engaño y de la Calera; volvió atrás, dejando la orden de proseguir las exploraciones a su lugarteniente Bartolomé Ferrerlo, que supo cumplir dignamente su misión, descubriendo otro cabo, que él bautizó con el nombre de Mendicino, en honor del virrey. Este nombre es la expresión y refrendo de su éxito. Situado en el norte de San Francisco y de la bahía de Drake, se adelantó en medio siglo al pirata inglés en tocar tierras californianas. En 1602 será Pedro de Unamuno, quien llevando consigo a varios franciscanos, entre otros al muy celebrado padre Martín Ignacio de Loyola, tocaron en un puerto, que por ser día del apóstol y evangelista respectivo, le denominaron Puerto de San Lucas. Este puerto se convertirá en la llave para nuevas exploraciones y que, según las noticias que podemos manejar, se encontraba donde hoy podemos situar la misión de San Luis.

Le seguirá en el empeño el ilustre Sebastián Vizcaíno, que lleva en su compañía a tres religiosos carmelitas y que recorrió toda la costa, tomó tierra en San Diego y llegó hasta Monterrey, denominado así en honor del virrey Don Gaspar de Zúñiga, conde de Monterrey.

Al celebrar misa y tomar posesión en nombre del rey de España, bautizan al río con el nombre del Carmelo. Con esta expedición quedaban ya delimitadas ambas Californias; sólo le faltaba el establecimiento de un puesto fronterizo, que sirviera de escala para las naves filipinas que hacían el salto del Pacífico. Todas estas expediciones no aportaron beneficio alguno al tesoro real, pero tampoco a los expedicionarios, si no fue la requisa de algunas perlas; mas el paso definitivo se dará en tiempos del gobernador de Sinaloa, Pedro Porter de Casanate, quien, cuidando esas fronteras y costas del Mar del Sur, emprendió nuevas expediciones en 1647, que fueron el principio de la vida y presencia españolas en la Baja California. Reconoció «con grandes trabajos y riesgos las costas e islas del golfo, logrando con facilidad y crédito general su intento».

Comenzó la predicación en 1663, bien que se tardará aún varios años, según el plan esbozado por Bernal de Piñadero, quien se com-

prometió a llevar misioneros «para reducir al gremio de la santa Iglesia católica y a la obediencia de su Majestad tanta gentilidad como en la provincia de California habita»; pero sólo se hará hermosa realidad cuando allá pasaron los antes citados padres jesuitas en 1695. La evangelización de la Alta California será la obra de los misioneros del Colegio de San Fernando de Méjico en el siglo XVIII y de ésta queremos ocuparnos.

VIAJANDO CON FRAY JUNÍPERO

José de Gálvez, nombrado visitador general de todos los Tribunales y Cajas Reales de Nueva España, llegaba a Méjico en 1765 con la misión de «reglar el manejo y gobierno de todas las rentas y ramos de la Real Hacienda», pero también con la investidura de intendente de los Ejércitos y con la «delicada encomienda —triste encomienda— de ejecutar el decreto de la expulsión de los jesuitas de todas sus Misiones». Augusto Casas le describe así: «Su indiscutible capacidad y conocimiento de los problemas coloniales estaban sustentados en los prejuicios de las ideas políticas de su tiempo... California daría mucho oro y mucha plata, puesto que si no había llegado a ser una tierra de promisión, se debía, según él a los jesuitas, que no habían logrado hacer de los indios sino una especie de *racionales de segunda*, y de las misiones, haciendas donde explotar a los indios...». Sus ideas religiosas rezumaban y respiraban la ilustración con todas sus grandezas y miserias... Para llevar a cabo los planes relativos al norte de California, iba a servirle de base el apostadero de San Blas, cerca de Tepic, en la parte septentrional de Méjico; como religiosos auxiliares echaría mano de los franciscanos, que tanto a Gálvez como al marqués de Coix, les parecieron hombres hechos a la medida de sus planes.

Eliminados los jesuitas del mundo hispánico, el visitador recurrió al Colegio Apostólico de San Fernando de Méjico, solicitando misioneros para cubrir sus huecos y en poco tiempo se concentraron en el Hospicio de Santa Cruz de Tepic religiosos de dicho colegio, del de Santa Cruz de Querétaro y de la provincia de Jalisco, destinados respectivamente a las misiones de las Pimerías, Tepic y Sonora. Fray Junípero, que se hallaba en Mezquital, acudió prontamente e hizo su entrada el 12 de julio de 1767 para ponerse, en calidad de presidente, a la cabeza

del grupo fernandino de 16 misioneros, que llegaron a Tepic el 21 de agosto; en cuanto llegó el paquebote Concepción, embarcaron en él los frailes y no sin dilación zarparon del puerto de San Blas el 12 de marzo de 1768 para arribar a la playa de Loreto, capital de la Baja California, el 1 de abril, Viernes Santo.

Para fray Junípero las misiones jesuíticas, que se le entregaban, eran solamente las bases para ulteriores conquistas; conociendo los propósitos del visitador, se propuso explotarlas para la dilatación del reino de Cristo en la evangelización. Y así, tras varias conversaciones y prolijas entrevistas, se acordó fundar tres misiones en las remotas partes del norte: una, la primera, en el puerto de San Diego; otra en Monterrey, con el título de San Carlos, y la tercera en un punto intermedio, que llamaría de San Buenaventura. Para llevarlo a cabo se organizaron dos expediciones, por mar, una, y por tierra, otra, para coincidir las dos en San Diego. Y con el fin de que las nuevas misiones se fundasen con el mismo orden y gobierno de las de Sierra Gorda, según el reglamento escrito por el padre Pedro Pérez Muzquía, que con tanta diligencia dispuso, no sólo ordenaba el régimen espiritual, sino aun el gobierno temporal de las misiones, cosa «tan del agrado del propio Visitador General, Gálvez»; «junto con los ornamentos y vasos sagrados mandó encajonar y embarcar todos los utensilios de casa y campo, con la necesaria herramienta para labores de tierra y siembra de toda especie de semillas, así de la antigua, como de la Nueva España, sin olvidarse, por estas atenciones, de las más mínimas, como hortalizas, flores y lino, por ser, en su concepto, aquella tierra para todo fértil por estar a la altura de España...», «e igualmente determinó para dicho efecto, que de la Misión antigua, situada más al Norte, condujese la expedición de tierra 200 reses de vacas, toros y bueyes, para poblar de este ganado mayor aquella nueva tierra».

Las misiones y escenas de sangre

Fray Junípero ha pisado tierra californiana en 1768 y ya el 9 de enero de 1769 se pone en marcha para San Diego con la expedición de tierra, en tanto que despide a la que hará la travesía por mar. E hizo el reparto de sus súbditos en esta forma: «En la capitana San Carlos, de capellán, fray Francisco Gómez». Por suerte no embarcó religioso

alguno en el paquebote Señor San José, que se perdió, y no embarcó fraile alguno, «por hallarse enfermo y sacramentado el P. José Murguía, que era el asignado». Fray Junípero, según dijimos, acompañó a la expedición de tierra, que llegó al puerto de San Diego el 1 de julio, «habiendo gastado en el viaje desde la Misión de San Fernando cuarenta y seis días». Los otros dos paquebotes que arribaron a su destino, alcanzaban el puerto, pero en lamentable estado casi todos los viajeros, y con algunas bajas. «Aquí alcancé —escribía fray Junípero— a cuantos habían salido antes que yo... menos a los muertos. Aquí están los compañeros padres Crespi, Vizcaíno, Parrón, Gómez y yo, todos buenos, gracias a Dios». Y allí se quedaron con fray Junípero los marinos enfermos y los padres González Vizcaíno y Fernando Parrón, con la escolta de ocho soldados, en tanto que los restantes expedicionarios proseguían el camino al redescubrimiento de Monterrey, y el Paquebote San Antonio volvía hacia Méjico en busca de nuestros marinos; se intentó éste también por doble ruta, mar y tierra, y se logró pleno éxito. Y allí, juntos marinos y soldados, en torno a la encinita y en la misma barranquita, colgadas las campanas de los árboles y repiqueteando a fiesta, se cantó el *Veni Creator*; bendecida el agua, enarbolada y bendita una cruz, cantó la primera misa nuestro misionero. Y fue así como quedaron inauguradas las antes citadas misiones de San Diego, San Carlos, San Gabriel, San Antonio y San Luis Obispo, al tiempo que también quedaban aprobadas las de San Francisco, Santa Clara y San Buenaventura. No le faltaron dificultades y escollos que vencer para desarrollar su programa al conquistador de California Alta, nuestro fray Junípero. Al marqués de Croix le sucedió en el virreinato de Nueva España, Antonio María Bucareli, y al visitador general Gálvez le reclamaron de Madrid, en tanto que venía nombrado para gobernador de California el comandante don Pedro Fagés, menos favorable que su predecesor a las misiones; fray Junípero tratará de ganárselo «pero —explica Palou— halló cerrada la puerta y que iba dando tales disposiciones que, si llegasen a ponerse en práctica, lejos de poder fundar, amenazaba el riesgo de que se perdiese lo que tanto trabajo había costado para lograrse». A pesar de la buena voluntad de fray Junípero comprendió que nada podía lograrse por no estar bien informado, ni medio enterado de los nuevos establecimientos, y decidió volverse a Méjico y allá, en la capital de Nueva España, discutir con el virrey los problemas pendientes; por ello zarpó de San Diego el 20 de octubre de 1773, fondeó en San Blas

el 4 de noviembre y, después de recorrer a pie las 200 leguas, que le separaban de la capital, llegó a la metrópoli el 6 de febrero de 1773 «muy cansado, desfigurado y flaco». Es que en Querétaro había estado a las puertas de la muerte y salvó la vida casi milagrosamente. Se encontró con el gran baylio don fray Antonio Bucarelli, quien si en un principio dio a entender su gran desconocimiento del tema, pronto las razones del franciscano le convencieron de la utilidad de la empresa californiana y mandó «la precisa orden de construir la fragata que estaba comenzada y mandada suspender su fabricación; asimismo, que se aportase un paquebote y que muy cargado de víveres, saliese a toda diligencia para Monterrey». Pero hay más; mandó que se formara un reglamento de norma para el buen gobierno, que debía observarse puntualmente y evitar novedades que pudieran introducir algunos nuevos capitanes. Se aumentó la tropa fundando presidio en San Diego y otro poco después, en el puerto de San Francisco y, finalmente, un tercero en el canal de Santa Bárbara; que se cambiase la tropa del presidio de a pie y fuera sustituida por la de «cuero» como también al capitán comandante «por ser esta tropa más apta para conquistar gentiles». Después de seis meses de estancia en Nueva España y de conferencias con el virrey Lucarelli, fray Junípero se volvió a California llevando en su compañía a otro que había de inmortalizar su apostolado en estas lejanas tierras, fray Pablo de Mugártegui. Y juntos volvieron a recorrer las 300 leguas hasta Tepic, embarcar en San Blas el 24 de enero de 1774 en la recién terminada fragata *Nueva Galicia*, llevando a bordo toda clase de bastimentos pero también herreros, carpinteros y el cirujano José Dávila y el muchacho indio Juan Evangelista, que había sido su compañero en viaje de ida y que en Méjico capital había sido confirmado por el señor arzobispo monseñor Peralta. Este niño indio había de ser para ellos de gran ayuda, pues le prepararon a conciencia para que, a su vez, dijera a los suyos lo que había visto y oído en la capital de Nueva España. Aunque sea una digresión, vale la pena traer aquí a colación alguno de los diálogos entre misioneros y neófito:

> le preguntó si acaso él y los suyos, en vista de los padres, oficiales y soldados, imaginaban que hubiera tal manera de tierra donde todos iban vestidos, etc. y respondió que no, sino que pensaban que toda la tierra era como la suya. Y que, por lo que toca a los soldados y padres, después que los hubieran visto a su satisfacción, creyeron que

> eran hijos de las mulas que los cargaban. Y replicándole el padre que, según aquello, imaginarían que había tierras en donde las mulas parían hombres y se hacían cotones y ropa, dijo que no, sino que decían los viejos que habían salido debajo de la tierra y que eran las ánimas de gentiles viejos de aquellas cercanías, que habían como retoñado de aquel modo...

A este tenor se prolongó la plática entre los compañeros y el indio contó cosas más extrañas:

> preguntábale el padre después que, por qué a aquellas dos cruces que en la primera entrada dejaron los nuestros plantadas en las cercanías de Monterrey, en la vuelta se halló que los gentiles les colgaban en los brazos sartas de sardinas, raciones de carne de venado y al pie de la cruz le tiraban muchas flechas quebradas. Y respondió que aquello hacían para que la cruz, que llaman *Porpor* no se enojase contra ellos. Y explicando la causa de su miedo, dijo ser que los chapadores y bailadores que andan de noche, la veían todas las noches subir hasta el cielo, no así oscura como es el palo, sino muy deslumbrante y hermosa y que, por eso, la miraban con tanto respeto y la regalaban de cuanto podían.

De esta noticia que, siendo cierta es tan apreciable, procuró informarse dicho padre (fray Junípero) después de llegado al Carmelo; «y no sólo halló no haber sido así en aquella cruz principal que se plantó en la playa cerca del dicho puerto de Monterrey, sino aun en las cruces de los rosarios que los nuestros llevaban al cuello y los Padres también...». Y más aún, pues el niño, que frecuentó la escuela y aprendió bien castellano, añadió que es voz de todos que, cuando descubrían de lejos a los nuestros, les veían en el pecho una cruz tan grande como la de la playa muy luciente, y que les admiraba mucho pudiesen cargar con cosa tan grande; y que, así como se iban acercando, se iba achicando la cruz hasta que llegando a juntarse con ellos, la veían en el tamaño natural que cada uno traía en el rosario... Es por esto que los nativos concibieron tan gran respeto a la cruz: «Por ser la cruz cosa tan buena, y se inclinaron a estimar mucho a nuestra gente». Volvía aquí a repetirse la imagen de Francisco y la predicación a los pajarillos, los que, «al ver venir para los campos a nuestra gente, veían una gran multitud de pájaros de varios colores hermosísimos, cuales nunca habían vis-

to, que bajaban del cielo y se plantaban en el aire por delante, cantando como si viniesen a recibir y a introducir en esta tierra a aquellos nuevos huéspedes».

El padre Mugártegui no aplica calificativo alguno a estas muestras de los gentiles, mas el padre Junípero Serra, dejando a su compañero enfermo, prefirió caminar las 170 leguas por tierra para abrazar a sus hermanos y darles ánimos con las buenas nuevas de que era portador; pero en su camino iba dejando víveres y también misioneros seglares, como el matrimonio de Guadalajara, carpinteros en la misión de San Gabriel. Y es que estos misioneros seglares eran un elemento importantísimo en los planes del padre Serra y en tal sentido había solicitado esta ayuda en carta al virrey de 8 de enero de 1775. En ésta le recordaba las proposiciones, hechas en un memorial anterior, para que se llevara a las misiones algunas familias honradas, aunque fuesen de soldados, pero bien escogidos «procurando que entre ellos hubiese casados, que viniesen con sus familias y que se pusiesen un par de ellas en cada Misión para que las mujeres de dichos soldados pudiesen servir a la instrucción del mujerío de las Misiones, que a los Padres es de alguna dificultad». Y nos da un hermoso testimonio de sus colaboradores seglares al hablar de los que llegaron con él a Monterrey diez meses antes y desembarcaron en San Diego: «En ésta —dice— no las necesito, porque con las familias del cirujano y del herrero que conmigo vinieron de Méjico y aquí están con mucho ejemplo, me basta para el intento».

He aquí la lista y distribución de misioneros y misiones: en 10 de 1775 tenían la siguiente disposición:

En la de San Carlos de Monterrey, vulgo el Carmelo, están los padres Serra, Palou, Crespi, Murguía, Dúmetz y Peña Sarabia.

En San Antonio de los Robles, los padres Miguel de Pieras, Buenaventura Sitjar y Pablo de Mugártegui...

En la de San Luis Obispo, de Tixlini, los padres Cavaller, Figuer y Amurrio.

En la de San Gabriel de los Temblores, asisten los padres Paterna, Cruzado y Lasuén.

En la de San Diego del Puerto, los padres Luis Jaume, Vicente Fuster y Miguel Sánchez.

Hablando de la de San Miguel, nos comenta el padre Omaechevarría que estaba al norte de San Diego, cerquita de la actual ciudad de Los Ángeles y que su historia no pudo menos de conmover al padre

Mugártegui. Y es que se fue enterando de su origen, prodigiosamente bello mientras contemplaba un lienzo de Nuestra Señora de los Dolores. Se habían establecido allí los padres Pedro Cambón y Ángel Somera, que habían salido de San Diego el 6 de agosto de 1771:

> Y habiendo andado como 40 leguas, llegaron al Río de los Temblores, llamado así desde la primera expedición; y estando en el registro para elegir terreno, se les presentó una numerosa multitud de gentiles, que, armados y presididos por dos capitanes, con espantosos alaridos pretendían impedir la fundación. Recelando los Padres se rompiese la guerra y se verificasen algunas desgracias, sacó uno de ellos un lienzo con la imagen de Nuestra Señora de los Dolores y le puso a la vista de los bárbaros; y no bien lo hubo hecho, cuando rendidos todos con la vista de tan hermoso simulacro, arrojaron a tierra sus arcos y flechas corriendo presurosos los dos capitanes a poner a los pies de la soberana Reina los abalorios, que al cuello traían, como prendas de su mayor aprecio, manifestando con esta acción la paz que querían con los nuestros. Convocaron a todas las rancherías comarcanas, que en crecidos concursos de hombres y mujeres y niños venían a ver a la Santísima Virgen, cargados de varias semillas, que dejaban a sus pies, entendiendo que comía como los demás.

Y fue en esta misión donde el padre Mugártegui dejó al matrimonio de carpinteros, marido y mujer, que les habían acompañado desde la ciudad de Méjico.

La de San Luis Obispo, misión de indios «mochis» fundada por el padre Serra el 1 de septiembre de 1772, la abrió con una misa celebrada bajo una enramada y quedó situada en la cañada de los Osos, un poco al sur de San Antonio. El padre Palou nos dirá que «está situada sobre una loma, por cuya falda corre un arroyo con bastante agua para el gasto y para el riego de la tierra, que tiene a la vista y les proporciona abundantes cosechas; se halla situada en la enseñanada llamada del "Buchón" hacia el poniente, y en aquella playa tienen los neófitos sus canoítas para la pesca».

La misión de San Antonio, un poco más al norte, la tercera en orden, pues fue fundada en 1772, se hallaba en un plano dilatado y vistoso de la cañada de los Robles, inmediato a un río, que se llamó seguidamente de San Antonio, distante como ocho leguas de la costa; había robles —de ahí el nombre—, encinas y, sobre todo, «un gran nú-

mero de crecidos pinos, que producen abundancia de piñones, y asimismo abundante en conejos y ardillas, tan sabrosas como las liebres». Los inicios fueron éstos. Escogido el lugar por el padre Serra, mandó descargar las mulas y colgar las campanas en las ramas de un árbol. Luego que estuvieron, el siervo de Dios comenzó a repicarlas y llamar a grandes voces: «Ea, gentiles, ¡Venid a la Santa Iglesia; Venid a recibir la fe de Jesucristo!». Mas el padre Miguel Pieras le atajaba diciendo:

> ¿Para qué se cansa, si éste no es sitio en donde se ha de poner la iglesia, ni en estos contornos hay gentil alguno? Déjeme, Padre, explayar el corazón, que quisiera que esta campana se oyese por todo el mundo...

Y en cuanto los misioneros, tras de aprender el idioma, comenzaron a predicar, se les presentó una anciana que, «según aspecto representaba de tener de edad cien años», y al preguntarle por qué había venido, respondió: «que siendo ella de corta edad oía referir a sus padres la venida a aquellas tierras de un hombre que vestía el mismo hábito que los religiosos, que les decía lo mismo que ahora predicaban los misioneros. Y también los demás neófitos respondieron unánimes, que así lo habían oído decir a sus antepasados y que era general tradición de unos a otros».

Más al norte encontramos la Misión de San Carlos de Monterrey, que era como la capital y centro de las fundaciones que se iban haciendo en la Alta California; había costado sus esfuerzos el fundarla y tuvo su fecha inaugural el 3 de junio de 1770, fiesta de Pentecostés. Nos lo explicará el padre Junípero en carta al padre Palou:

> Me fue de mucho consuelo, cuando el día de Pentecostés, juntos todos los oficiales de mar y tierra y toda la gente, junto a la misma barranquita y encina donde celebraron los Padres de dicha expedición (de Sebastián Vizcaíno), dispuesto el altar, colgadas y repicadas las campanas, cantando el himno *Veni Creator*, bendecida el agua y bendita una gran cruz y los reales estandartes, canté la misa primera que se sepa haberse celebrado acá desde entonces... Y después cantamos la *Salve* a Nuestra Señora... Concluimos la función con el *Te Deum* cantado. Y después acá los señores hicieron el acto de posesión de la tierra en nombre del Rey nuestro Señor, que Dios guarde. Después comimos juntos en una sombra de la playa, y toda la función fue con muchos truenos de pólvora en tierra y en el barco.

Pero no duró mucho su emplazamiento primero, pues fray Junípero Serra tenía un instinto especial para la elección del sitio y, no gustándole su actual emplazamiento, «pasó personalmente a reconocer vegas y cañadas del río Carmelo para mudar la Misión de San Carlos a más proporcionado sitio, y habiéndolo hallado con las comodidades necesarias, dispuso se hiciese el corte de las maderas para aquella fábrica».

Y así la trasladó hacia julio de 1771 y

> la primera obra que mandó hacer fue una gran cruz, que bendita, enarboló, ayudado de los soldados y sirvientes, y fijó en la medianía del tramo destinado para compás. Y cuando iban los gentiles a visitar al Padre, que raro el día que dejaban de hacerlo, atraídos de la curiosidad o de los regalos que les hacía, era lo primero que practicaba persignarlos con su propia mano, y después les hacía adorar la santa cruz, y concluidas estas ceremonias, les regalaba ya con comida o ya con abalorios, y procuraba agasajarlos cuanto podía, aprendiendo con ellos el idioma. Iban también a visitarlos los nuevos cristianos, que pedían licencia al P. Crespi para ir, como decían, a ver al Padre viejo, y con ellos tenía sus delicias. Ensenóles a que saludasen a todos con las devotas palabras «Amor a Dios» y se extendió de tal manera, que hasta los gentiles decían esta salutación, no solamente a los Padres, sino a cualquier español, y queda extendido por este vasto terreno, enterneciendo el corazón más duro al oír a los gentiles semejante saludo.

La fábrica de capilla y vivienda quedó terminada a fines de 1771 y de este modo se trasladó a dicho punto la cristiandad de San Carlos, donde fray Junípero estableció su centro de operaciones hasta su muerte.

En 1775 se juntaron allí casi todos los misioneros franciscanos para tratar del nombramiento del síndico apostólico en favor de don José González Calderón; era éste quien estaba capacitado y autorizado para recibir y administrar todos los bienes y limosnas que se recibieren para las misiones.

Con tal motivo, coincidieron los padres Serra, Palou, Crespi, Dumetz, de la Peña, Murguía, Benito también, Mugártegui y Lasúen. Este último, que había suspirado por agregarse a las misiones de California y que ya desde 1770 estaba en la lista de aspirantes, pudo incorporarse y aquí se hallaba en este acontecimiento. Lo que no sabía ni había es-

perado es que él había de suceder en el gobierno al padre Serra; también se encontró en el grupo el padre Tomás de la Peña Sarabia, que no hacía mucho había vuelto de su transcendental expedición a Alaska, acompañado asimismo del padre Miguel de la Campa. Naturalmente que cambiaron impresiones sobre todo ello y maduraron sus proyectos para el inmediato futuro. La expedición a Alaska fue motivada por la urgencia de saber si las noticias llegadas desde Moscú eran ciertas y que los rusos avanzaban por la costa del Pacífico desde la remota Alaska y que, con sus incursiones hacia el sur, amenazaban con su ocupación. Bucarelli, tras de las informaciones que le dio el padre Serra, decidió preparar una expedición investigadora, que fundamentaba en estos términos:

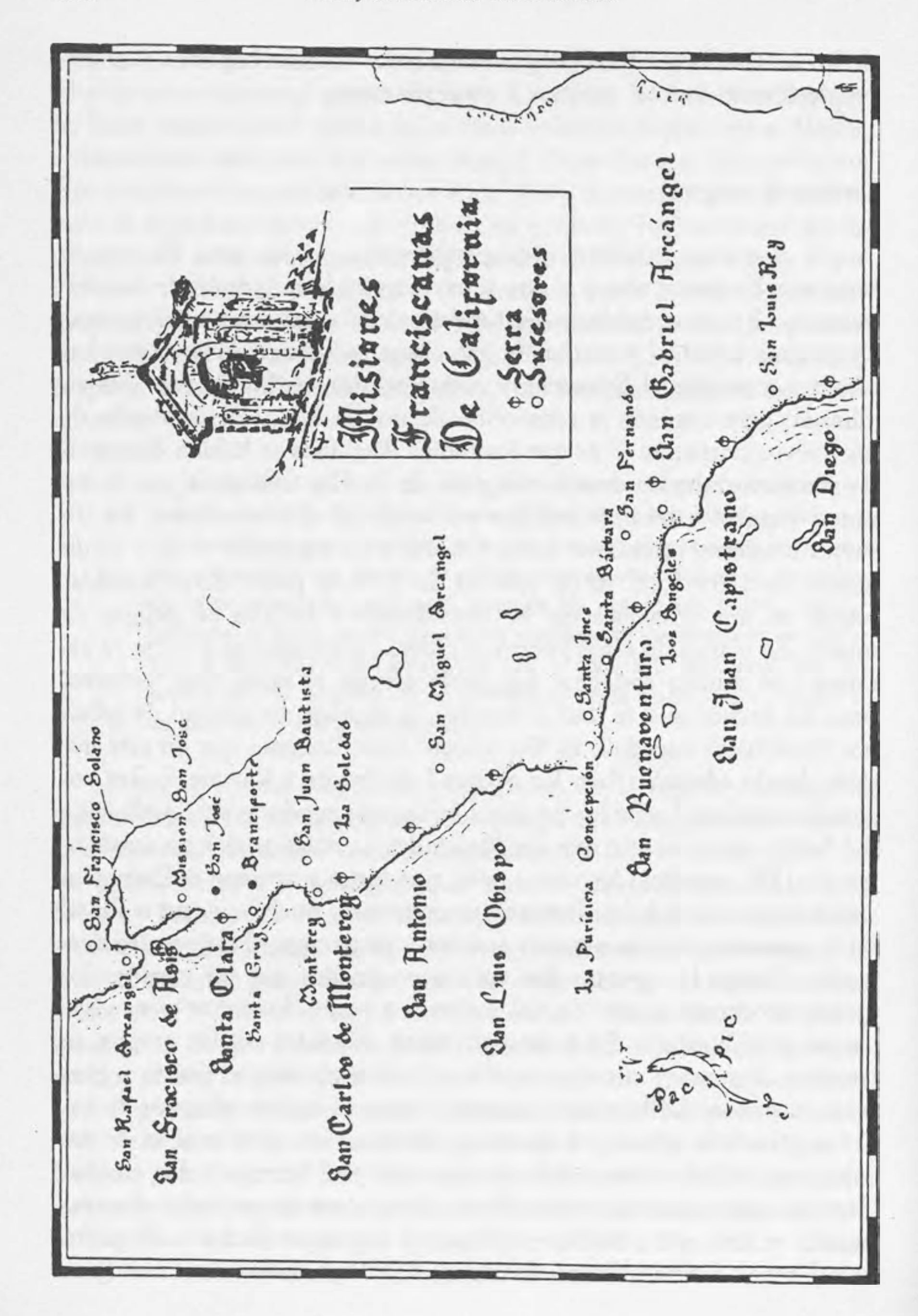
> La benignidad del Rey, que dio a mi cuidado este gobierno de Nueva España, no sólo me impone en la obligación de conservarle estos vastos dominios, sino también en la de procurar aumentarlos en cuanto me sea posible por medio de nuevos descubrimientos en la extensión de lo no conocido, para que, atraídos los numerosos indios, sus habitantes, al dulce, suave, apetecido vasallaje de Su Majestad, se derrame en ellos la luz del Evangelio con la conquista espiritual, que los separe de las tinieblas de la idolatría en que viven, y les enseñe el camino de la salvación eterna.

Y por lo mismo dispuso la preparación de la fragata *Santiago*, al mando del alférez de la real armada, don Juan Pérez, para que hiciera la descubierta siguiendo la costa de Monterrey. Con él embarcaron, no los padres Serra y Mugártegui, que eran los elegidos, sino los padres Crespi y Sarabia. El viaje de estos expedicionarios fue en verdad interesante por las noticias, ya que en parte comprobaron la presencia de los moscovitas por aquellas partes del mar de Bering. Le siguió otra segunda en 1775, la cual zarpando del puerto de San Blas de Méjico a las órdenes de don Bruno de Ezeta, llevaba como capellanes a los antes citados padres Miguel de la Campa y Benito Sierra. Estas expediciones que despertaron enorme interés, quedaron suspendidas por un paréntesis de cuatro años a causa de la guerra de Inglaterra con los Estados Unidos, pero luego se continuaron y en ellas nuestros religiosos, acompañando como capellanes a los marinos, pudieron recorrer casi en toda su amplitud las costas e islas del golfo de Alaska. Y por ellas Alaska entraba, nos dirá el padre Omaechevarría, en la órbita de las misiones

de la Alta California. Lástima que luego todas aquellas regiones, por azares de diversa índole, pasaron a otras potencias.

Escenas de sangre

Si el grano no muere, queda infecundo... «¡Gracias a Dios ya se regó aquella tierra; ahora sí que se conseguirá la reducción de los dieguinos!». En estas palabras del fundador de las misiones californianas se resumía la difícil posición de San Diego y la resistencia de sus habitantes a aceptar el Evangelio y entrar por las sendas de una vida civilizada; pero también la convicción de que la sangre sería semilla de los nuevos cristianos. Y es que los indios dieguinos se habían distinguido siempre entre los demás indígenas de la Alta California por su espíritu inquieto y levantisco y por su hostilidad al cristianismo. En diversas ocasiones intentaron robar y matar a los españoles —12 y 13 de agosto de 1769—; el 10 de febrero de 1770 el padre Serra escribía: «Aquí en tres ocasiones me he considerado y hallado en peligro de muerte de manos de estos pobres gentiles...; pero gracias a Dios, ya estamos con mucho sosiego». Así debió creerlo el santo fray Junípero, pero los hechos que se iban a suceder, le dejaban sin crédito de adivino. ¿Qué había sucedido en San Diego? Sencillamente que en esta misión, donde administraban los padres Luis Jaume y Vicente Fuster cogiendo con abundancia los copiosos frutos que producía ya aquella viña del Señor, de tal suerte que de 70 gentiles bautizados el 3 de septiembre de 1775, unidos a los varios miles que luego aceptaron el Evangelio y se bautizaron, se había formado un numeroso pueblo, y esta realidad no la quisieron aceptar algunos gentiles y prepararon el golpe para destruirla. Fueron los agentes dos apóstatas, quienes con sus engaños lograron «convocar a más de mil indios, no conocidos entre sí ni visto jamás» y en la noche del 4 de septiembre, divididos en dos grupos, se lanzaron al ataque; mientras uno tomó como objetivo el fuerte o presidio, el otro asaltó la misión, pegando fuego el edificio después de haber saqueado la iglesia y la sacristía. En la misión sólo estaban de escolta tres soldados y un cabo, el carpintero y el herrero y dos muchachos españoles, con algunos neófitos. «Pusiéronse los soldados al arma, cuando ya los indios habían empezado a descargar flechas... El padre Luis Jaume, al ruido de los alaridos y del fuego, salió viendo un gran


Misiones Franciscanas De California
Serra
Sucesores
San Rafael Arcangel
San Fracisco de Asis
San Francisco Solano
Mission San José
San José
Santa Clara
Santa Cruz
Branciforte
Monterey
San Juan Bautista
San Carlos de Monterey
La Soledad
San Antonio
San Miguel Arcangel
San Luis Obispo
La Purisima Concepción
Santa Ines
Santa Bárbara
San Buenaventura
Los Angeles
San Fernando
San Gabriel Arcángel
San Juan Capistrano
San Luis Rey
San Diego

pelotón de indios, se acercó a ellos saludándoles con la acostumbrada salutación: «Amor de Dios, hijos»; y conociendo que era el padre, lo agarraron como lobos a un corderito y portóse como mudo, sin abrir sus labios; lleváronlo para la espesura del arroyo, allí le quitaron el santo hábito, y desnudo el venerable padre, empezaron a darle golpes con las macanas y le descargaron innumerables flechazos, no saciando su furor y rabia con quitarle con tanta crueldad la vida, pues, después de muerto, le machacaron la cara, cabeza y demás del cuerpo, de modo que de los pies a la cabeza no le quedó parte sana más que las manos consagradas, como así se halló en el sitio donde lo mataron. Del resto de la misión hubo heridos, pero todos sanaron, excepto el herrero de la misión, José Romero, que murió de un flechazo, y el carpintero del presidio Urselino, que enfermo en cama, fue también herido gravemente por flechas enemigas y, sintiéndose morir, exclamó: «Ah, indio, que me has muerto, Dios te perdone», y murió al quinto día, después de haber recibido los sacramentos y hecho testamento, por el que «dejó por herederos a los mismos indios que le quitaron la vida». Durante la noche triste los neófitos no salieron de sus casas, pero

> en cuanto amaneció el 5 de noviembre que desapareció la gran multitud de gentiles, salieron de sus casitas los neófitos y fueron a ver al Padre superviviente, que estaba con el Cabo herido y tres soldados, también heridos. Se tomaron las providencias oportunas, trasladándose todos al lugar del presidio, llevando consigo el cadáver del padre Luis Jaime. La noticia del desastre llegó pronto a San Juan de Capistrano, donde se hallaba el padre Serra fundando la nueva Misión, y de momento se suspendieron los trabajos; pero sólo le hicieron conocer la tragedia el día 13 y fue entonces cuando pronunció las palabras puestas al principio: Gracias a Dios, ya se regó aquella tierra...».

Misión en marcha: San Juan de Capistrano

Por su hermoso emplazamiento en el paraje denominado Guavis-Savit, a media legua de la playa, que con toda justicia se le ha llamado «la joya de las Misiones», fue el campo de entrenamiento del padre Mugártegui, pues permaneció allí desde el día de su inauguración en 1775 hasta el 13 de noviembre de 1789. Y vale la pena detenerse un poco en esta «perla de las Misiones», porque es donde vemos cómo se de-

sarrolla todo el plan fundador de fray Junípero. Se escogían los sitios más aptos, se calculaban las distancias de una a otra y se distinguían las comarcas para su futura ocupación. El primer paso en esta obra fundadora fue la toma de posesión de los puertos de Monterrey y San Diego; otra, los establecimientos del canal de Santa Bárbara, y otro, importantísimo, las fundaciones del puerto de San Francisco. Con ellas no quedaban colmados los deseos y cubiertos los planes por él trazados, pues alimentaba crear todo un rosario íntimamente unido de nuevas fundaciones. Al llegar a San Francisco y ver el nuevo presidio y el puerto, que jamás había visto, y mirando que ya no se podía pasar adelante sin embarcación, prorrumpió en jubilosas exclamaciones: «Gracias a Dios. Ya nuestro padre San Francisco, con la santa cruz de la procesión de las Misiones, llegó al último término del continente de California, pues es necesario embarcación para pasar adelante».

«En esta Nueva California —prosigue el padre Palou— había, cuando el venerable padre hizo la primera visita a esta Misión, ocho Misiones; y quedando grandes tramos libres entre una y otra, decía el fervoroso padre: esta procesión de Misiones está muy trunca. Es preciso que sea vistosa a Dios y los hombres. Ya tengo pedida la fundación de tres en la Canal de Santa Bárbara». Y es que el propósito estaba muy bien explicitado: que toda la costa se poblase de misiones en proporcionadas distancias; a semejante estrategia obedecía la fundación de San Juan de Capistrano en 1775, entre las de San Gabriel y San Diego. La elección del suelo era otro de los puntos de mira y más estudiados. Se trataba de reunir a los indios dispersos, juntándolos en pequeños pueblos, mas a estos debían creárseles la base de su sustentación. Con ella se lograba el objetivo primero: darles de comer, que garantizaba la posibilidad de instruirlos en la fe y fundamentarlos en las verdades cristianas. Para saber la capacidad del terreno y su fecundidad o pobreza se les ocurrió enterrar en la misión de Monterrey un grano de trigo sin otra circunstancia y produjo 150 cabezas. Y también sobre esta base se había preparado ésta de San Juan de Capistrano, cuya fábrica quedó interrumpida por la rebelión de los indios en San Diego; para su restablecimiento y llevar adelante la anterior, señaló fray Junípero a los padres Mugártegui y Gregorio de Amurrio, quienes «al llegar al sitio hallaron enarbolada la cruz tal como la habían dejado los padres Lasuén y Amurrio y desenterraron las campanas», que precipitadamente habían enterrado los neófitos; y colgándolas de un árbol, las echaron a vuelo,

a cuyo repique acudieron los gentiles muy festivos de ver que volvían a su tierra los Padres. «Díjose misa por el padre Junípero y luego éste continuó camino hacia la de San Gabriel para traer algunos neófitos para ayuda de la obra, ganado vacuno y víveres para todos». Ocurría esto en 1776.

Al frente de la misión de San Juan de Capistrano quedó el padre Mugártegui con el padre Amurrio.

> Es el sitio de la Misión muy alegre y con buena vista, pues desde las casas se ve la mar y los barcos cuando cruzan, pues dista de la playa como media legua, con buen fondeadero para las fragatas... se halla situada a 26 leguas de la de San Diego, y 18, al noroeste, de San Gabriel. El temperamento es bueno, con sus grados de calor en verano y sus fríos en invierno, y además es clima sano. Cómo no escasean las lluvias, las cosechas se logran con facilidad y éstas abastecen a la población, pero también a la tropa. Por observar que existían o se producían como unos arbustos muy semejantes a las vides, dieron en sembrar unos sarmientos mansos, traídos de la Baja California, y consiguieron tener vino, no sólo para las misas, sino también para el gusto; asimismo frutales de Castilla, granadas, duraznos, melocotones, membrillos, etc. y lograron buenas hortalizas. Para su apostolado utilizaron a un intérprete llevado de San Gabriel y les dieron a entender a los indios que el fin principal que les traía a los misioneros a vivir entre ellos era enseñarles el camino del cielo y hacerlos cristianos, para que se salvasen, etc.

Lo que tan bien entendieron los gentiles y les impresionó que inmediatamente comenzaron a pedir el bautismo, que en esto se diferenciaron de los otros grupos y misiones, quienes al principio sólo molestaban a los padres para pedirles cosas de comer y regalitos. El resultado de su predicación es tangible y la prueba es que, cuando muere el padre Serra (1780) contaba ya con 472 bautizados. Estos indios eran del grupo étnico llamado «agáchemes», de los que curiosamente algunos, pocos ciertamente, hablaban el español. Adoraban a un pájaro muy grande, semejante a un milano, y sin que pudiera afirmarse que adoraban al sol y la luna, ciertamente que en los plenilunios lo festejaban con grandes ruidos y voces; eran inconstantes, mendaces, irascibles y vengativos, fáciles en matarse por cualquier cosa. No conocían la música ni acostumbraban cantar, pero se aficionaron a los cantos que les en-

señaron los misioneros, sobre todo los más tiernos y sentimentales, y aprendían con facilidad a tocar los instrumentos, de cualquier clase que fueran. Los indios de San Juan de Capistrano estaban divididos en unas 300 rancherías. Cuatro niños fueron las primicias de su predicación, a los que bautizaron antes de finalizar el año de la fundación (1776); el primero de éstos fue Nanojivar, hijo de Salat y Suvalve, de la ranchería de Guillocome, a quien impusieron el nombre de Juan Bautista. Los dos siguientes recibieron los nombres de Juan José y José Antonio, ambos de la tribu de Jutucome y Guillocome. A los 13 meses de su fundación ya tenían acabada la iglesia de adobe. Aunque esta iglesia fue ampliada en 1777, sin embargo, es la única primitiva que se conserva en pie; y en torno a ella se levantaron después los departamentos para los padres y los mozos de servicio, y la *pozolera* y la casa para la escolta, el *monjerío* o casa de residencia para las mujeres y las niñas de 12 años para arriba, cuando los maridos de las primeras estaban ausentes. La jornada se desarrollaba con programa muy semejantes al de las reducciones del Paraguay y en plan de vida común al toque de campana. Los adultos acudían por la mañana al toque del *Ángelus*; y mientras un misionero celebraba la santa misa, el otro les enseñaba la doctrina cristiana y el acto se terminaba con el canto *Alabado*... Seguía el desayuno a base de *atole* y seguidamente los hombres iban a trabajar en el campo, el pastoreo o en otras artes y oficios, siempre bajo la dirección de los misioneros. Mientras tanto, las mujeres se ejercitaban en la costura y sus labores propias bajo la tutela de algunas señoras. La comida principal se tenía a mediodía, consistente en *pezzole*, carne, legumbres y hortalizas, según los casos. Tras de un descanso de dos horas, se volvía al trabajo hasta las cinco. Y luego venía la función de la tarde, en la que se combinaban las preces y la instrucción religiosa, se cenaba a las seis y el resto de la tarde era tiempo libre para la diversión honesta. Y así, poco a poco, los nativos se fueron aficionando a la vida litúrgica y piadosa y misiones, en las que siempre se practicaba el ejercicio del Vía Crucis, con frecuencia de procesiones y en particular la del *Corpus Christi*, que revestía mucho esplendor. Pero no sólo se cultivó esta vida devota y cristiana, sino que se les aficionó al teatro con dramas y misterios litúrgicos, sobre todo los de Navidad y Epifanía. Fray Junípero en sus varias visitas también actuó pastoralmente en esta misión, pues hizo varias confirmaciones y también bautismos en los días 23, 25 y 28 de octubre, fiesta del titular, de 1778. Al juzgar el ilustre Charles Lummis

el método apostólico empleado por nuestros misioneros dirá «que fue el más justo, humano y equitativo que jamás se haya utilizado para civilizar salvajes».

Nuevos métodos misionales y sucesos desagradables

Bien podíamos titular este apartado, como lo hizo ya el padre I. Omaechevarría, de «Utopías peligrosas». Y es que no faltan soñadores e imaginativos, con los sueños muy altos y sin tocar los pies en tierra. Éstos abundan en nuestro suelo desgraciadamente y su despertar suele ser amargo. Y no es tan sólo que los soñadores se despierten desconcertados, sino que muchas veces sus elucubraciones acarrean serios problemas a los demás. Y así fue también para las misiones de California por obra y gracia de un misionero, que pasó a la historia como alma ardiente, celosa, pero también imprudente, que sirvió inconscientemente los planes de los enemigos de las misiones californianas, como don Felipe Neve y otros. El padre Reyes, mirando hacia atrás con nostalgia enfermiza, insatisfecho del ritmo de vida y desarrollo de las misiones en sus días, añorando el ayer lejano de la conquista espiritual de Méjico y provincias limítrofes, se dio a soñar nuevos métodos, a redactar memoriales y proyectos de reformas utópicas, a sembrar con ellos la inquietud y desasosiego hasta en la Corte de Madrid y en los estamentos de la administración: todo porque no le satisfacían la forma y apostolado en las provincias internas de Nueva España. Abarca este período los años 1772 a 1790. Quería él que las misiones se separaran de los colegios respectivos y provincias regulares para someterlos a los obispos y gobernadores. Es en el memorial de 1779 en donde nos es fácil conocer su pensamiento y donde se nos hace una descripción de la Alta California, de la que dice que

> está situada en las costas del Mar Pacífico y se extiende desde el Puerto de San Diego hasta el Río Grande, cuya distancia se considera en 250 leguas. Toda la costa hasta San Francisco es terreno fertilísimo y de hermosas vegas. Se han reconocido cuatro ríos y muchos arroyos de excelentes aguas, que bajan de las sierras situadas al oriente de la costa. Cuatro naciones de indios o indios de cuatro idiomas diferentes pueblan el terreno reconocido por los españoles. Estas naciones

> se hallan en continua relación unas con otras; y viven muchas familias unidas y se han encontrado pueblos de 30, 60 y de 100 casas.

En una palabra: la colonia de Monterrey es el terreno más agradable, fértil y hermoso de todas las provincias internas de Nueva España. Como se ve, es un documento contemporáneo de las misiones californianas, que siempre es interesante conocer. Pues no paró ahí la información, ya que después de estos datos geográficos, nos expone la situación político-religiosa de la colonia; completando los anteriores, añade los siguientes:

> Los españoles se han establecido en los puertos de San Diego, Monterrey y Río Grande de San Francisco. En San Diego serán de 20 a 30 familias españolas; en Monterrey de 50 a 60; y de 80 a 100 en el Río de San Francisco. Los misioneros de San Fernando de Querétaro han fundado ocho misiones, en las que han congregado más de 1.000 indios de todas las edades. Algunos españoles se han casado con indias del país y se han establecido en las misiones. Los indios del país siembran labores de comunidad, cuyos frutos sirven para el sustento de los misioneros y de los indios, a los que diariamente o por semanas se les administra ración. En la Colonia del Sacramento asisten 16 misioneros de San Fernando de Méjico... En estas Misiones deben residir dos misioneros, de los que uno se encarga del catecismo y el otro los instruye en la vida civil y política. Los españoles viven con el desconsuelo de no tener en sus pueblos sacerdotes que les asistan espiritualmente...

Y esto era cierto, ya que se habían formado los pueblos con separación e independencia, pero muy cerca unos de otros. Por lo mismo, los españoles, que vivían en sus pueblos, debían acudir a la misión para los actos religiosos de culto y sacramentos. De todas estas consideraciones y prenotandos el padre Reyes sacaba las conclusiones más conformes a su sueño equivocado. La primera era que la misión actual no iba por buen camino, ya que, si en los primeros 20 años de la colonia se logró la conversión e incorporación al cristianismo, el que no haya avanzado casi nada desde entonces la conversión no se puede atribuir a los españoles, sino a los métodos empleados y éstos debían revisarse, empezando por corregir esa mala división de los pueblos, en lugares para los indios y otros para los españoles: hay que volver al sistema pri-

mitivo. En la proporción en que aumentaban las conversiones se iban creando los pueblos y entonces acudían los misioneros para su atención y por ese método se iban estableciendo las villas, pueblos y conventos. Se debe empezar por dejar en libertad a los indios sin obligación de trabajar en labores de comunidad ni de verse obligados a sostener a los misioneros; se debe prohibir a los misioneros el abuso de sembrar labores y criar ganados y caballadas..., tampoco se debe pensar ni permitir nuevas fundaciones de indios gentiles hasta establecer las misiones antiguas y recuperar las que tenemos perdidas, etc. En fin, éstas eran algunas de las cláusulas propuestas en el plan del padre Reyes, que se conformaba bastante con las ideas de los gobernantes de la Ilustración, que buscaban el control total de toda la actividad político-social y religiosa de sus días. El plan utópico no tuvo efecto, porque, si le ayudaron las autoridades de Nueva España, en cambio fueron totalmente opuestos los religiosos de los colegios de Querétaro, San Fernando y Guadalupe y su opinión pesó más en la Corte y ante el Consejo de Indias, de donde vino la confirmación del *statu quo*, decisión confirmada por el rey el 7 de febrero de 1787. Y aún más: una real cédula del 16 de agosto de 1791 invitaba al obispo de Sonora, fray Antonio de los Reyes, a retirar sus planes y a declarar que opinaba con fray Francisco Antonio de Barbastro «que era más cómodo y sencillo el antiguo gobierno de las Misiones». El obispo padre Reyes no tardó en morir desilusionado de sus planes quiméricos e irrealizables...

Nuevas misiones y sangre en el Colorado

Mientras que el padre Mugártegui enseñaba a sus indios de San Juan de Capistrano a cultivar la tierra, a plantar viñas, a edificar casas y a vivir la vida cristiana, la costa de California se estaba poblando de nuevas misiones. En octubre de 1776 se estaba llevando a cabo la fundación de San Francisco, la futura capital de California; en mayo de 1777 se coronaba la de Santa Clara, en el límite norte, y que se combinaba con la de San Francisco para completar todo el arco noroeste de América. Decía el padre Junípero a este respecto:

> He pensado que se llame de Santa Clara, supuesto que para esta advocación hay campanas, ornamentos, ganado vacuno cerca de cien ca-

> bezas y algunos otros preparativos, y que del lugar donde se pensó fundar (en la Canal de Santa Bárbara) están más remotas las disposiciones y no habremos de desnudar un santo para vestir otro. Vayan los útiles y vaya Santa Clara a acompañar a San Francisco, ya que aquella segunda Misión no se le había dado nombre.

Engelhart, este ilustre estudioso e historiador de las Misiones, califica a Santa Clara «the mos imposing church building in California at that period». Se había emplazado a tres cuartos de legua de un pueblo de españoles, llamado San José de Guadalupe.

En 1779 se establecían en el Paso del Colorado dos misiones servidas por los religiosos de Querétaro; pero en esta ocasión se manifiesta un nuevo factor en el desarrollo de la Alta California, porque ya, no sólo se hacen pueblos de indios y para indios, con pocos soldados de escolta, bajo la dirección de los misioneros, sino que empieza a desarrollarse el rosario de pueblos de españoles, un poco al margen de la vigilancia de aquéllos. Y la novedad está en que, a diferencia de los pueblos indios, no cuentan con capellanes ni ministros para el culto, sino que deben acudir a las iglesias de los indios. Era el ya citado señor Neve el patrocinador de estas fundaciones en que debían vivir mezclados nativos y civilizados en régimen de completa libertad. Para ello, como estaba en contradicción con el programa del padre Junípero Serra, el gobernador Neve acudió a los misioneros de Querétaro, a los cuales encargó su atención, con la mira puesta en que «estos pueblos-Misiones asegurasen la comunicación de unas provincias con otras por el paso recientemente descubierto». Le interesaba al gobernador Neve su evangelización, sin duda alguna, pero buscaba la realización del nuevo método, que ya comentamos antes. Fue casi una pequeña venganza o desquite del gobernador Felipe de Neve y del comandante general, que dieron lugar a la fundación de las misiones tituladas de la Inmaculada Concepción y de San Pedro y San Pablo, «a distancia de tres leguas la una de la otra y las dos a este lado del río (del lado de California), a la altura de las Misiones de San Gabriel y de San Juan de Capistrano». Fueron destinados como misioneros los padres Juan Díaz (de San Miguel de Extremadura) y Matías Montero, de Burgos, para la primera; y Francisco Hermenegildo Garcés, de Aragón, y Juan Antonio de Barreneche, de Santa Elena de la Florida. No eran nuevos en este trabajo los misioneros, sobre todo el padre Garcés, y se esperaba, por lo tanto,

el éxito de la empresa, ya que «el padre Garcés era muy querido de los indios y había vivido mucho tiempo con ellos sin compañero y sin soldados, sin haberle hecho lo más mínimo, antes bien lo estimaban entrañablemente y lo mantenían con sus comidas silvestres, que comía con tanto gusto como los mismos gentiles, conocido de ellos por el *Viva Jesús*, que era su salutación ordinaria con los indios y hacía que ellos así le saludasen».

Fueron muy alentadores los principios de estas misiones ya que los «yumas» se le mostraban muy favorables, con gusto les entregaban sus niños para el adoctrinamiento, aunque los adultos, por perezosos y no dejar sus vicios, ofrecían más resistencia al Evangelio: «Cuando les hablamos (cartas del 26 de noviembre de 1780) acerca del bautismo y que han de rezar primero para bautizarse, suelen venir algunos a rezar algún día y, después de pasados muchos otros días suelen volver, y otros ni vuelven más a rezar; pero en cuanto a los párvulos, los más los ofrecen al bautismo». Y ésta era la tónica en el resto de las rancherías y tribus circunvecinas que eran los «cajuenes, alicuesmayes, cucapas, jalchedones, jamajavas, cocomaricopas» y todos deseando que sus pequeños fueran bautizados y se catequizara a los adultos. La dificultad para su adoctrinamiento residía en la dispersión de sus miembros por todo el contorno del Colorado, por distritos de ocho leguas a nueve, una casita aquí y la otra allá; lo urgente era reunirlos en pueblos, pero no era éste el sistema, que se diferenciaba del trazado por el padre Serra. Sin embargo, el padre Barreneche se mostraba optimista sobre sus resultados finales, aunque el Cacique Palma, bautizado solemnemente en Méjico, no lo viera así; por ello escribía: «La reducción (carta del 16 de enero de 1881) ha tenido sus altos y bajos, pero en el día, gracias a Dios, va prosperándose, aunque no como se pensaba, porque Palma y los regalos de Méjico nos han hecho más daño que provecho». Y es que los indios se acercaban a los misioneros, pero siempre con las miras de intercambiar productos y de conseguir alguna ropa y en este aspecto nada podían hacer los misioneros, ya que de nada disponían, por lo que no les quedaba a los misioneros otra solución que ir a buscarlos por las rancherías y allí enseñarlos y doctrinarlos.

Se les complicó la situación con la ocupación de las tierras por los colonos españoles y el de aprovecharse de sus siembras y frutos y ver, además, que los ganados y bestias de aquellos se comían los zacates y les privaban de sus semillas. Y para final trágico llegó entonces el go-

bernador, capitán don Fernando de Ribera y Moncada, quien con su actitud desconsiderada provocó la ira y deseos de venganza de los indios. Había llegado a estas partes a requerimiento del teniente de gobernador Neve para reclutar soldados y pobladores para las colonias de Colorado y California y arribó con sus caravanas de mulos y caballos famélicos; entonces se quedó con un retén de soldados para reparar las fuerzas y debilidad de su reata, y los indios, ante su presencia y despreocupación, sólo pensaron ya en arrojarlos de su tierra y matarlos a todos, quedándose con la caballada, de que eran muy codiciosos. El informe levantado por el teniente coronel don Pedro Fagés nos refiere los sucesos. Un domingo, a mediados de julio,

> acabada la misa última, a un mismo tiempo cayeron en ambas poblaciones —las de San Pedro y San Pablo y la Purísima— muchísimos gentiles, que quitaron la vida al Comandante, al Sargento y a todos los soldados y vecinos, menos unos pocos que pudieron escapar. Y a los cuatro Padres misioneros, que, en cuanto vieron el estrago, empezaron a ejercer el ministerio apostólico, confesando a unos, ayudando a otros a bien morir con fervorosas exhortaciones, quitaron con mayor crueldad la vida en el actual ejercicio de la caridad.

Es decir, que el 17 de julio de 1791 mataron los yumas a los padres Juan Díaz y José Matías Montero, misioneros de San Pedro y San Pablo, y el 19 inmediato sacrificaron a los padres Francisco Garcés y Juan Antonio de Barreneche, que servían a la misión de la Inmaculada: a palos a los dos últimos, como también a los primeros, mas al padre Matías Montero, después de muerto, le cortaron la cabeza. Este fue el resultado del nuevo método, que concedía mayor autoridad e intromisión a las autoridades civiles y militares, que sin embargo en las altas esferas de California y Méjico no lo creyeron así, sino que más bien juzgaron era uno de esos accidentes fatales a que estaba sometida la misión evangelizadora.

Así pues, este método, que se ofrecía como nuevo y diferenciado del aplicado por los padres del Colegio de San Fernando, tuvo este desenlace fatal.

Pero aún más, tuvo consecuencias nefastas y fueron que se suspendieron las exploraciones y descubrimientos del capitán Anza, de Vélez de Escalante y fray Francisco A. Domínguez, quienes saliendo de Santa Fe de Nuevo Reino a fines de julio de 1776, habían explorado

gran parte del norte de Arizona central, Utah, montañas Rocosas y que habían vuelto a su punto de partida a principios de 1777. Esta luctuosa fecha de julio de 1781 había de retrasar en más de un siglo el proceso de civilización y evangelización de los indios del oeste americano, no obstante hallarse tan cercana la floreciente obra franciscana de California.

TRÁNSITO DE UN SANTO: MUERE EL FUNDADOR (28-IX-1784)

«El ideal vale más que la vida» había escrito de Delia Agostini la insigne escritora italiana María Stico; en aras de ese ideal ofrendó su vida joven la hermosa flor de la Juventud Católica Italiana. Y este comentario es el que procede aplicar a nuestro padre Junípero Serra, quien en aras del ideal misionero renunció a su cátedra y ascendiente social en su patria chica y se fue a Méjico para dedicar su vida a la obra de las misiones. A mediados de 1783 fray Junípero se sintió ya gravemente enfermo y, sin embargo, salió en agosto a visitar las misiones del sur, administrando la Confirmación a numerosos neófitos y confortando con su presencia y palabras fervorosas a sus misioneros. En San Juan de Capistrano se hallaba el 9 de octubre, celebró la fiesta del Pilar con toda solemnidad y salió de allí el 15, fiesta de Santa Teresa de Jesús. Había dejado confirmados a 221 neófitos.

Por enero de 1784 ya estaba de vuelta en Monterrey, pero se negó a dar descanso a su maltratado cuerpo e inmediatamente emprendió la visita a las misiones del norte, llegando a Santa Clara el 15 de mayo: días antes había fallecido allí el misionero del puesto padre José Antonio Murguía, tras de haber podido dar cima a la obra de la iglesia, para cuyo acto de bendición esperaba la llegada del padre Serra. El padre Comisario la bendijo y administró el sacramento de la Confirmación a varios neófitos de estas misiones. Tenía prisa, porque sus facultades, cedidas para un decenio, se le acababan el 16 de julio de 1786. «Y al ver expirada la facultad, dejando confirmados 5.307 neófitos, parece que aquel 16 de julio dijo lo que el Apóstol de las gentes: *Cursum consummavi, fidem servavi* —he acabado mi carrera y conservado la fe— pues parece que aquel mismo día tuvo confirmación o anuncio de su cercana muerte».

Entonces llamó al padre Palou y a los misioneros más cercanos de San Antonio y San Luis; el padre Palou nos describe así su encuentro:

«hallé al padre fray Junípero muy postrado de fuerzas, aunque en pie, y con mucha cargazón de pecho, pero no por eso dejaba de ir por la tarde a la iglesia a rezar la doctrina y oraciones con los neófitos...». Los días siguientes repasó con sus hermanos y súbditos los puntos más importantes tocantes al buen gobierno y régimen de las misiones, hasta que entendió que era llegada su última. Pidió el santo viático y se fue a recibirlos a la iglesia, donde le acompañaron el comandante del presidio con gran parte de la tropa y todos los indios del pueblo, que se asociaron conmovidos a la ceremonia. Al llegar al altar, entonó con su voz potente el *Tantum ergo Sacramentum*, recibió el viático con todas las ceremonias, rezó fervorosamente, y concluido el acto, se volvió a su celda, acompañado de toda la gente... En ésta, sentado, pasó el día en oración sin tomar otro alimento que un poco de caldo... Por la noche, ya muy grave, pidió el sacramento de la Santa Unción y recibido, aún tuvo fuerza para recitar las Letanías de los Santos y Salmos Penitenciales. Reclinado en la tarima o sentado en el suelo fue consumiendo los últimos momentos de la noche. Viéndole tan postrado el padre Palou dijo al cirujano: «A mi me parece que este bendito Padre quiere morir en el suelo». Preguntado si quería recibir la absolución e indulgencia plenaria y respondiendo que sí, se puso de rodillas y se le aplicaron; así muy consolado pasó el resto de la noche. Al día siguiente, 28 de agosto y fiesta de San Agustín, le fueron a visitar el capitán, el comandante y capellán real de la fragata que había llegado el día 23 de agosto y los recibió muy afablemente, «mandando se diese un repique de campanas, y parado, le dio un abrazo y les dijo: «Pues, señores míos, yo les doy las gracias de que después de tanto tiempo que ha no nos vemos... hayan venido a este puerto de tan lejos para echarme una poca de tierra encima». El coloquio es muy tierno y delicado y todo él es prueba del gran afecto que todos le profesaban... Le hicieron la recomendación del alma y aun se puso a rezar el Diurno, que acabó a la una de la tarde... Poco después se acostó sobre las tablas, cubriéndose con la frazada y así, sereno y tranquilo, cerró sus ojos a esta vida para abrirlos a la eterna; serían las dos de la tarde del día de San Agustín. Su vida no había sido corta: 70 años, 9 meses y 4 días; de religioso, 53 años, 11 meses y 13 días, y de éstos como misionero apostólico 35, 4 meses y 13 días. Había dejado fundada en la Baja California una misión y en la Nueva o Alta, poblada de gentiles, fundados 15 pueblos, seis de españoles y los nueve de puros naturales neófitos, bautizados

por él y sus compañeros. Numerábanse entonces 5.800 los bautizados, que con los también regenerados en el bautismo en la Baja California pasaban de 7.000 y dejaba confirmados a 5.307. El padre Palou añade que en los cuatro meses inmediatos a la muerte del padre Junípero se habían bautizado 936 más. Y el padre Mugártegui, en la relación de 1786, da la cifra de 8.497 los bautizados; es decir, que los frutos se obtenían ya como resultado del buen método y de la base segura en que se asentaron las misiones.

Sucesión en el gobierno de las misiones

Muerto el padre Serra, el cargo de presidente recayó automáticamente en el padre Palou, pero con carácter eventual, ya que éste había obtenido permiso para retirarse a Méjico y debía ocuparse en imprimir «Las Noticias de California y la Relación de la vida del fundador de las Misiones». Recibida en Méjico la noticia de la defunción del padre Junípero, el padre Guardián del colegio, fray Juan Sancho nombró inmediatamente —6 de febrero de 1785— presidente de misiones al padre Fermín Lasúen, con lo que facilitaba el retiro del padre Palou. Y mientras éste atendía al gobierno de las misiones, en Méjico celebró capítulo el Colegio de San Fernando el 1 de julio de 1786 y en la terna presentada, salió electo por su experiencia el citado padre Palou, quien conocedor de los problemas de las misiones y de la enorme distancia que separaba a las del norte de las del sur, nombró vice-presidente de éstas al padre Mugártegui, es decir, desde la de San Buenaventura inclusive a la de San Diego, con cierta jurisdicción sobre ellas, para que cada misionero tuviera más cerca un superior a quien poder recurrir en los arduos asuntos que ocurrían. No habían desaparecido las causas de tropiezo y las dificultades originadas en los últimos años, pero el padre Palou pudo deshacer los equívocos ante el gobierno de Nueva España. En California continuaba de comandante Fagés y contra sus posiciones políticas hubo de luchar el padre Mugártegui, quien con un informe luminoso deshizo todas las argucias de Neve y de su cabeza de turco en California, el gobernador Fagés. Gracias a su habilidad prosiguió la fundación de nuevas misiones en el Canal de Santa Bárbara, como la titular de ésta, la cual comenzó a existir el 4 de diciembre del mismo año 1786, y la de la Purísima Concepción, que esperaban concluir para los

últimos días del año, pero ambas, frente a las presiones de Fagés, según el orden trazado por el padre Junípero Serra.

Por esos días escribía el padre Lasúen su informe-memoria y por él sabemos que, sin contar los pueblos de españoles, son diez las misiones: San Diego, San Juan de Capistrano, San Gabriel, San Buenaventura, Santa Bárbara, San Luis, San Antonio, San Carlos, Santa Clara y San Francisco; en él se señalan los nombres de las misiones con sus «edades respectivas, distancias y altura de Polo». Se dan las cifras de bautizos, casamientos, defunciones y total de cristianos existentes actualmente. Se describe la situación económica de las misiones, anotando las cantidades de ganado mayor, del de cerda, del de pelo o cabrío, de yeguas, y crías, mulas y caballos.

Pero se hace también un balance de siembras y cosechas de trigo, cebada, maíz, fríjoles, garbanzos, lentejas, chicharros, habas, etc. etc.

Digamos, como aclaración, que no entra en este informe-memoria la misión del Canal de Santa Bárbara, a punto de inaugurarse, con el título de la Inmaculada Concepción; y que de la de Santa Bárbara, iniciada el 4 de diciembre, a fines del mismo mes ya nos dicen que han sido tres los bautismos, pero también se anotan los ganados que se han llevado para ella: ganado mayor, 43; de lana, 38; de pelo o cabrío, 55; de cerda, cero; yeguas, 13; mulas, 8 y 6 caballos.

Pues bien con estas notas podemos ahora ofrecer el cuadro comparativo con las cifras siguientes:

San Gabriel, fundado el 8 de septiembre de 1771, anota 1.365 bautizos; 1.540 cabezas de ganado mayor; 3.400 del de lana; 900 de cabrío; 160 de cerda; 183 yeguas, mulas y caballos; 1.730 fanegas de trigo cosechadas, por 87 sembradas; 700 de maíz por 14 sembradas, etc.

San Juan de Capistrano, fundada el 10 de noviembre de 1776, en diez años: bautizos, 733; ganado mayor, 1.109; de lana, 1.855; cabrío, 869; de cerda, 29; yeguas, mulas y caballos, 77; trigo, 536 fanegas de cosecha por 41 de siembra; maíz, 1.036 de cosecha, por 10 de siembra, etc.

Pero nos interesan más las cifras de movimiento de personal del conjunto de las misiones, que son éstas: bautizos, 8.497; casamientos, 1.835; defunciones, 2.772; existentes, 5.451; ganado mayor, 8.266; ganado de lana, 9.712; cabrío, 3.710; de cerda, 329; yeguas, mulas y caballos, 1.429.

Estos eran los frutos logrados en 10 años de apostolado generoso y bien dirigido; si tenemos esos datos, también conocemos quiénes eran los misioneros y cuál era su colocación. Es ésta: en 1775 residen en San Carlos los padres Serra, Palou, Crespi, Murguía, Dumetz y Peña Saravia; en San Antonio de los Robles trabajan los padres Miguel de Pieras, Buenaventura Sitjas y Pablo Mugártegui; en San Luis hallamos a los padres Caballer, Figuer y Amurrio; en San Gabriel de los Temblores, los padres Paterna, Cruzado y Lasúen; y a una media legua misionan los padres Luis Jaume, Vicente Fuster y Miguel Sánchez.

El movimiento fundacional no se estanca y las primeras son:

San José, inaugurada en 11 de junio de 1797; se hallaba entre las de Santa Clara y San Francisco y a ella fueron asignados los padres Isidro Barcenilla y Agustín Merino.

San Juan Bautista, inaugurada en 24 de junio de 1797; le fueron designados los padres Martiarena y Pedro Adriano Martínez.

San Miguel, bendecida en la fiesta del 25 de julio de 1797.

San Fernando Rey, que lo fue el 8 de septiembre de 1797; fueron sus primeros ministros los padres Dumetz y Juan Cortés.

San Luis Rey, bendecida el 13 de junio de 1790.

Santa Inés, inaugurada por el padre Esteban Tapia el 17 de septiembre de 1804.

Al firmar el estadillo el padre Lasúen de los años 1799-1800, nos da la suma total, que es ésta:

Hay 36 misioneros, que atienden a una población de 13.668; en dos años aumentó la población en 746 personas.

Y el aumento queda registrado en 1802, pues alcanzó la población a 15.562 almas; el aumento fue, pues, de 1.894 personas.

El movimiento sacramentario da estos resultados: bautizados en el año 1801-1802 arroja un total de 37.717; matrimonios bendecidos, 8.009; han muerto por enfermedades y epidemias, 14.894 personas.

Quiero terminar con los dos estadillos que aun pertenecen a la colonia todavía española; se trata de los años 1820 y 1832.

1820: bautizos, en las 20 misiones, 70.147; defunciones, 46.396; existentes, 20.473; ganado mayor, 149.489; de lana, 191.693; cabrío, 1.711; de cerda, 1.811; yeguas, mulas y caballos, 19.738.

1832: bautizos, 87.787; matrimonios bendecidos, 24.529; defunciones, 63.789; neófitos vivos, 16.951.

El padre Geiger Maynard, al hacer el resumen de medio siglo de apostolado franciscano en la Alta California, dice que en 1832 contaba 21 misiones, sumaba en total hasta 98.055 bautizos, de los cuales 5.000 fueron a hijos de españoles y los demás nativos de la tierra; el total de matrimonios alcanza a 28.040.

Estos años, por razones políticas, marcan ya el declive de las misiones de California; la independencia mejicana y la política desacertada de su gobierno darán al traste con una obra hispano-misionera de 50 años, pero ahí quedan sus resultados cantados por la estadística.

Cerramos este capítulo misional con palabras del ilustre Charles Lummin, que dice así:

> No puede menos de inquietar a los americanos reflexivos un hecho histórico como el de California, el hecho de que en 54 años España haya convertido alrededor de 100.000 de estos indios de la vida salvaje al cristianismo, haya edificado para ellos 21 hermosos templos, les haya proporcionado escuelas y colegios y escuelas industriales, les haya enseñado a construir buenos edificios, y a ser excelentes carpinteros, albañiles, herreros, zapateros, tejedores, pastores, consumados agricultores y viticultores, etc.

«Lo que los Amigos del País hacían en España, los misioneros lo hicieron mejor aún entre los indios de California», termina el padre Ignacio Omaechevarría; ha sido él mi guía en este mal pergeñado capítulo.

«Las Misiones de California, nos dirá Eugenio Sarrablo Aguareles, florecieron hasta pocos años después de la dominación española en que el Ministro mejicano Ramos Arizpe, sin reflexionar en la irremediable decadencia del País, sino sólo en su ojeriza contra los frailes españoles, los expulsó. Sus neófitos, escribe Alamán, les acompañaron con lágrimas hasta la playa y las Misiones secularizadas cayeron en poder de la Diputación provincial, cuyos individuos hicieron de sus bienes un amplio despojo».

Bibliografía

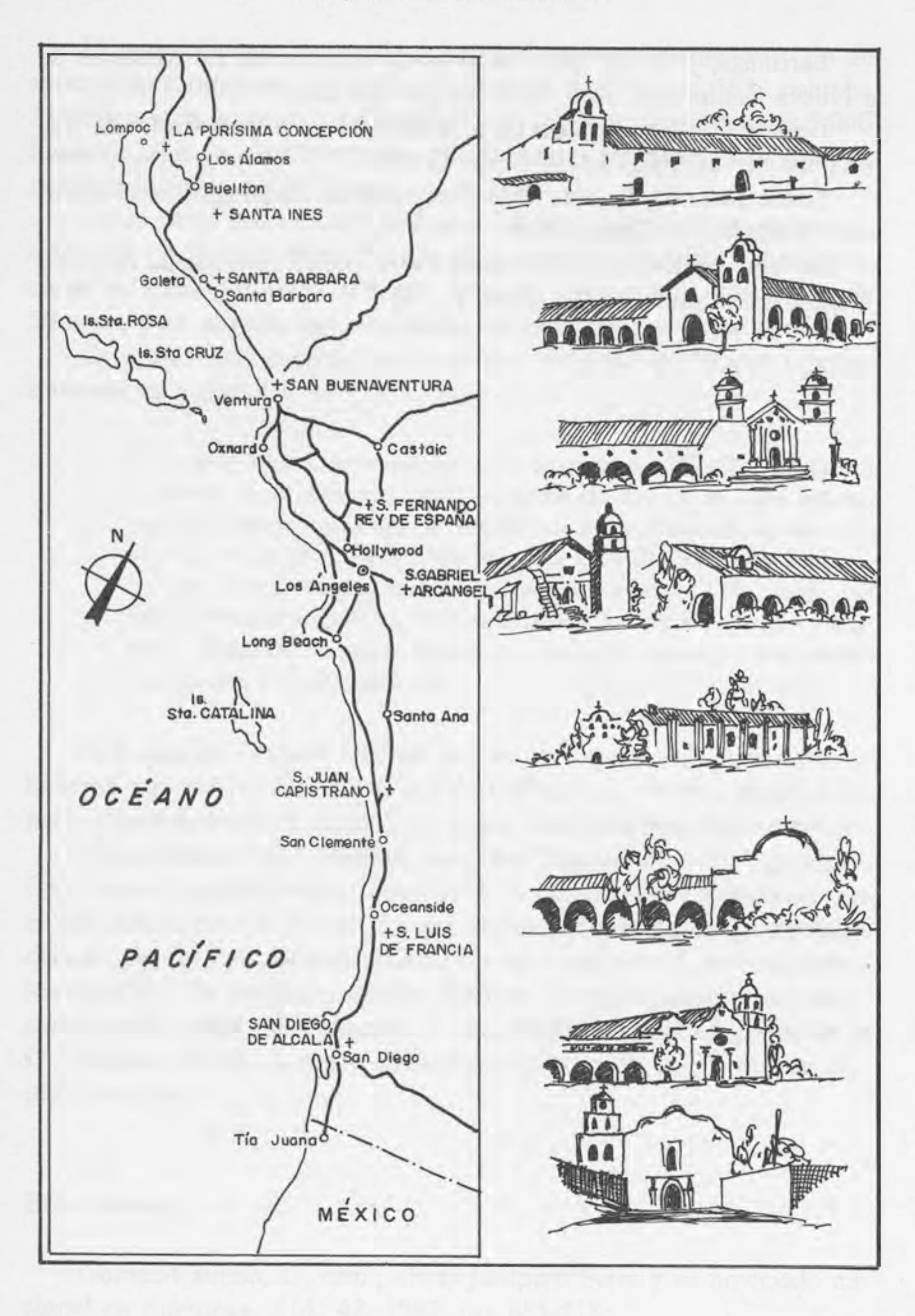
Gómez-Canedo, L., ofm., «Fray Junípero Serra y su noviciado misional en América», *AIA*, 42, 1982, pp. 881-918.

Larrinaga, J. R. de, ofm., «Cartas de América de las Misiones de la Nueva California», *AIA*, 4, 1916, pp. 104-120.

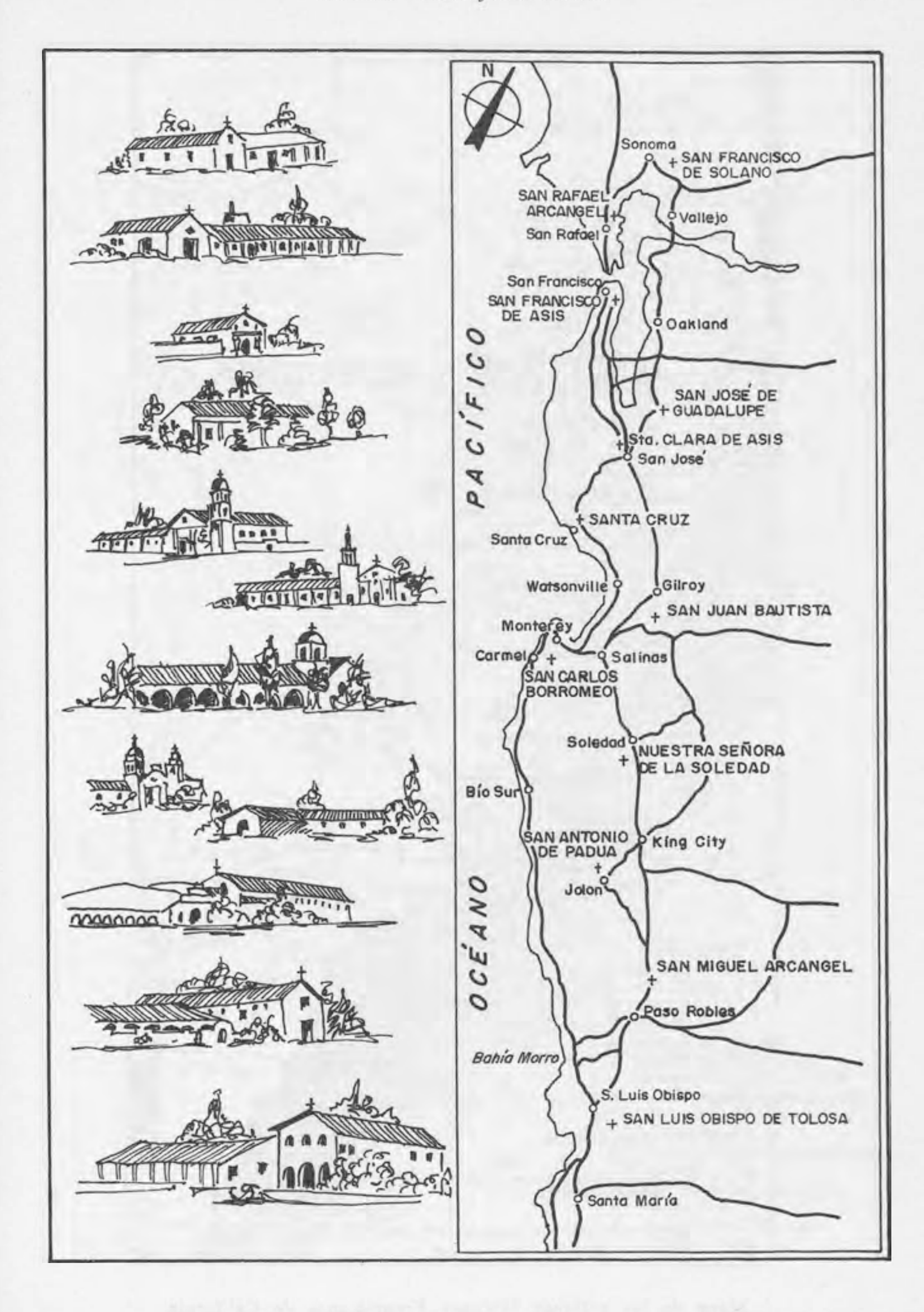
Lejarza, F. de, ofm., «En torno a un centenario. Seis Cartas de fray Junípero Serra», *AIA*, 3, 1943, pp. 441-495.

Omaechevarría, I., ofm., *Fray Pablo José de Mugártegui, en su marco social y misionero*, Bilbao, 1959.

Sarrabo Aguareles, E., *El Conde Fuenclara, II*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 1966, p. 503.



Lompoc
LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN
Los Álamos
Buellton
+ SANTA INES
Goleta
+ SANTA BARBARA
Santa Barbara
Is.Sta.ROSA
Is. Sta CRUZ
+ SAN BUENAVENTURA
Ventura
Oxnard
Castaic
+ S. FERNANDO REY DE ESPAÑA
N
Hollywood
Los Angeles
S.GABRIEL +ARCANGEL
Long Beach
Is. Sta. CATALINA
Santa Ana
S. JUAN CAPISTRANO
OCÉANO
San Clemente
Oceanside
+ S. LUIS DE FRANCIA
PACÍFICO
SAN DIEGO DE ALCALÁ
San Diego
Tía Juana
MÉXICO


N
Sonoma
SAN FRANCISCO DE SOLANO
SAN RAFAEL ARCANGEL
Vallejo
San Rafael
San Francisco
SAN FRANCISCO DE ASIS
Oakland
SAN JOSÉ DE GUADALUPE
Sta. CLARA DE ASIS
San José
SANTA CRUZ
Santa Cruz
Watsonville
Gilroy
SAN JUAN BAUTISTA
Monterey
Carmel
Salinas
SAN CARLOS BORROMEO
Soledad
NUESTRA SEÑORA DE LA SOLEDAD
Bío Sur
SAN ANTONIO DE PADUA
King City
Jolon
SAN MIGUEL ARCANGEL
Paso Robles
Bahía Morro
S. Luis Obispo
SAN LUIS OBISPO DE TOLOSA
Santa María
OCÉANO
PACÍFICO



Mapa de las antiguas Misiones Franciscanas de California.


OCÉANO
ATLÁNTICO
OCÉANO
PACÍFICO
R. Orinoco
R. Putumayo
R. Amazonas
R. Marañón
R. Huallaga
R. Ucayali
R. Paraná
R. de la Plata
1
1a
1b
2
3
4
5
6
7
8
9
A
B
DD
1 _ PERÚ, 1553
2 _ ECUADOR, 1565
3 _ COLOMBIA, 1565
4 _ BOLIVIA, 1565
5 _ CHILE, 1565
6 _ VENEZUELA, 1585
7 _ RÍO DE LA PLATA, 1612
8 _ S. ANTONIO, BRASIL 1675
9 _ Im. CONCEPCIÓN, BRASIL 1675
A _ MISIONES DE LAS PROVINCIAS HOLANDESES
B _ MISIONES DE LAS PROVINCIAS PORTUGUESAS
1a _ CUSTODIA DE TUCUMÁN 1565 - 1612
1b _ CUSTODIA DE PANAMÁ - 1632 - c1645

Capítulo XVI

SIGUIENDO A PIZARRO

Palabras previas

La epopeya franciscana en Nueva España y en sus extensos dominios es en verdad una gesta épica, bien cantada y hasta conocida; quizá no sea tan familiar la que se escribió entre el istmo que separa ambas Américas y el estrecho de Magallanes, que nos permite adentrarnos en el Pacífico. Y sin embargo, aquí sí que debieron enfrentarse nuestros misioneros con ese gran misterio, que se encierra entre la Cordillera Andina y las cuencas del Amazonas y del Plata. Porque aquí hay ríos de caudal inagotable, pampas de horizontes infinitos, jungla impenetrable, indios y razas de pueblos que aman la libertad y prefieren ésta a todo intento de coartarla o limitarla. Pero, además, es un medio hostil, difícil por las trampas mortales, que acechan al hombre y aterrorizan a los más esforzados. Frente a todo eso, nieves perpetuas, calor tórrido, distancias que no se miden por días y años, animales prontos a saltar sobre el que por allí se adentra. Las cuatro estaciones bien diferenciadas con su extremismo loco y los nativos habituados a su medio y hábiles para todo juego sucio; en fin, que ahí sí que medirán sus fuerzas y arrestos los misioneros frente a los indios, con la decisión y arrojo de los primeros para superarlo todo y llevar a todos el mensaje del Evangelio.

Nos hallaremos en la historia de estos casi cuatro siglos con Pizarro y los 12 de la fama: con el abanderado Almagro, con el heroico Valdivia, con los hombres que se asentaron en Santa María del Buen Aire, ironía de la palabra en una tierra pobre y cuyo futuro no pudieron adivinar los que fundaron aquella ciudad en el estuario del Plata.

Con todos, muy cerca de todos ellos, capitanes, adelantados, marinos y soldados, otros hombres, los religiosos misioneros, que no soñaron con riquezas, ni con el brillo perecedero de un virreinato, ni con hacerse un palacio y crearse un escudo de armas. El gran Río del Norte dio fama merecida a su descubridor Orellana o mejor, al que primero se aventuró por su ancho cauce y conoció toda clase de peligros y acechanzas y hasta luchó con aquellas mujeres guerreras y que por esto se llamó de las Amazonas.

No fue, por el contrario, famoso, el pobre Laureane de la Cruz ni su compañero padre Domingo de Brieva, que nos lo describieron.

Juan de Garay echó los fundamentos de Santa María del Buen Aire, pero fue gracias al padre Martín Ignacio de Loyola, el de las tres vueltas, alrededor del mundo, quien hizo posible que allí siguiera y no fuera desmantelada.

Es decir, que los misioneros acompañaron a los grandes caudillos en sus conquistas, sostuvieron la moral de sus soldados y luego se internaron allá, donde éstos no podían penetrar.

Los misioneros saben crear instituciones nuevas; crear sociedades humanas nuevas; formar reducciones, donde los nativos reciben la cultura occidental y cristiana y, sobre todo, son elevados a su condición de seres civilizados e hijos de Dios.

Tal fue la actuación de los hijos del *Poverello*

Sin alardes tontos de tonta autocomplacencia bien podemos decir que los franciscanos trabajaron como buenos operarios de la viña del Señor. Y eso es lo que veremos en los capítulos siguientes.

SIGUIENDO A PIZARRO POR TIERRAS ANDINAS. EN EL IMPERIO DE LOS INCAS. LA PROVINCIA DE LOS DOCE APÓSTOLES DE LIMA (1553)

Llegaron los primeros franciscanos a este Imperio con las huestes del genial Pizarro (1531); a los pocos decenios ya se habían extendido por toda esa tierra en ferviente y fructuosa misión evangelizadora, habían atravesado las fronteras y llevado su influjo a las más remotas comarcas, pudiendo organizarse, ya en 1553, en la vigorosa provincia de los Doce Apóstoles. Su vida, con alternativas de gloria y decadencia, ha perdurado hasta nuestros días. De ella pudo decir el misionero general padre Dionisio Schuler en 1907 que, siendo la primera de todas la de

América meridional, no había sido inferior a ninguna, antes llevaba el honor de haber sido madre de muchas otras. ¿Cómo pudo realizarse ese milagro, que así podemos llamar al despliegue rápido por todas esas tierras?

Los pioneros de la acción apostólica

El primero que pisó las tierras peruanas fue el gran caminante fray Marcos de Niza, misionero antes en Méjico y explorador de la ruta desde su capital a Cibela (Zuñi) en Nuevo Méjico. Fue un soñador que con sus relatos encandiló a los hombres de su tiempo; contó aventuras, habló de tierras y ciudades, más que vistas, soñadas; entusiasmó a generaciones enteras y aunque le faltó realismo y sentido práctico, despertó la imaginación de sus contemporáneos y con su verbo cálido, apasionado, alimentó ilusiones de todas las clases sociales: capitanes con sed de aventuras, mineros que corrían tras esos placeres, gentes a las que devoraba el sueño del oro, misioneros que buscaban almas para Cristo; otros más prácticos desarrollarían después sus visiones sentando las bases de nuevos imperios para el César y nueva ciudad de Dios en la tierra para Cristo.

Pues bien, el padre Marcos de Niza acompañó a Pizarro en su expedición de 1531-32 y ésta parece ser la data primera segura de su recorrido por las tierras del inca. Es más, Álvarez de Villanueva nos dirá que el padre Marcos y sus compañeros —seis— fueron testigos de la ejecución de Atahualpa en Cajamarca (29 de agosto de 1533) y que cinco de esos franciscanos fueron los pioneros de la acción franciscana de la cuenca del Plata (1537). Si estos datos fueran exactos, podemos decir que él y sus hermanos de hábito dejaron pronto las tierras del Perú y se volvieron a España; aún más, el padre Armenta declaró taxativamente que él y sus cuatro compañeros formaron parte en la expedición enviada por Carlos I en ayuda de los supervivientes de Mendoza en 1535 y que varios de éstos figuran ya como capellanes militares en la expedición que se fue a establecer en la costa de Brasil después de atravesar el territorio y alcanzar la Asunción.

Sea de esto lo que fuere, y ya nos dicen tales informaciones que bailan en lo impreciso, lo cierto es que los franciscanos protestaron en

vano contra la actuación de Pizarro y contra los desmanes cometidos con los nativos.

La Misión de los Doce y la provincia

El título y arranque de la Misión que llamamos de los Doce Apóstoles viene de la concesión hecha a favor del padre Francisco de Aragón, a quien el ministro general, padre Pablo Pisotti, concedió llevar una barcada de 12 misioneros en 1532; pero a la hora del embarque tan sólo aparecen reseñados el ya citado padre Aragón y Jerónimo de Pertusa, Martín Regera y Bernadino del Moral, que llegó poco después. Éstos se dirigieron hacia el Nuevo Reino de Granada y en agosto de 1534 se hallaban ya en Santa Marta, desde donde podían escribir al rey comunicando su llegada. No se detuvieron en su camino y en 1536 alcanzaban Perú.

En esos primeros años los informes son un tanto confusos sobre envíos de misioneros a esta parte, pero no cabía duda que desde Méjico se miraba con interés hacia esas tierras del continente sur, pues en 1532 se despacharon varios grupos para Venezuela, Santa Marta y Nicaragua. Y todo ello porque al regreso de Marcos de Niza a Méjico, promocionó con éxito y convicción el envío de misioneros para las nuevas tierras conquistadas por Pizarro. Había de ser el padre Testera, sin embargo, quien, al ser nombrado en el capítulo de Nantes (1541) comisario general, designara 12 franciscanos para el Perú y que son los que la tradición conoce como los Doce Apóstoles. Sus nombres son éstos: fray Francisco de la Cruz, fray Juan de Monzón (tal vez Monzón, por aragonés), fray Francisco de los Ángeles, fray Francisco de Santa Ana, fray Alonso de Escarcena, fray Francisco Portugués, fray Mateo de Jumilla, fray Francisco de Alcañices, fray Pedro de Cabellos y fray Antonio de Muro, sacerdotes los seis primeros y hermanos los cuatro últimos. Según vemos nos faltan dos para hacer el número consagrado de doce.

Tal vez uno de esos doce sea Alonso de Albalate...

Éstos hicieron el viaje por Panamá y llegaban a Lima en noviembre de 1545.

Una nueva expedición, de 20, desde España fue conducida por fray Pedro de Zayas, los que hicieron el viaje en 1546 en dos grupos, 12 en el navío *Santiago* y ocho en el *Trinidad*.

En 1549 un nuevo grupo era despachado para Perú y estaba formado por 11 religiosos, que son: fray Luis de Sauceda, Francisco de Ortega, Alonso de Escarcena, fray Mateo Velasco, fray Diego de Vera, fray Francisco de Arévalo, fray Benito de Santana, fray Pedro de Alcántara, fray Pedro de Torres, fray Diego del Barco y fray Diego Rodríguez; los cuales hicieron el viaje en los navíos *San Salvador* y *Nuestra Señora de Guadalupe*. No seguimos la relación de misioneros llegados, porque la lista es larga, pues nos bastan estos detalles para verificar el interés de la Corona por el desenvolvimiento misional y la preocupación de los superiores franciscanos para sentar las bases seguras de la evangelización en Perú.

Como Lima se convierte en la capital de toda la colonia y luego de su virreinato, así el primitivo convento levantado por aquellos pioneros del Evangelio será también la matriz que dará vida a la provincia de los Doce Apóstoles y luego a todas las de América del Sur.

El convento primitivo franciscano se hizo de materiales pobres y muy sencillo; el tiempo se encargará de su transformación hasta convertirlo en sólida fábrica y de gran amplitud —convento con alas y en cuadro que daba lugar a varios patios internos—. Pronto, muy pronto la acción decidida y valiente de los primeros pobladores franciscanos harán merecedora a esta custodia de ser elevada a provincia, como lo fue en 1553. Y es que desde su capital, Lima, la custodia primero y seguidamente la provincia de los Doce Apóstoles irradia su acción evangelizando no sólo en el ámbito peruano, sino que sus religiosos llegan a las tierras de Bolivia, Argentina y Chile por el sur, y simultáneamente hacia el norte como Ecuador, Colombia y Venezuela. Y así, irán surgiendo en aquellas partes las provincias de Santa Fe de Bogotá, San Antonio de los Charcas, Santísima Trinidad de Chile, San Francisco de Quito y la Asunción del Plata en la cuenca del mismo nombre.

Al desmembrarse las primeras en 1565, la provincia madre de los Doce Apóstoles contaba con 15 residencias en Perú; su desarrollo ha sido constante y firme y la estadística es expresiva sobre el particular:

Año 1665 son 848 frailes en 28 casas.

Año 1700 son 864 frailes en 32 casas.

Año 1786 son 364 frailes en 19 casas.

La última estadística nos acusa el declive que se ha producido en el siglo XVIII por las razones ya apuntadas de la secularización de las doctrinas, de la pérdida del fervor misionero en la vieja provincia y evi-

dencia que éste había pasado a los Colegios Apostólicos de Propaganda Fide; además las barcadas de España se iban espaciando a su vez, porque el propósito de reducción del personal religioso se había llevado a la práctica...

No obstante su historia misionera es fascinante; he aquí algunos datos sintéticos.

Apostolado y misiones

En los primeros 50 años de estancia en Perú, nuestros religiosos dedicaron atención especial a los españoles colonizadores y de la administración, mas por su carácter específico se lanzaron a la conversión de los indios *quechuas* y tribus del oeste y centro peruanos e incluso a la conquista de la montaña. Entre las tribus evangelizadas contamos las de los amocayo, cascay, challa, churubamba, chinchas, liacón, mugna, pachabamban, panao, pillao, pomachuco, quera y tambogan, en total 13. Todas ellas podemos agruparlas por regiones de este modo:

Provincia de Cajamarca

Al norte del Perú, donde todas las tribus habían sido asimiladas por el cristianismo hacia 1587 por los esfuerzos constantes de fray Mateo de Jumilla, uno de los primeros apóstoles. Su actuación guarda mucha analogía con la de fray Pedro de Gante en Méjico, pues imitó sus métodos. Enseñó y adoctrinó a los niños y éstos predicaban a los mayores; recorrían los poblados en grupos, yendo de ciudad en ciudad y así preparaban a las gentes a solicitar y recibir el bautismo, como lo hacían a millares. Este bendito y esforzado misionero murió en Chachapoyas el 29 de enero de 1578.

Provincia de Huánuco

Se halla al nordeste de Lima y en plenos Andes, donde entraron los soldados españoles en 1542, acompañados del capellán padre Pablo de Coimbra. De su actuación y el éxito que le acompañó sabemos que en 1587 esa zona había sido incorporada al catolicismo; el convento franciscano se había levantado poco antes, 1580, por fray Andrés Corzo. El padre Antonio Jurado evangelizó a los Panatauagas, logrando dominar su idioma; le siguieron otros esforzados apóstoles de la fe.

Valle de Huallaga

Este río es tributario del Amazonas; la acción franciscana se vio coronada por el éxito y en 1587 estaban ya bautizados no menos de 30.000 indios.

Valle de Jaquijuana

Muy similar el apostolado franciscano en su éxito, pues el mismo año de 1587 sumaban ya los indios, reunidos en 12 doctrinas, más de 12.000 nativos.

En 1587, según Gonzaga, que recoge bien las estadísticas, nos dirá de la provincia de los Doce Apóstoles que tiene 18 conventos, algunos de éstos en Bolivia, conocida entonces por el Alto Perú; de estos conventos, 11 estaban enclavados en pueblos de españoles, como Lima, donde además habían abierto dos colegios, en Arequepa y Trujillo, que funcionaban al modo de los mejicanos; los siete restantes eran pueblos de indios.

Expediciones al Pacífico

No sólo ocuparon a los franciscanos las tareas propias de la evangelización, sino que también se asociaron a la empresa descubridora de las expediciones, por el Pacífico, de Mendaña de Neira (1567) y Fernández de Quirós (1605).

Misiones del Ucayali

En estas partes y sobre las márgenes del Ucayali, se escribieron páginas brillantes de una acción sostenida, que va durando siglos. Las llamadas expediciones exploratorias han constituido, según leo en Dionisio Ortiz, ofm., *Puacallpa y el Ucayali*, una permanente inquietud en todos los tiempos...

> ni las enormes dificultades ni los peligros de regiones desconocidas e inhóspitas fueron motivo de desaliento para los exploradores. Por el contrario, tales riesgos fueron una tentación permanente para la

aventura, unas veces en busca de riquezas, otras con el más noble y desinteresado afán de nuevos descubrimientos y conocimientos sobre la región amazónica.

La realidad era que hubo despilfarros de valor en aventuras malogradas por la aciaga inmensidad y la monstruosa voracidad de las selvas desiertas; el misionero iba con el conquistador, pero supeditado y casi anulado por éste. Al revés de los países andinos, en la montaña el sistema militar era inconciliable con la catequización; por ello hubo que dejar solo al fraile para ganar esas inmensas tierras. Y cambiarán los signos, porque «desalentado el aventurero, el estandarte de la fe tomó su lugar, iniciándose así la obra sistemática, perenne y firme del misionero y éste se hará explorador, investigador, geógrafo, cartógrafo, naturalista, etnólogo, lingüista y fundador de ciudades...».

El Ucayali tiene una altitud de 400 a 2.000 metros; presenta muchas islas, que desaparecen en la época de lluvias. Sobre ese río escribirán los franciscanos su más heroica epopeya, que rubricarán la trayectoria de la evangelización. A fines del siglo XVI el progreso había sido tan rápido que muchas de las doctrinas en el oeste y centro del Perú se convirtieron en parroquias cedidas al clero secular y entonces la provincia de los Doce Apóstoles abrió nuevas misiones en el oriente peruano y una de éstas es la del Ucayali.

Formado por numerosos afluentes, como el Paurimac y el Urubamba, el Ucayali corre por todo el oriente peruano, hasta desembocar en el Marañón (Iquitos), donde los frailes habían desarrollado su apostolado en el siglo XVI; ahora se centrará en el territorio que corre entre los dos ríos, entre las Pampas del Sacramento y toda la región del Ucayali, y allí trabajaron hasta la expulsión de los jesuitas en 1767 —desde la región de Mainas al Marañón— y fueron ellos los misioneros de esa zona. He aquí los hitos de esta evangelización.

Muy pronto (1588) nuestros religiosos fundaron misiones entre los cunibos, junto al Ucayali, entre otras, las de San Miguel de Cunibos. En 1619 el padre Gregorio Bolívar atravesó el este peruano y llegó a la región boliviana; pero el trabajo verdaderamente apostólico empezó con el padre Filipe Luyando y fray Juan Velasco, que penetraron en estas partes en 1631, donde se le unieron pronto otros misioneros. Su acción apostólica se extendió a las tribus de panatauas, carapachos, payansos, caillisecas, setebos y otras más.

Los panatauas

El testimonio más claro y terminante lo hallamos en la carta-informe al padre Luyando de Felipe IV, agradeciéndole sus trabajos entre los indios, que se hallaban en los límites de Huánuco y que habían librado a esta provincia de las incursiones de los indios salvajes, así como por las seis iglesias que allí habían levantado en la frontera de los panatauas. Pero el progreso misionero se vio limitado y en retroceso por la epidemia que afectó a aquellas tribus, diezmando su población y ello en grado tal que a fines de 1691 tan sólo quedaban cuatro míseros pueblos. En 1704 el indio pagano Caillisecas, aliado con los shibipes, destruyó totalmente estas poblaciones y mataron al conversor padre Jerónimo de los Ríos; pudieron escapar a la matanza muy pocos indios, que se acogieron al sur de Cuchero...

Los carapachos

Tan afortunado había sido el padre Luyando entre aquellos nativos, que le pidieron envío de religiosos para su instrucción; entonces el padre Luyando les mandó al padre Juan Ramón, su compañero allí.

Los payansos

Vecinos de los anteriores, el trabajo misional entre ellos sólo pudo iniciarse en 1645, pero tres años después eran cinco las reducciones logradas con una población de 1.550 individuos. Nuevos misioneros se les unieron en la tarea y en 1650 podía decirse que toda la tribu era ya cristiana y sumaba aproximadamente 20.000 individuos.

Los caillisecas

Esta tribu no se les mostró fácil en su adoctrinamiento, aunque laboraron tenazmente a un lado y otro del río de 17 a 20 misioneros, que compartieron males y muertes. Así, en 1657 y después de la fundación de dos reducciones, el padre Alfonso Caballero y cinco religiosos más con diez españoles penetraron en su territorio; poco después los indios mataron a cinco de los religiosos y a los diez españoles. Fray Cristóbal Carrillo logró, sin embargo, mejor fortuna, pues llegado en 1661, fue muy bien acogido y logró bautizar a 3.000 infieles. El padre Manuel Biedma comenzó su apostolado en la otra banda india en 1663 y, ayu-

dado por otros religiosos, tuvo mucho éxico. Pero seguidamente se produjo la reacción por parte de los enemigos y refractarios a la doctrina y, unidos con los setebos, dieron muerte a siete religiosos, dos sacerdotes y cinco hermanos. Entonces el padre Biedma cambió de rumbo y se dedicó a misionar el Cerro de la Sal. Metido con sus acompañantes en una exploración sobre el Ucayali en 1667 o 1688, perdieron la vida el propio padre Biedma, dos sacerdotes y un hermano por las flechas de los indios piros. El efecto entre los propios cristianos fue tal y su desmoralización tan grande que los indios cristianos se internaron en la selva, desamparando la Misión de San Buenaventura de Chavini, que desapareció. Y no terminó ahí la lista de sacrificados, pues en 1704 varios misioneros más fueron muertos por los indios caníbales cashibos, en las Pampas del Sacramento.

El Cerro de la Sal

En Quimirí, sur del Ucayali, se fundó la primera capilla en 1636 por el hermano Jerónimo Jiménez; en respuesta a la llamada que le hizo éste, el padre Cristóbal Larios fue de Huánuco a unirse con él. Las esperanzas alimentadas eran grandes, pero una de tantas intervenciones funestas de los soldados españoles, que cargaron contra los indios con sus armas de fuego, las desvanecieron completamente. En diciembre de 1637, nueva intentona por parte del hermano Jiménez con cinco españoles y algunos niños indios, para establecer contacto con ellos, en las orillas del Perené, se tradujo en nueva masacre, pues los indios dieron muerte a todos; el padre Larios pagó su tributo a la inmolación común, al ser muerto a su vez por los indios el 11 de diciembre de 1637, junto con su compañero.

Pero tanto sacrificio en vidas humanas no fue estéril. Entre los indios convertidos hizo enorme impresión esta heroica muerte y llamaron y recibieron contentos a nuevos misioneros, que llegaron de Quimirí: eran los padres José de la Concepción y Cristóbal Mesa, a los que siguieron otros más. Al saberse en Tarma la muerte del hermano Jerónimo Jiménez, el padre Matías Illescas y el hermano Pedro de la Cruz y Francisco Peña llegaron al Cerro de la Sal y en las márgenes del Chanchamayo fundaron seis reducciones, al tiempo que se dedicaron a explorar aquel territorio; el premio a tantas fatigas fue la muerte del padre Illescas y de los dos hermanos, probablemente por los shibipos. Y

no fueron los últimos porque en 1645 aún regaron con su sangre aquel duro e ingrato terreno dos religiosos más. Estas muertes repercutieron en la dirección de las misiones, porque de momento se abandonaron las del Cerro de la Sal (1673). Pero llegó entonces allá el padre Biedma acompañado del hermano Ojeda, que venía de la misión del Ucayali; fundaron una floreciente misión sobre el Pangua, donde se distinguió, no sólo como misionero evangélico, sino también como constructor de caminos. Seguidamente se le juntaron los padres Francisco Izquierdo y Francisco Gutiérrez y los tres sacerdotes iniciaron un programa amplio, preparando una gramática, diccionario y catecismo de esta lengua para los nativos, libros que utilizaron los que llegaron de refuerzo. Siempre, cuando miramos la realidad con ojos limpios y brillantes por la emoción, la vemos de color azul; pero la niebla oculta muchas veces ese tono gris y oscuro, que presagia tormenta, tormenta que se desató muy pronto. El cacique indio Mangoré había aceptado el cristianismo, pero al ser reprendido por tener varias mujeres, dio la respuesta al misionero atacándole y dándole muerte el 4 de septiembre de 1674, como también al hermano Andrés Pinto y al niño que les acompañaba en su recorrido misional. No paró ahí, pues el 7 de septiembre inmediato asesinó también al padre Francisco Carrión y al hermano Antonio Cepeda; de allí el fiero cacique marchó a Quimirí con el fin de repetir sus hazañas y exterminar el cristianismo de toda la zona, pero los indios cristianos reaccionaron a su vez y le dieron su merecido —la muerte que él tanto prodigó.

Las dos misiones que habían sobrevivido a la hecatombe —Quimirí y Huancabamba— fueron entonces entregadas al clero secular, pero hubieron de hacerse cargo de ellas en 1699 al ser llamados una vez más los franciscanos. Acudieron a la invitación los padres Francisco Huerta y Juan Zabala, que llegaron de Quimirí, y el padre Blas Valera, que pasó a Huancabamba; sin embargo, las dos reducciones y los tres misioneros estuvieron a punto de morir al ser sorprendidos por los nativos cuando los españoles llegaron en 1694.

Estas misiones sangrientas del Cerro de la Sal fueron restablecidas, ya en el siglo XVIII, por el padre Francisco de San José (1732), el ilustre religioso que poco después daba inicio a la fundación del Colegio de misioneros de Ocopa.

Ya desde su origen el colegio atendió las misiones del Cerro de la Sal, las de los Andes orientales, incluso las de Huánuco, y su irradiación

alcanzó a todo el territorio y cuenca del Ucayali, pero ésta será tarea de los siglos XVIII y XIX. Desgraciadamente toda esa actividad apostólica sufrirá un declive notable en los años del último tercio del siglo XVIII por varias razones, en parte ya apuntadas.

Valga como elogio final de una actuación, que bien ha merecido la Iglesia y el Estado, el que le consagró el inca Huamán Poma de Ayala, que se expresaba en estos términos:

> Los Reverendos Padres de la Orden de San Francisco son todos santos y muy cristianos, de gran obediencia, humildad y bondad y de gran caridad para los pobres de Jesucristo. Son amados y protegidos en todo el mundo y honrados en el cielo. Con su amor y bondad ellos atraen a todos, ricos y pobres igualmente, pero en forma especial a los indios. Jamás se ha escuchado queja alguna o desagrado contra esos benditos frailes. Confesarse con ellos es una gloria. Porque, cuando se anuncia que viene un franciscano, todos vienen a besar su mano.

Bibliografía

Arcila y Robledo, G., *La Orden Franciscana en la América Meridional*, Roma, 1948; de carácter general.

Córdova y Salinas, D., *Crónica de las Provincias del Perú*, ed. de P. Lino Gómez Canedo, Academia Franciscana de Whashington, 1957. Ésta es la obra de carácter más general para todas las provincias franciscanas de América meridional, pero fundamental para ésta de los Doce Apóstoles del Perú.

Habig, M., ofm., «Provincia de los Doce Apóstoles de Lima, Perú, 1553», *The Americas*, II, 1945, pp. 74-83.

Pou y Martí, J. M.ª., ofm., «Estado de la Orden Franciscana en América», *AIA*, 30, 1928, pp. 52-56.

Destaco estos trabajos porque se ciñen al capítulo de la provincia, dejando la obra del colegio misionero para su propio lugar.

En los últimos años se han estudiado de modo particular los orígenes y desarrollo de la misión franciscana en Perú por los siguientes religiosos:

Gento Sanz, B., ofm., *San Francisco de Lima*, Lima, 1945.

Gómez-Canedo, L., ofm., «A group of documents concerning the Franciscan Missions in Peru, 1532-1569», *The Americas*, IX, 1952, pp. 349-358.

Gómez-Canedo, L., ofm., «New data regarding the origins of the franciscan missions in Peru, 1532-1569», *The Americas*, IX, 1952, pp. 315-348.

Tibesar, A., ofm., *The biginnings of franciscan Endeavors in Colonial Peru (1532-1560)*, Washington, 1953.

——«New data regarding the origins of the franciscan missions in Peru, 1532-1569», *The Americas*, IX, 1952, pp. 315-348.

Tibesar, A., ofm., *The biginnings of franciscan Endeavors in Colonial Peru (1532-1560)*, Washington, 1953.

Capítulo XVII

LA PROVINCIA DE SAN FRANCISCO DE QUITO (1565)

El incansable viajero, motor de expediciones y descubiertas, compañero de caudillos militares y organizador de misiones por tierras americanas, padre Marcos de Niza, fue asimismo el primer franciscano que pisó las tierras del Ecuador con un grupo de aventureros a lo divino. Recorrió esta lejana provincia formando en la campaña del conquistador Benalcázar, desde Cajamarca a Quito, en 1533.

A su retorno a Méjico promocionó la expedición, que salió de allá para Ecuador y que estuvo formada por tres franciscanos: era el año de gracia de 1534. Sus nombres son los de los padres Jodoco Ricke, belga; Pedro de Goseal y Pedro Rodeñas, quienes habían sido escogidos y enviados por el comisario padre Juan de Granada. Llegados a Quito comenzaron la obra de un modesto conventillo, título de San Francisco, que años después se transformará en el prestigioso y grande, del que se dice que algunas de sus partes eran de oro. Además esta casa será el origen y punto de partida del gran número de conventos que se levantarán a través del inmenso reino. Las primeras fundaciones se establecerán en Santa Clara de Pomasqui, San Juan de Cotocollao y San Jorge de Perucho; cuando les llegan refuerzos, su expansión será prodigiosa: Guano y Pasto (sur de Colombia) en 1549 y Cuenca y Loja; pero de modo tal que, según leemos en las cartas del padre Jodoco en 1538, sólo cuatro años después de su arribo, contarán 28 conventos acabados o en construcción; y en 1564 serán ya más de 40, con su organización jurídica y eclesiástica en custodias y provincias, y eso porque nada más llegar el padre Jodoco, apoyado en las concesiones de Alejandro VI, convocó a capítulo a sus frailes (1538) y estableció la custodia con el título de San Pablo de Ecuador, siendo él electo su primer custodio.

En un informe por él enviado a Felipe II —13 de enero de 1552— le comunica que la custodia tenía entonces 20 frailes, que ya atendían a ocho doctrinas con dos misioneros en cada una y con un total de 50.000 indios bajo su dirección. Aunque la custodia se erigió como independiente, quedó sin embargo bajo la tutela o dependencia de los Doce Apóstoles de Lima en 1553, año de la erección de ésta.

Sucesor en el gobierno de la custodia lo fue el padre Francisco de Morales ese mismo año; por su excelente marcha y desarrollo mereció ser elevada a provincia en el Capítulo General de Valladolid (1565), aunque la elección de ministro provincial no tuvo lugar hasta el 13 de diciembre de 1569, presidiendo el capítulo de las elecciones y nombramientos el padre Juan del Campo, comisario general de Perú, y en él fue electo primer ministro provincial el padre Marcos Jofré, hasta entonces el último custodio. Le habían precedido en el mandato los padres Jerónimo Carrillo, tercero, y los ya citados Morales y Jodoco. La provincia tomó el nombre de San Francisco de Quito.

Su progreso fue constante en número y actividades apostólicas; de ello da testimonio el padre Francisco de Gonzaga, quien en su monumental obra de *Origine Seraphicae Religionis*, 1586, asegura que tenía esta provincia entonces 11 conventos y 20 misiones.

Actuación misionera

El padre Jodoco ha pasado a la historia como el apóstol de Ecuador y no sin fundamento; tras la fundación del convento de Quito, se dedicó personalmente, con piedad ejemplar, a la evangelización de los habitantes de la región quiteña, se hizo un experto en las lenguas indígenas y por este medio extendió su apostolado a otras regiones más alejadas y aún salvajes. Se habla en las diversas notas sobre su personal actuación entre las tribus de la «belicosa provincia» de Cañares, «donde se hallaba una famosa casa de oro» —*solis aedis aurea*—. Fue además un gran arquitecto y matemático, que tomó por costumbre cubrir los techos de las capillas e iglesias que levantaba, empleando los arcos y flechas de los indios pacificados, edificios que aún se podían ver en 1621. Enseñó, según leemos, «a los indios a arar con bueyes, hacer yugos, arados y carretas, la manera de contar en cifras de guarismos y castellano...»; además enseñó a los indios a leer

y escribir y tañer todos los instrumentos de música, tecla y cuerdas, salabuches y chirimías, flautas y trompetas y cornetas y el canto del órgano y llano. Y aún más:

> ...enseñó a los indios todos los géneros de oficios, los que aprendieron muy bien, con los que se sirve a poca costa y barato toda aquella tierra, sin tener necesidad de oficiales españoles... hasta muy perfectos pintores y escritores y apuntadores de libros: que pone gran admiración la gran habilidad que tienen y perfección en las obras que de sus manos hacen...

Es decir, que formó carpinteros, ebanistas, músicos, maestros de obras, hospitales y acueductos, cantores, oficiales para la administración y también aspirantes al sacerdocio. Entre sus discípulos se cuenta al hijo del inca Atahualpa. Toda esta labor socio-económica la pudo desarrollar en el Colegio de San Andrés, establecido en Quito, en septiembre de 1552. Tuvo dos secciones —para hijos de españoles y para nativos indios, y su antecedente fue el Colegio de Tlatelolco de Méjico. En realidad, el creador del colegio fue el sucesor del padre Jodoco, fray Francisco Morales.

Desgraciadamente el Colegio de San Andrés se encontró con la oposición del obispo García Arias, de Quito, en 1561, quien intentó quitarle sus privilegios; pero Felipe II, por una real orden de 27 de julio de 1562, confirmó todas sus anteriores concesiones. Sin embargo, había de decaer con los años al faltarle dinero y pretender los párrocos que los alumnos quedaran en sus respectivas iglesias y que en ellas recibieran la instrucción y enseñanza, pero no de los franciscanos. No faltó quien afirmó que la realidad es que «faltó a los franciscanos interés sincero por la obra», lo que no parece conformarse con la verdad histórica, pues el padre Cabezas y algunos otros religiosos hicieron la jornada a Lima para tratar de salvarle y en el camino fallecieron dos de ellos y los restantes hubieron de volverse...

Exploración del Amazonas

Durante los años 1632 y 1638 los franciscanos acometieron la obra de las exploraciones sobre el Amazonas, todas éstas recogidas por el pa-

dre Izaguirre en su primer volumen de la *Historia de las Misiones del Perú*; la última de éstas fue la llevada a cabo por los padres Domingo de Brieva y Andrés Toledano quienes, saliendo de Quito, llegaron al Marañón, como es llamado y conocido en el norte del Perú, y los dos frailes con la escolta de seis soldados, exploraron el gran río hasta Belén, en el estado de Pará (Brasil).

Misión de Napo

Antes de emprender la ya citada exploración del Amazonas, y como base de partida, los hijos de la provincia de Quito habían abierto una misión entre los indios *Encabellados*, que vivían en las márgenes del río Napo, tributario del Amazonas y precisamente en la confluencia del Marañón en Chiquitos. El hermano Pedro Pescador, uno de los que tomaron parte en esa exploración del Amazonas en los años de 1632 y 1634, se juntó luego a los de Napo y allí murió mártir; su muerte fue anunciada en el capítulo general de 1669-1670. La citada Misión de Napo se mantuvo por algunos decenios...

Misión de Putumayo

Sobre este río, asimismo tributario del Amazonas, al norte del Napo y paralelo con él, fundó la provincia de Quito otra misión. Trabajaron allí apostólicamente durante 11 años el padre Juan Benítez, el hermano Antonio Conforte y otro catequista indio, pero los tres fueron muertos por los indios en Tamas el 18 de enero de 1695. Con diversas alternativas fueron pasando los años hasta que en la gran revuelta general india de 1721 murieron a manos de los sublevados el padre comisario Luis Rodríguez de Acosta, el padre Miguel Marín y los hermanos fray Juan Garzón y fray José de Jesús, pero en diversos lugares. Tan sólo dos reducciones permanecieron fieles y sirvieron al resto del grupo misionero de refugio y poder escapar a la masacre; con tan trágico fin se perdió el trabajo laborioso y tenaz de 18 años sobre el Putumayo.

Pero la provincia y sus religiosos no se desalentaron por este fracaso y seis misioneros, cuatro sacerdotes y dos hermanos intentaron reanimar las reducciones. El padre Bartolomé de Alácano preparó un in-

forme de todas ellas en 1639, mas poco después todas ellas fueron entregadas al Colegio Apostólico de propaganda Fide de Popayán, que las sostuvo hasta la independencia.

Misión entre los jíbaros y maynas

Desde 1637 hasta 1767 la Misión de maynas estuvo servida por los padres jesuitas, quienes fundaron allí varias reducciones, que se extendían desde el Marañón hasta lo que hoy es Perú; expulsados los jesuitas, el territorio de Lamas fue entregado al Colegio de Ocopa y la parte septentrional al clero secular, pero en 1770 se hizo cargo de su administración la provincia de Quito y entonces el padre José Joaquín Barrutia fue nombrado comisario de las misiones de los jíbaros y maynas del Marañón y con 18 frailes empezó su acción misionera. No faltaron contradicciones, pues en 1774 eran desposeídos de todas, pero un real decreto de 12 de julio de 1790 obligó a devolvérselas. Debemos también advertir que, no obstante el empeño de la provincia quiteña por sostener y alimentar las misiones del oeste ecuatoriano, no les fue posible hacer lo mismo con las de maynas, que hubo de ceder en 1802 al Colegio de Ocopa. Destacamos en justicia la entrega y generosidad misionales del padre Antonio León, que se sacrificó heroicamente en la atención a los jíbaros... La razón de todo ello la encontramos en que en los años finales del siglo XVIII y primeros del XIX, todas las provincias sufrían profunda crisis. Había pasado su momento y era llegada la hora de los colegios misioneros.

He aquí los datos finales que resumen su apostolado benemérito:

En 1680 contaba la provincia con 200 frailes y 19 conventos.

En 1700 contaba la provincia con 208 frailes y 21 conventos.

En 1786 contaba la provincia con 306 frailes y 13 conventos, 2 doctrinas y 7 misiones.

Bibliografía

Compte, F., ofm., *Varones ilustres de la Orden seráfica en el Ecuador*, Quito, 1885.

Cruz, L. de la, ofm., «Nuevo descubrimiento del Río Marañón, llamado de las Amazonas», por el P. Fr., en Marcelino da Civezza, ofm., *Saggio di bobliografia safrancestana*, Prato, 1879, pp. 268-300.

Habig, M., ofm., «Provincia de San Francisco de Quito, Ecuador, 1653», *The Americas*, II, 1945, pp. 189-197.

Paepe, Ch. de, «Fray Jodoco Rycke, 1498-1578», *AIA*, 38, 1978, pp. 687-751. Magnífico ensayo biográfico con amplia información sobre los orígenes de la provincia de Quito.

Pou y Martí, J. M.ª, ofm., «Estado de la Orden franciscana en 1635», *AIA*, 30, 1928, pp. 59-61.

Capítulo XVIII

LA PROVINCIA DE SAN ANTONIO DE LOS CHARCAS (1565-1627)

Bien asentados los franciscanos en Perú, pasaron a establecerse en la región de los charcas. Son los charcas tribus que han dado el nombre, no a una ciudad, sino a la provincia civil entera, que al independizarse constituyó la república de Bolivia, tomando el nombre del Libertador Bolívar. Es la primera colonia que en 1538 fundó el gobernador de Perú, Diego de Rojas, con el nombre de Charcas; Rojas además descubrió Tucumán (el norte de Argentina) en 1543. Hoy Charcas es la capital legal de Bolivia, pero con el nombre de Sucre, que en los años del imperio español se llamaba Chuquisaca y la Plata, que no debe ser confundida con la colonia del Plata, del sur de Paraguay, hoy Argentina.

Primeras fundaciones franciscanas

El primer franciscano que se estableció en Chuquisaca —Sucre— fue el padre Francisco de Aroca en una modesta casa, el año de 1539. Al año siguiente solicitaba del padre guardián del Cuzco refuerzos misioneros, con los que, en 1547, llegados podían fundar el convento de San Antonio de Potosí, obra del padre Gaspar de Valverde; Nuestra Señora de los Ángeles, en la ciudad de la Paz, se fundó en 1549, el de San Francisco de Cochabamba en 1580 y el de Nuestra Señora de los Ángeles de Mizque en 1600; el mismo año podía el padre Francisco Morales abrir la fundación de Santa Ana en Chuquisaca, para lograr la inauguración de Nuestra Señora de Guadalupe de Ururu y San Francisco de Tarijas seis años más tarde. Este rápido despliegue en tierras boli-

vianas explica que la misión fuera elevada a provincia en 1565, aunque este acontecimiento no se pudiera celebrar sino en 1627. Ese año, según la relación que nos lo refiere, contaba la provincia con nueve conventos: dos en Sucre (Charcas), dos en Potosí y Tarija, más otros en Mizque, Oruro, Cochabamba, Pocona y La Paz; de ahí que al informar el padre Ocaña en 1635 nos pueda afirmar que la provincia contaba con 26 conventos de los que «13 son doctrinas, adonde asisten los religiosos con mucha caridad, así a españoles como a indios en su propia lengua... Han convertido los religiosos de Nuestro Padre San Francisco innumerable gente, bien a costa de muy grandes trabajos, peligros y vidas de muchos de ellos. Tenemos muy bien doctrinados no sólo en lo espiritual, sino también en todo lo necesario para vivir como hombres de razón...».

Hasta muy recientemente teníamos escasa documentación sobre los orígenes de esta provincia, pero felizmente hoy es abundante y bien podemos seguir la línea misionera y su acción en todo el territorio.

Conversión de los quechuas y aymarás

La caridad práctica en la asistencia a los colonos españoles ayudó a nuestros religiosos a trabar contacto con estas tribus que vivían en los llanos andinos; tal fue el éxito de sus trabajos que en los primeros años del siglo XVII podía formarse una nueva provincia civil con toda su administración político-religiosa y en los años 1605-1609 el papa Pablo V establecía la jerarquía religiosa, erigiendo la diócesis de Santa Cruz de la Sierra, en la región oriental.

De esta etapa evangelizadora nos quedan nombres de figuras, que dejaron un rastro de luz que ilumina esa actividad. Son ellos el padre Antonio de San Buenaventura, que fijó su residencia en Tarija, en 1607, adonde llegaron unos salvajes de Tayaguan y Tambabera, pidiendo a nuestros religiosos que les enseñaran la doctrina cristiana, para lo que se ofrecieron 17 religiosos, de los que fue nombrado superior el padre Agustín Sabio. Asimismo citamos al padre Bernardino de Cárdenas, que intentó el asalto a los chiriguanos, por los que se creyó llamado, pero cuya entrada fracasó muy pronto. Era el padre Cárdenas nativo del Perú y con sus arrestos juveniles, acompañado de los padres Luis Ramos y Diego de Ovando repitió la entrada, también inútil, entre los chunchos,

y finalmente pasó a las tribus de Challana, Songo y otras de aquella zona; su influjo le sirvió para sofocar la rebelión de los primeros contra los españoles en 1623. Autor prolífico, preparó el catecismo, el ritual y diccionario de las lenguas más comunes, como la quechua, la puquina y guaraní, en sus 28 años de ininterrumpido trabajo; finalmente fue electo obispo de la Asunción en 1638, de donde fue trasladado a la de Santa Cruz y donde agotó sus días dos años después (1668). Otro de los dignos de recuerdo es el padre Jerónimo de Oré, también peruano y que fue guardián de Potosí.

El padre Gregorio de Bolívar en 1620 trató de reducir a los chunchos con resultado idéntico al de sus seguidores; por ello se dirigió después a los lecos (1621) y en 1627 a los motilones. Pero su experiencia misionera le sirvió para buscar otra forma de lograr el objetivo de la Conversión; pasó a Roma, expuso su programa, que en parte fue aprobado y que, en resumen, era ya la sugerencia de la creación de un colegio minero para la conquista espiritual de toda la jungla, que se obtendrá bastantes años después.

Por el norte y oriente bolivianos

Cuando las tribus ya citadas de quechuas y aymarás se habían incorporado al cristianismo, nuestros religiosos extendieron su apostolado a los que vivían en los altiplanos y jungla del norte y este de Bolivia. Eran estos territorios de muy difícil acceso, entre montañas que parecían laberintos, surcadas y cortadas por numerosos ríos y afluentes, en los que se decía habitaban unos 200.000 indios, entre los que malvivieron nuestros religiosos, predicaron y lucharon para llevarles las ventajas de una vida civilizada; ésta ha sido la constante de la provincia de los Charcas, que sólo avanzado el siglo XIX obtendrá sus frutos, pero que no cesó en su empeño a pesar de los fracasos...

En 1767 fueron expulsados los jesuitas y sus misiones repartidas entre los distintos grupos misioneros; los franciscanos de la provincia de los Charcas se hicieron cargo de la mayor parte y con mucho amor y generosidad continuaron su trabajo. Los problemas aumentaron notablemente porque la región de Pando estaba formada por los valles de la Madre de Dios y del Beni y la región de mojos, cruzada por el Mamoré y otros afluentes del Madeira.

En la región central se hallan los llanos de Guarayos y de Chiquitos, que son actualmente los departamentos de Santa Cruz y el Oriente; allí siguen actualmente nuestros frailes.

Por el sudeste contamos con la región o zona del Gran Chaco, que se extiende desde los confines de Bolivia hasta el territorio de Paraguay y la Argentina, en cuyas partes norte y media se hallan los temibles chiriguanos. Mojos o chiquitanos son nombres genéricos de todas esas tribus.

Pues bien, al verse obligados los franciscanos a asumir el trabajo de los extintos jesuitas entre los mojos, la Casa de Recolección de Charcas envió a estas partes en 1771 algunos misioneros para hacerse cargo de los mojos y de los chiquitos. Su trabajo rindió fruto, pues en 1780 ya tenían 10 misiones y 20 conventos desde Apolobamba a chiquitos y los mojos, convirtiéndose el antedicho pueblo en eje de una población de 20.000 almas, datos que nos prueba el aumento de la misma en 3.000, durante dos años...

Bibliografía

La Provincia de San Antonio de los Charcas está bien documentada, por su crónica y por sus relaciones:

Corrado, A. M., Comajuncosa, A., ofm., «El Colegio franciscano de Tarija», *Noticias históricas recogidas por...* Quaracchi, 1884. Aunque está dirigida a las misiones del colegio, sin embargo hace un breve y substancioso resumen histórico de la provincia.

Habig, M., ofm., «Provincia de San Antonio de los Charcas, Bolivia, 1565», *The Americas*, II, 1945, pp. 335-347.

Mendoza, D. de, ofm., *Crónica de la Provincia de San Antonio de los Charcas*, Madrid, 1665.

Mussahi, C., ofm., «Noticia histórica sobre las Misiones en la República de Bolivia, Apéndice al P. Amich», *Compendio histórico del Perú*, París, 1854.

Pérez, L., ofm., «Misiones franciscanas en la República de Bolivia», *Revista de la Exposición Misional de Barcelona*, Barcelona, 1929, pp. 755-761.

Pou y Martí, J. M.ª, ofm., «Estado de la Orden franciscana en 1635», *AIA*, 30, 1928, pp. 61-63.

Capítulo XIX

LA PROVINCIA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD DE CHILE (1565)

Los misioneros van allí donde saben de la urgencia de asistencia espiritual y de los hombres que luchan y se fatigan a diario en el trabajo, en el cultivo de las tierras, en la dura milicia de la conquista; así fue cómo nuestros hermanos llegaron a la región costera del Pacífico, que hoy llamamos Chile. Y si en lo general del territorio se les sometieron los indígenas, hubo tribus que rechazaron indómitamente a los españoles: eran los araucanos, cuyo nombre nos llega envuelto entre versos de epopeya y cantos guerreros. Obligados a retirarse ante la presión del soldado español, quedaron en los confines de la zona colonizada y constituyeron siempre un peligro mortal para todos. Por esto, aunque no faltaran esfuerzos y generosidad para predicar la buena nueva del Evangelio entre esas tribus, sin embargo, no pudieron establecerse allí los franciscanos hasta 1641, año en que comienzan a tener base fija en aquella zona, que delimitaba el río Biobío.

De la conquista de Chile por Diego Almagro tan sólo sabemos que le acompañaban dos mercedarios como capellanes; parece, no obstante, que en 1541 ya algunos franciscanos llegaron a esas tierras, pero también en calidad de asistentes de las tropas, no en función del apostolado misionero.

La triste experiencia de Almagro y la no mejor de Valdivia repercutieron desagradablemente en los reinos hispanos; poco podía esperarse de una tierra triste y desolada, casi desértica, y de unas tribus refractarias al trato con los conquistadores y sus aliados. Y esa fue la información que al rey de España se le hizo llegar oficialmente; pero los franciscanos tienen una visión distinta de la vida y un concepto más ele-

vado de los hombres, aunque éstos sean salvajes: para ellos todos son hermanos.

A su llegada en 1553 logran establecerse en la zona ocupada por los colonizadores o también en la muy próxima a la de los indios guerreros. De ahí que los primeros conventos fueran los de Santiago, La Serena y San Francisco del Monte en la parte central y norte del país; en cambio los de La Concepción, Osorno, Valdivia, Angol, Villarrica y la Imperial, en la parte sur, ofrecían a los misioneros la oportunidad de facilitar los contactos con los nativos y de hacer auténtica obra misionera. Éste va a ser el carácter que defina a las fundaciones franciscanas en Chile en todo el siglo XVI y la mayor parte del XVII, pues sólo el convento de San Francisco del Monte ofrecerá ya el signo de verdadera doctrina, fundada para la atención religiosa de las poblaciones indias en la región de Talagante. Otro tanto podemos decir de la doctrina del Valle de Quillota, como el convento de Copiapó, que se fundará un siglo después (1663) para servir de casa-misión.

Pero ¿quiénes fueron los primeros en llegar a este campo difícil de Chile? Cinco frailes, cuyos nombres son éstos: padres Martín de Robleda, comisario de la misión; Juan de Torralba, Cristóbal de Rabaneda, Juan de la Torre y el hermano fray Francisco de Fejenal, los que entraron en Chile el 20 de agosto de 1553 y llegaban a Santiago en los primeros días de octubre del mismo año, habiendo hecho el camino por Charcas. Procuraron levantar enseguida su residencia allí donde pudieran servir a los españoles y nativos. A partir de entonces comienza su despliegue y desarrollo, que ya no se frenará. Son los conventos antes citados pivotes de ese desarrollo. Cuajó por la amistad sincera del gobernador Pedro de Valdivia con el padre Robleda; cuando éstos se separan, Valdivia caminó hacia su derrota y muerte en la batalla de Tucapel, año de 1553. Sus consecuencias tendrán grave repercusión, pues todo el territorio chileno quedó en peligro de perderse y hasta la misma ciudad de Concepción, amenazada de exterminio, fue abandonada en similar forma a la noche triste de Hernán Cortés, en una caravana de miserables fugitivos en busca del refugio seguro de Santiago. El desconcierto fue grande y el desánimo consiguiente el compañero de los que huían, que antes marcharon en busca de la fortuna y la fama. Los religiosos pedirán socorro y ayuda al rey, pero también le expresarán el convencimiento de que esta tierra

> tiene derecho a la evangelización y seguridad a causa de ser la mejor para la navegación, así para la Mar del Sur y descubrir nuevas Islas cerca de aquí y tierras ricas de especias y trato con Nueva España y espaldar de Berbería; hay también los mejores puertos que hay en todo lo descubierto...; hacen falta misioneros que prediquen sin temor la verdad del Evangelio, como yo vi con experiencia con los tiranos de los Charcas en 1553...

Y con esta actitud religiosa nuestros frailes no se retirarán del campo de lucha y harán con su firmeza que la custodia prospere y que en 1565 alcance su erección en provincia con el título de la Santísima Trinidad, decreto que se llevará a la ejecución en 1572, siendo nombrado primer ministro provincial el padre Juan de Vega.

Primeras misiones entre los indios de Chiloé

Poco después de la publicación de la obra del padre Gonzaga, *De orígene seraphicae Religionis*, Roma, 1586, comienza a verse un claro en la noche oscura del difícil apostolado, pues el padre Antonio Vergara de San Miguel consigue establecer contactos con los araucanos, por los que fue bien recibido debido a su amabilidad de trato y su manifiesto afán de ayudarles y, por ello, durante su gobierno episcopal en la Imperial, no conoció dificultad ni roce alguno con ellos.

Otro campo de actividad fecunda fueron las islas de Chiloé, adonde penetraron los padres Antonio Cuadramiro y Cristóbal Mérida, que fueron a establecerse en Castro, pero en sus afueras; entonces pudieron verificar que los nativos no eran refractarios al trato y buenas relaciones de vecindad. Abrieron, pues, residencia en San Felipe; caminando hacia el sur del estrecho de Magallanes, lograron, con el visto bueno de aquellos nativos, abrir otra doctrina entre Huiliches y Cunchas. Desgraciadamente ambas fueron destruidas en los enfrentamientos entre españoles e indios.

Cuando estalla el nuevo enfrentamiento hispano-araucano, las religiosas se retiran a Santiago y fundan allí su convento. Pero una religiosa no había podido escapar y fue aprehendida por un cacique, que pretendió hacerla su esposa; ella entonces hubo de hablarle de la fe cristiana y decirle que estaba consagrada a Cristo y, que por lo tanto, no

podía contraer matrimonio; el nativo jefe supo respetarla y dejarla que se marchara a juntarse con sus hermanas, pero la siguió en el camino y, debidamente instruido en la fe, siguió allí sirviendo fiel entre las religiosas hasta su muerte, dando el precioso ejemplo de un fiero araucano que probó ser luego un ejemplo de estupendo cristiano.

La rebelión araucana de 1598

El levantamiento de 1598 marca el inicio de una guerra que se va a prolongar por más de 50 años y sólo terminará con el tratado de San Quintín en 1641. Los araucanos destruyeron entonces todas las ciudades al sur de la Concepción y la provincia franciscana, que tenía la mayor parte de sus establecimientos en esta parte, pasó momentos muy duros. Juan de Tobar, elegido entonces ministro provincial, su secretario el padre Miguel Rodillo, y el hermano fray Melchor Arteaga fueron asesinados y atravesados por lanzas. En Villarrica tres franciscanos, entre ellos el padre Martín de Rosas, estuvo a punto de morir a su vez; en el asedio de Osorno, en que el hambre obligó a comer carne humana, murieron de inanición asimismo el padre guardián Pedro Angulo y otro religioso.

Misiones en la Araucania

Es sintomático, sin embargo, que fuera durante esta guerra cuando muchos de los araucanos pudieron ser adoctrinados y que ellos transmitieran la fe a sus hijos y que los españoles, hechos prisioneros, fueran quienes administraran el bautismo a esos neófitos. Y a partir del momento en que se fijó la frontera de ambos pueblos en el río Biobio, ya no pusieron resistencia los nativos al ingreso y trato con los misioneros. Por lo mismo, cuando les llega a los franciscanos la cédula real para establecer su misión (1634), se hallaban ya en posición ventajosa para llevarla a cabo. Y la aportación de nuevas barcadas llegadas de España fueron la base de su resurgimiento, con una misión en 1646 que llevó sus propósitos evangelizadores a las montañas, donde los resultados fueron muy favorables. En 1691 se fundaba la de Tucapel; si la escasez de personal no les permitió proseguir el trabajo, la erección del Colegio de

San Carlos de Chile en 1691 vino a remediar este estado; pronto se abría la misión de Maquehua, que desgraciadamente hubo de ser abandonada en 1695... La situación no podía ser halagüeña por la escasez de personal y a pesar de los buenos propósitos para relanzar el apostolado entre las tribus de la frontera y las órdenes del rey en este sentido, los franciscanos veían la amarga experiencia de sus pequeños efectivos. De hecho antes de 1634 poco se pudo hacer y fue entonces cuando la llegada de refuerzos de Perú y de España permitió a la provincia de la Santísima Trinidad disponer su nuevo plan de captación en la frontera. Esas dificultades de personal les llevó a algunos a sugerir y pedir la fundación de un colegio misionero en 1691, pero este ideal había de tardar años en alcanzarse. Mientras siguieron laborando según sus posibilidades en las montañas, donde sí consiguieron algunos frutos.

En la segunda parte del siglo XVII se aprecia, no tan sólo una recuperación, sino ansia eficaz de extender el campo de la propia provincia. Eran años en que la provincia contaba ya con 136 sacerdotes, la mayor parte muy prácticos en el ejercicio de su ministerio, muchos titulados en alguna ciencia, arte u oficio, lectores de filosofía y teología o predicadores apostólicos; así se sucedieron las fundaciones de Limarí (1724), la conversión de Huerta del Manolo (1729), que luego fue trasladada a Carrizal (1735) y Curicó (1743). Al producirse la fundación de las ciudades Talcal, Cauquenes y Los Ángeles del Laja en 1742, también se establecieron los franciscanos, como en Rancagua en 1743, Copiapó en 1744 y San Fernando en 1746. Es decir, que para esta fecha la provincia contaba ya con 40 casas religiosas. A éstas debemos añadir la conversión de Colico, en 1764, la de Santa Cruz de Milapoa en 1696 y el hospicio de Monte Alberna, cerca de Santiago, con las que hacen el número de 45, que fueron las fundaciones de la productiva provincia de Chile.

La estadística general de esta provincia se ciñe a fechas claves:
1690 tiene 96 frailes y 11 casas.
1700 tiene 103 frailes y 14 casas.
1785 tiene 140 frailes y 17 (Habig, 1. c., 354).

BIBLIOGRAFÍA

Digamos, como advertencia, que la provincia de la Santísima Trinidad no ha tenido la fortuna de contar con un buen cronista; que la

información llegada hasta nosotros es escasa y que, por lo mismo, es difícil ofrecer una visión de conjunto. Quizá privó entre nuestros hermanos de Chile el amor fervoroso y la admiración hacia los colegios misioneros y eso les hizo olvidar o descuidar su pasado de los tiempos difíciles.

Con todo, ahí va este modesto elenco de autores y obras, que pudimos consultar.

Gento Sanz, B., ofm., «The first franciscans in Chile. Founding of Monasteries of Santiago and Concepcion», *The Americas*, X, 1953, pp. 481-488.

——«The fruiss franciscans in Chile», *The Americas*, X, 1953, pp. 80-89.

Habig, M., ofm., «Provincia de la Santísima Trinidad, Chile», *The Americas*, II, 1945, pp. 347-356.

Haward, F. C., «The franciscans in colonial Chile», *The Americas*, X, 1953, pp. 80-89.

Lages, R., ofm., *Historia de los Misiones del Colegio de Chillán, I*, Barcelona, 1908, pp. 1-85.

López, A., ofm., «Cartas de los Misioneros del Colegio de Chillán (Chile)», *AIA*, I, 1914, pp. 165-172; II, 1914, pp. 99-126; III, 1915, pp. 64-67.

Olivares Molina, L., ofm., *La Provincia franciscana de Chile de 1553 a 1700 y la defensa que hizo de los indios*, Santiago de Chile, 1961.

Pou y Martí, J. M.ª, ofm., «Erección de la Custodia de Chile y Valdivia en Chile», *AIA*, III, 1920, pp. 61-80.

Capítulo XX

LA PROVINCIA DE SANTA FE DE BOGOTÁ (1565)

Los orígenes franciscanos en Colombia pueden hallarse en la llegada a Nueva Andalucía en 1527 ó 1529, cuando arribó a esa parte el padre Juan de San Filiberto, donde realizó un gran trabajo apostólico. Podemos decir, no obstante, que en el Nuevo Reino no tuvieron asiento fijo hasta su instalación en Bogotá y Tunja en 1550; para entonces debían llevar en aquel país dos décadas —algunos hablan de 15 años aproximadamente. Y en ese año de 1550 es cuando se organizó la custodia por el padre Jerónimo de San Miguel, como superior mayor de la misma y bajo la dependencia de la provincia de los Doce Apóstoles de Lima. El último custodio y seguidamente primer ministro provincial lo fue el padre Esteban Asensio, autor del memorial escrito en 1585, que ha visto la luz en 1921. El padre Juan de Barrios, primer obispo de la Asunción de Paraguay (1548), que fue electo obispo de Santa Marta en 1550 y arzobispo de Bogotá en 1564, es también uno de los pioneros franciscanos en el Nuevo Reino de Granada.

Conversión de los chibchas

Según los estudiosos, esta tribu gozaba de una cultura superior a la de las otras; era un grupo que se asentaba en los alrededores de Bogotá. Para los primeros misioneros de Nueva Granada fue muy laborioso el reducirlos y necesitaron de muchos años de paciencia y tenacidad para atraerlos y captarlos a la cultura cristiana. Algunos, como el padre Pedro Aguado, nos dirán que el trabajo apostólico en Colombia

fue más lento que en Méjico y Perú, porque sus costumbres eran «más de bestias que de personas».

El padre Jerónimo de San Miguel, el primer custodio, nos dirá que estos indios son muy volubles y fácilmente volvían a sus ritos y supersticiones, en las que también, y desgraciadamente, influía el maltrato de los españoles. Otra dificultad, que naturalmente siempre es costosa de superar, era la multiplicidad de lenguas, y la pronunciación de algunas palabras y frases se les ofrecía en verdad dificultosa; todo ello entrañaba mucho esfuerzo para la catequesis y doctrina. Se destacaron en esta obra evangelizadora el padre Francisco de Vitoria y su compañero y hermano el padre Luis Corredor. Durante años, ambos misionaron el valle de Somagoso, río tributario del Magdalena, al norte de Bogotá donde, a pesar de tanto obstáculo, consiguieron mucho fruto, pues sólo el padre Corredor bautizó a más de 6.000 indios; al padre Francisco de Vitoria se le ofreció el cargo de custodio en 1550, pero lo rechazó para no abandonar su misión entre los nativos.

Historia de la provincia

Hasta muy recientemente se decía que la historia de la provincia de Colombia nos era poco conocida y siempre menos que la de las otras provincias; pero hoy ya no cabe tal afirmación, sobre todo, después de las publicaciones de los memoriales del padre Asensio (1574), las informaciones enviadas al padre Gonzaga para su historia *De orígine seraphicae Religionis*, de 1586, y otros relatos y estudios, como los del padre Arcilla Robledo y las dos partes de la *Historia de la Provincia*, que hoy está llevando a cabo el padre Luis Carlos Montilla.

Pues bien, según el padre Asensio, 1585, la provincia contaba ya con 12 conventos: Bogotá, Tunja y Vélez en el interior; con varias doctrinas anejas a la capital, una en Tunja, en el valle de Somagoso. Así, cuando el obispo franciscano Luis Zapata quiso entregar algunas de estas doctrinas al clero secular, el padre Asensio vino a España para informar del problema y el rey mandó que se les devolvieran —20 de enero de 1587.

El progreso fue constante en la evangelización y a fines del siglo XVI había sido misionada la mayor parte de la región central y occidental de Colombia, evangelización que se continuó sin desfallecer en los

siglos XVII y XVIII; en el último hacen su aparición los colegios misioneros de Cali y Popayán y éstos llevarán la parte más fatigosa en la labor. He aquí los datos que nos permiten acercarnos a la realidad expansiva y de trabajo en la provincia de Nueva Granada.

En 1680 tenía la provincia 26 conventos y 332 frailes.
En 1700 tenía la provincia 28 conventos y 338 frailes.
En 1788 tenía la provincia 16 conventos y 270 frailes.

BIBLIOGRAFÍA

Arce, A., ofm., «Misiones franciscanas en el Chacó (Colombia)», *AIA*, 15, 1921, pp. 396-399.

Arcilla Robledo, G., ofm., *Apuntes históricos de la Provincia franciscana de Colombia*, Bogotá, 1953.

——*Las Misiones franciscanas en Colombia*, Bogotá, 1950.

——*Provincia franciscana de Colombia. Las cuatro fuentes de su Historia*, Bogotá, 1950.

Habig, M., ofm., «Provincia Santa Fe de Bogotá, Colombia, 1565», *The Americas*, II, 1945, pp. 197-200.

López, A., ofm., «Historiadores franciscanos de Venezuela y Colombia», *AIA*, «Fray Pedro de Aguado y Fray Pedro Simón», *AIA*, 14, 1920, pp. 207-235; 15, 1921, pp. 370-376.

——«Los franciscanos en Colombia y Venezuela, relación inédita del siglo XVI», *AIA*, 15, 1921, pp. 67-94 y 129-143.

Mantilla Ruiz, L. C., ofm., *Los franciscanos en Colombia, I*, (1550-1680), Bogotá, 1984.

Pou y Martí, J. M.ª, ofm., «Estado de la Orden franciscana en 1635», *AIA*, «Provincia de Santa Fe del Nuevo Reino de Granada», *AIA*, 30, 1928, pp. 56-57.

Las bases científicas del estudio de la historia de Colombia las sentó el padre A. López con los trabajos citados.

Más tarde irrumpió el padre Arcilla Robledo con sus numerosos libros y publicaciones; es un arsenal de datos, aunque no bien trabajados, pero el gran servicio prestado siempre es de agradecer.

La síntesis de su vida histórica es la que nos ofrece el padre Marion Habig.

En nuestros días cuenta la provincia de Colombia con un investigador serio, concienzudo, el padre Montilla, que lleva adelante su proyecto de historiar toda la vida de la provincia y ya nos ha regalado con dos de sus tomos de Historia.

Capítulo XXI

LOS FRANCISCANOS EN LA CUENCA DEL PLATA (1538)

En 1536 tocaba en las aguas del Plata la expedición de don Pedro de Mendoza y con él llegaron varios franciscanos; su propósito estaba bien definido: «Conquistar y poblar las tierras y provincias que hay en el Río de Solís, que llaman de La Plata, y por allí calar y pasar la tierra hasta llegar a la Mar del Sur». Los fines estaban claros, los planes bien estudiados, pero el resultado no pudo ser más desastroso, pues si en un primer momento los nativos se mostraron familiares y accesibles, las diferencias entre españoles y nativos estallaron muy pronto y después de alternativas varias, los españoles fueron atacados por los grupos «Querandí, Guaraní, Charrúa y Chaná-Timbú, quienes cercaron a los expedicionarios y los pocos españoles, que pudieron resistir o sobrevir al asedio, escaparon a los barcos...».

Con el fin de informarse primero de lo que allí ocurría y al tiempo de prestar auxilio a los supervivientes, mandó el rey en 1538 nueva expedición al mando de Alonso de Cabrera, que arribó al puerto de Santa Catalina el mismo año.

Con él llegó la primera expedición franciscana, de la que tan sólo conocemos dos nombres, los padres Bernardo de Armenta, custodio; y Alonso de Lebrón, natural de Canarias; los otros sufrieron suerte varia, pues uno murió ahogado en la embocadura del río Paraná y los restantes se establecieron en el mismo puerto, llamado de Santa Catalina o de los Patos. Es el padre Armenta quien nos aporta la noticia:

> Habida la licencia de nuestro P. General de toda la Orden, con cuatro compañeros para venir entre infieles, venimos a esta Provincia del Río de la Plata y quedamos en la costa de Santa Catalina, porque a

> la sazón que venimos no podíamos hacer ningún provecho en el Río de la Plata por el hambre y la guerra que los cristianos tenían con los indios.

Pero fue ahí donde iniciaron el principio de su apostolado el comisario y sus cuatro compañeros. Tuvieron la suerte de encontrarse en la tierra con tres españoles que hablaban ya el lenguaje de los nativos, por hallarse «como hombres que habían estado allí desde Sebastián Gaboto». Y tomando «por intérpretes a aquellos tres españoles, nuestros religiosos bautizaron y casaron hartos indios en breve tiempo y eran bien recibidos donde quiera que llegaban».

A tenor de los mandatos recibidos y de la exigencia de las constituciones generales de la orden, el padre Armenta fundó en la flamante misión «la Custodia del Nombre de Jesús, en cuya virtud se conquista y se hacen maravillas que Dios hace».

Este nombre lo cambiaron después (1540) por el de la Asunción cuando se intentó perpetuar el recuerdo de las paces ajustadas por Ayolas con los caciques de Lambaré. La obra y apostolado del padre Armenta nos queda reflejada en las siguientes palabras de una comisión de peritos que estudió sus cartas e informes: «Se distinguió en la catequización de los indios por la dulzura y buen trato que les prodigaba, interesándose por su suerte». Y es que estas palabras son un reflejo de su pensamiento, son la actuación misional y la forma de proceder con los nativos, pero también cuál era el cuadro de su método misional; veámoslo:

> Asimismo sería necesario que nos enviasen algunos labradores y artesanos de toda clase, más útil que la de los soldados siendo como es más fácil atraer a estos salvajes por medio de la dulzura que por medio de la fuerza.

La presencia de Armenta y Lebrón marca, pues, el inicio de la obra evangelizadora en el Paraguay; cuando éstos regresaron a la costa del Brasil, la acción franciscana aquí quedó postergada durante algunos años.

Pero ni el padre Armenta ni los que llegaron del Perú con el obispo señor de la Torre en 1568 construyeron convento alguno, como tampoco lo levantaron Francisco de Daroca en 1570, ni los padres Buena-

ventura y Bolaños, que llegaron con el Adelantado Juan Ortiz de Zárate en 1575. Fue este mismo año cuando se unieron ambas custodias —Tucumán y el Nombre de Jesús— y vino nombrado custodio visitador el padre Juan Pascual de Ribadeneira; la inmediata decisión capitular fue la fundación del convento de la Asunción, obra que se graba en torno a 1580 y que se prolongó durante algún tiempo.

Con la presencia de estos ilustres misioneros se va a continuar la evangelización, pues ambos, Bolaños y Buenaventura, recorrían el Guairá evangelizando indios y fundando con ellos las primeras reducciones.

En torno a los años 1590-1601 se produce, pues, la primavera de las misiones en todo el territorio; acaba de llegar San Francisco Solano y su actuación se desdobla a Talavera, que es la casa principal, y en los dos años en que es superior de la custodia. En ambas obtuvo resultados magníficos. En la zona de Talavera atendió a la conversión de los indios de Magdalena y Sotoconio, sobre las márgenes del río Juramento, y en 15 días, según nos dicen las crónicas, estuvo capacitado para entenderse con ellos. Y por ellos tuvo noticias de otros grupos, que andaban sobre el Salado y su afluente el río Pasajes. Éstos, a instancias y el fervor de su palabra, dejaron la vida nómada y se fueron a asentar cerca de la ciudad de Talavera; de todos ellos bautizó a varios millares.

A la presencia de esos grandes misioneros —padres Bolaños y Buenaventura— en la Cuenca del Plata, se va a sumar la ayuda inesperada del padre Martín Ignacio de Loyola, el de los tres viajes alrededor del mundo. Habiendo regresado de Méjico a España en 1589 y sabiendo que las puertas de China se le habían cerrado, optó por embarcar con destino al Río de la Plata, al Paraguay en concreto, pero hará el viaje por Panamá, Perú y Chile, adonde llegó con cuatro frailes solamente de los 24 que capitaneaba para esas tierras. Hombre voluntarioso, si los hay, decidió proseguir su viaje, ya que nadie quería llegarse a la Cuenca del Plata por ser tierra pobrísima: «viendo que ninguno quería venir acá si yo no viniese». Ya desde Chile informa al rey de los problemas de todo el territorio y pide un gobernador y un obispo para esa tierra, porque el nombrado «era tan flaco y viejo y tan poco activo, que el enviarlo no supondría nada». Y con sus cuatro compañeros, muerto fray Alonso de San Buenaventura, prosiguió su camino; eran los padres Alonso Velázquez y Juan de Córdoba. Quedaba interina-

mente de custodio de Río de la Plata y con tal carácter y poderes atravesó los Andes y se llegó a Tucumán. Diez años empleó en este trabajo misional, según declaración propia, pero no debieron ser tantos porque en 1600 volvía a la corte de Madrid «como testigo de vista» para informar de los problemas de la zona. Y lo fue, testigo informante y gran bienhechor al conseguir franquicias para el puerto de Buenos Aires y fuerzas para su defensa y lo que es más, y no esperaba, que él fuera presentado por el rey para el obispado de la Asunción, consagrándose en Valladolid en 1601. Con ayuda de Felipe III pudo comprar libros, imágenes, sagrarios y hasta campanas y con todo ese bagaje se tornó al campo de sus afanes; reunió el sínodo y acató su carrera de viajero haciendo el último y definitivo hacia la patria (1600).

Bibliografía sobre la Cuenca del Plata

La Cuenca del Plata y la actuación franciscana ya cuenta con documentación seria; primero el padre Santa Clara Córdoba con sus estudios sobre la provincia de Río de la Plata; los estudios posteriores publicados en *AIA*, la biografía del padre Bolaños escrita por el padre Oro, y finalmente el hermoso estudio introductorio al itinerario del padre Martín Ignacio de Loyola hecho por el ilustre Ignacio Tellechea Idígoras, nos han proporcionado todo el inicio y despliegue de las misiones franciscanas en todas esas partes.

López, A., ofm., «Cartas de América. Cartas del P. José Figueira, misionero entre los indios cavinas», *AIA*, 3, 1915, pp. 74-87.

——«Fray Bernardo de Armenta en el Río de la Plata (siglo XVI)», *AIA*, 33, 1930, pp. 431-39.

——«Colecciones americanas. Pedro de Angelis, colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata», *AIA*, 13, 1920, pp. 397-407.

Santa Clara Córdoba, A., ofm., *La Orden franciscana en las repúblicas del Plata (Síntesis histórica) 1536-1934*, Buenos Aires, 1934.

Tellechea Idígoras, I., Pbro., «Martín Ignacio de Loyola. Viaje alrededor del mundo. Crónicas de América», 54, *Historia 16*, Madrid, 1989.

CUSTODIA DE SAN JORGE DE TUCUMÁN 1565

Los primeros franciscanos llegados a estos territorios procedían de la provincia de los Doce Apóstoles de Lima, quienes formaron en 1565 la Custodia del Tucumán. Era ésta una región inmensa que abarcaba el interior de Suramérica y el norte de Argentina y se extendía por las márgenes del Paraguay y Paraná hasta alcanzar los confines, por el oeste de Chile, y desde los desiertos de Atacama y tierra de los chiriguayos, al norte, hasta la Cruz Alta por un lado, y por otro, el río Quinto al sur. Actualmente comprende los territorios de Córdoba, Tucumán, Salta, Jujuy, La Rioja, Catamarca, Santiago del Estero y parte del Gran Chaco. La capitanía de esta región estuvo primero en Santiago del Estero y después se pasó a Salta.

Tan extenso territorio, en verdad uno de los mayores de las praderas, con una suma total de 600.000 millas cuadradas, fue visitado por los españoles en 1543, aunque su conquista no empezó hasta 1549 por Juan Núñez de Prado, al que acompañaron algunos mercedarios, y que fue enviado por el pacificador del Perú, Pedro de la Gasca, cuyas instrucciones de buen gobierno son hoy miradas con todo respeto y admiración.

Los primeros misioneros —dominicos y franciscanos— no llegaron sino en 1554; formaban un grupo de 54 religiosos, que se vieron reforzados en 1572 por 12 más y por un tercer grupo de 34 en 1589; más tarde habían de llegar los jesuitas.

Los franciscanos, el grupo más numeroso, se organizaron pronto en la custodia de San Jorge (1565), que dependía de la provincia de los Doce Apóstoles del Perú, y así continuaron hasta 1612, en que se unió a la Custodia del Plata —Paraguay para formar la provincia de la Asunción del Río de la Plata. Según Gonzaga tenía la custodia en 1587 cuatro residencias y además servía a otros centros— misión, que eran: Santiago del Estero, San Miguel de Tucumán, dos doctrinas en Nueva Córdoba y en Nuestra Señora del Estero.

Talavera estaba situada a 40 leguas al noroeste del Estero. A estas cuatro se añadían otras dos, una en La Rioja y otra en Salta. A pesar de su generosidad en el trabajo, eran insuficientes para llenar bien su cometido en aquella inmensa área, por lo que el padre comisario, Baltasar Navarro, pasó a España para reclutar misioneros y volvió con algunos, que han dejado huella profunda en toda la Cuenca; podemos citar aquí, entre otros, a San Francisco Solano.

Misiones en Uruguay

En esta república, que llamamos la *Benjamina* de América, los franciscanos trabajaron asimismo desde un principio; como perteneciente a la Cuenca del Plata participó de las aventuras de aquellos pioneros de la de la primitiva provincia. E iniciaron su trabajo cuando, según los cálculos más aceptables sólo la poblaban 4.000 indios. El primero de los misioneros que aquí llegó fue el padre Bernardo Guzmán, quien dirigió su atención a la evangelización de los charrúas, tribu nómada y guerrera, donde no tuvo acogida ni consiguió fruto alguno; entonces se dirigió a otra más pacífica, la llamada Chanás, entre la que pudo hacer algunas fundaciones: en julio de 1624 abrió su primera fundación —Santo Domingo de Soriano—, en la confluencia del río Negro con el Río de la Plata; su constancia se vio recompensada con los logros de seis estaciones primero y con sus trabajos sucesivos consiguió hasta contar con diez misiones. Las últimas noticias que nos han llegado alcanzan a 1816; el convento de San Francisco en Montevideo se había levantado en 1737.

Como dijimos antes, adscritas estas misiones a la provincia del Río de la Plata, con ellas sumaban sus fundaciones en 1680, en que contaba 11 conventos y 150 religiosos; alcanzaban en 1772 la suma de 19 casas; eran 16 en 1786 con 444 frailes y 26 misiones repartidas por todo el territorio: Argentina, Paraguay y Uruguay. Pero las cifras aportadas en 1784-85 por el señor obispo don fray Luis de Velasco, ofm., son precisas al informar que en Buenos Aires tenían dos conventos, uno de ellos recoletos, dos más en la Asunción, recoleto uno; y además estaban repartidos por Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán, Valle, Villarica, San Pedro y Montevideo.

Bibliografía sobre la custodia de Tucumán

Para Tucumán puede servir la bibliografía general de toda la Cuenca del Plata, pero citaré algunos artículos muy útiles.

Gómez Parente, O., ofm., «Misioneros franciscanos a Indias despachados en la Casa de Contratación», *AIA*, 37, 1977, pp. 439-490.

Pérez, L., ofm., «Real Cédula pidiendo al Provincial de Santiago cierto número de religiosos para mandarlos a la Provincia de Tucumán. América», *AIA*, 4, 1915, p. 136.

Plandolio, L. J., ofm., *El Apóstol de América San Francisco Solano*. Hasta ahora la mejor biografía del santo, con buen examen crítico de fuentes, Editorial Cisneros, Madrid, 1963.

Oro, B., ofm., *Fray Luis Bolaños*, Córdoba, Buenos Aires, 1934.

Las misiones de Uruguay son pobres en documentación hasta el presente; es de utilidad el artículo siguiente:

Marion, H., ofm., «Misiones en Uruguay», *The Americas*, II, 1945, p. 474.

El padre Luis de Bolaños y las reducciones guaraníes

Una bellísima página de historia misional se ha leído recientemente en el mundo a través de unas imágenes y de unos paisajes de ensueño. La trama de la celebrada película ha puesto ante los ojos de los espectadores un mundo nuevo con su encanto perdido, la música de sus himnos y la riqueza de su liturgia: se trataba de las reducciones del Paraguay, en las que los misioneros jesuitas idearon nuevo sistema de vida económico-social. Pero la verdad es que no fueron ellos los introductores de este sistema revolucionario, sino que habían sido los franciscanos por obra e imaginación del padre Bolaños pocos años antes. Pero ¿quiénes eran los guaraníes y dónde vivían?

Los guaraníes constituían un grupo lingüístico y cultural conocido por el nombre de *Tupi-Guaraní*, diseminado en la selva tropical de la costa atlántica del Brasil y en el sur amazónico, nos dirá Margarita Durán Estrago, la mejor tratadista del tema y, por lo mismo, la que mejor lo conoce. Vivían de la caza, la pesca y la recolección de ciertos productos como la miel, plantas medicinales y frutos silvestres. Tenían una agricultura incipiente y se cobijaban en chozas cubiertas de paja o palmeras, sostenidas sobre postes de madera, y allí convivían varias familias sin división alguna. Base de su organización social era el parentesco y sobre éste estribaban sus relaciones comerciales, económicas y sociales.

La diferencia con el mundo occidental consistía en la reciprocidad, que se traducía en ayuda mutua entre los grupos o personas, que se consideraban en pie de igualdad con todos. Sus miembros se debían ayuda recíproca en la guerra de unos contra otros, que, además, exigía la obligación del socorro mutuo en lo relativo a la subsistencia. El ma-

trimonio era otro lazo de relaciones mutuas entre los individuos y el grupo, razón que jugó un papel importante en la conquista por los españoles. Éstos, que no habían ido a aquellas tierras a trabajar el campo, necesitaron en todo momento de la mano de obra agrícola y de los productos naturales para su subsistencia; si en un principio las cosas fueron bastante aceptables por el trato dispensado, luego los roces y altanería española pusieron a la colonia al borde de la ruina y extinción. Y así continuó con sombría incertidumbre por algunas décadas; de hecho, hasta la presencia de los franciscanos en esa región. Y además en aquellos años de su arribo al Plata los enfrentamientos habían adquirido mayor rigor y dureza; el padre Lorenzana nos lo explicará con estas palabras:

> porque los indios se convirtieron en sus cuñados y parientes, ayudaron a los españoles y los aceptaron en su territorio. Luego, sin embargo, viendo que aquellos no los trataban como cuñados y parientes, sino como servidores, comenzaron a retirarse y a rehusar el servicio. Los españoles quisieron entonces obligarlos, ellos tomaron las armas unos contra otros, y es así como se encendió la guerra que ha durado casi hasta ahora.

¿Cómo se explica este fenómeno de la conquista? Los españoles no sólo buscaron bastimentos, sino que también les interesaron las mujeres, que los nativos dieron a cambio de instrumental de hierro y otras cosas útiles para ellos. Pero de ese contrato comercial, según lo que acabamos de decir, surgían los deberes de ayuda mutua por considerarse miembros de la misma familia y los españoles sólo buscaron lo que a ellos interesaba y de aquí surgieron los conflictos. La economía decayó sensiblemente, la población fue diezmada por las *sacas de indios* o las campañas de pacificación dirigidas contra ellos, de suerte que la situación se hizo calamitosa. Era por el año de 1575, en que llegaban a estas tierras los padres Bolaños y Alonso de San Buenaventura. Faltaba la predicación del Evangelio y de la paz y sólo con su arribo iba a cambiar la situación: «después que algunos Padres de San Francisco entraron en esta tierra, celosos del bien de las almas, comenzó a tener un poco más de luz», explicará Necker.

Entre los indios jugaba un papel predominante el llamado chamán, cuyo cometido era conducir a su pueblo hacia *la tierra sin mal* que era, en su mitología, un paraíso resplandeciente, lleno de luz, la morada de

Dios. Ejercía el control sobre las lluvias, las enfermedades, el pensamiento y la vida de los hombres. Todas estas virtudes le fueron atribuidas por los nativos al padre Bolaños, porque en verdad le consideraron señor y árbitro de todos esos elementos; le llamaron el *hechicero de Dios* y así podía pasearse sin escolta y sin peligro alguno; es más, por ese influjo pudo reducirlos a vida civilizada.

Veamos cómo se produjo la transformación y asimilación de estos nativos y su incorporación al cristianismo. A su llegada a la Asunción, los padres Bolaños y Alonso de San Buenaventura tomaron como asiento una ermita y comenzaron su predicación

> a los indios comarcanos desta ciudad, a los cuáles doctrinaron y catequizaron bautizando sus hijos y a los adultos y administrándoles los Sacramentos. Su labor consistía, pues, en enseñar a los indios el catecismo, administrarles los Sacramentos, enseñarles las buenas costumbres, desterrar la poligamia y la desnudez, poniéndoles en mucha policía.

Y cuando lograron dominar el idioma y hablarles en su propia lengua, acometieron el trabajo de fundar las reducciones, que no era solamente agruparlos en pueblos, sino también enseñarles a vivir según el comportamiento cultural, religioso y político del mundo civilizado. Y con esta obra de las reducciones cesaron las guerras entre españoles y nativos. Tras esta obra de apostolado evangelizador entre las tribus comarcanas, se fueron río arriba por espacio de uno o dos años. Volvieron a su base de partida para agrupar a los indios vecinos y con ellos fundaron la misión o reducción de Altos, a unos 40 kilómetros de Asunción, donde juntaron de 1.000 a 1.500 indios, reducción lograda hacia 1580. Y si habían vuelto de su expedición para formar la reducción, fue al saber que los españoles se iban acercando a éstos con el propósito de crear estancias y dividirlos más a unos y a otros. Hay que decir que desde luego debieron contar con el apoyo incondicional de Juan de Garay. Una vez organizada ésta de Altos, reemprendieron su expedición «río arriba hacia el Pitun». Y las siguientes fueron las de Ypane y Guarambare, tribus que se habían hecho temibles por su espíritu belicoso durante el gobierno de Irala y que dio su fuerte coletazo de rebelión años más tarde pero que fueron aplastados por Juan de Garay. Pero ni arcabuces ni otra clase de armas fueron suficientes para aplacar sus áni-

mos sedientos de venganza: sólo el espíritu de paz y humildad de nuestros religiosos lograron sus efectos, pues sabiendo los padres Bolaños y San Buenaventura «que los indios de arriba estaban sin doctrinar, estaban alterados y rebelados usando ritos y ceremonias... se fueron sin escolta ni compañía de españoles y se metieron entre los indios de aquel distrito, cuarenta leguas desta ciudad», donde dice este testigo... «que asistieron mucho tiempo predicándoles y dándoles a entender la doctrina católica, etc.».

Así pues, estas reducciones se llevaron a cabo entre los años 1579 y 1580. A éstos siguieron las de Atyra, Tobat, Perico Guazú, Ybirapariyara, Terecañy, Mibaracayu y Candelaria; pero como nuestros religiosos no profesaban vida sedentaria, pronto algunas de sus fundaciones las traspasaban al clero secular: su destino era el caminar. Desgraciadamente varias de estas reducciones fueron arrasadas por los portugueses en 1676; «pero la llama encendida por los misioneros siguió y sigue ardiendo mediante la Tercera Orden Seglar, que mantiene vivo el espíritu franciscano a lo largo de los siglos», nos dirá Margarita Durán.

A estas fundaciones siguieron las de Pacuyu y Curumiai, que debieron realizarse a instancias del inolvidable Juan de Garay, quien, muy despreocupado ya de los peligros de la insurrección, cifró su interés en crear nuevas poblaciones. Por entonces y a raíz de los levantamientos indígenas, nuestros misioneros (1582) volvieron a las provincias del norte y se acercaron a los indios levantados, consiguiendo apaciguar a los itatines y con ellos dieron vida a la reducción de Perigo Guazú. Y mientras realizaban estos trabajos supieron que una terrible peste azotaba a la Guairá y que se encontraba sin asistencia religiosa y muchos morían sin sacramentos; por ello se vinieron aquí nuestros misioneros y así, catequizando, bautizando y quitando supersticiones y abusos se llegaron a los últimos indios del distrito, a 60 leguas de asistencia. Continuando su camino evangelizador desde Ciudad Real, pasaron a Villarrica del Espíritu Santo, de donde, por defender a los indios de la explotación de que eran objeto en las minas de hierro, fueron expulsados por el teniente de gobernador. Bien, los caminantes, sacudiendo el polvo de sus sandalias, se internaron «en el Riñón de los Indios de aquella provincia». Muy belicosos e indomables, amigos de comer carne humana, se pensó que su destino era la muerte, pero fueron bien recibidos «y oyeron muy bien su predicación y se entretuvieron entre ellos tiempo de

REDUCCIONES FUNDADAS POR LOS FRANCISCANOS EN EL PARAGUAY



REFERENCIAS

- ■ CONVENTO
- ▲ HOSPICIO
- ● REDUCCION
- ● ZONA PROBABLE
- ○ FUERTE de REMOLINOS

1 Altos_ 1580
2 Pacuyá_ 1582
3 Curumiai_1582
4 Itá_ 1585
5 Yaguarón_ 1586
6 Ypané- 1580-1600
7 Guarambaré- 1580-1600
8 Atyrá- 1580-1600
9 Terecañy- 1580-1600
10 Candelaria - 1580-1600
11 Perico Guazú - 1580-1600
12 Ybyrapariyara - 1580-1600
13 Jejui - 1580-1600
14 Mbaracayú - 1580-1600
15 Tobatí - 1580-1600
16 Villarrica - 1600-1602
17 Caazapá - 1607
18 Yuty - 1611
19 Yaguaracamigtá-1607 - 1610
20 Itapé - 1682
21 Curuguaty - 1716
22 Ntra. Sra. del Pilar - 1753
23 Guanás - 1760-1770
24 Eghileghigó - 1769
25 Ethelenoes - 1769
26 Layanas - 1769
27 Cangó_Babí _ 1770
28 Remolinos - 1776
29 Naranjhai _ 1782
30 San Antonio - 1782
31 Tacuatí - 1782
32 Lima - 1792
33 San Juan Nepomuceno - 1797

dos años». Todas estas correrías daban como resultado la fundación de nuevos pueblos o reducciones, como Ita, del que felizmente conservamos la iglesia y sus altares; Caazapa, Yaguarón, que de todos nos han dejado bellos ejemplares de arte hispano-guaraní en los templos, en sus retablos y en sus imágenes. Pero algo más. En los años cuarenta de este siglo XX aún podemos recordar que el obispo visitador de estas reducciones pudo escribir aquello: «Los jesuitas han dejado ruinas de su paso; los franciscanos nos han dejado su espíritu».

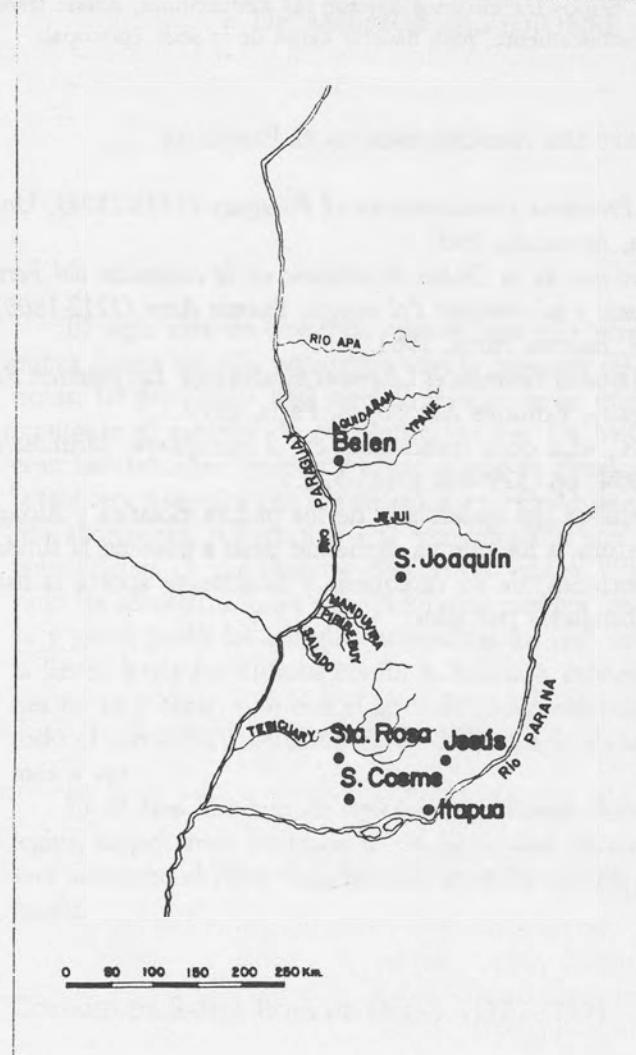
Los obispos franciscanos

Forman una hermosa galería que decora, no un palacio, sino la iglesia argentina-paraguaya. Son éstos los padres fray Pedro Fernández de la Torre (1554-1575) quien habilitó la iglesia de la Encarnación para catedral y empezó los trabajos de la de la Asunción, constituyó el cabildo y, además, como auténtico franciscano, murió de camino; fray Juan de Barrios (1575-1585), parece que no aceptó, muriendo en Lima (1584); fray Martín Ignacio de Loyola, el de las tres vueltas al mundo, misionero en Filipinas y China, que llegó a Buenos Aires en 1603, convocó el sínodo diocesano en el que se aprobó la doctrina y catecismo del padre Bolaños, abrió «la casa de doncellas huérfanas y recogidas», inició la escuela y estudio para la gente moza, «que fue el primer centro educativo de nivel superior a la Escuela de primeras letras», realizó varias visitas pastorales y en una de ellas le sorprendió la muerte (9 de octubre de 1606). Fray Bernardino de Cárdenas, misionero entre los chunchos de Bolivia, gran predicador y escritor eximio «gran misionero y defensor de los indios», como se le ha calificado. De sus obras más citadas traemos aquí *Manual y Relaciones de las cosas del Perú*, memorial presentado al rey, etc.

Terminemos con palabras de la citada Margarita Durán, como bien documentada sobre su patria y gentes:

Desde los primeros franciscanos —Armenta y Lebrón— la presencia franciscana ha sido constante en

> permanente labor misionera entre los indígenas, sin descuidar la evangelización de los españoles...
> Desde el púlpito y la cátedra contribuyeron a robustecer la fe y cultura del pueblo...; más que ninguna otra Orden, contribuyeron pode-


Ex REDUCCIONES JESUITICAS ENCOMENDADAS a los FRANCISCANOS del PARAGUAY.
RIO APA
AQUIDABAN
YPANE
Belen
RIO PARAGUAY
JEJUI
S. Joaquín
MANDUVIRA
PIRIBEBUY
SALADO
TEBICUARY
Sta. Rosa
Jesús
S. Cosme
Itapua
RIO PARANA
0 50 100 150 200 250 Km.

rosamente a formar la unidad nacional y política, que hoy caracteriza al pueblo paraguayo; la religiosidad popular es de origen franciscano y en momentos críticos los Terciarios seglares conservaron la fe del pueblo. Obispos franciscanos dejaron las Reducciones, donde trabajaban apostólicamente, para hacerse cargo de la sede episcopal.

BIBLIOGRAFÍA SOBRE LOS FRANCISCANOS EN EL PARAGUAY

Durán, M., *Presencia franciscana en el Paraguay (1538-1824)*, Universidad Católica, Asunción, 1987.

Millé, A., *Crónica de la Orden franciscana en la conquista del Perú, Paraguay y Tucumán y su convento del antiguo Buenos Aires (1212-1800)*, Ediciones Emecé, Buenos Aires, 1961.

Necker, L., *Indiana Guaraní et Chamans franciscains. Les premiers Reductions du Paraguay*, Editions Anthropos, París, 1979.

Molina, R. A., «La obra franciscana en el Paraguay», *Missionalia Hispanica*, XI, 1954, pp. 329-400 y 485-522.

Nos habla Molina del apostolado de los padres Bolaños y Alonso de San Buenaventura, a los que va siguiendo paso a paso en la fundación de las reducciones, de su catequesis y finalmente aporta la lista completa de las fundadas por ellos.

Capítulo XXII

LOS COLEGIOS MISIONEROS DE AMÉRICA MERIDIONAL

El siglo XVIII en que todo cambia, nos va a ofrecer el ejemplo y la nueva forma de vida evangélica con la creación de los colegios misioneros; las provincias han perdido mucha de su eficacia y han logrado mantener el espíritu de evangelización por los pequeños grupos, que eran las custodias, grupos avanzados que se situaban en los límites de la frontera y seguían con sus entradas a territorio pagano, donde los grupos aborígenes, refractarios a la comunicación con los cristianos, eran más difíciles de reducción y conversión. Ahora, cuando ya han empezado las secularizaciones y las provincias pierden, con esa medida, fuerza y garra, serán los colegios misioneros los que recojan la antorcha y la lleven hasta los últimos confines. Además, este rosario de fundaciones no va a cesar, sino con el grito de independencia, que resonaría en todo el territorio americano desde Méjico a la Patagonia, como lo vamos a ver.

En el área inmensa de América meridional, donde surgen estos colegios, como antes brotaron de la capacidad expansiva las provincias, será asimismo el Perú el adelantado en su formación y lanzamiento; veámoslo.

Colegio de Santa Rosa de Ocopa (1725-1757)

En 1702 llegaba a Lima el padre Francisco de San José Jiménez, que ya tenía a su favor larga experiencia misional de sus trabajos en Méjico y Centroamérica. Los franciscanos en los dos siglos anteriores habían fundado conventos en las principales ciudades de la costa y de

la sierra y, según el padre Julián Heras, habían recorrido en todas direcciones las inmensas regiones de la selva peruana; pero las misiones habían decaído un poco a fines del siglo XVII y les faltaba un lugar, equidistante de la costa y de la selva, para mejor atender a las misiones de ésta. Intentos precedentes para la elección de ese punto céntrico habían fallado y el padre Francisco de San José, que había recorrido parte del Perú, le pareció que el lugar más apto era Ocopa, donde tenía la orden un conventillo con el título de la Concepción. Con las licencias del virrey y la autoridad de las bulas inocencianas podía tomar posesión del mismo el 19 de abril de 1725; tras unos años de prueba y ésta, ciertamente digna, se elevó a la categoría del Colegio de Propaganda Fide en 1758. En días del fundador, con el grupo que se le unió, muy pronto la acción vino a ser su mejor tarjeta de presentación, pues se restauraron las misiones de Chanchamayo, Perené y Pangoa; se hicieron entradas a las Pampas del Sacramento y el Gran Pajonal, se llevaron a cabo las grandes exploraciones de los ríos y en pocos años se navegaron los de Ene, Tambo y Alto Ucayali, y fue por ellos como se pudo iniciar la evangelización de todas esas regiones. No les fue fácil, ni tampoco duradera su acción, pues poco después se produjo la rebelión de Juan Santos Atahualpa y todo ese avance misionero se desplomó. Pero el misionero no cesa: fracasando una y otra vez, reemprende su apostolado a la mejor ocasión. Y así lo hizo el Colegio de Ocopa; renovado su personal, acometió la restauración con redoblado fervor y con gigantescos esfuerzos se internó nuevamente por la selva y llevó su acción por toda la frontera peruana, que salvó internándose en Bolivia y Chile, donde creó otros centros misioneros. He aquí unas notas de referencias.

Primera etapa (1700-1750)

En 1709 el padre Francisco de San José restauró las misiones de Huánuco y personalmente o por sus frailes exploró los valles de Pozuco, Chanchamayo, Paucartambo, Perené y Pangoa, fundando numerosos pueblos y estableciendo las bases de su transformación religiosa y cultural. Uno de sus ilustres colaboradores, padre Fernando de San José, exploró el Perené, el Ene y el Apurímac y en una de sus exploraciones por el río Tambo fue asaeteado por los piros.

En 1725, tras fundar el Colegio de Ocopa el padre Francisco de San José, sus religiosos abren nuevos caminos de penetración a la montaña por Chanchamayo, Pangoa, Pozuco y Paucartambo.

De 1727 a 1736 el padre Simón Jara envió sus neófitos de las misiones de Pillao y Chinchao hacia el nordeste de estas conversiones y tras 40 días de penosa marcha descubrieron las Pampas del Sacramento. Él mismo, sin arredrarse ante el peligro y acompañado de sus neófitos, llevó a cabo otras siete incursiones arriesgadísimas que duraban meses, recorriendo las Pampas en todas direcciones y siempre a la búsqueda de indios infieles.

De 1733 a 1735 el padre Juan de la Marca descubrió y evangelizó el Gran Pajonal y funda allí los primeros pueblos. Prosiguió las exploraciones el padre Alonso del Espíritu Santo sobre los mismos territorios y aumenta el número de poblaciones organizadas. Navegando por el Tambo y Alto Ucayali, para penetrar al Pajonal por Chicotea, los indios le abaten a flechas.

De 1738 a 1742 el padre José Cabanes intentó la entrada al Apurimac por la hoy infranqueable del Mantaro; estudió el Tambo y el Alto Ucayali y también su corona fueron las flechas indias.

De 1741 a 1747 el padre M. Albarrán exploró desde Huancabamba el Pozico, bajó por éste al Mairo y entró así en las Pampas del Sacramento. Años más tarde se llegó al Apurímac por Huanta, para bajar de allí al Perené y Pango. Aquí una flecha puso fin a su jornada.

Segunda etapa (1750-1825)

De 1753 a 1757 es el inicio de nuevas exploraciones a cargo del padre Bernardino de San Antonio hacia las Pampas del Sacramento por el Pozuco y el Mairo.

De 1754 a 1757 el padre Cabello, acompañado de varios religiosos, ataca la exploración de las Pampas del Sacramento por el Huallaga: como a la tercera va la vencida, así el padre Cabello, en su tercera exploración, se encontró con las flechas de los indios.

De 1755 a 1757 el padre Alonso Abad se lanzó, a su vez, por el centro desde Huallaga hacia las Pampas del Sacramento, cruzando la cordillera Azul y así llegó a ellas. Al año siguiente recorre el río Monzón y sus afluentes, vuelve después a la cordillera Azul y dio con el paso

que hoy lleva su nombre *El Boquerón del padre Abad.* Desde allí prosigue su exploración bajando al Aguaytía, donde le atacan los salvajes y le matan a cinco de sus compañeros y él, errante por los bosques, logra reincorporarse al colegio, desfallecido de hambre y miseria. Hoy, gracias a su relación y datos precisos, bajo la dirección de monseñor Odorico Sáez, se consiguió su localización y se ha convertido en la carretera a Pucallpa.

De 1759 a 1766 los padres Salcedo, Santa Rosa y Fresneda prosiguen heroicamente por el norte las expediciones hacia las Pampas; llegan al Manoa, Pisqui, Aguaytía y Ucayali, fundan numerosos pueblos de setebos, cinibos y shipibos, pero todo se hundió en un mar de sangre de los misioneros y neófitos.

En 1763 los padres Hernández y Francés, desde Huánuco, se llegaron al puerto del Mairo por el Pozuco y son los primeros en navegar el Pachitea hasta su desembocadura en el Ucayali, al precio de la vida del padre Francés, asaeteado por los indios.

De 1765 a 1767 es cuando el padre historiador de las misiones, padre José Amich, toma la iniciativa y se lanzó a nuevas exploraciones por el Pachitea y Ucayali; hizo grandes estudios hidrográficos sobre la selva y traza el primer mapa de la Amazonía del Perú.

De 1780 a 1790 el padre González de Agüero y sus colaboradores atacan la exploración y fundaciones en el Bajo Mantaro y río Apurímac; les seguirá el padre Sobreviela en su empeño, quien nos dejará hermosas relaciones y planos de toda esta vida ejemplar y misionera.

De 1783 a 1790 como acabamos de decir, se prosiguen las exploraciones por el padre Sobreviela, quien logra abrirse camino por el Pozuco hasta el puerto del Mairo. Estudió las montañas del Apurímac y los valles del Moyobamba y Vitoc; abre desde aquí nuevos caminos por la sierra y consigue llevar a cabo la más importante de sus exploraciones recorriendo todo el Huallaga, que logra navegarlo hasta su desembocadura; trazó el primer mapa del Huallaga y Ucayali y de las Pampas del Sacramento, abriendo camino de herradura desde Huánuco hasta Playa Grande, punto cercano al actual Tingo María, punto navegable del Huallaga.

De 1790 a 1804 terminará el siglo de entradas y descubiertas el padre Narciso Girbal, que emprendió tres exploraciones bajando en todas ellas por el Huallaga y Marañón para subir después por el Ucayali. En la tercera arrancó de Lima y sumó a sus trabajos la exploración del Pa-

chitea hasta el Mairo. Y el hermano fray Juan Dueñas coronará todo ese rosario de aventuras y servicios a la patria y a Dios al descubrir en 1792 el istmo o varadero de Santa Catalina entre el Huallaga y el Ucayali, pudiéndose de este modo trazar el camino y comunicación entre ambos ríos.

Exploraciones en los años primeros del siglo xix

Si la Providencia había premiado los trabajos, sacrificios y hasta inmolaciones de esa heroica falange de misioneros con la cartografía puesta al día, las nuevas fundaciones que de ellas se derivaron y la unión y comunicación de toda la selva y pampas, el siglo xix que recogerá esa herencia y legado, lo va a enriquecer. Son estos los trabajos:

1804-1806. Los padres Figueroa y A. Sierra penetrarán hasta el río Magno o Madre de Dios, estableciendo relaciones amistosas con las tribus de toromonas, araonas, guarisas, matchuis y otras, con las que pueden fundar algunos pueblos. Su acción fue tan destacada que algunos, como el padre Raimondi, se desharán en elogios de su actuación.

1806. El padre Busquet es el continuador de esta gesta y el primero en explorar y navegar el Urubamba; bajó seguidamente por el Ucayali, pasó el Huallaga y salió a Lima por Chachapoyas, Cajamarca y Trujillo.

1809. El padre Valencia acometió algunas exploraciones hacia el Madre de Dios y trazó el mapa de la intendencia del Puno, «documento preciso, según Raimondi, bajo muchos puntos de vida, por los datos en él contenidos sobre el Inambarri y Madre de Dios» y porque fue de gran utilidad para conocer en estas partes los límites entre Bolivia y Perú.

1814-1815. El padre Carballo acometió a su vez otras exploraciones hacia el Pangoa y Perené desde el valle de Jauja, reparando el antiguo camino hacia el Tambo y mejorando así el mapa del padre Sobreviela.

1816-1825. El padre Manuel Plaza y el padre Ruiz dispusieron meticulosamente nueva exploración, navegaron por el Ucayali y el Tambo hasta el nuevo puente de Jesús María, dejando expedita esa comunicación y vía de paso; después el padre Plaza aún tuvo arrestos para nuevas exploraciones del Ucayali y sus afluentes.

1824. Este año es funesto en la historia misional de Perú y de su Colegio de Ocopa, pues Simón Bolívar disolvió la Comunidad del Colegio y con él se arruinaron las misiones y el Perú pagó también su tributo porque perdió grandes territorios. Era el triste final de una etapa misionera sirviendo a la transformación del territorio y de sus gentes, abriendo caminos, estableciendo escuelas e incorporando a sus habitantes a la vida civilizada de Occidente. No es extraño que al gran estudioso del tema y buen conocedor de la historia, le mereciera el siguiente comentario a la acción apostólica y vida extraordinaria de los hijos de Francisco de Asís:

> El mayor esfuerzo misionero del siglo XVII, en las forestas del centro peruano, fue llevado a cabo por los franciscanos de Ocopa. Ellos poblaron y civilizaron las regiones de Chanchamayo y del Gran Pajonal, hurgaron las montañas para hallar los pasos providenciales entre la selva y la sierra, descubrieron el Paso del P. Abad, hoy tramo esencial de la carretera a Pucallpa, recorrieron el Ucayali y el Huallaga con los PP. Sobreviela y Girbal y publicaron ellos los primeros mapas en el Mercurio Peruano de 1791; navegaron el Urumbámba con el P. Busquets, descubieron las rutas de Pachitea y del Pichis con el P. Sala, amigo de Piérola y de Capelo, y en su lucha paciente y evangélica con los indios, tuvieron hasta el siglo XVIII, cincuenta y cuatro mártires.

Bibliografía del Colegio de Santa Rosa

Amich, J., ofm., «Historia de las Misiones del convento de Santa Rosa de Ocopa, Putumayo (Perú)», *Monumenta Amazónica*, edición crítica, introducción e índices por Julián Heras, 1988.

Eizaguirre, B., ofm., *Historia de las Misiones franciscanas del Perú*, 14 vv., 1922-1929.

Heras, J., ofm., «Expediciones de los misioneros franciscanos a Ocopa (1709-1786)», *AIA*, 45, 1985, pp. 3-112.

——*Fuentes para la historia del convento de Ocopa*, Lima, 1967.

——*Libro de Incorporaciones del Colegio de Ocopa*, Lima, 1970.

——«Los franciscanos y la cartografía amazónica», *Boletín de la Sociedad geográfica de Lima*, Lima, 1984.

Capítulo XXIII

NUESTRA SEÑORA DE LOS ÁNGELES DE TARIJA (1755)

Batallar incesante fue la evangelización de la selva peruana; guerra triste, sucia y pobre se nos va a ofrecer en la gran aportación misional de este colegio por la conversión de estas tribus, que llamamos los chiriguanos. Batalla y evangelización, que durará un siglo largo: el último tercio del siglo XVIII y todo el siglo XIX. Y en esa lucha se batirán los dos tipos de hombres, que parece estaban llamados a medirse en combate singular, pero no de horas, días, meses o años, sino de una tremenda centuria. Esta es historia larga y le dedicaremos también largas páginas: se lo merece.

Fundación del colegio

Pasos previos y su realización. Idea bien acariciada, proyecto estudiado e interés personal del padre Francisco de Soto y Marne, comisario general del Perú, fue el motor de esta fundación; el padre Soto y Marne escogió para este fin a los padres Francisco Escribano, Manuel Gil, Alejo Forcadell y otros hasta llenar el número de 19 religiosos; con ellos formó parte el hermano fray Francisco del Pilar, que será en verdad la base de este magnífico edificio, conocido por el Colegio de Tarija. La fecha de su erección es el 14 de octubre de 1755.

Su labor apostólica se va a desarrollar entre las tribus de la Sierra de Acero, del Gran Chaco, Chiquitos y la región de Apolobamba y su actuación se prolongará durante 69 años, es decir, hasta la fecha triste de 1824, aunque luego será restaurado por el padre Herrero.

Su emplazamiento se halla entre los últimos brazos de la Cordillera Real y en el valle de su nombre. Regado por frecuentes y abundantes

lluvias, con arroyos frescos y puros, su vegetación es opulenta, pues árboles robustos sombreaban sus honduras y cañadas; pero tan sólo en un principio, porque luego la mano destructora del hombre le ha arrancado toda su belleza y ahora apenas arbustos espinosos y raquíticas matas cubren su desnudez. Pero el terreno sigue prodigando sus frutos en hortalizas, naranjos, limoneros, granados y viñas. La fundación de la ciudad podemos fijarla en 1574 cuando el virrey don Francisco de Toledo estableció allí una guarnición, que sirviera de frontera de los chibchas, y se pudo inaugurar como tal ciudad en 1574 con el nombre Villa de San Bernardo de la Frontera. El primer convento franciscano aquí levantado lo fue en 1563-1564 y en su inicio perteneció a la provincia de los Charcas, aunque parece que los primeros frailes llegaron de la de los Doce Apóstoles de Lima.

Los chiriguanos

A no muchas leguas de Tarija y en los últimos contrafuertes de los Andes y como vanguardia del Gran Chaco se hallan los chiriguanos, de los que en un principio se dijo que no había gente más mansa y dócil, pero que, en realidad, fue una raza indómita y fiera; altos, rollizos, perfectamente desarrollados, color pardo, son enemigos de agruparse en grandes núcleos y prefieren pueblecillos a corta distancia unos de otros. Mezclados con ellos vivían otra raza de indios, llamados chaneses, que se diferencian muy poco en gustos e inclinaciones depravadas, pero que a todos les caracteriza terca adhesión a sus costumbres, celo por la independencia y refractarios a otros modos y civilización. Entre éstos desarrollará su apostolado el Colegio de Tarija. Venía ya precedida su labor apostólica por los padres jesuitas, quienes se internaron allá en los años 1606-1607, recorriendo las riberas del Guapay y los pueblos que rodean a Tarija. Sus esfuerzos generosos no hallaron respuesta, pues cuando parecía todo marchar viento en popa, malos cristianos atizaron los vicios ancestrales de los nativos y dieron muerte a los misioneros.

Pasaron más de 20 años sin que se volviera a escuchar allí la palabra del misionero y en 1631 los franciscanos padres Gregorio Bolívar, Juan Sánchez y Luis de Jesús partieron de Cochabamba sólo con el recado para celebrar misa y se «hundieron en las eternas montañas»,

como dice el cronista en la página 62, «que se extienden al otro lado de Sierras Altísimas, anhelando llevar la buena nueva del Evangelio a las tribus que las habitaban». Años después, unos chiriguanos, saliendo al encuentro de los españoles, aseguraron que en los pueblos de adentro habían sido atados los misioneros a unos árboles y asaetados: «En prueba traían retazos de sus hábitos». Volvieron los jesuitas a intentar su conquista, pero también fue inútil y se volvieron a sus misiones de mojos. Pues bien, con el alborear del siglo XVIII se abría a la esperanza esta mies y jesuitas y agustinos renovaron sus propósitos, pero sólo el fracaso acompañó a aquellos.

Y así continuó durante la primera mitad del siglo XVIII; sólo con el establecimiento del Colegio de Tarija cambiará en verdad la situación. Empezaron nuestros religiosos del colegio su misión en el partido de Bermejo —aclaremos que los colegios misioneros empezaban su trabajo misional con los cristianos— y el éxito que les acompañó obligó a extender su predicación durante el año siguiente (1757) en la frontera de Tomina, sita al oriente de la ciudad de La Plata y por los pueblos de Palcha, Tarabuco, Tacopaya, Tomina, Laguna, Villar, etc. Recorrida la parte del sur, pasaron al norte y en 1759 hacían su misión en Potosí. El éxito de tales predicaciones movió al obispo de Santa Cruz a solicitar la creación de colegios misioneros en su sede, lo que dio origen al de Tarata (1792). A los 15 meses de la apertura de Tarija, ya envió a dos de sus religiosos a los belicosos tariqueanos, pues los habían solicitado ellos mismos: fueron los padres Manuel Mingo y el hermano fray Pedro del Castillo. El camino fue agotador por las lluvias, la fragosidad del terreno y el escaso viático preparado, mas les compensó la recepción amable dispensada por los indios, consiguiendo hacer en breve una capillita con leños y barro. Se repitió el ejemplo de inconstancia de los nativos y todo el trabajo resultó inútil. Y otro tanto sucedió en el pueblo de Garrapatas; duro fue el bregar de los religiosos en Pilipili, pero allí se empezaron a cosechar los frutos.

En realidad, la respuesta a la voluntad de los misioneros siempre era idéntica: se hacían sordos; únicamente la audacia del hermano Francisco del Pilar, que se metió entre ellos solo, por tres veces, y con sus modales y caridad logró abrir brecha en sus corazones, trabajo y sacrificio, que luego secundaron los padres Alejo Forcadell, Tomás del Sacramento Anaya y el citado hermano, que puso más tozudez que los nativos en ganarles la partida, en hacer una modesta vivienda o choza y

así preparados, todo fue cambiando lentamente: los indios permitían a sus pequeños acudir a la catequesis y que fueran bautizados y, poco a poco, también ellos aceptaron el bautismo. Duró este trabajoso apostolado diez años.

Semejante proceder costó la evangelización de Acero, pero en 1767 se pudo inaugurar una capilla, que titularon de San Francisco de Asís. Sólo les faltó a sus misioneros la muerte a hachazos. He aquí la lista de Sacramentos que esclarece el trabajo de la misión, que fue siempre en aumento: desde 1767, en que se fundó, hasta 1810, recibieron el bautismo, 1.397; murieron bautizados 301 adultos y 700 párvulos; cristianos adultos, casados y solteros, 362; párvulos de nueve años para abajo, 110; gentiles adultos, 4; párvulos, 5; matrimonios canónicos, 128, y número total de individuos, 481.

Misiones

En el Valle de las Salinas

También aquí fueron los adelantados religiosos jesuitas, pero vivieron incidencias semejantes de esperanzas y fracasos; en 1739 el padre José Pons logró fundar la misión de Nuestra Señora del Rosario y allí se mantuvieron hasta su extrañamiento en 1767, año en que fue entregada a los franciscanos. Se halla ésta en el extremo del valle, a distancia de 30 leguas de Tarija; se componía entonces la misión de 268 almas de chiriguanos y 56 de mataguanos. La nota diferencial entre ambos grupos era que los chiriguanos estaban muy mal adoctrinados, en tanto que los mataguanos sabían bien la doctrina; aquéllos eran laboriosos y éstos muy descuidados, por no decir holgazanes; los mataguanos andaban dignamente vestidos y, en cambio, los chiriguanos les importaba un bledo caminar desnudos; los primeros cumplían religiosamente sus obligaciones de cristianos —misa y sacramentos— y los últimos no se procuraban, ni mucho ni poco, de su vida cristiana, y así por el estilo.

El misionero debía estar pendiente de su vida, trabajo y relaciones públicas; debía asistirlos como pastor y médico, maestro y juez, y conforme a este criterio todo empezó a cambiar: reunión diaria en la iglesia, enseñanza de cantos y doctrina, vigilancia sobre su salud y morali-

dad fueron los ejes de la actuación franciscana. Habían vivido en «ranchos tristes, mal formados y sin orden y en pocos años se cambió la estructura y orden en los pueblos: casitas modestas bien alineadas, tiradas a cordel», dice el autor en la página 130, todo el conjunto de iglesia, casa del doctrinero o conversor, huerta y corrales, cercados de adobe, con seis cubos en buena disposición para ser defendida. Capilla regular bien aseada y limpia, a la que se le agregó el coro, con retablo dorado y púlpito. La hacienda se mejoró mucho y el ganado que llegaron a tener sumaban 2.030 de vacuno, 328 caballos, 42 mulas y 42 burras, con 190 ovejas; de ellas hacían quesos y mantequilla y hasta de los cueros sacaban suelas, del sebo buen jamón y con todo esto se mantenía la misión y podían reservar para el intercambio. El número de bautizados desde 1767 a 1810 fue de 1.184; de éstos murieron 277 adultos y 448 párvulos, que suman todos 725. En la fecha de la estadística eran: cristianos adultos, de más de 9 años, 302; los menores, 157; todos, 459. Adultos gentiles, 47; menores no se conocían; número total de individuos, 468. Matrimonios realizados, 92. La población, a pesar del aparente sitio ideal, sufrió no pocas epidemias, sobre todo de viruelas, que la mermó.

Misión de Abapó

Estaba situada ésta en las márgenes del río Abapó, a 44 leguas distante de Santa Cruz de la Sierra, en una llanura espaciosa, con río caudaloso, que abunda en buen pescado. El terreno, salitroso, es apto para el cultivo del ganado y también para las hortalizas —arroz, legumbres, maní, yucas, caña dulce, limones, naranjos—, pero todo se halla descompensado por las numerosas hormigas, que devoran las cosechas. El monte, con magníficas maderas, se hallaba infestado por tigres, víboras, alacranes y otros insectos. La relación entre la población y los misioneros se inició en 1771 cuando unos indígenas se llegaron a fray Francisco del Pilar, que se hallaba en Acero, fatigándose en la doctrina de los chaneses, para decirle: «Deja, Padre, a esa mala gente, y vente conmigo a Abapó y allí fundarás misión a tu gusto». Se fue con ellos —dista 50 leguas— y muy contentos los nativos, le hicieron pronto iglesita y casa para los conversores; comunicada la noticia al colegio misionero, se le fueron a juntar los padres Manuel Gil, Francisco León Caballero y fray

José León Caballero, hermano suyo, a los que condujo a Abapó fray Joaquín del Pilar, quienes podían bendecir la iglesia y dar principio a la misión el 30 de noviembre de 1771. Siguieron un plan muy semejante a los anteriores y así comenzó la enseñanza del catecismo, a que eran muy asiduos los chiriguanos, y rezo del Rosario; y para más intensificar el adoctrinamiento se ejecutaba por la mañana y tarde, con lo que empezaron seguidamente los bautismos de párvulos; los adultos lo hicieron cuando ya estaban mejor preparados. Fueron siete años felices para los misioneros, pero les llegó la hora negra por la inconstancia de los nativos y la labor de zapa de los agoreros y hechiceros; sin embargo, la pudieron superar, pero el dolor fue tremendo, ya que por instigación de uno de éstos la población se difuminó y en una noche se escaparon del pueblo 800 personas y sólo quedaron firmes 180. Con constancia y amor consiguieron lograr el retorno de 120; no pararon ahí los problemas, porque el brujo no cejó en su propósito y en junio de 1779 intentó arrastrar a sus fieles a una revuelta, saquear la misión y pasar a cuchillo a los cristianos fieles con el misionero, más éste supo organizarlos y rechazar los ataques. Al conversor, padre Francisco del Pilar, viendo que su trabajo se desmoronaba, le entró melancolía mortal, y se fue al cielo. No es necesario hablar de la reacción de las autoridades españolas, que llevaron a cabo una acción de castigo de todos los indios revoltosos. Felizmente la paciencia de los misioneros, su caridad puesta a prueba y su constancia ayudaron a superar la dificultad y entre todos ellos montaron la misión sobre nuevas bases en lo económico y espiritual, rehicieron su obra y también la catequesis. Abrieron dos escuelas para niños y niñas, pues era obligatoria la enseñanza, cultivaron el idioma chiriguano y español, el canto y las primeras letras y labores propias de las niñas. 200 pequeños se numeraban en 1810 y todos eran asiduos al culto y escuela; de modo especial se dio importancia a la devoción mariana; se vigiló sobre el nombramiento de alcaldes, gobernadores y demás fiscales, quienes debían cuidar de la vida social y del funcionamiento normal de todas las actividades, y se evitaban las borracheras y escándalos públicos, las familias vivían en paz, los caminos y campos estaban bien atendidos y todos eran los beneficiados de esta política religiosa.

Se bautizaron en esta misión desde sus orígenes 3.807; murieron 447 adultos y 1.005 párvulos, que todos suman 1.482; vivos entonces

eran 2.325, pero 279 debieron escapar a la selva. Número total de personas, 2.052.

Misiones del Pirai, Nuestra Señora del Carmen de Cabezas, Tacurú e Igmirí

Todas estas misiones del Colegio de Tarija presentan las mismas características en su origen, desarrollo y, finalmente, muerte en 1813. Deben su origen a la Compañía de Jesús, que se fatigó noblemente en su establecimiento y que, a pesar de tantas fatigas, sus frutos fueron muy pobres. La de Nuestra Señora del Pirai tuvo su emplazamiento en las inmediaciones de una laguna, bajo el nombre de Santa Rosa (1728) a 30 leguas de Santa Cruz de la Sierra; luego un clérigo secular, don Gregorio Ortiz, sudó infatigable en su transformación y en 1772 fue entregada a los misioneros de Tarija. Se habían encontrado iglesia y pueblo formados, pero un incendio los destruyó poco después; por lo mismo, hubo de rehacerse todo con valentía y amor, ayudando mucho la administración civil con dinero y el pago de sustento para los conversores —200 pesos a cada uno—, subvención que ellos gastaron en herramientas, aperos, ropas y toda clase de utensilios. Así aumentaron el ganado de la misión, se ampliaron los campos de cultivo y el buen orden que establecieron para la marcha de la misma, logrando resultados muy positivos, pues los hombres se dedicaban al laboreo de las tierras y las mujeres al hilado en sus telares familiares. Los bautismos administrados fueron desde su origen, 5.446 y enterramientos, 4.000; en 1813 contaba una población de 1.370 almas, que todas eran cristianas.

La de Nuestra Señora del Carmen, en el lugar llamado Cabezas, antes Potoca, la levantaron en las márgenes del Río Grande o Guapay, hacia 1769; poco después lo entregó el clérigo fundador don José Melchor Mariscal al colegio, que se hizo cargo de su servicio en 25 de diciembre de 1772. Eran muy pocos los indios, la capilla un tugurio y los bautizados algunos niños tan sólo, y de ahí arrancaron los misioneros de Tarija, que se fatigaron en su adelantamiento y además alguno, como el padre Francisco León, por el trabajo y mala alimentación, llegó a enloquecer; es decir, que sembraron con lágrimas para recoger pronto con alegría. La lista de bautizados algo dice de todo ello: 3.433, de los que murieron 1.020; en la fecha de la estadística y año triste de 1813 su-

maba su población 1.801 individuos; los matrimonios celebrados fueron 382.

Sobre el mismo río Guapay surgió asimismo la misión de Nuestra Señora de la Florida con indios chiriguanos, reunidos de los pueblos Mazavi, Igmirí y Tacurú, sitos en la otra banda del río. Estos indios se decidieron a salir de sus tierras y escondrijos, motivados por el hambre y las guerras sufridas en 1779.

Eran en número de 63 y con ellos formó ese núcleo y misión el padre Manuel Gil, ayudado por el hermano Francisco del Pilar, en 1781. Los religiosos lograron adquirir ganado —300 cabezas de vacuno y 10 novillos—, semillas, herramientas, etc., luego lograron comprar 12 mulas, 10 caballos y 20 potros, que proporcionaron los medios de iniciar y desarrollar su obra cristianizadora y civilizadora. El resultado fue tan esperanzador que en 1783 ya tenían 80 casas ocupadas por 90 familias, con un total de 488 almas. Se hizo linda iglesita y casa para los conversores y el orden de catequesis y administración de sacramentos al modo de las otras.

Por ello, su desarrollo fue normal y siempre ascendente y la estadística nos lo fija en los datos siguientes: desde su origen recibieron el bautismo 1.227 almas, de las que murieron 604; todos eran cristianos ya en 1813. Los nativos de estas misiones prestaron en aquellos días un buen servicio a la nación boliviana; alzados los indios peruanos en 1781, acudieron en defensa de los españoles en número de 180 chiriguanos y se batieron con tal denuedo, que merecieron ser citados en la hoja de servicios. Algunos murieron ciertamente en la acción combinada y otros por la peste, pero su comportamiento, estimulado por la presencia del conversor padre Francisco Pizaro, fue ejemplar.

Misiones de Centa, Tacurú e Igmirí, Zaypurú y Mazavi

Salvando la sierra que divide el Gran Chaco del Perú, a distancia de 90 leguas del Colegio de Tarija, se fundó la misión de Nuestra Señora de las Angustias de Centa y fueron sus conversores los padres Manuel Concha y José Ocaña, en 1779. Tenían como primer objetivo defender esa frontera de las incursiones de los selvícolas y se empezó por fabricar de adobe y barro la casita de los misioneros, que les costó no poco sudor, porque hubieron de amasarlo con sus manos y ser ellos los

arquitectos y oficiales de la obra, que inauguraban en 1781. Se hallaba rodeada de infieles por todas partes: por el norte, de la nación chiruguana; al este los tobas, al sur los matacos y al oeste los cristianos de Humaguaca, los únicos que podían servir de enlace con los otros puestos. Y la fundan cuando su población era muy escasa —400 entre hombres, mujeres y niños—, pero el trabajo siempre rinde y a pesar de la inconstancia de los nativos, conseguían que éstos labraran sus casas en 1795, que poco después abandonaban, no por animosidad, sino por la pereza. El toque de campana, llamando a misión y catequesis, los asustaba, rehuían los actos de piedad y la caridad asistencial de los misioneros la juzgaban como un deber de éstos hacia ellos. El único valor cotizado era la comodidad material y sobre ella se basó la acción misionera de los religiosos, pues plantaron un gran cañaveral para extraer azúcar, limones, naranjos y otros árboles frutales y no se olvidaron de la viña, con el terraplenado para hacer una hermosa huerta, pero todo, hasta el trabajo material, también fue sudor de los propios misioneros. Una mala inteligencia del gobernador intendente de la provincia de Salta, al fundar una ciudad próxima a la misión, fue motivo de alteraciones: los indios querían estar lejos de la civilización y sus gentes y aquella vecindad dio motivos de enfrentamiento entre los grupos españoles y nativos y el resultado fue aún peor; finalmente se optó por formar otro grupo autónomo de los vejoses, al que se consagró uno de los padres conversores.

Se creyó en un principio que ésta era la mejor solución y a él se trasladaron los vejoses, que eran un total de 80 familias y 427 almas; cuando habían formado sus sementeras y tenían ya las plantaciones de maíz, calabazas, melones y sandías, una inundación del río o ríos, lo devastó completamente y los indios se escaparon en marzo de 1800.

En Río Seco se intentó nuevo establecimiento, sobre los llanos de Manso, que titularon San Esteban de Río Seco; con magníficas perspectivas y bien abastecidos, con animales para el laboreo del terreno, que era fértil, siempre las esperanzas se truncaban por la condición de los nativos y por la consiguiente decepción de los padres misioneros, que decidieron su retirada, pero que no les fue concedida por el padre comisario-prefecto de las misiones, quien hizo todo lo posible por reunir de nuevo a los indios; pero finalmente, convencido de la imposibilidad de toda obra buena con aquellos ingratos nativos, se retiraron de allí llevándose ganados y objetos de la misión... Claro que muchas veces

en los proyectos fundacionales se enfrentaban los intereses de los misioneros y los de la Administración y ésta no estaba normalmente en condiciones de conocer la forma de reacción instintiva de los indios, que se calificaban de holgazanes, de reacción a todo cambio y siempre amigos de la vida libre y desordenada.

Mataguayos y vejoses son tribus que no se compenetran y siempre andan en disputas; los misioneros deben hacer de intermediarios en sus pleitos inacabables y limar asperezas. Fieles al programa catequizador, acudían diariamente a la instrucción religiosa, a la visita a los enfermos, a la enseñanza y bienes que se derivan del trabajo; pero siempre con la amenaza de la fuga o de la guerra entre las tribus. En 1813 eran 221 individuos; cristianos adultos, 58; gentiles adultos, 124, y 27 párvulos. Ésta era la panorámica de la misión de Centa en los albores del siglo XIX.

Fray Francisco del Pilar andaba metido en la zona de los chiriguanos que vivían sobre el río Guapay, que estaba formada de los pueblos Mazavi, Igmirí, Tacurú y otros. Malos eran los presagios para su apostolado, pero supo sortearlos con habilidad. Intentó primero hacer fundación en Tacurú, pero todo se fue al traste por la actitud del indio Chanes de Ití, que prendió fuego a las casas y escapó al monte. Entonces, instigado de la ayuda del capitán Güirapadiya que le invitó a su pueblo para fundar allí misión, se fue allá, pero surgió también otro grupo enemigo y casi llegaron a las manos, momento en que logró intervenir el hermano Francisco del Pilar y evitó el derramamiento de sangre, logrando establecer las paces entre ellos y formalizar el establecimiento, pudiendo inaugurar la capilla dedicada al Patrocinio de San José el 21 de septiembre de 1786. Se halla a 19 leguas de Abapó, más al sur, en cañada abierta, con poca agua y terreno salitroso. En un principio la formaban 204 almas, todos chiriguanos gentiles, con la excepción de 83 párvulos, que había bautizado el incansable fray Francisco del Pilar. Las condiciones ambientales, con todo, la hicieron prosperar y a los dos años de su fundación sumaban ya 320 individuos, pues al año los bautizados eran 100; en 1789 contaban 340; y mayor el de personas bautizadas. Todo marchaba viento en popa, mas con la sequía de 1791 y las viruelas que luego afectaron a la población, ésta se dispersó. Nuevamente a empezar, recogiendo los huidos en 1793 y, por fin, en 1800 sumaban 438 personas, de las que solamente 62 adultas no se habían bautizado. La última reseña nos da 715, de los cuales eran cris-

tianos 249 adultos y 430 párvulos y los matrimonios celebrados sumaban 95.

Misión de Igmirí

A dos leguas de Tacurú se pretendió fundar ésta, que hizo fray Francisco del Pilar, contra todos los presagios; comenzó por aderezar una capillita, insistió a tiempo y destiempo para atraerse los indios y, poco a poco, se fue formalizando al agregarse nuevas familias; por último, llegó de conversor el padre Francisco Ricart, quien bendijo la capilla y la puso bajo la advocación de Nuestra Señora de Guadalupe el 8 de septiembre de 1787.

Su emplazamiento en una llanada, que se abre por la parte del este, rodeada de altas lomas, que dominan los cerros de San José de Chiquitos, pero en tierra salobre y sólo alimentada por una fuente de agua dulce, fue motivo de su retraso a pesar del esfuerzo de los misioneros; no obstante, en los últimos años se produjo un avance notable, pues edificaron escuelas para niños y niñas, los servicios para asistencia de enfermos y los demás indispensables para su atención. Los servicios de doctrina y catequesis se conformaron en todo a la norma del colegio. He aquí su estadística desde el momento de su fundación: bautizados, 1.133, de los que murieron 368; en el último año —1813—, contaba con una población de 1.081 individuos, de los que eran cristianos adultos, 350; párvulos, 370; gentiles adultos, 369, y párvulos, 93. Los matrimonios celebrados sumaron 86.

Misión de Zaypurú y Mazavi

En todas estas misiones se ponen de manifiesto las diversas y encontradas ideas de oficiales de la Administración y de los misioneros; a aquéllos les mueve el deseo de adelantamiento material de la zona que se les confía; a los misioneros el de la evangelización. Así ocurrió en ésta de Zaypurú, donde el gobernador quiso hacerlo como medio de medrar en su carrera y no fue el más apto para sus fines. Pero así es como surgió ésta en que triunfó la concepción evangelizadora por el ideal misionero del Colegio de Tarija el 21 de abril de 1788. Plantada

la semilla de la nueva misión, se le fueron agrupando nuevas familias y en 1813 contaba una población de 1.318 almas, de las que 340 adultos eran cristianos con 650 párvulos; quedaban tan sólo por cristianizar 373 adultos. En el aspecto social y económico sembraban maíz, arroz y legumbres, pero la sequía y la escasez de pastos malograron tanto esfuerzo; sin embargo, en 1813 contaba con 132 cabezas de ganado vacuno, 9 caballar, 7 de mular, y de ovejuno y cabrío 58. Supieron proveer a las necesidades de carne fresca y ésta les sirvió grandemente.

Mazavi

Parecidas fueron las dificultades para el establecimiento de ésta y sólo el esforzado fray Francisco del Pilar pudo salir adelante con el proyecto.

A distancia de seis leguas de la anterior, se halla este pueblo, en medio de dos cerros, al pie de la cordillera, escasas el agua y las tierras para la siembra de maíz y otros productos. Con pocas familias iniciaba la aventura de la fundación en los días primeros de 1787, pero al mes se le habían juntado los huidos de La Florida, que siguieron las lecciones del catecismo con verdadero interés; no obstante, el problema era la base de la economía y ésta no era en verdad alentadora. Gracias a su constancia y tras ocho años de fatigas se empezaron las obras de nueva capilla, casas y escuelas y todo con buen gusto y limpieza. Su progreso fue constante y en los números se canta ese despliegue: recibieron el bautismo, en esos años, 1.862 personas, murieron 954 y formaba su población, en 1813, 1.721 almas. De estos indios nos dirá el cronista que son de presencia y robustez como los de Abapó; sus habilidades, vicios y virtudes como los de toda la nación chiriguana, y su gobierno también idéntico.

Misiones de Ití y Tayarenda

Obsesión del sin par hermano fray Francisco del Pilar fue ir estableciendo, una tras de otra, misiones en este Valle de Tarija: estaba hecho para la acción y su descanso era el batallar incesante. Esta que ahora preparaba era dura, pues los habitantes eran indios feroces, chaneses

y chiriguanos y algunos remontados, que, no obstante haber sido bautizados, se les unieron para seguir campando por sus respetos. Fray Francisco sabía que la música ablanda a las fieras y su carácter suave era el mejor sedante frente a aquellos seres humanos, más fieras que los animales. Solicitadas la licencia y cooperación de las autoridades, se internó entre ellos con la sola compañía del capitán Lucas Cabrita, llevando también peones para levantar su casita; su enemigo era el ya sobradamente conocido y perverso capitán Guariya, su eterno opositor en la evangelización, quien le salió al encuentro para preguntarle: «¿A qué vienes aquí?» y el humilde hermanito contestó: «Traigo orden de la Real Audiencia y del Sr. Arzobispo para que aquí haga una capilla para los pobres cristianos españoles que hay en estas inmediaciones, y para los indios que quieran hacerse cristianos». Disimuló el cacique su rabia y le dejó hacer; inmediatamente izó la enseña de la cruz y comenzó el acopio de materiales para su obra, lo que llenó de indignación al indio y la reacción instintiva de éste y de sus seguidores fue deshacer sus propias chozas y marcharse con la música a otra parte; mas fray Francisco prosiguió su trabajo y aderezó con cañas y barro su tugurio-capilla. Era lo suficiente para empezar la evangelización, pues muy pronto se le unió el padre Tomás Anaya, quien tardó tres meses en hacer el camino, pero a fines del 1779 ya se hallaba en Ití, bendijo la capilla y la dio por titular a Nuestra Señora de la Candelaria. No paró ahí la oposición a la capilla y misioneros, pero fueron venciendo su natural resistencia y entre alegrías y derrotas se continuó la evangelización. En 1795 ya contaba el pueblo 869 individuos y sólo habían recibido el bautismo 10 adultos y 45 párvulos; es decir, que en los primeros seis años tan sólo cristianizaron a 55 personas. En 1800, en que la población alcanzaba el número de 1.014 habitantes, los cristianos eran 167. Lo maravilloso de toda esta acción apostólica era que si los indios eran pobres, nuestros frailes lo eran aún más y entonces se multiplicaban los trabajos, sudores y fatigas, pero fue así como avanzaron la doctrina y evangelización y en 1810 sumaban 1.379 almas y los cristianos 497; matrimonios celebrados fueron 59.

Misión de Tayarenda

Con los mismos procedimientos y la ya instintiva aversión de los indios, se comenzó esta misión por el hermano fray Francisco del Pilar

a tres cuartos de legua de la anterior, siguiendo el curso del río. Él buscó las ayudas materiales; él, acompañado del padre Mateo García, se adelantó al encuentro de los indios; él con sus peones hizo la capillita y el padre la bendijo el 8 de mayo de 1790; para intimidar a la fiereza de los indios, les hizo saber que nadie debía atreverse a derribar su iglesita. Estuvo algunos días solo y luego, esperando la reacción de aquéllos, marchó a la capital, para allegar más fondos y, reunidos, volvió al campo de sus afanes: traía ropa, utensilios, ornamentos, vasos sagrados y demás cosas indispensables. Su retorno fue pacífico y los indios, como en la anterior, no osaron tocar la obra, pero les imitaron en su actitud de derribar sus chabolas y marcharse a otra parte. Y con este tenor de vida continuó su empresa, levantando nueva iglesia, casita para ellos y escuelas para niños y niñas; juntaron nuevos adeptos y lentamente aquello empezó a caminar. En 1810 contaba esta estación, como la llamaron, 600 almas, de las que eran cristianos 201 adultos y 183 párvulos, pero seguían paganos 2.112 adultos; habían podido celebrar 62 matrimonios. Juntaron en breve una pequeña punta de ganado vacuno y lanar y, si no lograron mejores resultados, fue por la avaricia de algunos españoles, que dueños y señores de todo, invadían aquellos campos.

Misiones de Igüirapucuti y Tacuaremboti

Siempre adelante, parecía la consigna y el lema de fray Francisco del Pilar, y así procedió al trazar estas misiones. Con la compañía del capitán Guirabaca y de algunos indios amigos se fue a instalar en un campo agradable, terreno fértil, rodeado de montañas. Los nativos, tan enemigos del nombre y vida cristianos como los anteriores, no podían menos de envidiar el nivel logrado por los que vivían en las misiones recientemente creadas y sobre esta base pudo llevar a cabo la instalación; llegó allí fray Francisco el 14 de mayo de 1790 y fue recibido festivamente. Impuso idéntico orden en todas ellas: una pequeña capillita y choza para el misionero y la presencia de un sacerdote para bendecirla y empezar su trabajo, como lo hizo el padre Antonio Pérez; pero destituidos de todo auxilio material, hubo de retirarse a Mazavi, dejando a fray Francisco para cuidar de todo, quien siguió firme en su propósito. Y éste, no sólo no abandonó la empresa, sino que supo ingeniár-

selas para hacer la capilla en Tacuaremboti a principios de 1791 y luego irse a la ciudad del Plata a buscar socorros. Logrado esto, vino a hacerse cargo de la misión el padre Gabriel Blay. Población numerosa la de este último, fue diezmada por las viruelas; sin embargo en 1896 contaba 808 almas y de ellas había logrado bautizar a 118. Poco después se arruinó todo por la invasión de indios bárbaros, pero supieron rehacerla y en 1810 sumaba 1.179 individuos, de los cuales eran cristianos 449 adultos y 300 párvulos. Ya desde su fundación, la estadística nos da estas cifras: se bautizaron 1.432 almas, de las cuales murieron 450; debían quedar vivos 982.

Misión de Tacuaremboti

Empezar, empezar siempre de nuevo, luchar con idénticas dificultades y tropiezos, no amilanarse, ese fue el secreto en la historia de las misiones del Colegio de Tarija. Lo vimos antes y lo verificamos una vez más con ésta, que se asentó sobre las márgenes de un arroyo, que bajaba de la cordillera inmediata y que daba oportunidad a plantar y recoger los mismos frutos que ya conocemos. Indios chiriguanos, por supuesto también éstos, sólo les diferenciaba de los otros grupos en que eran más huraños; las calamidades sufridas son las que los llevaron a pedir la instalación de los misioneros en 1790 y fray Francisco del Pilar responderá a su demanda al estilo propio: buscando ayuda y socorro, abriendo una capilla bajo la advocación de San Buenaventura y dejando por conversor al padre Gabriel Blay. Él se valdrá de sus recursos naturales e imaginación para salir adelante y siempre luchando contra calamidades y fiebres.

En 1799, al producirse la invasión de los bárbaros, sumaba su población 1.401 almas; tenía su pueblo bien ordenado, las escuelas funcionando con normalidad y las chicas se instruían bien en la doctrina y en los trabajos caseros. Similar en su origen al de Igüirapucuti, lo fue en la ruina por la invasión; restaurada en 1800, la supervivencia fue tarea de gigantes. 1.500 almas sumaba en 1810 con 460 cristianos adultos y 400 de párvulos; en los años finales tuvo su auge por adhesiones de otros indios.

Misión de Itau

En la frontera del Colegio de Tarija sus misioneros decidieron dar un paso adelante y fundar la de Itau con indios chiriguanos del valle. Eran, estos nativos, sujetos que dieron mucho que hacer y sufrir con sus invasiones y golpes a los pueblos de españoles, saqueando haciendas, robando sus cosas y haciendo prisioneras a muchas personas de los valles de las Salinas. La necesidad en que se vieron y la esperanza de mejorar en su alimentación y situación fue el motivo de que ellos pidieran una misión en sus tierras. Fue así como en 1790 se daba principio a la misión, que llevó a cabo el padre Manuel Saturio Ruiz, acompañado del padre Lorenzo Ramo, reuniéndolos en el lugar llamado Tunalcillo o Tabarillo. Como siempre, con inicios muy pobres para la capilla y choza del conversor, celebraban la primera misa y bendición el 21 de septiembre de 1791. Entre sobresaltos y miedos, pues los indios, al tiempo de la siembra de sus chacras, abandonaron la misión, continuó el trabajo; mas fue preciso trasladar el emplazamiento de la misión a las tierras del capitán bárbaro Tubochavini. Y tampoco aquí les faltaron dolores a los misioneros, que hubieron de levantar un pequeño fuerte de adobes con empalizada para defensa de las incursiones de otros grupos.

En este ambiente de guerra vivieron ocho años y la misión no pudo prosperar; la estadística que podemos ofrecer es ya el índice de trabajos, fatigas y sudores para fijar los cimientos a esta obra y proseguir la evangelización. En 1810 sumaban todos los incorporados 498, de los que 58 eran cristianos adultos y 119 párvulos. No era, pues, muy halagüeña la situación, pero los misioneros no perdieron la esperanza de invertir los términos y que un día no lejano fueran muy otros la realidad y sus frutos. A pesar de todo, esta misión sirvió de freno y defensa de la cadena y rosario de las establecidas hasta entonces.

Misiones de Pirití y Obaig

El avanzar en la montaña nunca es fácil, como lo estamos viendo, y los inicios de éstas son la prueba. A dos leguas cortas de la misión de San Francisco Solano de Igüirapucuti, en campo abierto y propicio para el cultivo de hortalizas, arroz, alubias, etc., por la abundancia de aguas, se creyó muy apto para ésta de Pirití, y allá se fue fray Francisco del Pilar en 1790, para levantar una capilla y modesta choza para el mi-

sionero. Sus indios padecían de hambre, perdidos en los bosques, y con ellos pudo empezar ésta con una población de 200 individuos, a los que se propuso adoctrinar bien; además y utilizando su contacto con ellos, dominar el chiriguano, como efectivamente lo consiguió. En septiembre de 1792 había logrado aumentar su pequeño grupo, pues ya sumaban 403 personas y en los dos años siguientes hasta 834. Y como aumentaba la población, también era cada día mejor la base doctrinal y económica, pues adquirió ganado para sus necesidades. Todo marchaba favorablemente: los muchachos eran asiduos en la asistencia a la doctina, misa y escuelas, pero de repente la invasión de que ya hablamos, casi lo arruinó todo. Hubo que empezar de nuevo, reagrupar a los indios, quien en 1800 sumaban 602 almas; se empezó la construcción de la iglesia, la casa de los conversores, escuelas y edificios, pero con mejor orden y con tal rapidez que a principios de 1801 todo estaba nuevo. Ha sido una misión de lucha, pero también de coraje y tenacidad, pues al presentar la estadística de 1808 sumaba su población 1.082 individuos: cristianos adultos, 394 y párvulos, 343; quedaban gentiles adultos 331 y 14 párvulos.

Misiones de Obaig

Terreno igualmente fértil, como dice el autor de la *Historia de las Misiones*, contaba con una población de más de 1.300 almas, pero la peste de viruelas fue su azote entre los años 1789 y 1793. Todo hacía presagiar la imposibilidad de crear la misión, mas fray Francisco del Pilar no se arredró, que de momento se limitó a fabricar la iglesita y luego se marchó a recaudar fondos en la ciudad de La Plata, de donde volvió con dinero, servicio de altar y hasta campanas y con todo eso pudo lograr la bendición el 31 de marzo del último año, 1793.

Con estos pobres medios comenzó su andadura la misión, de tal modo que en 1799 sumaba ya 874 personas y de ellas 367 cristianas; adquirió ganado vacuno, caballar, mular, ovejuno y cabrío, pero todo fue aventado por la malhadada invasión bárbara; pasado el huracán, de nuevo a empezar de las ruinas, que podía dar por reparadas en 1801, en que sumaban 434 almas. Espectacular avance se dio en poco tiempo, pues en la última estadística habían superado ya las 1.226.

Misiones de Parapití y Tapuitá

El cronista siempre inicia su historia hablándonos del origen y trabajos para asentar las misiones; es que en verdad habíase de sembrar con lágrimas y sangre, si esperaban recoger con alegría. A nueve leguas de la anterior se levantó ésta en un descampado «muy vistoso, abundante de leña, con pastos abundantes y terrenos aptos para las chacras de los nativos». También, como en las anteriores, fueron llamados nuestros religiosos por los jefecillos de los pueblos y fray Francisco del Pilar procedió como en las anteriores, fabricando la iglesita y casa para el conversor, para después recorrer el camino ya trillado de irse a la capital, mendigar la ayuda y comenzar con amor y calma la obra de la misión. Logradas las licencias eclesiásticas y de la administración en 1793, se daban los pasos firmes para su asentamiento; pero se le habían muerto algunos de sus más fieles colaboradores, los jefecillos gentiles, y únicamente encontró oposición en los sucesores, que sólo se ablandaron ante la caridad y paciencia del bendito hermano. Se le juntaron 30 familias por octubre de 1793 y para ellas, como para otras tantas que esperaba habían de llegar, hizo las casitas, esperando la llegada del conversor, que sólo pudo hacer su presentación en 1795 y que fue el padre Francisco Lastra. Los logros de estos años se los llevó el huracán al incendiarle capilla, casa y chozas habilitadas; pero el sucesor en la conversión, aguantando el hambre y toda necesidad, fue capaz de rehacerlo con más gusto, situando esta vez el pueblo en un sitio más ventajoso.

En la fecha de la estadística general (1810) contaba la misión de 3.211 almas, de las cuales eran cristianos adultos 214 y párvulos 392. Habían recibido el bautismo en esos años 1.306.

Tapuitá

Es curioso que haya sido el hambre que afectó a estas gentes de la montaña el motivo que los decidió a pedir la presencia de los misioneros, según vamos viendo en las anteriores. Fray Francisco del Pilar, enfermo y muy gastado no andaba muy decidido a aceptar la proposición, conociendo, como él, la inconstancia de los nativos; mas repuesto siguió también su norma: hacer capilla, escoger un terreno y disponerlo todo para la estancia del misionero, que esta vez fue el padre Francisco

Coll, quien bendecía la misión y su entorno en diciembre de 1795, pudiendo empadronar entonces el padre comisario de misiones hasta 402 individuos, de los que ya eran cristianos 110. Todo marchó favorablemente y en 1799 sumaban sus habitantes 553, el pueblo estaba bien formado y organizado y las escuelas en pleno funcionamiento, pero el azote de aquel tiempo, la irrupción bárbara, dio al traste con todo. No se alentó propósito alguno de rehacer lo destruido, pero fueron los indios huidos, quienes se volvieron a juntar y fray Francisco aún quiso dar el ejemplo final de lo que había sido su vida: darla por sus hermanos los indios, porque esta vez ya no pudo superar la prueba y rindió su alma al Señor el 19 de marzo de 1803, asistido del padre conversor fray Julián Díaz Canseco; sus huesos fueron después trasladados al colegio. Y tal vez desde el cielo siguió ayudando la obra de sus hermanos, porque pronto contaban con 667 almas, se levantó nueva iglesita y casa para el conversor y las demás obras propias de la misión.

Misión de Tapera

Es la última de las creaciones misioneras de fray Francisco del Pilar, quien la dedicó a San Pablo, el gran Apóstol de las gentes. Pueblo bárbaro, había cautivado a un pobrecito cristiano, Viri, que llegó a casarse con una joven de la tribu, a la que se sintió unido y nunca abandonó, pero que pudo morir medianamente adoctrinada por su marido. Fray Francisco del Pilar se propuso reunir a todos los indios, desperdigados por sus alrededores, lo que tardó mucho en lograrse, en primer lugar, por la mala condición de los indios, y en segundo, por la presión de algunos apóstatas. Fray Francisco logró superar todos los obstáculos y consiguió hacer una capillita y una pobre choza para los conversores; seguidamente dispuso los cobertizos para los indios y así lentamente fue disponiendo un pueblo. Más tarde levantó una modesta iglesita y el padre Pedro Regalado Rodríguez bendijo todo el conjunto el 28 de mayo de 1798. Estaba situada en una quebrada, atravesada por un modesto arroyuelo, y donde podían cultivarse árboles frutales y otros productos necesarios para la vida de los nativos. Arrancando de la escasa población de 67 almas, con la inicial resistencia del capitán Mandicuyo, que luego se propuso defender a todo trance la obra, aumentó lentamente, de suerte que en 1810 sumaba 210.

La invasión de los bárbaros

Hemos sido reiterativos haciendo referencia al alud destructor que arruinó en dos oleadas sucesivas las misiones y ya es hora digamos algo de lo que fueron esos aluviones de gente salvaje, que dieron al traste con un trabajo tan constante y difícil para fundarlas. Dicen que estos nativos tan aficionados a la borrachera, hurtos y todo género de lascivias, aguantan la vida ordenada en tanto que se les deja vivir a sus anchas, pero en cuanto se pone coto a sus desmanes, se lanzan de nuevo a su vida libre, empezando por declarar que no quieren esta vida de sujeción y que no admiten ser cristianos; así ocurrió en general con las misiones Parapití, Obaig, Pirití, Igüirapucuti, Tacuaremboti y Taputitía, como en las de Tayarenda y la de Ití. Dos veces sufrieron éstas la rebelión de los reducidos —la primera en los meses de febrero a abril de 1796 y la segunda en los de noviembre— diciembre de 1799. En la primera, los indios empezaron con amenazar a los padres conversores y soldados de los pequeños destacamentos; aunque éstos tomaron sus medidas, la verdad fue que armados los indios reunidos de las varias misiones, obligaron a retirarse a nuestros misioneros. El sistema de conducta era dejar las misiones, juntarse en rancherías próximas a ellas e inmediatamente se dedicaban a robar y matar los animales de carne y trabajo, con que contaban cada una de ellas, y así en pocos días hicieron desaparecer las misiones ya citadas, ya que una vez robadas la ganadería y aperos, entregaban al fuego todo lo demás. Para el ataque contra la misión de Tapuitá se concentraron más de 5.000 hombres furiosos, armados a su estilo, pero la guarnición se aprestó a la defensa y a pesar de no juntarse, entre soldados y neófitos, sino escasos 700 hombres, resistieron denodadamente.

Aunque luego se intentó por las autoridades españolas dar un escarmiento, el capitán encargado no supo o no pudo hacer nada positivo y los indios, aunque fugados, se propusieron dar la respuesta... Los padres conversores debieron hacer frente y con su paciencia, habilidad y espíritu de sacrificio trataron de rehacer las misiones y con su tenacidad lo consiguieron. Cuando ya estaban funcionando nuevamente, estalló la segunda insurrección a principios de 1804, al asaltar los revoltosos las misiones de Parapití y Obaig, de donde escaparon los padres conversores, llevándose lo que pudieron de ornamentos sagrados, porque lo demás fue pasto del fuego. Al año siguiente (1805), los misioneros vol-

vieron a su trabajo dispuestos a luchar frente a todos y proseguir su obra evangelizadora, reconstruyendo iglesias, casas y campos de labor.

Hablando el cronista de estas misiones terminará su relato diciéndonos que tras la noche tenebrosa de 32 años en que vivieron estas misiones, amaneció el día claro y feliz de la predicación apostólica. Arruinados los pueblos de Garrapatas y Tariquea por las epidemias, los padres de Tarija hicieron el intento de reunir a los restos de los indios de la misión del Rosario de las Salinas para juntarlos a los de Cuyamburu y el padre Domingo Andrés logró con sus razonamientos y piedad cristiana ganarse a éstos, comenzando de esta manera la nueva etapa, al ser bendecida la misión el 17 de mayo de 1804, y juntos los padres Fernando Cano, José Blanco y Antonio Martínez empezaron la obra restauradora de aquellas partes. En Tariquea, sitio llano, descampado y alegre, con tierras aptas para formar las chacras, hicieron una casita para el conversor y lentamente y, poco a poco, el pueblo con buen orden.

Este pueblo juntó a 184 almas y desde su inicio hasta 1810 se bautizaron 262, murieron 170 y matrimoniaron a 6.

Debemos añadir que el Colegio de Tarija se interesó muchísimo por esta fundación, a la que favoreció con toda suerte de ayuda económica, alimentos y ropas sagradas.

Epílogo y balance

El Colegio de Tarija, que inició su andadura en 1755, trabajó en esta parte 55 años. Años de intenso trabajo en las dilatadas provincias de Tucumán y de Porco, Chichas, Charcas, Santa Cruz de la Sierra, etc., dando misiones populares en la Paz, Córdoba, Cochabamba, Arequipa y otras muchas; pero su aportación a la obra evangelizadora fue en ese duro territorio de los chiriguanos, chaneses, nataguayos y vejoses; el progreso en las misiones fue muy lento, conocieron toda clase de dificultades y se fatigaron tanto que bien se pudieron aplicar a sí mismos las palabras del Evangelio: «después de tanto bregar, nada hemos conseguido»; pero felizmente no fue así. Antes que ellos pisaran la Sierra, los padres jesuitas habían sudado por allí a lo largo de 77 largos años y cuando se produjo su extrañamiento por las autoridades españolas, sus misiones pasaron al Colegio de Tarija; dejaban en herencia a éste 324 almas; el Colegio en los 55 de acción misionera, había lo-

grado adoctrinar y reducir a vida civilizada a 16.425; los padres de la Compañía no consiguieron formar sino un sólo pueblo; ellos, los de Tarija, contaban con 22. Los padres jesuitas, «a fuerza de grandes trabajos», supieron contener las furiosas violencias de los bárbaros de Sola la frontera de Tarija; los franciscanos formaron todo un cordón desde Santa Cruz de la Sierra hasta la ciudad de Jujuy y consiguieron guardar a todos los pueblos de sus fronteras y habían administrado el bautismo a 35.140 nativos, de los que murieron 14.595. Pero todo se perdió cuando en 13 de septiembre de 1813 las tropas de Belgrano ocupaban las misiones e hicieron prisioneros a los seis misioneros y los llevaron cautivos, deshaciendo toda la obra.

BIBLIOGRAFÍA

Barrado Manzano, A., ofm., *Misiones franciscanas en Bolivia*, Sevilla, 1945.

Cardús, J., ofm., *Las Misiones franciscanas entre los infieles de Bolivia*, Barcelona, 1886.

Comajuncosa, A., Corrado, A. M., ofm., *El Colegio franciscano de Tarija y sus Misiones*, Quaracchi, 1884.

Tomasini, A., «La actuación franciscana entre los indígenas del extremo occidental del Chaco y zonas adyacentes», en *Los grupos aborígenes del límite occidental de Gran Chaco*, Salta (Argentina), 1977, pp. 203-230.

Catálogo de las Misiones del Colegio de Tarija
sus titulares, situación geográfica, y estado que tiene cada una en el presente año de 1810

Misiones y sus titulares	Grados de		Padres	Cristianos		Gentiles		Matrimon.	Total
	Latitud S.	Longitud O.	Conver.	Adultos	Párvul.	Adultos	Párvul.	por Iglesia	de almas
1. Salinas, N. S.ª del Rosario	21° 37'	62° 39' 45"	2	302	157	47	—	92	506
2. Acero N. P. S. Francisco	19° 16'	62° 34' 45"	2	362	110	4	5	128	481
3. Piraí, Asunción de N. S.ª	18° 40'	61° 42' 45"	2	1,010	660	—	—	300	1,670
4. Cabezas, N. S.ª del Carmen	18° 58'	61° 34' 45"	2	1,146	653	2	—	382	1,801
5. Abapó, La Santísima Trinidad	19° 00'	61° 39' 45"	2	1,441	605	6	—	409	2,052
6. Centa, N. S.ª de las Angustias	23° 15'	61° 54' 45"	2	58	12	124	27	—	221
7. Florida, N. S.ª del Pilar	18° 42'	61° 39' 45"	2	418	152	—	—	127	570
8. Tacurú, Patrocinio de S. José	19° 28'	61° 37' 45"	1	249	430	30	6	95	715
9. Igmirí, N. S.ª de Guadalupe	19° 26'	61° 39' 45"	1	250	370	368	93	86	1,081
10. Zaypurú, S. Antonio de Padua	19° 31'	61° 39' 45"	2	340	605	373	—	85	1,318
11. Mazavi, S. Rafael Arcángel	19° 21'	61° 39' 45"	2	944	576	194	7	304	1,721
12. Ití, N. S.ª de la Candelaria	19° 22'	62° 24' 45"	1	497	386	405	91	59	1,379
13. Tayarenda, S. Pedro de Alcántara	19° 20'	62° 24' 45"	1	211	183	212	—	62	606
14. Igüirapucuti, S. Francisco Solano	19° 39'	61° 33' 45"	1	449	300	430	—	80	1,179
15. Tacuaremboti, S. Buenaventura	19° 38'	61° 37' 45"	2	460	400	600	100	60	1,560
16. Itau, S. Miguel Arcángel	21° 18'	63° 9' 50"	2	58	119	252	67	16	496
17. Pirití, S. Gerónimo	19° 42'	61° 30' 45"	2	394	343	331	14	123	1,082
18. Obaig, S. Diego de Alcalá	19° 45'	61° 33' 45"	1	90	490	486	160	36	1,226
19. Parapití, La Concepción de N. S.ª	19° 58'	60° 32' 45"	2	214	392	1,713	892	33	3,211
20. Tapuitá, N. P. Santo Domingo	19° 36'	61° 41' 45"	1	155	188	306	18	52	667
21. Tapera, S. Pablo apóstol	19° 28'	62° 25' 45"	1	100	54	56	—	25	210
22. Tariquea, S. Pedro Regalado	22° 05'	62° 51' 45"	2	49	43	92	—	6	184
Suma total de este Estado general			36	9,197	7,228	6,031	1,480	2,562	23,936

* El P. Comajuncosa, así en su Manifiesto como en este Cuadro, señaló los grados de longitud de cada una de las Misiones según el meridiano de Tenerife; aquí los damos reducidos al de Greenwich, para facilitar el uso del Mapa puesto en el principio del Libro.

Capítulo XXIV

COLEGIOS APOSTÓLICOS DE COLOMBIA

Colegio de Nuestra Señora de las Gracias de Popayán (1755)

Sobre el antiguo convento de San Bernardino, que perteneció a la provincia de los Charcas de Quito, se formó éste de Popayán. Empezó a funcionar el 1 de febrero de 1754, pero la bula de translación era de Benedicto XIV, de 22 de septiembre de 1755. Sin embargo, había sido el decreto del padre Soto y Marne, comisario general de Perú, quien le dio existencia jurídica el 18 de junio de 1743. A él se cedieron las misiones de Putumayo y Caquetá, de los famosos indios chisquios y coconucos. Abarcaban éstas las vastas montañas de las provincias de Caquetá, Mocoa, Putumayo y sus islas inmensas. Por ellos en 1744 el padre Martín Indrojo de Montalbán se internó en sus inmensas montañas, como dice el cronista, y no contento con recorrer lo ya conocido, quiso adelantar su paso por lo más áspero de ellas. Sus frutos son llamativos, pues nos dice: «cuarenta y ocho naciones, son las que agregadas al gremio de la Santa Madre Iglesia quisieron renacer para el cielo, lavando las miserias de la gentilidad en el Jordán del bautismo...». Ante el número de conversiones el misionero solicitó ayuda y colaboradores generosos. Su fama se extendió por todo el Nuevo Reino y se ganó el título de misionero de «estas santas montañas».

España respondió a su llamada y le enviaron 10 misioneros en 1751; nueva remesa llegó en 1783, eran 11; pero lo importante de esta faceta misional del Colegio de Popayán, es que comenzó también a recibir novicios muy pronto —1744— y desde su fundación hasta 1835 vistieron el hábito en Popayán 78 novicios (página 288). Y al interesarnos los trabajos misionales de sus miembros, podemos seguir las relaciones, pre-

sentadas con cierta periodicidad a las autoridades, y éstas son las noticias exactas:

> En nuestro dicho Putumayo hay cinco pueblos entablados y formados a son de campana, y varias naciones pacificadas, de las que habitan a sus riberas y ríos que le tributan.
> Los pueblos son los siguientes: San Diego, en la banda norte, casi frente de la boca del río que llaman Orito...; compónense de las naciones o Zenzeguajes y Encabellados y de reliquias deplorables de otras naciones. Su número total es de 151, los más son cristianos...
> El segundo es Nuestro Seráfico Padre San Francisco, a dos días de distancia «para abajo» el Putumayo...; compónense de los sobredichos Amaguajes, algunos Encabellados y restos de otras tribus...; su número 101, casi todos cristianos...
> El tercero es San Antonio, formado por 80 indios mansos, de la nación Encabellada...
> El cuarto es la Inmaculada Concepción, formado por indios Encabellados, Zenzeguajes, Huaques o Murciélaga; su número es 298...
> El quinto es el llamado de *los Agustinillos*, por llamarse así su cacique, a cuatro días río abajo, de la nación Encabellada...
> El sexto y novísimo es el pueblo de Santa María, a la banda sur, establecido el año de 1773, formado con indios de la nación churi o yurí, con 43 catecúmenos y algunos cristianos, sacados todos de los bosques.

Entrando por la boca del Orteguasa o Suya, contamos también el de San Francisco Solano, fundado en 1773, de la nación Huasque, con 62 indios; cerca existía una ranchería de indios andaquíes, que había sido fundada en 1768...

A otro día de camino existe la caja y pueblo de San Francisco Javier, también de indios andaquíes; en 1769 contaba una población de 280 nativos, todos cristianos. Este pueblo se escogió como escala obligada para futuras entradas a misiones vivas...

Estas relaciones, con todo el verismo de su descripción, nos ofrecen las primicias de esos viajes aventurados y exploratorios del inmenso territorio que abarcaba, porque, además, son un estudio de su fauna y flora y así nos hablan de sus tortugas, o «morrocoyes», cuadrúpedos, dantas, «cuyas uñas comúnmente afirman ser admirables contra la gota coral, de armadillos y conejos, más grandes que los de los bosques putumayos», y de jabalíes que andan en grandes manadas, y monos. De

las culebras dice que no son muy abundantes, pero que a «orillas del Río de Mecaya y en el de Zenziya han visto —han solido ver— un colebrón tan disforme en lo grueso y largo de su cuerpo, que sola la vista ha causado el espanto, que nadie se ha atrevido a matarla. La multitud de aves, algunas de especiales figuras, otras de varios y vivísimos colores, pero raras de canto armonioso, parece mayor que en la de los cuadrúpedos. La tierra es muy fértil, con sus productos como el cacao, la canela, árboles finos que se estiman por las colmenas de cera blanca...». Y es curioso que el autor de esta relación afirma que «todo lo que hemos relatado, lo hemos visto, experimentado u oído a otros misioneros, y es un bosquejo de nuestras Misiones vivas, en donde como carecemos de aguas de marear, relojes, sondas y otros instrumentos fijos para todas las observaciones necesarias, carece por este motivo de muchas noticias geográficas (aunque es ciencia que no profesamos)». Data de la Relación 17 días del mes de septiembre de 1773. Y la firman los padres Bonifacio de San Agustín, Simón de San José Menéndez, Roque del Sacramento Anaya y Manuel Antonio de la Sma. Trinidad Suárez.

Pero estas misiones, que corresponden a lo que en el Colegio de Popayán llamaron la «edad de oro», se perdieron poco después, en parte por falta de operarios, y en parte, por cesión a la provincia de Quito, y también, como en toda la lucha por la conquista de las montañas, por la irrupción de algunos grupos belicosos, que lo pasaron a sangre y fuego; y finalmente, por la invasión de los portugueses, que extendían así su colonia en la selva...

Colegio de San Joaquín de Cali (1753-1756)

Este colegio fue obra del padre Fernando de Jesús Larrea y la cédula real está datada el 11 de mayo de 1756 para su erección; según parece se fundó con la oposición del Colegio de Popayán. Al Colegio de Cali se le asignaron las misiones de Yurumanguí y de los nayas y el primer misionero que hizo su entrada en ellas fue el padre Bonifacio Castillo, acompañado del capitán Sebastián Lanchas de Estrada, que juntos se metieron por la reducción de los gentiles que «habitaban las montañas y cabeceras de los ríos Naya, Yurumanguí y Cajambre, Quebrada de San Vicente y San Nicolás». En 1775 se llegó al pueblo de Purísima Concepción del río Putumayo, que estaba formado por 317

indios, 87 mulatos, de los que estaban casados canónicamente 14 y habían sido bautizados 60, de los que diez eran adultos.

Poco después le vinieron a ayudar en su trabajo los hermanos fray José Iglesias y fray Juan Ortega; al año siguiente lo encontramos en el pueblo de Nuestra Señora de los Dolores, formado por 323 individuos. Hombre ágil, no satisfecho con estas actuaciones misioneras, pasó a zonas más avanzadas y peligrosas, entre las incontables tribus, escribe el padre Arcila Robledo, que poblaban los grandes afluentes del Amazonas. Y de su incansable caminar principalmente de otro religioso, padre Cristóbal Romero nos dará testimonio expresivo el cartógrafo Manuel de Caicedo Tenorio, quien decía así al presentar el mapa de las misiones de Cali:

> Toda la tierra que comprende el mapa sin camino se halla sin conocerse, pues únicamente se ha transitado por el que va dibujado, y eso lo ejecuté yo, y después el R.P. Cristóbal Romero, quien me dio particular noticia de esa parte.

Estos dos colegios —Popayán y Cali— continuaron su actividad misionera mientras la situación política se lo permitió; pero con la guerra de Independencia se vieron muy afectados y mermados en su apostolado a partir de entonces y, tras una vida lánguida en la primera mitad del siglo XIX, eran suprimidos en 1860. Una verdadera desgracia ya que ambos fueron semilleros de vocaciones y de casas de estudio, cuyas bibliotecas fueron expropiadas.

Bibliografía

Abad Pérez, A., ofm., «Registro de los franciscanos misioneros del Puerto de Santa María (1803-1868)», *AIA*, 26, 1966, pp. 297-364.

Arcila Robledo, G., ofm., *Cartas espirituales del Padre Larrea*, Bogotá, 1936.

——*Las Misiones franciscanas en Colombia*, Bogotá, 1951, pp. 281-355.

Zawadzky, A., *Viajes misioneros del P. Fernando de Jesús Larrea franciscano, 1700-1777*, Cali, 1947.

Capítulo XXV

COLEGIO MISIONERO DE SAN CARLOS DE CHILLÁN EN CHILE (1756)

Este colegio se fundó en el país más austral y apartado de América meridional y tuvo como casa primera el convento de San Ildefonso de la ciudad de Chillán, pero hasta su erección conoció diversos fracasos. Los primeros fundadores salieron de España y concretamente del Colegio de Herbón; fueron éstos los padres José de Seguín, José de Góndar y Alonso de la Iglesia, quienes embarcaron para el Colegio de Ocopa a principios del 1752, habiéndoseles unido en Cádiz el padre Pedro Ángel de Espiñeira. Tras de larguísimo y accidentado viaje, cruzando el cabo de Hornos, arribaron a las playas de Perú y pronto se hallaban en Ocopa.

Empezaron aquí las estrenas de su ministerio, en tanto se disponía su partida para Chile, que tuvo lugar después de haber sido nombrado comisario de Santa Rosa de Ocopa el padre Seguín en noviembre de 1754, quien dispuso la salida para Chile y arribaron a Valparaíso en 6 de diciembre de 1755. Se fueron a Santiago y allí pidieron a la provincia de la Santísima Trinidad el convento de San Ildefonso para convertirlo en colegio misionero, el cual cedieron ante la presión y mandato del comisario general del Perú. Todo negociado, se trasladaron allá los citados misioneros, adonde llegaban el 24 de junio de 1766 y, tomando posesión canónica, lo erigían en Colegio Apostólico de Propaganda Fide.

Se estableció, pues, este colegio con los cuatro religiosos citados y tres hermanos, de los que cabe destacar a fray Bernardo Pérez Puga, que luego habrá de descubrir las aguas termales que están cerca del volcán Chillán, en la cordillera de los Andes. Nuestros religiosos, unos se dedicaron en primer lugar a la construcción de nuevos y adecuados edificios, y otros se lanzaron, ya de lleno, a las correrías apostólicas bus-

cando el contacto con los nativos en la amplia zona que se extiende del río Maule al Bio Bío. Y en esas circunstancias los indios pehuenches o de la cordillera solicitaron que se les enviara misioneros franciscanos a las autoridades españolas; es interesante este gesto porque siempre habían rechazado la presencia de cualquier otro grupo misionero. A su petición el Colegio de Chillán respondió haciéndose cargo de su atención y servicio, lo que le obligó a levantar nuevas casas entre los terribles araucanos, fijando la primera misión en Santa Bárbara, localidad situada en la orilla norte del río Bio Bío, en noviembre de 1758. Un mes más tarde, pasando al norte del Bio Bío, se abría la de Rucalhue; a un ritmo movido lograban la apertura de Rarinlevu, a principios de 1759, ya más inmediata a la cordillera de los Andes y en corazón del territorio de los indios pehuenches. La cuarta misión se estableció en Quilacho, sobre el margen sur del río Bio Bío en diciembre de 1760. Finalmente en los primeros días de 1766 fundaban la última de estas misiones en Lolco. Abarcaban todas ellas un gran perímetro del territorio indígena.

Estas fundaciones fueron tan sólo el prólogo de la acción misional del Colegio de Chillán, porque en 1767 debieron hacerse cargo de todas las que sostenían los padres jesuitas y que se extendían desde las regiones de Angol por las provincias de Valdivia y Chiloé.

Esto nos explica la extensión del campo misionero ocupado por los religiosos de Chillán y que abarcaba desde el río Maule a la isla de Chiloé y las misiones se propagaron por todo ese inmenso campo.

En sólo 40 años de actividad los franciscanos lograron fundar o sostener casas en Santa Bárbara, Arauco, Valdivia, Mariquina, Arique, Niebla, Nanihue, Quinchilca, Tucapel, Ríobueno, Dallipuli, Cudico, Quilacahiú, Osorno, Villacura y Chiloé, en total 16 misiones, en cada una de las cuales laboraban dos o tres religiosos.

Vida y carácter de los nativos de Chiloé

Se dice de éstos que al principio de la conquista de Chile se hallaban en la más tremenda barbarie: eran simples cazadores. En los días de la fundación del colegio misionero de Chillán los habitantes de las cordilleras eran pastores y los de los cantones restantes grupos más desarrollados, pues eran labradores, aunque modestos. Además del pastoreo, se dedicaban al cultivo de cereales —trigo, cebada, frijoles, maíz,

alubias y otros; de las hortalizas sólo conocían el chalote. Su idioma era el *vuthalmapus* común a todos ellos con ligeras variantes de pronunciación o acentuación. Su población fue calculada por el padre Melchor Martín, quien podía escribir «he vivido diecinueve años empleado en la conversión y civilización de dichos indios, en inteligencia y uso de su idioma y recorrido muchas veces casi todo el país de estos buthalmacus» en 130.000 almas, de las que 45.000 correspondían a la provincia de la costa, 30.000 a la de los llanos, 20.000 a la falda de la cordillera y 23.000 a la de Cunco.

No tenían gobierno común, ni federación, ni leyes, viviendo separados en muchos grupos bajo el mando de un cacique, al que llamaban *Apo* o *Guilmén* y al que estaban sujetos otros de menor grado.

Sus ideas religiosas eran muy simples y primitivas, pues al principio no se les conocía religión y culto: no tenían dioses, templos, sacerdotes, ni ministros, ni sabían cosa alguna sobre el particular. Sus vicios capitales eran la poligamia, la embriaguez y el robo. Tenían las mujeres que cada uno podía mantener. Sus aficiones eran el caballo, manejar con destreza la lanza, la flecha, y los *laques*, el arma favorita de los araucanos, compuesta de una cuerda trenzada de piel, de tres metros de largo, que llevaba en cada extremo una pelota de plomo, forrada en la misma piel.

Fuera de estos ejercicios no gustaban de otros trabajos, que dejaban a las mujeres, las que llevaban el peso de la siembra y cosecha, el tejer la ropa y preparar los alimentos y comida.

Los vestidos eran una túnica de bayeta y calzoncillos cortos y andaban descalzos. Las mujeres se cubrían con una túnica larga, sin mangas y recargada de abalorios.

Método misional desarrollado en estas conversiones

La dispersión del archipiélago obligó a utilizar un sistema de evangelización que podía tener sus antecedentes en otras partes, pero que aquí era forzado. Siendo tantas las islas y tantos los pueblecitos, aunque insignificantes, se preocupaban de visitarlos periódicamente para instruirlos y administrar los sacramentos a españoles e indígenas.

Para ello atravesaban el mar o mares en pequeñas y frágiles embarcaciones, llamadas piraguas o *humapís* por los nativos, formadas por

dos o tres tablas para el piso y las demás para los costados, sujetas, a falta de clavos, con cañas bravas llamadas *quilas*, calafateadas con la corteza de arbustos. Pero antes de disponer esa visita, les enviaban aviso de su llegada y los indios, en cuanto asomaban las piraguas, corrían a la playa para recibir procesionalmente a los misioneros. Tras de la recepción, se dirigían a las capillas cantando la doctrina cristiana; hecho esto, se indagaba si había enfermos o impedidos en la isla o pueblecito. Uno de los misioneros se quedaba instruyendo a los niños y adultos, ayudado por algún nativo más despejado y con mayor conocimiento de las verdades de la fe; el otro se dedicaba a recorrer las cabañas y atender a las necesidades más perentorias: los matrimonios, bautismos y comuniones se dejaban para el último día de la visita. Asimismo investigaban si se había cometido alguna injusticia por cuenta de los administradores y se trataba de poner remedio. Como estas visitas no se podían hacer con mucha regularidad y frecuencia, quedaba encargado de reunir a los propios algún catequista y enseñarles la doctrina, para cuando llegaran los misioneros proceder a su bautismo, si estaban ya dispuestos.

Y así nuestros misioneros llevaban a todas partes la religión, la enseñanza y la paz, sin desfallecer en ningún momento. Estos indios eran gente pacífica y en nada se parecían a los de Valdivia y araucanos.

Piénsese que el trabajo tenía que resultar agotador, porque en la *Descripción Historial de la Provincia y Archipiélago de Chiloé*, del franciscano padre González Agüeros, se nos dan los siguientes datos:

Chiloé tenía en 1789, 25 islas pobladas, repartidas en tres curatos, que eran:

Santiago de Castro con una población de 8.691 habitantes, repartida en 51 villas.

San Antonio de Chacao, con 1.402 habitantes, contaba con 17 villas.

Bibliografía

Aguilera, H., ofm., «El Colegio de Misiones de Chillán (Chile)», *AIA*, 16, 1956, pp. 465-475.

——«Reales Colegios de nobles araucanos», *AIA*, 30, 1970, pp. 235-243.

Lagos, R., ofm., *Historia de las Misiones del Colegio de Chillán*, Barcelona, I, 76 cuadernos de Juan Gili, 1908.

Apéndice I. Colegio de Chillán (Chile)

Estado abreviado de las Misiones que están al cargo de este apostólico Colegio de propaganda de S. Ildefonso de la ciudad de S. Bartolomé de Chillán. Agosto 30 de 1796

	Extensión		Distancia	Años de						Niños y	Naciones	
	N.S.	E.O.	Colegio	fundación	Ministros	Parcialid.	Neófitos	Matrimon.	Gentiles	niñas	reducidas	Sínodos
St.ª Bárbara	—	—	40	1758	2	—	—	—	—	—	—	—
Arauco*	20	4	50	1768	2	16	312	90	1.205	887	16	500
Tucapel	18	6	70	1779	2	24	33	4	5.644	3.120	1	660
Valdivia*	6	7	160	1769	3	10	530	80	40	120	10	960
Mariquina*	6	7	140	1769	2	10	269	83	194	172	10	660
Arique	4	5	155	1776	2	8	355	70	10	194	8	660
Niebla	9	2	160	1777	2	6	209	46	000	83	6	660
Nanihue	10	8	145	1777	2	9	332	38	2	66	9	660
Quinchilcea	13	10	179	1778	2	12	407	77	167	166	12	660
Ríobueno	7	8	190	1778	2	12	141	17	500	233	10	660
Dallipulli	7	8	187	1787	2	8	270	31	211	262	6	660
Cudico	7	4	185	1788	2	7	167	23	250	177	7	660
Quilacuhuin	5	3	193	1794	2	6	67	—	431	190	6	660
Osorno	—	—	195	1794	2	7	50	1	500	204	7	660
Villacura	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
					29	135	3.142	560	9.954	5.874	108	9.220

Total general desde la entrega de las misiones hasta ahora (1758-1796)

Bautismos de párvulos	3.719	Entierros de párvulos	892
Bautismos de adultos	975	Entierros de adultos	701
Matrimonios	1.083		

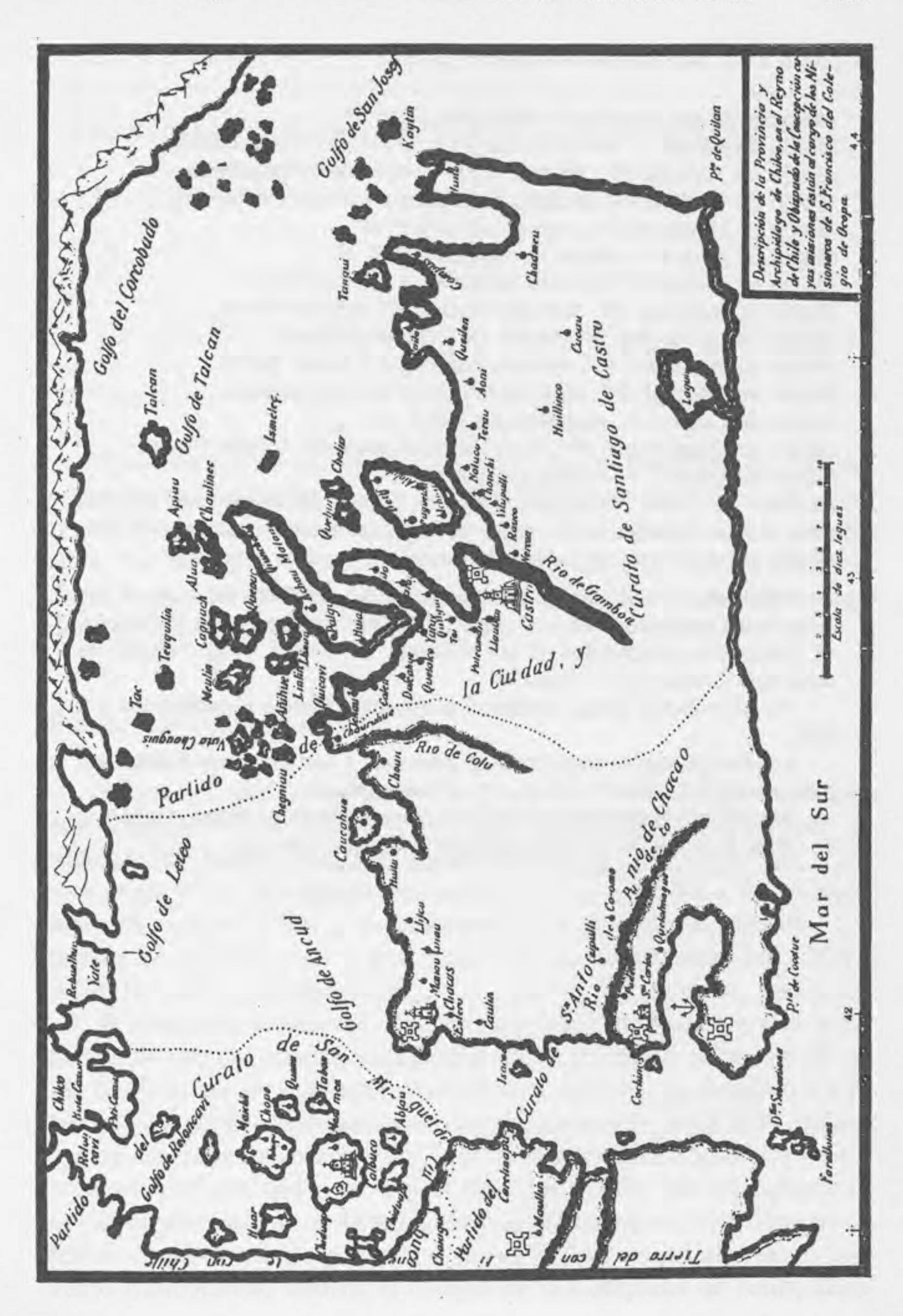
Estado general de las Misiones del Colegio de Propaganda Fide de S. Ildefonso de Chillán, Reino de Chile, y de los frutos hechos desde que entraron al cargo de sus Misioneros, con expresión del año en que fue fundada cada una y de los Religiosos empleados en ellas, instruido el año del S.or de 1807

Misiones		Años de fundación	Religiosos emplead.	Bautismos de		Matrimonios		Entierros de		Cristianos toda edad sexo-estado	Gentiles todo esta. sexo-edad
				párvulos	adultos	hechos	existentes	párvulos	adultos		
*Valdivia	V.	1769	3	954	339	423	078	376	391	436	012
*Mariquina	V.	1769	2	834	134	281	116	133	117	642	466
Arique	V.	1776	2	834	071	191	075	363	225	419	004
Niebla	V.	1777	2	353	046	096	046	130	088	334	000
Nanihue	V.	1777	2	309	056	097	050	046	051	260	001
Quinchilca	V.	1778	2	797	159	198	092	175	116	533	200
Ríobueno	V.	1778	2	614	149	145	104	047	031	803	466
Dallipulli	O.	1787	2	757	210	145	144	109	036	939	213
Cudico	O.	1787	2	944	161	106	092	226	061	864	127
Quilacahuin	O.	1794	2	399	059	033	031	038	013	482	187
Cuyunco	O.	1794	2	649	173	066	070	884	031	742	885
Costa (J.)	O.	1806	2	059	071	018	021	037	003	280	450
*Arauco	C.	1768	2	892	054	168	107	202	145	636	2.000
Tucapel	C.	1779	2	103	012	017	005	018	008	096	5.600
St.a Bárbara	C.	1758	2	076	014	010	006	024	014	030	150
Total: 15			31	8.574	1.708	1.994	1.037	2.808	1.330	7.496	10.761

Estado del Colegio de Propaganda Fide... de la ciudad de Chillán
Reino de Chile... año de 1816

Nombres, calidades y Orden	Años de				
	edad	hábito	Colegio	misio.	
1. El R.P. F. Juan Ramón, Guardián y Comisario del S. Oficio	58	38	33	27	†
2. El R.P. F. Pablo Serrano, Pref. de Misionero	54	37	31	22	†
3. El R.P. F. Gil Calvo, ex-Guardián	53	37	31	22	†
4. El R.P. F. Raimundo Fuentes, ex-Guardián	69	53	42	6	†
5. El R.P. F. Antonio Rocamora, ex-Guardián	53	30	27	23	*
6. El R.P. F. Domingo González, ex-Guardián	57	37	31	4	*
7. El R.P. F. Francisco J. de Alday, ex-Prefecto	65	49	42	28	†
8. El R.P. F. Juan López, Aro. disc.	58	40	31	10	*
9. El R.P. F. Francisco Frau, disc.	52	36	23	22	
10. El R.P. F. Antonio Banciella, disc.	41	25	12	2	
11. El R.P. F. Pedro Casajur, presidente	42	15	7	0	†
12. El R.P. F. José Navasques	55	36	31	1	
13. El R.P. F. Bonifacio Vigil, Comisario en España	55	38	31	15	
14. El R.P. F. Antonio Domenec	44	38	31	25	
15. El R.P. F. Mariano Ramis	54	32	23	22	*
16. El R.P. F. José Larrañaga	46	30	21	20	
17. El R.P. F. Baltasar Simó	47	29	21	19	
18. El R.P. F. Martín Fernández	44	29	21	19	*
19. El P. F. José Martín Gil	45	29	14	13	†
20. El P. F. Gerónimo Ondarreta	56	29	21	14	†
21. El P. F. Salvador Rasela	45	29	12	10	*
22. El P. F. Antonio Quadras	52	29	27	15	
23. El P. F. Antonio Hernández	41	26	14	13	
24. El P. F. Antonio Rolán	40	24	12	11	*
25. El P. F. Francisco García	37	21	14	13	†
26. El P. F. Juan Guridi	37	21	12	11	
27. El P. F. José Barrutia	37	21	14	11	
28. El P. F. Manuel Unzurrunzaga	37	20	12	11	
29. El P. F. Santiago Vázquez	33	18	7	0	
30. El P. F. Santiago Símal	35	16	7	2	
31. El P. F. Antonio Balzategui	37	17	17	15	*
32. El P. F. Agustín Palma	31	14	14	5	
33. El P. F. Zenón Badía	29	12	03	1	
34. El P. F. José María Sepúlveda	26	7	7	1	†
35. El P. F. Andrés Carrasco	26	7	7	1	
36. El H. Diego Santa María	73	42	42	0	†
37. El H. Francisco Rodrigo	63	37	27	0	†
38. El H. Andrés García	60	36	31	0	
39. El H. José Sánchez	63	33	21	0	
40. El H. Francisco Rocha	53	33	21	0	
41. El H. Manuel Soto	78	30	22	0	†
42. El H. Cayetano Carpintero	50	28	12	0	†
43. El H. Felipe Cornejo	51	26	7	0	
44. El H. Francisco García	49	25	14	2	
45. El H. Bernardo Valoira	50	24	12	0	
46. El H. Pedro Vázquez	43	19	12	0	
47. El H. Patricio Araneda	27	5	4	0	

Misiones que están al cargo del Colegio y religiosos que las sirven:
Hospicio de Sta. Bárbara: P. Gil Calvo y el P. N.
Misión de Arauco: P. Antonio Banciella y el H. Francisco García.
Misión de Tucapel: PP. Baltasar Simó y José María Sepúlveda.


Golfo del Corcobado
Golfo de Talcan
Talcan
Golfo de Leteo
Golfo de Ancud
Partido de
la Ciudad, y
Curato de Santiago de Castro
Rio de Gamboa
Rio de Colu
Castro
Curato de San Miguel
Partido del
Mar del Sur
Escala de diez leguas

APÉNDICE II. MISIONES DE CHILE

Hospicio de Sta. Bárbara. P. Gil Calvo y el P. N.
Misión de Arauco. P. Antonio Banciella y el H. Francisco García.
Misión de Tucapel. PP. Baltasar Simó y José María Sepúlveda.
Misión de Valdivia. PP. Antonio Rocamora y Antonio Hernández.
Misión de Mariquina. P. Juan Guridi y el P. N.
Misión de Arique. P. Martín Fernández y el P. N.
Misión de Niebla. PP. Antonio Domenec y Antonio Rolán.
Misión de Nanihue. PP. Salvador Rasela y Francisco García.
Misión de Quinchilca. PP. Martín Gil y Santiago Simal.
Misión de Ríobueno. PP. Antonio Balzalagui y Zenón Badía.
Misión de Dallipulli. PP. José Larrañaga y Andrés Carrasco.
Misión de Cudico. P. José Barrutia y el P. N.
Misión de Quilacahuin. PP. Manuel Unzurrunzaga y Agustín Palma.
Misión de Osorno. P. Francisco Frau y el P. N.
Misiones de Lolco, Pilmaiquen, Villacura. Estas 3 Misiones hace algunos años que las pidieron los Indios y están concedidas por el Superior Gobierno; pero por falta de Religiosos no se han podido establecer.

RESUMEN. Número total de sacerdotes, 35. De Religiosos Legos, 12. Sacerdotes empleados en el Colegio, 10. Religiosos Legos en el Colegio, 11. Sacerdotes empleados en las Misiones, 24. Legos, 1. En España un sacerdote Comisario, 1. Total, 47.

De ellos todos tienen cumplido el decenio, menos 6 sacerdotes y 1 lego.

Los Religiosos en cuya línea se mira este † son enfermos habituales, y donde se halla este * son de salud quebrantada.

El presente Estado se halla en el Archivo General de Indias, Audiencia de Chile, Est. 128, C. 6, L. 9. Lo firma el P. Juan Ramón.

Capítulo XXVI

COLEGIO MISIONERO DE MOQUEGUA EN BOLIVIA (1775)

Este colegio vino a ser de los últimos que se fundaron en América y su vida no se prolongó más allá del cuarto de siglo. Fueron pocos años y «los menos aparentes» para la obra grandiosa que tenía por delante. No obstante, correspondió muy dignamente a la doble finalidad de su fundación: una vida interna de gran austeridad y una vida externa de gran apostolado.

Fundación y trabajos

¿Cuándo y dónde se fundó? En la ciudad de Moquegua, que dista 100 kilómetros de la costa y en la parte meridional del Perú, a una altura de 367 metros. Goza de agradable clima, casi primaveral; a sus pies corre el río Moquegua, de escasas aguas, que van a desembocar junto al puerto de Ilo, y a ambas orillas se extiende la campiña, que provee de suaves frutos a una población que oscila entre los 8.000 y 9.000 habitantes. Ciudad fundada en torno a 1540, conoció, como tantas de esa parte americana, diversos movimientos sísmicos y la alternancia de sequías y otras calamidades. Pero en ella se asentaron diversas fundaciones de religiosos, franciscanos, betlemitas, dominicos y jesuitas. El convento franciscano se intentó levantarlo hacia 1606, en que «ya se esperaba en este pueblo a los frailes recoletos descalzos» y parece ser que, con todo, no fraguó antes de 1731 y por las razones de la administración aún se hizo esperar algunos años —1750. Pero al intentar erigir el colegio misionero, no se habían de instalar en el convento franciscanos, sino en el colegio de la Compañía de Jesús, aban-

donado desde su extrañamiento en 1767. Diez años más tarde llegó la real cédula por la que se asignaba esta casa para Colegio Misionero de Propaganda Fide bajo la dirección de los religiosos de Tarija. Los primeros religiosos que a él llegaron procedían de la provincia de los Charcas (Quito), quienes empezaron por predicar misiones populares en todos los pueblos del contorno, en los de Tarija y costa del Pacífico; pero aún más, se extendieron en su apostolado hasta los pueblos de la sierra andina, provocando tal renovación de vida cristiana que no sólo los fieles, sino también los obispos querían tenerlos consigo. La consecuencia inmediata es que el Colegio de Tarija destinó a esta nueva fundación seis religiosos, los cuales, llegados a Moquegua, se atuvieron al programa común de todas estas fundaciones: predicación popular y preparación condigna para las misiones vivas. Y el programa para ellos trazado era naturalmente doble: misionar a los fieles de Arequipa, el Cuzco y la Paz; como fin primordial, misionar a los infieles de las islas Carolinas y Oaití. Mas que llevar a cabo su cometido necesitaban muchos y fervientes misioneros y así fue encargado de pasar a España y solicitar operarios para la nueva viña el padre Tadeo Ocampo, que hizo el viaje y volvió con los refuerzos solicitados. Y con ellos comenzó esta faceta bellísima en el oriente del Perú, haciéndose cargo de tres misiones, que pertenecían a la provincia de San Antonio de los Charcas; su acción se circunscribirá a la cuenca del Urubamba, en las márgenes del Beni. Y a estas misiones de Cavinas, Pacaguas y Mosetenes fueron destinados ocho religiosos; pero como no faltaban contradicciones y envidias entre los distintos grupos misioneros, el padre Ocampo planeó la conquista espiritual de las montañas del Cuzco y, sin pérdida de tiempo, se empezaron a formalizar las primeras reducciones misionales con el fin de establecer uno o más centros en los confines de los salvajes. El primero en emprender la tarea fue el padre Tomás Nicolau al norte del Cuzco; durante los meses de julio a septiembre recorrió sin descanso el valle de Santa Ana para mejor elegir el punto de apoyo en su obra misionera. Salieron el citado padre Nicolau y el padre Antonio Avellá de Cuzco el 22 de dicho mes, se llegaron a Urubamba, a 37 kilómetros, continuaron tras algún descanso su marcha para llegar a Guayanay el 6 de agosto y aquí fijaron su residencia provisional. Con grandes trabajos alcanzaron Alcusama y Echarati y allí encontraron a un indio, muy conocido por ellos; pasaron adelante y lograron dar con una hermosa pampa cubierta de árboles;

después localizaron la pampa de Cocabambilla y allí establecieron su primera misión, donde no se detuvieron, sino que prosiguieron la descubierta hasta Saguayacu, a cuatro leguas escasas de Echarati, donde pudieron establecer contacto con los primeros indígenas *chontaquitos* o *simirinchis*, quienes se acercaron a ver a los religiosos. Serían como 50 hombres y mujeres con algunos niños que se les acercaron, vendiendo loros, monos y algunas menudencias; sus cuerpos casi enteramente desnudos, al cuello dientes de mono, picos de pájaros y otras cosas; en los brazos y muñecas, una cinta de algodón, en las pantorrillas y tobillos adornos parecidos, que al andar producían ruido como de cascabeles. Los recibió muy bien el cacique Salamanca, de quien supieron que tenían por vecinos a los indios *cunobos*, con otras noticias interesantes al respecto. Continuaron su descubierta y alcanzaron Chaguaris o Balsamar. Si no pudo hallar en este viaje lugar apetecible para nueva fundación, sí nos hace la descripción del río Urubamba en el valle de la Concepción y dedujo la necesidad de nuevo camino entre Santa Ana y Salangato. En intercambio de informaciones entre los misioneros y el colegio optaron por hacer la fundación en el lugar llamado Chahuari, entre los ríos Talangato y Koribeni. El padre Nicolau escogió a su vez, en la región de Cocabambilla, lugar para otra misión en una pampa con abundante agua (1799) y allí se levantó la casa del conversor y capillita, que titularon de Nuestra Señora de la Esperanza de Cocabambilla, con la sola presencia de dos familias...

Ahora el problema era reunir a otras, preparar los terrenos y darles los medios de subsistencia. El fin buscado era establecer una serie de reducciones que obligaran a los indios a dejar su vida errante y se vinieran a vivir en estos pueblitos. Viajes, exploraciones y fatigas se sucedieron en estos primeros años con poco fruto.

La región más desconocida era la de Carabaya y Sandía y sólo en el siglo XVII los de la provincia de las Charcas habían logrado algunas fundaciones; eran sus habitantes muy especiales y tenían por costumbre salir en el mes de octubre a hacer sus *razzias* y robos en terreno cristiano; así lo realizaron el 1796, en que llevaron prisionero a un joven cristiano, llamado Pedro Cabrera, de 25 años y de él se sirvieron para que, instruyéndole primero en su idioma y costumbres, pudiera después ser interlocutor ante los misioneros y por ello le enviaron a Cuzco, donde informó de todo al obispo y religiosos. Esto estimuló los fines y an-

sias misioneras de nuestros religiosos, que lo intentaron todo, aunque no conocemos sus resultados... Vuelven aquí a sonar los nombres y misiones de Apolobamba.

En fin, que éste fue el sistema de fundaciones misioneras: viajes y exploración por los ríos, encontrar nuevas rutas y escoger los emplazamientos para ellas. Parece muy fácil contarlo y sin embargo todo imponía fatigas, sudores, peligros de muerte por las fiebres, los animales y los indígenas; pero fue así como progresaron lentamente. Lo reducimos a estos datos precisos.

En los años 1799-1802 se hizo la primera fundación en Cocabambilla, de las de Cuzco.

Entre los años 1801-1803, en la región de Carabaya se logra entrar en relaciones con los indios de Sandía y sentar las bases para ulteriores empeños.

Durante el trienio 1803-1805 se llega a la desmembración de algunas misiones.

En los años 1803-1809 se atacan los reductos de la frontera del Cuzco y se lleva a cabo la expedición del padre Cristóbal Rocamora a los chontauiros y se establece la base de la nueva Misión de Ciapa y de Sipahua; se disponen otras a la región de Sandía y Carabaya, con escasos resultados. Por añadidura se ven obligados a entregar a la Mitra y al Colegio de los Charcas la de Toromonas. En la intendencia de La Paz progresan las reducciones de Mapiri, Isiamas y Tumupasa. Y asimismo se logra fundar la de Guanay —24 de junio de 1804— y seguidamente la de San Miguel Arcángel. Y hay que advertir que al Colegio de Moquegua le tocó sufrir en su actuación la rivalidad e interés de los obispos de la Paz y del Cuzco.

Y con los años 1808-15 llega la decadencia de la obra misional; no vienen de España nuevos operarios, y en 1811 les impusieron el mandato de abstenerse de «entablar nuevas conquistas o nuevas Reducciones, contentándose en conservar las obtenidas hasta aquí del mejor modo que puedan». Ante la acusación del dominico padre Juan Hurtado, interesado en conseguir para su orden la cesión de todo este territorio, el padre José María Coll, le respondió en estos términos:

> Por ventura en casi tres siglos que está ya cristianado el Imperio Cuzcano y su capital poblada de Órdenes Regulares, ha habido una de

ellas, ni aun la de los insignes misioneros jesuitas, que haya emprendido en tan dilatados años, el útil de aquella vasta gentilidad, con el empeño que lo han emprendido los padres del Colegio de Moquegua, ni haya logrado los frutos que hemos logrado nosotros, venciendo insuperables dificultades y haciendo de nosotros mismos mil sacrificios.

Todo se hundiría con la independencia americana, aunque de este colegio saldría poco después el restaurador de los colegios apostólicos en toda la América Hispana, el padre Andrés Herrero.

Colofón

Con variada suerte, dice el autor, los religiosos hicieron arriesgadísimas exploraciones por el río Urubamba; el padre Busquest, siguiendo la corriente del mismo río, llegó hasta el Ucayali en un viaje heroico, pues lo navegó totalmente; aumentaron los conocimientos de geografía y por ellos la sandalia franciscana cruzó ríos, se internó por el bosque impenetrable y buscó al indio para llevarle el Evangelio y las luces de la vida social y humana, que no conocían...

Quiero poner este colofón a la obra misionera en la montaña, que éste es el misterio de todas esas tierras. La montaña, trinidad misteriosa de árboles, de animales y de hombres; selva en que sólo pueden vivir los salvajes y los misioneros, dos clases de gentes que no sirven para la sociedad, porque son demasiado realistas unos y otros. El realismo de la sociedad es artificial; en la selva todo es natural. Los árboles son árboles, los animales son puros animales, pero, sobre todo, los hombres son hombres, puros hombres, no poetas ni filósofos, ni abogados, ni economistas, sino todas esas razas que ha formado la civilización.

Hombres salvajes, que luchan contra la naturaleza; hombres misioneros que luchan, además, contra la misma naturaleza salvaje del hombre salvaje, para defender otra naturaleza, la naturaleza humana de Cristo, que es la nuestra, unida a la naturaleza divina, que es a la que Cristo quiso unirnos.

Esta realidad vivieron los misioneros de Bolivia y Perú y así le arrancaron sus misterios a la selva y la hicieron una imagen del *paraíso perdido*, donde Dios y el hombre se volvieron a encontrar...

BIBLIOGRAFÍA

Abad Pérez, A., ofm., «Registro del Puerto de Santa María. Colegio de Moquegua», *AIA*, 2, 1966, pp. 349-353.

Domínguez, F., ofm., *El Colegio franciscano de Propaganda Fide de Moquegua (1775-1825)*, Ediciones Verdad y Vida, Madrid, 1955.


BRASIL
BOLIVIA
CHILE
OCÉANO
PACÍFICO
Cuzco
Arequipa
Moquegua
Puno
Tacna
Arica
La Paz
Lago Titicaca
Lago de Poopó
Lago Rocagua
TERRITORIO DE MISIONES ENTRE FIELES E INFIELES DEL COLEGIO DE MOQUEGUA.
PRIMERA CATEGORÍA
SEGUNDA CATEGORÍA
TERCERA CATEGORÍA
LÍMITE INTERNACIONAL
LÍMITE DEPARTAMENTAL
0 50 100 Km.

FIN DE UNA EPOPEYA (1816-1836)

A partir de 1809 y en un período que oscila entre 15 ó 16 años, los antiguos dominios españoles, en que se encontraban estos colegios misioneros, se fueron declarando independientes.

Digamos que sus promotores no eran anticatólicos, pues «los gobiernos insurgentes de América se apresuraban a reconocer como Religión del Estado la católica, apostólica y romana; que así correspondía a pueblos, cuya educación habíase desenvuelto bajo la piadosa dirección de España», nos dirá L. Ayarrogay, palabras que recoge el «padre Félix Saiz Díez, el que mejor ha estudiado su historia y legislación. Pero las ideas imperantes, que muy pronto se enseñorearon de todos aquellos pueblos, hicieron imposible la prosecución de la obra misionera. Los colegios estaban ligados a la aportación y pensamiento españoles y para las nuevos directores de la política en esa ruptura con el pasado, que les había dado vida social y humana, les resultaba inaceptable esa herencia y así iniciaron la serie de medidas que acabó con esa historia magnífica de tres siglos y medio. Veamos los pasos de tales medidas.

En Méjico fueron expulsados los religiosos españoles por decreto gubernamental de 1827.

El Colegio de Querétaro tenía en 1827 una sola misión y al abandonar los españoles el colegio, quedó éste reducido a seis sacerdotes.

El Colegio de Zacatecas, el que mejor sorteó esa sombría etapa por contar con numeroso personal, se hizo cargo de las misiones californianas del Colegio de San Fernando, hasta que el gobierno mejicano entregó a los Estados Unidos de América del Norte aquel territorio: era el año de 1851.

El Colegio de San Fernando vio con dolor cómo sus religiosos iban disminuyendo y en 1848 sólo le quedaban dos sacerdotes ancianos y había perdido todas sus misiones, menos dos.

Pachuca, Orizaba y Zapopán corrieron la misma suerte...

El Colegio de Cristo Crucificado de Guatemala sufrió el destierro de todos sus miembros en 1827.

Pero similar y no menos dolorosa muerte conocieron los de América meridional.

Panamá y Píritu desaparecieron en la guerra de Independencia.

Cali y Popayán (Colombia) mantuvieron vida lánguida hasta 1850 y, a pesar de las aspiraciones de revitalizar su actuación, en 1860 el presidente de la República, Cipriano Mosquera, decidió la extinción de las órdenes religiosas y expropió todos sus bienes.

Cuando en 1992 visitábamos al rector de la Universidad de San Buenaventura, el padre Alberto Montealegre y este servidor vuestro pudimos localizar la biblioteca del colegio en la antigua casa del ilustre desamortizador.

Moquegua fue abandonado en 1823, al sufrir la desamortización por decreto del libertador Bolívar —14 de noviembre de 1824.

Ocopa sufrió idéntica suerte, también por decreto de 1 de noviembre de 1824.

Tarija ya lo dijimos, conoció los horrores de la guerra de secesión y las tropas de Belgrano incendiaron y destruyeron todo en 1813.

San Carlos de Chillán acabó su historia con la victoria de los *patriotas* en 1817, pues los misioneros españoles hubieron de abandonar sus misiones. Aunque desde 1820 el colegio estuvo ocupado por los religiosos de la provincia de la Santísima Trinidad, el gobernador de Chile, don Ramón Freire, decretó unas disposiciones, que dieron al traste con toda posibilidad de reanudar su actuación. Era el decreto de desamortización de los Bienes de los Regulares, de fecha 6 de septiembre de 1824.

Bueno será terminar aquí la historia de estos colegios misioneros y de su cometido histórico en la evangelización americana —Norte, Centro y Sur del gran continente— con palabras de un jesuita, padre Cuevas, que dice así:

> Honra y gloria de la Religión seráfica, instituciones verdaderamente providenciales, cuyo perfume de santidad embalsamó por largos años

la atmósfera de nuestra Patria... De esta escuela de santidad y de esa formación de espiritualidad tan sólida fue de donde salieron una pléyade de hombres nuevos, de apóstoles insignes que evangelizaron y renovaron los cristianos alientos entre los fieles e infieles.

A partir de 1837 empieza nueva etapa misional con la restauración que llevará a cabo el insigne padre Herrero, pero ésta es otra etapa fantástica, que ya escapa a nuestro cometido.

BIBLIOGRAFÍA

Abad Pérez, A., ofm., «Restauración de los Colegios Misioneros en Hispanoamérica (1836-1905)», *AIA*, XLII, 1982, pp. 997-1.030.

Cuevas, M. SI., *Historia de la Iglesia de América en Méjico*, IV, El Paso, Texas, 1928, pp. 138 y 141.

Saiz Díez, F., ofm., «Los Colegios de Propaganda Fide en Hispanoamérica», *Missionalia Hispanica*, XXV , 1968, pp. 257-318.

EPÍLOGO

Ésta, amigo lector, que acabo de ofrecerte, es una visión franciscana de la vida y actuación de nuestros hermanos, pero historia y vida que hoy es reconocida por los pueblos hispanoamericanos y por los más insignes tratadistas e historiadores de ambas orillas del Atlántico.

Los franciscanos habían sido quienes ayudaron a Colón desde su primera llegada, roto y hambriento, a la Rábida; le acogieron con amor y calor humano, como también a su hijo, de cuya supervivencia se hicieron responsables; luego supieron introducirle en la corte de Isabel y Fernando, sostenerle en las horas largas de la incertidumbre y de las discusiones con los sabios de Salamanca, le apoyaron en su demanda y hasta con su influjo le facilitaron, por último, la disposición y embarque de la flota descubridora, como un año después del descubrimiento le acompañaron en su segundo viaje a las nuevas tierras de allende los mares.

Fueron los franciscanos los primeros en asentarse en Ultramar, los primeros en iniciar la evangelización de Tierra Firme y las Antillas, de donde habían de extenderse e irradiar por todo el continente. A partir de la segunda mitad del siglo XVI, con la valiosa cooperación de la española e ínclita Compañía de Jesús, supo sostener la obra grandiosa de las misiones en todas aquellas partes, convirtiéndose en descubridores, colonizadores, cartógrafos y cronistas de las nuevas entradas y exploraciones. Y al final de los tres largos siglos de incansable batallar por Dios y por España, se volvieron a su patria como habían ido. El colofón de Sancho Panza a su gobierno de la Ínsula Barataria: «Pobre entré, pobre me voy; quiere decir que no lo hice tan mal», bien lo podemos explicar a estos Heraldos del Gran Rey.

Fray Antolín Abad Pérez, ofm.

APÉNDICES

CUADROS

Estadillos de misiones, colegios y religiosos

Misioneros para los colegios misioneros desde 1772 a 1779

Querétaro	64
Guatemala	68
Yucatán	30
Santa Rosa	127
San Carlos	73
Chillán	55
Tarija	68
Cumaná	42
Pachuca	34

Total de observantes pasados a América y Filipinas según una lista, 807;
en otra de secretarías, 557;
Descalzos, 160;
en otra de secretarías, 379.

Virreinato de Méjico (1786-1788)

Resumen de provincias	9
Resumen de conventos	99
Resumen de vicarías	55
Resumen de misiones	114
Resumen de misioneros	403

MISIONEROS PARA LOS COLEGIOS MISIONEROS DESDE 1772 A 1779 (continuación)

VIRREINATO DE LIMA

Provincias	2
Conventos	36
Religiosos	504
Colegios	3
= Ocopa, Chillán y Panamá	
Misiones Col	102
Misioneros	194

VIRREINATO DE SANTA FE

Provincias	3
Conventos	42
Misiones de:	
a) Provincias	19
b) Colegios	3
Religiosos	793
Id. Colegios	55
Misioneros	113

VIRREINATO DE BUENOS AIRES

Provincias	2
Conventos-Misiones:	
a) Provincias	48
b) Colegios	8
Religiosos	824
Misioneros	35

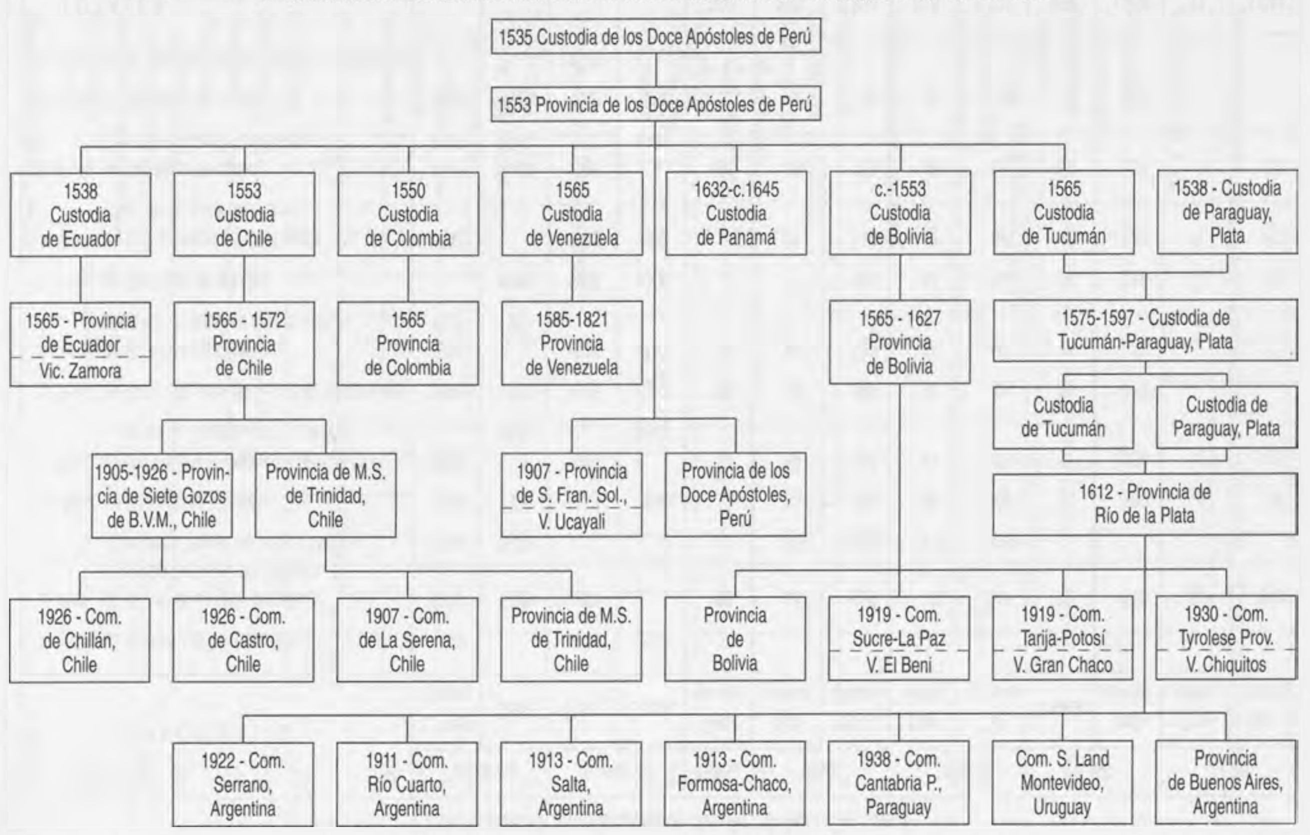
El resumen general de la orden en América y Filipinas era éste:

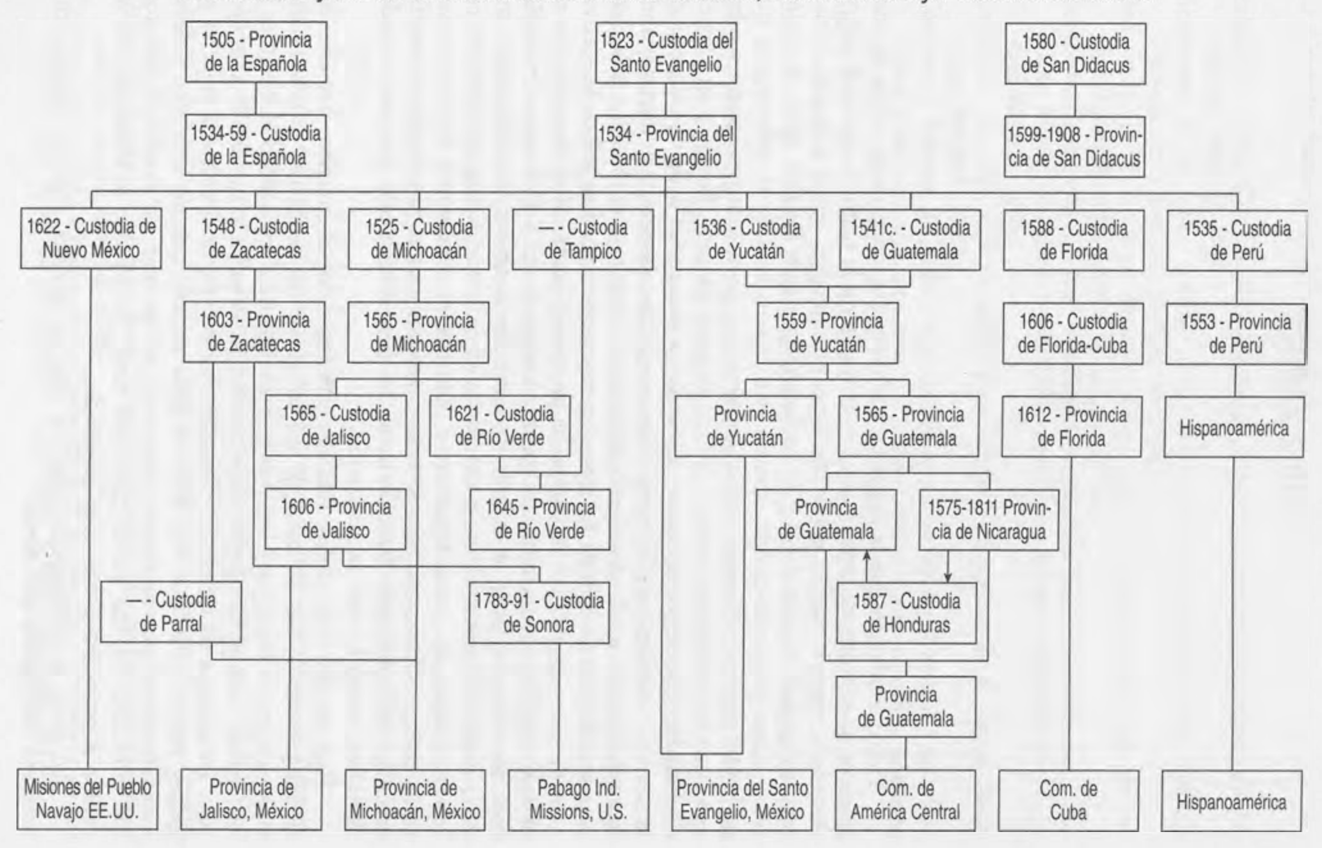
Provincias	17
Conventos	216
Vicarías	53
Misiones:	
a) Provincias	231
b) Colegios	227
Religiosos provincias	4.215
Misioneros	763
SUMA TOTAL DE RELIGIOSOS:	4.978

Provincias franciscanas de América Central

PROVINCIAS	Fundación		Supresión		1585c.	1680c.		1700c.		1786		1825	
	1.os religiosos	Cust.	Prov.	Suprs.	Religiosos	Conventos	Religiosos	Conventos	Religiosos	Casas	Religiosos	Conventos	Religiosos
1. Prov. de Santa Cruz de Española	1493		1505	1559									
2. Prov. del Santo Evangelio de México	1519	1523	1534		68	64	933	78	947	72	513	20	310
Cust. del Salvador de Tampico													
Cust. de S. Pablo de Nuevo México	1539	1622				(30)	(120)	(17)	(126)				
3. Prov. de S. José de Yucatán	1534	1536	1559	1830c.	37	33	150	38	162	25	265	4	79
4. Prov. de S. Pedro y S. Pablo de Michoacán	1525		1565		47	33	165	41	176	41	254	15	133
Cust. de S. Catalina de Río Verde		1621		1645									
5. Prov. de Smo. Nombre de Jesús de Guatemala	1530c.	1551c.	1565	1922	30	29	190	35	204	33	117		
6. Prov. de S. Jorge de Nicaragua	1530c.		1575	1811	24	12	140	14	148	11	72		
Cust. de S. Catalina de Honduras	1524	1587											
7. Prov. de S. Diego de México		1580	1599	1908	3	11	197	12	214	14	250	14	232
8. Prov. de S. Francisco de Zacatecas	1548c.		1603	1908		31	180	42	185	46	137	11	157
Cust. de S. José del Parral													
9. Prov. de Santiago de Jalisco	1525	1565	1606		(26)	36	179	40	187	50	157	7	133
Cust. de S. Carlos de Sonora	1767	1783		1791									
10. Prov. de S. Elena de Florida	1528	1588	1612	1868		11	90	18	99	7	189		
11. Prov. de S. Catalina de Río Verde y Tampico			[1645]										
TOTALES					209	260	2.224	318	2.322	299	1.954	71	1.044

Provincias franciscanas de América del Sur antiguas y actuales




Provincias y custodias franciscanas de México, Las Antillas y Estados del Note
1505 - Provincia de la Española
1523 - Custodia del Santo Evangelio
1580 - Custodia de San Didacus
1534-59 - Custodia de la Española
1534 - Provincia del Santo Evangelio
1599-1908 - Provincia de San Didacus
1622 - Custodia de Nuevo México
1548 - Custodia de Zacatecas
1525 - Custodia de Michoacán
— - Custodia de Tampico
1536 - Custodia de Yucatán
1541c. - Custodia de Guatemala
1588 - Custodia de Florida
1535 - Custodia de Perú
1603 - Provincia de Zacatecas
1565 - Provincia de Michoacán
1559 - Provincia de Yucatán
1606 - Custodia de Florida-Cuba
1553 - Provincia de Perú
1565 - Custodia de Jalisco
1621 - Custodia de Río Verde
Provincia de Yucatán
1565 - Provincia de Guatemala
1612 - Provincia de Florida
Hispanoamérica
1606 - Provincia de Jalisco
1645 - Provincia de Río Verde
Provincia de Guatemala
1575-1811 Provincia de Nicaragua
— - Custodia de Parral
1783-91 - Custodia de Sonora
1587 - Custodia de Honduras
Provincia de Guatemala
Misiones del Pueblo Navajo EE.UU.
Provincia de Jalisco, México
Provincia de Michoacán, México
Pabago Ind. Missions, U.S.
Provincia del Santo Evangelio, México
Com. de América Central
Com. de Cuba
Hispanoamérica

BIBLIOGRAFÍA

Hay que advertir que la literatura y bibliografía franciscanas sobre América hispana es enorme; no podemos afirmar que toda la historia misional esté ya desvelada, pero sí que lo publicado hasta el momento forma una gran biblioteca. Además la revista *Archivo Ibero Americano* desde los días de su aparición tomó como propio el campo americanista, y raro ha sido el volumen en que no hayan aparecido trabajos, notas bibliográficas, documentos o informes sobre este mundo de nuestros afanes. En los últimos 40 años, Sevilla y su Escuela de Estudios Hispanoamericanos, al escoger a personajes o figuras cimeras de la actuación española en Ultramar, directa o indirectamente, han ido aportando luces y documentación sobre los franciscanos. Cuando ya se dibujaba el V Centenario, otra vez la Rábida ha sido el puerto de donde han salido las nuevas naos de la investigación y al tiempo ha provocado nueva descubierta de los archivos y fondos documentales. El primer Congreso del V Centenario en la Rábida ha desatado, pues, el interés en todos los institutos, asociaciones y universidades por conmemorar ese acontecimiento y estamos seguros de poder celebrar doblemente, como españoles y franciscanos, esta nueva «Alba de América», porque el acercamiento al tema americanista nos presentará nuevas facetas de ese apostolado franciscano en las tierras hermanas del otro lado del Atlántico, como lo está ya realizando.

Para escribir este ensayo tenemos suficiente documentación: hay crónicas de las provincias, hay historias de sus colegios misioneros, hay estudios particulares sobre la temática y hay más que abundante documentación y ésta es la que asusta, al intentar ofrecer un pequeño ensayo sobre lo que fue la gran epopeya franciscana en tierras de Ultramar. Por eso me he limitado a manejar algunos, pocos, libros que han sido los guías seguros que me ayudaron a llevar esta barquita al puerto seguro, mareando por un mar, no exento de peligros. He intentado dar una visión global del tema; he rehuido la literatura, me he ceñido al propósito y éste es el resultado.

Así pues, la bibliografía citada ha sido mi auxiliar. Para mi servicio cito aquí esa bibliografía por temas.

A) *Cronistas franciscanos más consultados.*

Arlequi, J., ofm., *Crónica de la Provincia de N.P.S. Francisco*, Provincia de Zacatecas, Méjico, 1737.
Beaumont, P. de, ofm., *Crónica de la Provincia de Michoacán*, 3 vv., Talleres gráficos de la Nación, Méjico, 1832-1835.
Benavente, T. M. de, ofm., *Memoria de los Indios de Nueva España*, ed. del padre Daniel Sánchez, ofm., Barcelona, 1914.
Betancur, A. de, ofm., *Teatro Mejicano, Descripción breve de los sucesos ejemplares históricos, políticos y religiosos del Nuevo Mundo occidental de las Indias*, Méjico, 1698.
Caulín, A. de, ofm, *Historia corográfica natural y evangélica de la Nueva Andalucía*, Madrid, 1779.
Córdova y Salinas, D., ofm., *Crónicas franciscanas de las Provincias del Perú*, Lima, 1641; edición moderna del padre Gómez Canedo, ofm., Academy of American, *Franciscan History*, Washington, 1957.
Chauvet, F. de J., ofm., *Breve noticia histórica de la seráfica Provincia del Santo Evangelio y estado actual de sus religiosos*, Méjico, D. E., 1966.
Daza, A., ofm., Cuarta Parte de la *Crónica general de N.P.S. Francisco*, Valladolid, 1611.
Durán Estrago, M., *Presencia franciscana en el Paraguay (1538-1825)*, Biblioteca de Estudios Paraguayos, Asunción, 1987.
Espinosa, I. F., ofm., *Historia de la Provincia franciscana de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo de Michoacán*, 2.ª ed., Méjico, 1945.
Gómez-Canedo, L., ofm., *La Provincia franciscana de Santa Cruz de Caracas*. Cuerpo de documentos para su historia (1513-1837), 3 vv., Biblioteca para la Historia Colonial de Venezuela, Caracas, 1973-1975.
Gómez Parente, O., ofm., *Crónica de la Provincia franciscana de Santa Cruz de la Española*, libro primero de la novena parte de la *Crónica General de la Orden franciscana*, con estudio preliminar y notas por..., Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1972.
López Cogolludo, D., ofm., *Historia de Yucatán*, Madrid, 1688.
Medina, B. de, ofm., *Crónica de la Santa Provincia de San Diego*, Méjico, 1682.
Mendieta, J., ofm., *Historia Eclesiástica Indiana*, Méjico, 1870.
Mendoza, D. de, ofm., *Crónica de la Provincia de San Antonio de los Charcas*, Madrid, 1664; 2.ª ed. La Paz, Bolivia, 1976.
Olivares Molina, L., ofm., *La Provincia franciscana de Chile de 1553 a 1700 y la defensa que hizo de los indios*, Santiago de Chile, 1961.
Ortega, Á., ofm., *La Rábida. Historia documental crítica*, 4 vv., Sevilla, 1925-1926.
Parras, P. J., ofm., *Gobierno de los Regulares de América, ajustado a la voluntad del Rey*, 2 vv., Madrid, 1784.
Rea, A. de la, ofm., *Crónica de la Orden de N.P.S. Francisco. Provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán en la Nueva España*, Méjico, 1643.

Simón, P. ofm., *Noticias historiales de la conquista de Tierra Firme en las Indias Occidentales*, Bogotá, 1957. Existe una preciosa edición en 7 tomos, preparada por Juan Friede, Bogotá, 1981-1982.
Santa Clara Córdoba, A., ofm., *La Orden franciscana en las Repúblicas del Plata (Síntesis histórica), 1536-1934*, Buenos Aires, 1934.
Sahagún, B. de, ofm., *Historia general de las Casas de Nueva España*, Madrid, 1905-1907.
Torquemada, J. de, ofm., *Monarquía Indiana*, 3 vv., Madrid, 1723.
Torrubia, J. de, ofm., Novena Parte de la *Crónica general de la Religión seráfica del glorioso Patriarca San Francisco de Asís*, Roma, 1756.
Vázquez, F., ofm., *Crónica de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala*, 2.ª ed. por el padre Lázaro Lamadrid, 4 vv., Guatemala, 1937-1944.

B) *Colegios Misioneros.*

a) Estudios jurídicos e históricos.

Faus, E., ofm., «El P. Antonio Llinás y los Colegios de Misiones hispanoamericanas», *AIA*, 16, 1921, pp. 321-341; 17, 1922, pp. 176-244.
Rodríguez Pazos, M., ofm., *De Patre Antonio Llinás Collegiorum Missionariorum in Hispania et América fundatore*, Vich, 1936.
Sáiz Díez, F., ofm., «Los Colegios de Propaganda Fide en América», *Missionalia Hispanica*, XXV, 1968, pp. 257-318; luego fue lanzado el libro aparte...

b) Propiamente históricos sobre las misiones.

Amich, J., ofm., «Historia de las Misiones del convento de Santa Rosa de Ocopa», ed. notas de índices del padre Julián Heras, ofm., Iquitos, *Monumenta Amazonica*, 1989.
Biedma, M., ofm., «La conquista franciscana del Alto Ucayali», Iquitos, *Monumenta Amazonica*, 1989.
Comajuncosa, A. y Corrado, A. M., «El Colegio franciscano de Tarija y sus Misiones», *Noticias históricas*, Quaracchi, 1884.
Domínguez, F., ofm., *El Colegio franciscano de Moquegua (1775-1825)*, Ediciones Verdad y Vida, Madrid, 1955.
Espinosa, I. F., ofm., *Crónica de los Colegios Misioneros de Propaganda Fide Nueva España*, Méjico, 1746, 2.ª ed. por el padre Lino Gómez Canedo, ofm., Academy of American, *Franciscan History*, Washington, 1964.
Hermosa Wirreira, W., *Tribus Selvícolas y Misiones Jesuíticas y Franciscanas en Bolivia*, La Paz-Cochabamba, Bolivia, 1986.
Lagos, R., ofm., «Historia del Colegio de Chillán», precedida de una reseña acerca de los primitivos franciscanos de Chile. *Propagación de la fe entre los araucanos*, I, Barcelona, 1908.

Maldini, G., ofm., *Los franciscanos en Tarija y... más allá*, La Paz, Bolivia, 1988.
Ortiz, D., ofm., *Pucallpa y el Ucayali ayer y hoy*, Lima, 1984.
Palou, F., ofm., *Evangelista del Mar Pacífico, fray Junípero Serra, Padre y fundador de la Alta California*, Edición de España Misionera, Madrid, 1944.

C) *Obras de temática particular que más hemos utilizado.*

Borges, P., *El envío de los misioneros a América durante la época española*, Universidad Pontificia, Salamanca, 1977.
——«En torno a los Comisarios generales de Indias ente las Órdenes misioneras en América», *AIA*, 23, 1963, pp. 1456-1496; 24, 1964, pp. 147-182 y 25, 1965, pp. 3-61 y 147-195.
——*Métodos misionales en la cristianización de América. Siglo* XVI, Madrid, 1960.
——«Primeras expediciones misioneras a América», *AIA*, 27, 1967, pp. 121-133. Es el trabajo mejor hecho sobre el particular.
Chauvet, F. de, ofm., «Fray Jacobo de Testera, misionero y civilizador del siglo XVI, en *Estudios de Historia Novohispana*, III, Méjico, 1970, pp. 7-33.
Gómez Canedo, L. ofm., *Evangelización y Conquista. Experiencia franciscana en Hispanoamérica*, Méjico, 2.ª ed. Porrúa, 1988. Precioso estudio sobre orígenes de la misión de los Doce Apóstoles de Méjico y métodos misionales.
Maas, O., ofm., *Viaje de los misioneros franciscanos a la conquista del Nuevo Méjico*, Sevilla, 1915.
——«Las Órdenes religiosas y la colonización de América en la segunda parte del siglo XVIII», I, Barcelona, 1918.
García Bernal, J., *Yucatán. Población y Encomienda bajo los Austrias*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 1978.
Luque Alcalde, E., *La Educación en la Nueva España*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 1970.
Sarabia Viejo, M. J., *Don Luis de Velasco, Virrey de la Nueva España*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 1978.
Sarrablo Aguareles, E., *El Conde de Fuenclara, II (1667-1752)*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 1966.
Solano, F. de, *Los mayas del siglo* XVIII, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1974.

Como nota final bibliográfica debo confesar que una línea segura para la confección de este ensayo LOS FRANCISCANOS EN AMÉRICA me ha servido la serie de artículos del padre Marian Habig, ofs., publicados en la revista *The Americas*, de la Academia franciscana de Washington, nn. I-II, años 1944-1945, que cito constantemente en el texto.

Auxiliar básico y fundamental ha sido en todo momento el conjunto de colaboraciones sobre las misiones americanas, que vio la luz en nuestra revista *Archivo Ibero Americano* en sus dos épocas. Y finalmente debo destacar el artículo interesante del padre Francisco Morales, que figura en el libro *Pri-*

mer Congreso Interamericano de Historia del Medio Milenio, en América, Méjico, 1987, que lleva por título «Misiones en el Norte de Méjico», pp. 89-97. A éstos podemos añadir algunos otros, que figuran al final de cada capítulo.

Lamadrid Jiménez, L., ofm., *El alavés Fray Fermín Francisco de Lasúen*, ofm., 1773-1803 fundador de misiones en California, 2 vv., Diputación Foral de Álava, Vitoria, 1963.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ÍNDICE TOPONÍMICO

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de agosto de 1992.

El libro *Los franciscanos en América*, de Antolín Abad Pérez, forma parte de la Colección «Iglesia Católica en el Nuevo Mundo», dirigida por el Profesor Alberto de la Hera, Catedrático de Historia de América de la Universidad Complutense de Madrid.

COLECCIÓN IGLESIA CATÓLICA EN EL NUEVO MUNDO

- Los dominicos en América.
- Religiosos en Hispanoamérica.
- Iglesia y religión en los Estados Unidos y Canadá.
- Historia de la Iglesia en Filipinas.
- Los jesuitas en América.
- La Iglesia hispanoamericana en el siglo XX.
- Historia de la Iglesia en Brasil.
- La Iglesia Católica en la América independiente. Siglo XIX.
- La jerarquía de la Iglesia en Indias. El episcopado americano. 1500-1850.
- La Iglesia Católica y América.
- Los franciscanos en América.

En preparación:

- Estado e Iglesia.
- La Iglesia en la América del IV Centenario.

DISEÑO GRÁFICO: JOSÉ CRESPO

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y postcolombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492,* de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

EDITORIAL
MAPFRE

